

Alejandro Vilorio

# *Tundra*

---



*Tundra*

---

*Sol*

## Parte I: *“El Sueño de Eros Solus”*

Me duermo en la pugna de saber quién soy. Por qué estoy acá. Me duermo, repito al cielo desmayado. Nací de nadie y de nadie me crié. La vida misma me alimentó de fe y yo me moría en la desesperanza. Me duermo en la pugna de saber quién soy. Mi padre en el oeste. Mi madre al este. Muy lejos ambos, me dejaron ir a caminar a solas durante mi existencia. Ni quiero ir al oriente, tampoco al occidente. Crucifiqué al sur en vísperas de vencer el ataúd de mis sonrisas; hacia atrás no quiero ir desde el mismísimo día en que nací... Voy al norte, sí, al norte, dije... No al oriente, no al occidente, ni mención del sur, al frío norte voy.

Quiero saber quién soy. Quiero averiguarlo en cada día que el sol traiga consigo. Quiero averiguar adónde me lleva la vida que me trajo. Soy un jinete sin espada ni escudo que cabalga a donde el corazón lata seguro. No sé si venga la tormenta ahora o me azote una cascada de delirios, pero algún día reiré... Cargo una herida desde mi nacimiento. ¿Dónde están aquellas palabras de aliento? La soledad me persigue en mi ahogo, sin respiro. Me come en mis pesadillas, me busca en mis días despiertos. ¿Qué es todo esto que yo veo? Pedazos de imágenes grisáceas de mi infancia rota y mis lágrimas evaporadas por el disfraz de hombre que tengo. Se repiten mis agonías y mi sufrimiento, pues cargo tatuada la maldición del hombre sin fundamentos ni felicidad. Vago cualquier día por cualquier callejón de mi ciudad baldía. Como y respiro por simple rutina. Sudo mis dudas y grito las viejas ironías; ando perdido sin mapa ni brújula que guíe el alma mía.

Pasan las páginas de lo que he vivido y se repite el mismo capítulo una y otra vez. ¿Qué pasa que yo no me animo a ver otra cosa? ¿Qué quiero? ¿Qué quise y ya no quiero?

Ya ni la muerte me persigue porque ya ni sorprende. Ando en una tabla nadando la histeria de un océano congelado. No voy a ningún lado, pero tampoco vengo de ningún lado. Aquí siempre estuve en la encrucijada que tiene ya muchos años plasmada. Aquí estoy esperando, ignorante de qué hay adelante, pues no estoy animado. Me animo y me inspiro, más tarde, vuelvo a lo que solía ser. Era una oscuridad tenebrosa la que arropaba aquel día... aquella noche. Brilló un destello que encandiló mi rostro. Era algo nuevo en aquel día y aquella noche. Se quedó en mi cielo, brillando de fe. Se postró sobre mí y me preguntó: “¿Por qué lloras si tú respiras? ¿Por qué agachas el rostro si al frente hay una hermosa vista? ¿Por qué dudas del misterio de la vida? Soy una luz, una amiga. Veo esperanza escondida en tu pecho. No confundas mis palabras, que no confundo tus lamentos. Nunca miraste al futuro, hasta ahora. Nunca tocaste las manos de una persona que no fueses más que tú mismo. Toca mis manos, tócalas ahora, que ya estoy contigo. No temas a la vida que te vio nacer, que te dio el pecho y te hizo creer alguna vez entre tanta oscuridad. Toma mis manos, tómalas ahora, que nunca estuviste solo, ni más ni menos; estuviste ciego, hijo del frío. ¿Qué cómo he de llamarme? Me llamo Ciel Ancora, hija del sol y el cielo despejado. Vamos juntos a vivir una vida que oculta pergaminos de lecciones para aprender. Aprendamos juntos, que confío en tus ojos de nobleza y timidez.” Eso dijo aquella mujer, que hoy día es mi estrella, mi norte, el norte que persigo y desvivo. ¡Qué cálido es su ser! ¡Qué fortísima es su fe! Sin ella no he de poder seguir, afirmo.

Sigo acá, en no sé dónde, pero ya estuve acá y allá. Qué duro es verles los rostros de nuevo, a esos que sembraron mi persona en este suelo ácido. Se fueron, sí, se fueron, como dije antes. Ahora estoy solo, pero acompañado... Por ella y nadie más. Qué dilema ser yo, o dejar de serlo. ¿Qué ocurre con todos estos pensamientos? ¿Por qué mueren como flores en el desierto? ¿Qué pasa conmigo? ¿Qué viene ahora que ya ni veo? Tengo miedo de cerrar mis ojos ante el destino siniestro... ¿Qué?... Ahora, despierto.”

## Parte II: *“El Silencio de la Cabaña”*

Amanecía en las lejanías del pueblo Aurora. Entre el paisaje blanco y sellado con neblina y frío, vivía Eros Solus. Era un carpintero conocido en el pueblo. Hacía estupendas obras con la madera que le daban. Callado él era. Otro día llegó para él, como siempre. Despertaba, comía y trabajaba en el proyecto de la semana. No hablaba ni consigo mismo. Sólo decía cuánto y cuándo entregaba tales trabajos y encargos, eso dicen por allá en aquellos lugares.

El pueblo ya era lejano para el hombre civilizado, pero aún así alcanzaba el asfalto para conectarlo al mundo. Hasta la cabaña no llegaba, era sólo nieve dura y áspera; un camino que no existe hacia el carpintero Eros Solus. Mediante las mulas se iba hasta él, y valía la pena según los trabajos por él hablaban; bastante calidad poseían. Otra historia canta para esa minoría que sí sabe. La cabaña era un enorme baúl de secretos de un hombre cualquiera, se pudiese decir. Sus palabras eran plumas doradas que se quemaban en el frío. Su voz era una incógnita, un mito. Que él mismo lo cuente en el subconsciente de sus memorias. Que él diga lo que oculta en el silencio de su cabaña...

-Fue un sueño aquella vivencia. No soñaba algo así desde hace mucho, de hecho, jamás soñé algo así, con mi pasado. ¿Será una señal de algo que vendrá, o quizás sea una advertencia de lo que dejé de hacer? Quién sabe lo que realmente es. Ni antojo tengo yo de terminar aquella mesa con sus sillas. Me falta poco y hoy es sábado, es para el viernes entrante, tengo tiempo.

Me intriga esto y aquello. Veo hacia la ventana ironizando un paisaje que no cambia y en el tiempo se queda atascado. El mismo horizonte blanco con ventiscas de nieve iracunda. Sólo quiero sentarme a pensar un poco, a calmar este revoltijo de

pensamientos. Se destapa aquella vieja pregunta mía. ¿Qué soy? Me lleva a una montaña de más dudas.

Y así estaba Eros en su dilema y duda existencial. A sus 25 años, aún no nace como persona consciente de su capacidad. Son 25 años, cada uno, llenos de una larga tragedia desde que vio la luz en el parto de su ser, hasta este mismo día en que se relata que él existe por allí, el frío bestial del norte.

Se abrigó bien y se sentó en el pórtico añejo de su cabaña a ver cómo se movían las montañas ancestrales. No era una vida entretenida la de él, de por sí con el lugar y el mismo pan de cada día: el ser un carpintero solitario. De aquellos largos tiempos a solas, sacaba gustos a ellos. Más allá de obrar en la madera, gustaba del dibujo. Pasaba horas plasmando con un palillo de carbón y hojas, las cuales él iba al pueblo a comprar, dibujando cuanto se le ocurriese. Dibujaba más de lo que hablaba. Las hojas hablaban casi por él que sus labios. Pero hoy era distinto, como se dijo antes, ni dibujar quería este hombre. Tal fue el sueño, que le cambió la existencia... por siempre, ¿tal vez?

-Ya cansa estar sentado con esta angustia. Debo sacarla del pecho. Caminar, sí, eso quiero. Iré al pueblo a ver a Ciel. Debo contarle esto. Son las 8 am., a buen paso llegaré a las 9 y cuarto. Se dispuso a ir a caminar semejante distancia, sólo para contarle a esa mujer lo que sentía por un simple sueño. ¿Era tal la agonía de soñar algo como eso? Que ni en el silencio de su cabaña pudo guardar la calma. Allá va Eros, en busca de su amada.

### Parte III: “*Camino a Aurora*”

-Una mañana clara con semejante sol cristalino. Me despeja la vista y figuro mi camino. Temo ahora como nunca he temido. Voy hacia Aurora con mi seño fruncido por este tórrido frío. Quizá me arrepienta, pues sólo es un sueño, pero hay algo que me inquieta y no sé qué es. No me angustia el sueño inquietante, ¡me angustia ser de mi inquietud un ignorante! Cada paso vale más que un quilate de oro. La compañía de ella, más en este momento, sí, por ello valen mis pasos. ¿Cuán estúpido puedo ser? Voy sediento de mi verdad, soy un hombre sediento, así como por allá en este momento un hombre cualquiera mata por una gota de agua. Mientras brille este sol que me intensifica las ganas, iré por buen camino.

Decía esto el decidido Eros que iba a Aurora con una corazonada, más allá de su angustiada duda y enigma de aquel sueño madrugador. Eros no era cualquier hombre. No tenía cualquier alma. Nació para sufrir el peso de millones de galaxias fusionadas en un cuerpo, su cuerpo. Allá va él, aquel hombre forajido del alba. Allá va él, aquel que llora un funeral de sí mismo.

El paisaje muestra un terreno baldío. A veces seducían unos árboles sin color ni tinte. De suerte, la naturaleza perezosa enseñaba un lago a medio vivir. ¡Qué paisaje tan muerto! Allá iba Eros mirando ese paisaje. Era como si el mismo camino del cual él confiaba, buscarse sigilosamente desviarlo nuevamente a casa. Ni el paisaje triste entumecía sus ganas. Iba él convencido y derecho. Al paralelo del lejano mar ártico, así caminaba. Callado y muy frío como un témpano de miles de siglos, pero unos días él se alzaba como la luna en una sinfónica noche de placeres. Tan nítido y tan hermosa era su persona cuando toca a su corazón alguna estrofa perdida de lo que él debía ser como hombre.



Eran situaciones muy perdidas de lo que era, pero esta era otra distinta. Dibujaba y eso bastaba para calmar el fervor de su corazón. Ahora, él caminaba por esa respuesta que latía a la par de sus tristezas; como un vals de tragedias donde sin pareja estaba el buen sentido de la estima, donde el amor solo estaba y nadie le bailaba o le invitaba. Era la hora ya.

Sería un largo día ése. Agotado iba hacia Aurora el hombre llamado Eros. Tan sólo pensaba en la dulce voz de la querida Ciel de sus sueños. Quién diría que el amor sería una gasolina, más allá de un consuelo. Ni las rocas ni los avisos podridos por el tiempo harían que Eros regresase. Ni el agotamiento de sus piernas, ni el frío inhumano de la mañana hacían que parase. ¿Acaso iba desafiante este hombre? ¿Tanto empeño haría que hasta el mismo destino cambiase el rumbo y sus estribos? Todo trae consecuencias, hasta un acto puritano y lleno de inocencia. ¿Cuáles serían las consecuencias de la verdad de Eros? Habría que arriesgar con una moneda y ni así saldría una respuesta.

Faltaba poco ya, se avistaba la entrada del pueblo. Estaba como siempre, viejo pero brillante. Los años desgastaban las casas de madera y las tiendas humildes, pero allí seguían porque la gente vivía y quería. Qué recuerdos le traía ese pueblo a Eros. Ver su letrero asomarse, le hacía su boca torcer. No son recuerdos ni memorables ni agradados los de este joven. Un agrio golpe era el de siempre visitar ese pueblo que nada tenía que ver con sus hechos. Pero aún así, y lo repetía él, valía la pena seguir.

Al final de la única calle de este pueblo, a la izquierda, en esa casa de dos pisos arriba de una colina pequeña, estaba Ciel. La joven de radiante alma y que vendía libros junto a su humilde padre. Madre dejó de tener la dulce Ciel; falleció cuando ella aún era un bebé. Eso no la dejó buscar su felicidad. Sigue siendo el por qué de la vida de su padre que tanto la mimó y sigue mimando. Llegó Eros al pueblo, se paró un rato en el letrero. Nada lo detenía, pero es sólo un hombre, la calma se le exigía.

Unos minutos de aire y que la sangre calmase su recorrido, daño no harían. Entre suspiros, Eros se perfiló a ese camino estrecho... Entre la tienda de casería y el mercado de siempre, por allí el siempre iba a visitar a Ciel, la estrella de sus noches y sus días.

#### Parte IV: *“La Estrella de Dos Hombres”*

¿Por qué alguien vale tanto para una persona? ¿Qué significa el que alguien signifique tanto para una persona? Peligroso es depender de una persona para ser feliz. Peligroso y hermoso es a la vez. Más bello que el amar y ser feliz con los que se aman en verdad, nada es. Más oscuro que el morir porque alguien te da la espalda, nada es. Amar y querer, no son iguales. Uno la adora, y el otro cree que la ama, pero dice que la ama. Es la historia de Ciel Ancora, una mujer que nació y se crió hermosa. Flor de amapola, girasol de verano, rosa de primavera bañada en el rocío de su cabello castaño, hoja de color ocaso que baila al compás del ritmo del otoño, o simple fruto cristalizado en el invierno jocoso, eran algunos de los piropos que lanzaban los muchachos hacia su persona. Ciel era un milagro para el matrimonio que le dio vida. Su padre era fiel a su labor que pasaba de familia en familia. Atendía la tienda de los libros del mundo. Tantos que el pueblo entero tardaría una buena época en leer. Era la pasión y el arte de Livor Ancora, el heredero de semejante tesoro que a los ojos de otros no valía ni para comer un manojo de uvas. Pero ante él valía más que toda una fortuna. Su madre era una mujer reservada y de muy buen porte. Humilde en la pobreza, pero sostenido, pueblo de Aurora. Atendía junto a Livor la biblioteca. Apreciaba el valor de esta igual que su esposo. Su nombre era Aura Tessela. Era una familia que dragaba por su sostenimiento económico, pero su amor era tan sólido que no importaba ya si eran pobres y poderosos, en el pueblo no había ni más ni menos, sólo una clase. Se aprendió a vivir con ello. Ahí estaban ellos, viviendo. Livor amaba a Aura como a nadie. En un día tormentoso y nevoso nació Ciel, y cambió el destino de ambos.

Eran los meses más bellos para ellos. Así como a Aura, a Ciel, Livor la adoraba más a que su vida. Por ellas, él hasta peleaba.

Era un hombre rudo que protegía a sus amados. Pero la vida lo que da lo quita. Lo que viene se va. Es lo primero que pasa cuando se nace, pero que aún no aceptamos ni queremos aceptar. Pasó una tragedia que Livor jamás olvidará y por siempre le pesará... Murió Aura al poco tiempo de Ciel haber nacido. La hermosa madre de una hermosa niña debía ya cruzar la línea de la eternidad. Murió de una enfermedad que ni este pueblo ni otro cercano o más lejano, conoce. Su belleza se esfumó como polvo en el viento. Su piel color leche, se arrugó como una hoja seca por el calor. Un ángel hermoso se tornó en un llanto de dos. Aura dejó de ser Aura, pero por dentro seguía aquel amor. Su cabello cayó, su cálida mirada se apagó. Pobre Livor, pobre Ciel, ahora queda un abrazo que debe por siempre permanecer. Y así es ahora la vida de los Ancora. Livor ama a su hija más que nunca y pide al cielo que no la pierda ni ahora ni nunca. Pasaron 24 años de aquel momento y aún la herida sangra cuando hay silencio. Livor desea la felicidad de Ciel, aún si debía sacrificar su vida. Un hombre que ama vale por cien. Vivía ya por ella, ya no para él.

Él celaba a su Ciel de Eros, el carpintero. Eran amigos de la infancia. Livor sabía la condición de Eros, que estaba solo y vagaba entre los pueblos... ya es un viejo recuerdo. A distancias, Livor lo crió. Desde aquella cabaña, él le daba comida y bebida, lo vestía y bañaba. Entre celos y lástima, ayudó a Eros, siempre con la condición de no visitar, más si jugar con ella, a Ciel.

Padre celoso, ¡qué tormento! Eros, desde pequeño, ya anhelaba crecer al lado de Ciel. Livor prometió a Aura y a su mismo ser que velaría por la felicidad de Ciel. Chocaban dos deseos de dos hombres. Dos hombres que aman valen más que doscientos, más una mujer dorada que vale más que el mismo universo. Era una cómica sátira del viejo protegiendo lo suyo, y el joven buscando ser parte de la vida de “eso” de tal viejo. Ciel, la estrella de dos hombres, ¿eres feliz al lado de un hombre? ¿Serás feliz o ya lo eres con Eros? No le mientas al espejo, que lo que digas se te devuelve sin lamentos. ¿Amará Ciel al corrupto Eros?

¿Merece semejante princesa un soldado que está roto por dentro? Si es feliz con ello, ¿Lívor lidiará con eso? La felicidad que le prometió a su hija le jugará una morisqueta. Una historia que ya estaba escrita, se sigue escribiendo. Ya iba Eros a tocar la puerta de los Ancora, a ver a la princesa de sus bellos sueños.

**Parte V:** *“Esto Que Sueño... Esto Que Me  
Dices...”*

Eros tocó la puerta, tres veces bastaron, para ser exactos. Salió Livor y le miró con fastidio.

-Ciel, aquí llegó Eros, tu amigo- dijo él en tono de molestias.

Eros con la mirada baja y sentimiento de culpa, entró, entre saludos incómodos con Livor y con la pena de ser un visitante prohibido, y buscó donde siempre a Ciel, en la habitación de la misma, esa habitación forrada de inocencia y color lila. En su cama estaba ella, algo agotada según decía. Eros soltó la lengua como serpiente va y se cuela en los trópicos bosques; con entusiasmo le saludó a la joven. Después de un rato de preguntas de siempre, de cómo andaban, qué hacían y qué contaban, Eros le trajo lo que ya llevaba desde mucho rato consigo, la pregunta de por qué, sí, por qué soñó algo así, por más normal que sonase soñar extravagancias.

-Me perturba esto. Me carcome los pensamientos el por qué se destapó mi pasado en un largo desconsuelo. Viví un resumen abstracto de lo que ya viví en 25 años. ¿Qué será? ¿Qué vendrá? ¿Por qué me aqueja tanto un simple sueño? Jamás dormí pensando en ello como para que la mente me jugase una mala broma. Un sueño es un sueño, pero el corazón me golpea al pecho avisando de algo que pasará por mi pasado ya lejano. No sé qué hacer, querida Ciel. En este momento, arde, Ciel. Me arde este pecho frío. Sólo tú sabes mi historia, mi cruda vida. Jamás te pedí ayuda, porque respeto tu pudor y no busco el abuso maltrecho. Pero ahora es distinto; siento que eres la única que me dirá las palabras que van al caso. ¿Tendrás algo para decirme, Ciel?-En desespero preguntaba Eros.

-Calma, hombre necio, calma. Sueño fue y en sueño se quedará. Quizás un mensaje tenga, porque el corazón no miente... Frío o caliente, el corazón tiene honestidad en los momentos serios.

La respuesta vuela por allí, Eros. Bien sabes como yo que el que busca, encuentra. Busca con calma a su debido tiempo. Si es ahora, busca ahora. Si es mañana, mañana será. En tu corazón se alzó el hambre de la verdad. Tu misterio, ése que persigue la cruel soledad. Desde que te conocí, vi cómo la soledad busca que te conviertas como la nieve... Que seas blanco y frío en tu alma. Que no existan colores amorosos en tu persona. Que seas un muerto que vaga entre las sombras, como la nieve que cae en la noche y tapa el verde de las hojas. ¡Recuerda que conmigo cuentas! Yo jamás te dejaré ir solo. Mi padre siempre esta al asomo de adónde voy. Es duro como una roca y sólido en sus decisiones como un arce, pero dentro de él hay confianza en ti, eso lo puedo ver. No temas a que vaya contigo y a que te reproche responsabilidades de un niño. Yo me cuido sola, pues soy hija de un gran hombre. Tu sueño es una meta ahora, es la meta de ver una verdad de la que dudas. Quieres ser otro hombre con mayor envergadura. Quieres ser otro con un color más vivo que el de los paisajes de Europa. Yo confío en eso, Eros. No me digas que temes de nuevo, que no eres un cobarde. ¡Nada de eso! Yo te valoro demasiado, porque veo un ser tierno y amable, más que admirable. Jamás olvides esto que digo.-Decía una Ciel flameante como fogata de viajero.

¿Qué traería consigo estas palabras de Ciel? ¿Viene un mañana con mucho que hacer? Esto lo dije a flor de su piel. No hay más sinceridad que en los ojos de una mujer. Pasaron las horas y Eros ya se había calmado...

## Parte VI: *"Un Temible Permiso"*

Para ayudarle a discernir en sus pensamientos, a tomarlo con calma y sin desperdiciar el aliento, Ciel invitó a Eros a quedarse en su casa durante un tiempo. Eros temía pues sabía que de su padre él no era agrado, pero al verle los ojos entusiasmados a Ciel él accedió a quedarse. Quería compensar la molestia y la estadía colaborando en los quehaceres del hogar. Fuese atendiendo la librería o siquiera limpiando el pórtico de la casa, Eros no quería quedarse como si nada. Sólo es un acuerdo, eso es todo. La dueña de la casa no es Ciel sino su padre. ¿Cómo lo tomaría tal personaje? ¿Livor dejaría que se quedara en la privacidad de su hogar un muchacho como Eros? A pesar de ayudarlo en sus tormentos, Livor sabía que él era muy complejo para dejar que se encariñe con su hija. Es un hombre terco y, a veces, ignorante de las consecuencias de sus actos. Puede que se exceda si lo expulsa de sus aposentos, pero quizás arriesgue mucho la seguridad de su pequeña Ciel bajo la compañía de una bomba de tiempo como Eros. Eran sus pensamientos y sus asuntos. Livor, quizás, en un futuro, aprenda a no opinar en la vida de los otros, no antes de opinar de los escombros que arrastra en la de él mismo.

Y así fueron Ciel y Eros, como niños un tanto ilusos y un tanto necios o perseverantes. Ciel quería a Eros en la casa para ayudarlo en su vida.

-Padre, he de pedirte un favor enorme. Estate atento. Quiero que me escuches. Eros viene con un aire más denso; vino angustiado con algunos sucesos. Lo ideal es que se quede acá un tiempo. Necesita compañía, ¡ahora, más que nunca! Te lo pido de nuevo, padre, que yo sé que eres el mejor hombre de este mundo. Posees un corazón tan limpio como las aguas nórdicas, y miras a las personas desde adentro, en su alma. Sabes que Eros atraviesa



por malos momentos desde muy pequeño. Quiero que se quede, padre-Muy astutamente dijo Ciel.

Jugando con las palabras pudiese lograrlo convencer. Eros sólo miraba un tanto impresionado de cómo una persona hablaba casi con el corazón en sus manos. Realmente él era importante para ella, ¿era amor?

-Calma, Ciel, calma. No apresures tus palabras que nadie tiene un arma en tus sienes y no hay que presione un gatillo. Conozco a este muchacho, pues le he brindado mi mano en auxilio. Miro tu cara y veo mucha fortaleza, hija. ¡Cómo me cuesta negarte algo! Hasta en estas situaciones donde ni un pájaro a esta casa ha llegado a quedarse. Sólo porque es tu buen amigo y nada más. Eros se podrá quedar, entonces. ¿Qué quiere compensarlo? ¡Compensación habrá! Bastante ayuda necesito en estos días. Hay muchos libros por allí que necesitan acomodo. Y no olvidar las ramas muertas que están tendidas a lo largo de las afueras de la casa. Y quién sabe qué más cosas necesiten trabajo, ya se me irán ocurriendo. Pero esto te digo, hija y a ti también Eros, que no quiero juegos raros ni abuso de confianza, ¡pues a la primera morisqueta he de sacarte a patadas! Y no dudes de mi palabra que yo la cumplo. Soy un hombre honrado, pero cumplido. Fueses el mejor amigo o la mascota, yo no dudo en sacarte si deshonoras los valores de mi casa. Sólo advierto, no temas sino has de temer a algo. Ya he dicho y hablo claro. Allá está un sofá bien acomodado, podrás dormir allí sin amargura.

Y así fijó las reglas el viejo Livor. En el tono agri dulce de alegrar a su niña, pero de recibir la visita de un muchacho que aún no conoce como debe, Livor vigilará como dueño de un faro a su hija. Teme porque Eros le meta malas cosas en su cabeza. Sí, duda de la madurez de Ciel. Qué ironía. Qué karma. Un padre cegado por el miedo de una herida que no nace. Cuidar demasiado a tal hija puede cobrar una factura incobrable.

Que aprenda Livor con lo que se avecina. Que aprenda bien este hombre, que en su corazón el amor se pega como sanguijuelas a la piel. Debe dejarla ir algún día, sea con Eros u otro caballero. Un permiso claro y conciso. ¿Qué será de esta afortunada y desafortunada visita? ¿Qué aprenderán cada uno de la compañía del otro? El permiso no es temible, más sí lo que conlleva. Ya verán qué hablan estas palabras a su momento...

Mientras tanto, Ciel fascinada tomó en sus brazos a Eros. Este andaba impresionado de ser recibido en su hogar. ¿Cuántas cosas no se dirían? ¿Cuántas cosas más no compartirían? Hay que disfrutar estos días.

## Parte VII: *“Buenas Noches, Princesa...”*

Ya eran las 9 de la noche y todavía se sentía la emoción de Ciel por la compañía de Eros. Él por dentro también lo estaba, pero su timidez realmente lo pintaba por fuera como témpano de hielo. Era la hora de comer la cena. No había más que pan, pescado y agua. El pueblo era pobre e inválido de recursos. No importaba mientras comiesen... Estaban los tres en la mesa. No había mucho de qué hablar delante del señor Livor. Ciel, preocupada, quería romper el silencio y se dispuso a conversar con su padre para abrir camino a una conversación.

-Padre, ¿y qué has hecho? Hoy la gente estaba como la paja que rueda por el desierto, muerta. ¿Nadie quiso ir a por un buen libro?

Livor, con una semi sonrisa, le respondió de manera cortada que no había ni un turista confundido de dirección. Que la temporada era muerta, pues no era la ocasión. Mucha gente conocía al honrado Livor y le compraba los libros por el ocio de la zona y porque era ya tradición fascinarse con dichosos textos. Era un semestre bajo y apagado el de ahora.

Eros miraba a Livor un poco apenado, aún. El muchacho se digna a hablarle de frente. ¡Qué osadía!

-Don Livor, disculpe mi atrevimiento. Viendo su rostro bien maltrecho, quisiese ayudarle a mejorar el negocio suyo. Más allá de los libros y de la costumbre del pueblo, quizá el ir al pueblo de Coryza a por verduras beneficiase su economía. Sólo sugiero, no lo tome por frescura ni porque yo me crea un genio. Desde hace mucho he de querer pagarle lo que por mí ha hecho. Desde hace mucho ya quiero devolverle la luz que en mí se ha sembrado. Y si se fija bien, el pueblo atraviesa falta de comida. Sólo mire lo que hay: pan y pescado. Es como si se tratase de un atentado a nuestros derechos. Vamos, don Livor, que yo viajaría a por ellos.

Y así se planteó Eros. El hombre no hablaba, pero cuando hablaba sólo quedaba un silencio de asombro, pues no decía cualquier cosa. Todo lo pensaba y lo pensaba coherentemente. No es que sea un ser súper inteligente, pero sabía qué palabras usar y cómo darles valor. Eros no era cualquier señor.

-Yo soy fiel servidor al negocio de la familia, jovenzuelo. Comprenda ahora que no hay un luego. Se caiga la casa, que la nieve sea mi suelo, no importa, pues mis ancestros han sacrificado mucho para que yo traicione lo que han hecho. Se ganó la reputación de un establecimiento, y más allá, la de una familia que viajaba por continentes en busca de diversos libros que guardan conocimientos del mundo. Que la gente coma lo que haya, pero lo que lee no estaría en cualquier lado. El conocimiento vale mucho más de lo que vale cualquier verdura o cualquier pescado, Eros. Ya es hora de ir a la cama. Vamos ahora que hay un largo mañana-sentenció el terco de Livor.

Comieron y fueron a conciliar el sueño. Ciel se veía molesta y preocupada, pues su padre no era cualquier cosa. No era una piedra fácil de demoler. Las decisiones de él son más rígidas que el acero terso como un puente. Pensaba ella en qué podía hacer. Sabía que no se podían más sostener, no con la librería y ya. Qué martirio es la soberbia de un hombre que se afina en el honor de papel y la dignidad de cartón. Ciel lo quería convencer, porque algo que ella aprendió es que Eros cuando sugiere, sugiere de buena fe. Y a pocas se equivoca este joven, sabe lo que dice y de eso conoce. Ciel confía en Eros como el colibrí confía en una flor. No se durmieron ninguno de los dos; Eros preocupado con el futuro de esos dos, la mujer que su mano le tendió y el hombre que le crió. Ciel preocupada por el padre que está preso en lo que su lengua envenena. ¿Qué se puede hacer?

Eros no podía dormir, se abrigó y se salió a contemplar la aurora boreal de la noche. En su misticismo conciliaba un poco de paz ante las tormentas del día. No esperaba que Ciel estuviese afuera

también. Parece que en sus ojos miraba la misma magia de la aurora...

-¿Mirando el baile de los colores, Ciel?-pregunta un curioso Eros.

-Sí, y vaya danza tan hermosa la que estoy viendo. Esto y la escasa lluvia del atardecer son las amigas que me entienden en estos momentos. Ya sabes cómo es mi terco padre, pero esto es enserio. Peligra la casa. Peligra nuestro techo. El pueblo cojea en dinero y en su sustento. ¿Cómo mostrarle que el producir en otras cosas no traiciona lo que la familia ya ha hecho? Tengo miedo por él, mi querido Eros...-temía Ciel.

Esto es nuevo. La mujer más valiente que había conocido este muchacho. Si ella temía, ¿qué quedaba para el resto? Pan y agua, tal vez. Pan duro y seco y agua amarga como una cáscara de limón. Es peligroso dejar solo a un hombre como Livor. Tan terco. Tan débil.

Y ambos se sentaron en la melodía del viento. Miraban ya callados el baile de la aurora y el titilar de las estrellas nocturnas. El pueblo tenía una joya escondida y era esto. Qué bello es el universo.

-No sé cómo ni cuándo. Mucho menos si temo o si soy capaz. Algo se me ocurrirá, Ciel. Algo se me ocurrirá. Si un pez nada en el misterio del océano. Si una hoja se aventura en los siete vientos. Si un gusano se duerme y se convierte en la mariposa que surca los cielos, yo también puedo. Confío y afirmo que puedo. Dame tiempo, sólo eso quiero. Coryza queda a 2 días de acá. Si me preparo como es debido, podré ir hasta allá. Dame tiempo, sólo eso necesito. Allá abunda lo que acá falta. Trabajaré para tu padre y de lo que yo gane compraré lo que aquí falte. No será el pueblo entero, pero es un comienzo, Ciel-seguro y atrevido hablaba este Eros.

Tiempo pedía y quizá se le daría, no sería cosa de Ciel sino del divino destino. Un deseo se consume al tiempo que muere y nace

otro... El destino bien lo sabe y no conviene que el hombre se imponga en su suciedad sobre este. El destino manda sobre el hombre y le quita lo que a este le llegue para decir quién manda y quién impone. Debe cuidarse Eros de esta regla. No cuidarse él, también a Livor y a Ciel.

Una Ciel alegre y sarcástica le dice al joven:

-Eres como mi padre, querido Eros. Necio y más necio aún. Pero a falta de un necio, no importa que haya dos. Sé que yo no te puedo detener ni te puedo convencer de otra cosa. Si te digo algo, igual escaparías en una madrugada. No me lo preguntas ni me lo sugieres, tú me lo dices porque ya lo has decidido. Me preocupa el camino que has escogido, pues a diferencia de tu cabaña a este pueblo, éste es más peligroso. Hay barrancos y montañas para atravesar. Hay bandidos que no tienen más que sino esperar al bondadoso que recorra tal camino. Sólo te pido, te exijo y te digo que te guardes como una perla en su concha. Que te cuides de las maldades de ese recorrido. Que no te apures que guardes la calma. Que cansancio habrá si te exiges más de lo debido. No me angusties más de lo que ya estoy, Eros. Toma el tiempo necesario, he dicho...

Después de semejante sermón, Eros simplemente se sentó a mirar el cielo. En un gesto, como si tratase de sonreír, sólo este joven puede decir un “acepto” sin retos ni arrebatos. A una mujer no se le contradice este contrato, sino el infierno se desata desde lo más mundano.

-¿Y me pides calma con este escándalo? Vamos, Ciel, que yo me sé cuidar. Aprecio tu caridad y orden, sí, yo me cuidaré más de lo que un ave cuida a sus críos. Yo me guío de las estrellas y me arropa el manto de la aurora que danza sobre nuestro techo. Yo tengo viveza y frialdad al momento de escapar de la maldad. Yo me resguardaré en el bosque, en una casa abandonada o me esconderé en la misma sociedad. Pero he de ayudar a tu casa, a tu padre y quiero honrar a tu madre. Y te pido tiempo, porque

tardará un poco. Gracias por tu confianza, querida, que yo traeré hasta acá la alegría.

Ciel lo mira y se ríe. Le abraza y le toma la mano, como mujer audaz y cálida. Tose un poco ella con aspereza, quizás sea el frío de la medianoche que no es apto para cualquiera.

-Ya es tarde, Eros, deberíamos dormir. Soluciones hay en la vida, sólo hay que seguir y seguir. Tiempo te daré para que te prepares acá y salgas al mundo a probar que aún hay hombres de verdad. Abrígate bien y come todos los días de esta prueba. Necesitarás fortaleza. Sabes bien que deseo acompañarte. No quiero abandonarte, pero sabes bien cómo es mi padre. Mejor aseguro el puesto acá y le vigilo. No está animado como antes y ya eso es trabajo mío. Me alegraste un poco la noche, es un comienzo para el resto de los días. Quiero disfrutar de esta tu compañía, Eros. La vida da muchas vueltas y hay que disfrutarlo todo lo bueno; eso aprendí de mi dulce madre que está allá arriba en la danza de la aurora en este momento... Allá arriba... No queda nada más, ¿verdad?... Vayamos a dormir, repito. Buenas noches, querido Eros.

Ciel agachó una sonrisa de primavera y entró su deprimido invierno. Cuánto extraña a su madre la dulce Ciel, y Eros lo sabe bien.

Mirándola impotente y prometido, un Eros enamorado sólo le dice a esta damisela:

-No te preocupes, te digo, Ciel, porque siempre hay un mañana para vencer. Te prometo miles de alegrías así sacrifique la que es mía y que no tengo. Te prometo la paz y la armonía. Buenas noches, princesa (susurra)...

## Parte VIII: *“Un Eros Hogareño”*

Amanecía el primer día de Eros en casa de los Ancora. Ya eran las seis de la mañana y todos estaban levantados. Sería un día duro, pues Eros ayudaría en los quehaceres a don Livor quien necesitaba de una mano en su auxilio. Se aseó, comió y se abrigó Eros para talar algunos árboles secos que estaban atrás. Faltaba la leña y el frío estaba que molía los huesos. No había suficientes guantes y Eros carecía de ellos. Buscó el hacha y tomó fuerza. Empezó con calma, ya que el trabajo no era cualquiera. Estaba Livor observando a lo lejos, desde una ventana con risa de malévolo.

-No es tarea fácil la que le he encargado. Veamos cuánto dura este muchacho. Me culparé si falla, y no es que me contradiga o me dé lástima, sino que si ha de él quedarse en mi casa, deberá ganarse la confianza. Veo cosas buenas y cosas malas en él. Veo que es un buen muchacho que ha sufrido, eso ya lo sé bien. Pero hay ira porque ellos no están, porque los que le trajeron a este mundo con vida ya no están. Veamos cómo lo toma este Eros que tanto ha callado. Si explota con las dificultades de la vida, no será para Ciel el indicado.

Soltó en su soledad don Livor, que mostró que no estaba tan ciego como pinta, que sí sabía algo, pero desconocía de lo otro. ¿Será que Eros en su silencio guarda un mar rojo? ¿O tal vez calla el llanto de un niño que está roto? Por romper los leños y quemarlo al fuego, no se sabrá tal cosa. Quizá haya pistas o un espejismo. No era el momento de saberlo, sólo quedaba cortar el leño para Eros.

Estaba Eros ya con una pila de leños, bien cortados en el tamaño perfecto. Eran ya las ocho y media de la mañana y



cansado estaba ya el hombre, no es fácil cortar con el frío hasta en los huesos.

-Olvidé lo dificultoso de este asunto. No me hacía falta cortar troncos para la leña, pues hacía fuego con los escombros del trabajo; las sobras de madera de mis obras para el pueblo. No puedo creer que ya mis manos estén gastando su último suspiro, y aún queda día para rato y para seguir trabajando... Queda un árbol para seguir talando. ¡Qué martirio!

Aquejaba el pobre de Eros en sus balbuceos de niño. Mientras tanto, Ciel estaba en el pueblo haciendo un par de compras para el poco sustento. Fue al mercadillo.

-Habrán pan para la tarde-le dijeron. Fue a donde don Piscor Lacus por el pescado de siempre, sólo era suerte, ya que allí consiguió lo que esperaba. Pero poco a poco ella ya lo notaba, el pueblo se quedaba sin recursos ni comida, ¡como si se extinguiese una fogata!

Iba aliviada ya Ciel porque hoy comerían otro poco más. Regresando a casa, escuchaba desde lo lejos el cómo Livor ordenaba a Eros como si fuese sirviente y él el Clero. Pasó media hora desde que terminó con los leños y ya limpiaba la cocina con bastante empeño.

-Por acá y por allá. Arriba y abajo. No es ahí es aquí. No es así, se hace así-era lo que se escuchaba en la voz de don Livor. De Eros, cómicamente se oía un “¿así?, ¿así está bien, don Livor?”. Era una sátira o una tragedia. Ciel sólo se reía un poco, pero atenta a que no se abusara de buen augurio.

Terminó con la cocina. Barrió la sala. Se encargó de los dos únicos cuartos, el de Ciel y el de Livor. Limpió el pórtico y el patio pequeño. Acomodó aquellos humildes muebles: el sofá añejo, y la mesa hecha con tronquillos del árbol muerto de atrás. ¡Qué cansado estaba ya este joven! Jamás en su existencia había hecho tanto, y él era solitario y carpintero encargado de las complacencias del pueblo. Lo exprimió en el primer día don

Livor. Ciel le ayudó con esto y aquello, pero no era suficiente para este agotamiento.

-¡Vamos, Eros, que no fue nada! ¡Esto fue el comienzo!”- Decía en tono burlón el bravucón de Livor.

-¡Padre, basta ya! Qué este hombre no es ningún obrero ni esclavo de la sociedad. Baja tus humos ahora, que no se alcen más nunca. Serás mi padre, pero no he de permitir abusos en esta casa, sea tuya o del alcalde. Eros cumple como visitante, tú cumple con buen dueño de este techo- Retó Ciel a su mismo padre.

Ciel era justa hasta con los injustos, como buen hijo de su madre. En silencio quedó Livor. Y le miró algo enojado, pero también apenado.

-Reconozco mi pecado, hija. Perdóname, Eros, fue una falta mía. Me cegué en las necesidades y me encomendé a un abuso. Tú cumpliste tu parte del día, yo he de compensarte con algo aparte, además del hospedaje de estos días, he de darte algo merecido. Toma estas monedas, no es mucho, pero con esto te has ganado tus obras cumplidas.

Eros le miró asombrado, y un “gracias, don Livor, no es nada” salió de sus labios.

-Toma muchacho, que yo insisto. Tómallo ya, que para algo servirá a futuro-Reclamó Livor a Eros.

Ciel ya estaba más contenta de ver que un lazo está resurgiendo entre ellos.

-Estoy curioso, y quiero saber de dónde has aprendido el cómo cuidar un hogar, Eros. Una cosa es hacerlo porque estas allá en tu cabaña sin ayuda, pero hacerlo bien hecho es otra cosa muy dudosa, y quiero saberlo.

Eros, tímido, le responde a Livor:

-Aprendí errando, don Livor. Aprendí errando. No sabe cuánto desastre hice irónicamente limpiando mi hogar. Visitando este pueblo para traer las obras en madera que yo hago, me han

aconsejado cómo hacer tanto y pues aprendí mediante ello. Sin ánimos de egocentrismos, parece que se me está dando hacer esto.

-Entonces, eres la clase de hombre que se les da las cosas del hogar. Ni mi padre hacía bien esto en sus comienzos, ¿no es así?

Comentaba la bella Ciel en el sofá a Eros, mientras que su padre, en aires de orgullo, negaba lo que era cierto. Y sólo risas se escuchaban.

Era el primer día ya era de noche, Eros terminó sus labores y comieron el pescado de la mañana y el pan que buscó Ciel ya a horas de la tarde. Era el primer día de Eros en casa de la familia Ancora, y se le estaba dando el aire de hombre hogareño. Poco a poco se gana la confianza de Livor y también el cariño infinito de su hermosa Ciel, a la que ama en secreto.

## Parte IX: “*Él es Athan Lucerna*”

Era una mañana más en Aurora. Livor se levantó más temprano que los otros para acomodar cajas de libros que tenía acumulados en la librería. Eros se despertó al rato, y lo primero que vio fueron las monedas que Livor le había dado por sus trabajos de ayer. Recordó lo que le prometió a Ciel, cosa que le hizo sacarse el sueño de encima en un simple santiamén. Se fue a duchar en el pequeño baño que había. No era fácil, pues había que encender unos leños para calentar la gélida agua... Le tomó diez minutos aquello, y se dispuso a tomar su baño.

-¿Cuánto necesitaré para dicha travesía? No será fácil. No será agradable siquiera. Aquel camino a Coryza es oscuro y peligroso. Las ventiscas de las noches pueden triturar los huesos hasta del más hombre. Es de valor y agallas, si es necesario, tenerlas el doble. Son dos montañas de por medio, aquella cueva donde se pierde cualquier viajero y ese bosque tapado por la dura nieve. Por allí han de esconderse los malhechores; los más necesitados de comida como para matar por ella. Es de tener cuidado... siento que solo yo no podré. Esto es por don Livor y por Ciel-Se decía a sí mismo Eros, pensando en lo que necesitaría consigo para asumir aquel duelo.

Solo no podrá, dice. Y es así, solo no podrá. Nadie, ni con la mejor arma, sobrevive sino ha de saberse preparar, y no sólo eso, sino saber usar los recursos. Saberse guiar con la naturaleza y respetarle los acuerdos.

Se terminó de duchar Eros y fue a tomar el desayuno con Ciel.

-¿Dónde está don Livor?-preguntó Eros.

-Fue a atender la librería. Tiene muchos libros faltos de acomodo en las estanterías. Vendrá al medio día, no te preocupes, Eros.

Al estar la casa arreglada desde ayer, Ciel le pidió a Eros acompañarle a caminar un rato. A conversar sobre eso que se dejó aquella noche donde había un Eros necesitado de respuestas. Decidieron visitar al pie de monte de la montaña Primavera. Era un camino calmado y corto, era suficiente para iniciar la conversación.

-¿Y cómo te sientes ahora?-eso fue lo primero para abrir el corazón de Eros.

-He de confesar que estoy más calmado a cuando llegué. La soledad que golpeaba a mi puerta en mi cabaña, ésa que se acumulaba en mi corazón, eso debía ser, supongo... La duda está allí, quiero admitir, pero siento que se responderá sola cuando venga el momento. Quiero saber quién soy y adónde voy.

Ya Eros lo dijo claramente. El sueño, sueño fue. Hay un mensaje, puede ser, pero tal mensaje será develado cuando sea el instante correcto, así debe ser.

-Me sorprende este ímpetu tuyo. Te noto más sereno y más consciente, Eros. Este tiempo en el que estás acá te ha ayudado. Faltan días, desde luego, y quedan más aún, pero ¿estarás listo para cuando se acabe esta rehabilitación de tu alma? La vida sigue, Eros, y hay que ser fuertes para llevar el velero en la tormenta. Se crece y se vive, tú sabes bien de ello. Algún día no lo entenderás, lo vivirás.

Eros, al escuchar esto, quedó pensativo de tales palabras. ¿Qué pasará cuando pase este buen momento? ¿Volverá a ese viejo tormento? Depende del mismo Eros lo que suceda.

-No sé qué traerá el futuro, Ciel, no lo sé. Sólo quiero disfrutar este momento. Mira cómo se rinden los árboles ante la montaña; yo no quiero ser árbol, quiero ser la montaña-Sólo eso pudo alcanzar a decir Eros.

Sabe que no será fácil. No se trata de estar de ayudante o de escapar de sus problemas, es que no existe paraíso en una

tormenta, o es la tormenta o es el paraíso, y Eros vive en una tormenta de muchos años. Es lo que hay detrás de un sueño, lo que hay detrás de un hombre...

Iban llegando al pie de monte, cerca quedaba una pequeña laguna, dentro del bosque.

-Vayamos a la laguna-sugería Ciel.

Fueron y todo estaba solo, pensaban ellos. Al llegar, vieron a un muchacho sentado a la orilla. Con cautela, fueron despacio a ver de quién se trataba. Aquel hombre se voltea y pregunta:

-¿Quién anda allí?

Ciel, al verlo detalladamente, sabía quién era. Se alegró y fue con Eros hacia la laguna.

-Pero si es la pequeña Ciel Ancora. ¿Qué tal, linda? ¡Me diste un susto!-Dijo este joven.

-No te alarmes, que vengo de paseo, Athan. Recordé que gustas de pasar horas acá mirando los peces salir a flote.

-Recuerda, Ciel, que era nuestro pasatiempo favorito de más pequeños, quizás sea distinto para ti, pero sigo siendo un niño por dentro. Me gustaría una humilde presentación, Ciel. ¿Quién este hombre que te acompaña?

Sin esperar a que hablase Ciel y les presentara, la molestia se la tomó Eros, que sin fijarse, ya confianza estaba adquiriendo.

-Mi nombre es Eros Solus, soy buen amigo de la infancia de Ciel. Un gusto.

-Me llamo Athan Lucerna. El gusto es mío, amigo. ¿Con que amigos de la infancia? No sabía de ti. También conozco a Ciel desde niños, como podrás ver.

-Eros vive hacia las afueras del pueblo, Athan. Desde pequeño sólo él venía, en compañía de mi padre. Es una historia larga-decía Ciel, sin profundizar por lo que era obvio. La vida de Eros era cicatrizada.

-No te preocupes. Pasado es pasado, Ciel-salvo Athan sabiendo que eso no lo debía saber.

Se quedaron un tiempo en la laguna. Conversaron mucho. Estaban los tres ya de regreso, juntos, y Athan era un muchacho algo fresco y arrogante. “A pesar de que vivimos en Aurora, mi padre es dueño de una tienda en Coryza. Mediante ella, nos mantenemos, pues es una tienda de mercado. No como el de acá que es un chiquero. Aquella de mi padre sí es una verdadera tienda llena de muchas variedades de buena calidad. Estudio por un tutor que proviene de la ciudad de Aquilo. Siempre me ha gustado lo mejor de lo mejor, y busco ser el mejor de los mejores. Quiero ser el mejor administrador de entre los pueblos y las ciudades. Sólo que mientras ayudo a mi padre con el negocio. ¿Y tú qué haces para ganarte la vida?-le pregunta a Eros, entre sus aires de grandeza.

-Yo simplemente soy un carpintero. Elaboro puertas, mesas, sillas, camas, y cualquier detalle o arreglo. No es algo rimbombante, ni gigantesco, pero me basta para sobrevivir y mantenerme con lo necesario.

-¿Pero tú has estudiado, Eros? ¿No buscas algo mejor que eso?

-No me he instruido como se debe. La vida mía ha sido dura, Athan, y ser carpintero me basta por ahora. La costumbre suele crear una estructura de filosofías, y esta es la mía. Algún día seré algo más, depende de mí. Pero por ahora me basta y sólo eso puedo decir-Respondía un tanto obstinado Eros de este arrogante.

Ciel sólo lidiaba con ambos y precavida equilibraba los humos.

Athan les invitó a comer en su hogar. Era una cabaña bien acomodada. Tenía sus lujos y mostraba de qué hablar en el pueblo, no era sorpresa siendo Athan hijo del más rico de este pueblo cegado en tinieblas. Comieron con lujo un asado. No era pan ni pescado. Vino en vez de agua. Eros estaba cautivado, se le veía en el rostro; parecía un niño en una dulcería. Athan sólo se reía y preguntaba:

-¿Te gusta esto?, ¿te gusta aquello? Mi padre lo obtuvo en mejores años u otros.

Era como un regalo del cielo para Athan que llegase un pordiosero, según le miraba, a su hogar. Se vacilaba cada palabra en tonos de grandeza y de que no había mejores cosas, nada lo había sino esto que el tenía. Ciel ya notaba estas actitudes y estaba enojada. Ni hablar de Eros que ya se sentía incómodo y quería regresar a la casa. Seguían conversando, ya era de noche y debían volver. Athan era testarudo y quería que se quedasen un rato más, pero ya no más... Debían volver con un Livor en espera de qué había para comer.

-Toma, quedó esto en la cocina. Sobró asado, llévaselo a tu buen padre, Ciel. Y no digas que no, yo insisto.

En vista de que Ciel sólo quería largarse, aceptó.

-Muchas gracias, Athan. Te lo agradezco-Fingidamente dijo Ciel.

Iban de salida Eros y Ciel, cuando Athan pidió quedarse un rato con Eros. En vista de ello, Eros miró a Ciel, como si estuviese contra la espada y la pared. Preguntó a Ciel si podía o no.

-¡Ni que fueses mascota mía!-le dijo a Eros.

Ciel fue a su casa un tanto enojada, y Eros se quedó a charlar un tiempo con Athan.

-Hablemos ahora seriamente- dijo Athan.

Eros se sorprende y se extraña. ¿Por qué este tipo viene con esta pinta a hablarle a Eros que apenas le va conociendo?

-¿Te gusta Ciel, amigo Eros?-fue lo primero, y bastante punzante.

-No hay nada más allá de la amistad, Athan, eso puedo asegurar. Si me adviertes o es simplemente curiosidad, he de decir que no pasa nada. Baja la guardia-Decía serenamente Eros. Athan, venenosamente negó esto:

-No mientas, Eros, sino iremos mal, confieso. Veo en tus ojos que hay amor hacia aquella dama. Son amigos, pero deseas algo



más, ¿no es así? Una mujer como ella no ha de merecer a un carpintero como hombre que le acompañe de por vida. Soy claro, Eros, y hay que admitirlo, tú no eres nada en este mundo. Apenas te conozco y lo deduzco rápidamente. Lo sabes ya y siempre lo has sabido. Ciel está allí por lástima. ¿Qué fuese tu amigo en tus peores momentos? ¿Qué te dice eso, que son amigos del alma? ¡Es lástima, hombre! Te diré quién merece estar con ella, así es, yo soy ése. Soy culto y consciente de lo que nos rodea en este cruel mundo. Tengo lo necesario para estar con ella, y punto, amigo.

Explotó en cólera Athan y se puso el ambiente negro. Eros no dijo nada en unos segundos, sólo le miró hizo una mueca en sentido de risa seca y le dio un puñetazo en todo el rostro; Athan cayó al suelo como un saco de papas y quedó en shock sin respuestas inmediatas, sólo miraba, desde el suelo, a Eros. ¿Será que por fin explotó el Eros que siente hasta la ira? Sólo alcanzó a decir:

-Lo que sienta yo o haga no es de tu incumbencia, Athan. Mi vida la he de vivir yo, y tú la tuya. Si has de merecer o no estar con Ciel, es cosa de la vida. Ella es quien elige, el que conviene va por lo que le conviene. Deja que la vida te enseñe. Gracias por el asado he de marcharme.

Athan pretendía una pelea, pero llegó su padre en el momento justo en su caballo. Sólo se levantó y vio cómo Eros se marchaba a casa de Ciel. Empezó a nevar y ya eran las diez...

## Parte X: *“Aves de Papel”*

Llegó Eros a la casa. Estaba Ciel en su habitación, con la puerta entre abierta, mirando a la ventana, y esperando a Eros. Entró sigilosamente a la casa, y se asomó Ciel y le llamó:

-¿Qué hacías que has tardado tanto? ¿Qué no sabes que no es hora de estar afuera bebiendo tragos?

-Sólo conversaba con Athan en su pórtico, Ciel. No bebimos más allá de una copa de vino, y pues no quería seguirle el juego. Sé qué hora es y pues aquí estoy de nuevo.

Ciel no estaba satisfecha. Veía en los ojos de Eros alguna rabieta o algún infortunio. ¿Qué pasó con Athan? Ésa es la pregunta. Athan después de aquel drama, simplemente se volvió a su hogar; se acostó pensando en cómo a Eros dañar. La maldad de un egoísta suele ser más fuerte que la de cualquiera, ya que resulta de la maldad del hombre y la maldad propia del egoísmo, las dos juntas hacen un coctel de muertos.

-¡Nadie se atreve a ponerme una mano encima y puede irse así como él lo hizo! ¿Cómo se atreve este ignorante? ¡¿Cómo se atreve en mi propia casa?! Esto es de vengarme. Atacaré por donde más duele... Mis palabras harán cambiar la mente de Ciel con respecto a él. Sembraré cizaña donde hubo miel. ¡Le robaré la alegría a este ser!-Exclamaba Athan en su habitación, en aquella nocturna de desesperación. ¿De qué sería capaz este hombre?

Era una mañana más en la casa Ancora. Livor estaba afuera estirando las piernas, Eros y Ciel lavaban los platos del desayuno

y se alistaban para ayudar en los trabajos diurnos. Le toca a Eros acompañar a Livor a la librería. Debía terminar lo que Livor no culminó ayer. Quedaban algunos libros para ordenar en la estantería, y cajas por despachar.

-Recuerdo un poco este lugar-dijo Eros.

-Es un lugar inolvidable, incluso para ti. Acá solíamos jugar hasta caer, ¿recuerdas, Eros? Eran tiempos mejores y de buen crecer. Entre los estantes jugábamos y nos escondíamos. Eran bellos tiempos-decía una emotiva Ciel.

Al parecer, aquellos tiempos están de vuelta. A pesar de que Eros no recuerde lo que alguna vez eso era. No importa ni importará, sólo vale este momento, ahora. Estaba ya Eros acomodando ciertos libros en donde correspondían, entonces, cayó un libro desde la parte más alta, la que está más arriba. Eros lo levantó y sacudió. Vio la cubierta y era, al parecer, un cuento de niños. Se llamaba “Aves de Papel”, parecía algo extraño, puesto que su contenido era muy corto.

“Erase tres aves de papel. Estaba el cisne. Tenía un color rosado muy pálido. Este decía que su sueño era sentir el agua, y que quería nadar en la laguna más pura del mundo, ésa donde los cisnes reales pudiesen contemplar su magnificencia mientras surcaba aquellas aguas. La segunda, la guacamaya, le decía al cisne que no cumpliría tal cosa. Que el agua la rompería toda. No duraría ni cinco segundos cuando ya el agua le arrugue su cuerpo. Más bien era de mejor pensamiento el desear, así como ella en su sueño, que se pudiese lograr el simple hecho de comer frutas. Comer era lo más hermoso del mundo; probar todas las frutas de los trópicos y morir con un estómago lleno hasta el desborde. El cisne se rió del guacamayo y le dijo que era imposible. ¿Con qué pico masticaría? ¿Ése de papel? ¡Más bien se lo rompería! Y si era

de probar cualquier fruto, que se olvide de ello, pues no lograría ni mascar la cáscara. Era de papel, ni estómago tenía. Sólo se mancharía del fruto y se lo comerían las hormigas. Quedaba una, era la paloma. Era simple y blanca. Susurró su sueño que era el de volar. Quería mirar toda la tierra desde el tope del mismo. Quería sentir la brisa en el rostro y que las alas sombrearan a los pueblos del mundo.

El cisne y el guacamayo, ambos se rieron de la paloma. Que era imposible, pues alas de verdad no tenía. El papel sólo iba y venía, más no volaba tan alto, y si era de alcanzar el cielo, moriría con los ventarrones. Entonces, la paloma agachó la mirada y se entristeció, sólo decía que sí se podía si se lograba, más allá de soñar. Llegó el dueño de las tres aves, ¡quería jugar!

Se llevó al cisne a un pequeño charco frente a su hogar. Qué arrogante estaba el cisne, pues lo pudo lograr... No duró ni cinco segundos esta pobre ave. A penas su asombro se logró componer, y hasta allí llegó esta ave de papel. La guacamaya se le colocó en una pequeña rama, simulando que estaba en la selva, había un tazón de frutas cerca y con el antojo desnudo quería probar un poco de aquellas fresas.

-¡Voy a por una!-dijo extasiado.

Pero la pobre tropezó y cayó en ese tazón de frutas. Se ahogó entre tanta fresa, se arrugó toda de ese néctar. Quedaba el niño con la paloma. Este se sonrió y le dijo:

-Ve y vuela. Se libre, blanca paloma.

La paloma de papel surcaba los cielos. Desde sus alas hasta su pequeña cara, en todo su cuerpo se sentía el viento. No importaba si era de papel, alcanzó su sueño. Siempre lo deseó sin

burlarse de aquellos. Aún vuela aquella paloma que logró surcar aquellos bellos cielos...”

Era este cuento añejo el cual se topó Eros. Le gustó mucho, pues se identificaba con el tema.

-Don Livor, Ciel, miren lo que me topé. Me conseguí este cuento mientras acomodaba los libros de historia. Estaba lleno de polvo y en descuido. Se llama Aves de Papel, tiene un bonito contenido.

-Vaya, vaya, pero ya ni lo recordaba. Es el cuento favorito de mi pequeña. Se lo leía noche y día. Es un cuento corto y peculiar, pero guarda hermosos secretos, dependiendo del ojo que le lea. Mira, mi Ciel, tantos años y aún sigue con vida este libro-decía gustoso don Livor.

-¡No puede ser! Es mi amado cuento de niños. ¿Cómo es que paró en ese crudo lugar? ¿Cuál habrá sido mi descuido? Muchas gracias, Eros. Cuánto he de quererte ahora que me has traído un viejo amigo.

Eros, sonrojado, sólo decía un torpe “de nada”. Livor apreciaba que estaba más errado que acertado. Eros era inocente de aquellos pecados de la infancia. No tenía culpa y quería dragar sus sombras. Livor miró a Eros un poco con ternura, pues quería ahora darle bien la mano y no soltarle nunca. Ayudó mucho Eros y mostró buen corazón. Livor lo notó. Poco a poco se fue abriendo don Livor a la presencia de Eros. Cosas buenas vendrían en esta familia que ahora parecía de tres, aún si no lo sabían.

Después de acomodar la librería, se sentaron a compartir un poco del pasado. Livor contaba a aquellos muchachos cómo se

divertían jugando. Cómo la caprichosa de Ciel quería lo que tenía Eros y Eros se lo daba con tímido cariño. Cómo el mismo Livor, en sus tiempos libres, educaba un poco a Eros. Ciel aprendía a cocinar y quemaba la cocina, y no olvidarse de cómo Livor se enrabietaba por las travesuras de estos jóvenes. Cosas buenas tenía el pasado, más allá de las malas. Las malas quedan como el cisne y el guacamayo si de eso se trata. Lo bueno sigue allí volando, junto con la paloma blanca. Pasó mucho tiempo y estaban todos contentos. Otro semblante tenía ya Eros. A como estaba el primer día, ya estaba más contento. Más cosas se sabrían del humilde pasado de Eros y los Ancora.

## Parte XI: *“¿Qué Era el Pasado?”*

Iban ellos camino a casa, era tiempo de crepúsculo. Se notaba un ambiente más cálido. Ciel estaba agotada de tanto trabajo en la librería, sumándole las compras del día. Tanta rutina agota cualquier cuerpo andante. Livor estaba un poco más sobrio de su opinión sobre Eros. Notó con el tiempo que él no era lo que pintaba: un hombre solitario, frío y apagado que se muere todos los días en su cabaña. Al contrario, lo notó tan fuerte, pero tan débil. Tan fuerte como para lidiar con lo que arrastró su vida y para buscar mirar hacia el frente. Tan débil como para callarlo todo y fingir que todo está bien, que esos dolores que dicen no existen. Livor asumió el papel que debía corresponder en el momento; él quería conocer a fondo a este Eros. ¿Por qué él es así? Ni tan derrumbado, pero ni tan rescatado. Unos días de apego bastaron para que se viese un cambio positivo. ¿Por qué no se hizo esto antes? ¿Por qué nunca acudió a estos personajes sino ahora? Ése sueño... Ése que lo cambió todo en su mente, parece que ya lo transforma poco a poco en físico. No tiene sentido, simplemente no lo tiene. ¿Qué tiene de especial una pesadilla para causar todo esto? Tantas preguntas a este misterio que jamás se responderán por sí mismo. Tantas preguntas que ya ni Eros se está haciendo. Simplemente, ¿por qué ahora?, ¿por qué esto? Todo está saliendo bien, pero es raro que se dé mediante esto.

Livor tenía su astucia escondida. Ciel ya no aguantaba más el peso del cansancio, sólo se fue a dormir, confiando en lo que pasó hoy en la librería. Eros no tenía sueño, así que decidió lavar los platos. Livor estaba en su cuarto y se asomó a ver qué hacía Eros.

-Muchacho, ya es suficiente por hoy. Yo te exijo lo que mereces y más de eso no se debe.

Eros volteó y Livor, en su tono más calmado sólo dijo:

-Ven, hablemos un rato.

No era muy tarde en esta noche nevada de Aurora.

-Eros, ahora que estamos solos. Y tocamos este tema de aquellos días de antaño. Me gustaría saber cómo te sientes realmente. He visto con estos ojos de viejo que te has comportado como todo un caballero. Parece que dejaste en tu cabaña esos tormentos, ése sueño que te trajo por acá y del que ni hay un señuelo para llegar a él de nuevo. ¿Cómo te sientes realmente, jovenzuelo?

Eros sólo le miró sereno y se guardó unos segundos en silencio para luego responder:

-¿Cómo expresarlo, don Livor? Digamos que me siento liviano. Vine acá con una duda. Se asomó esa herida que siempre estuvo a mi vista, pero con la que aprendí a lidiar y a vivir. Es algo como de antojos de la ironía. En aquel sueño reviví toda mi vida. Vi mis padres abandonándome. Ya ni recuerdo sus rostros como se debe... Usted sabe cómo es. Soy un revoltijo de momentos; voy sintiendo aquellos que se van mostrando. Aprendí a guardarme mis sentimientos en los confines de mi ser. Pero por alguna razón sentí que sólo Ciel tenía el corazón lo suficientemente abierto como para guiarme en mi desespero. Con ella es quien yo cuento, don Livor. Su hija es de mucho aprecio para mí. Yo le respeto desde el primer día en que yo la vi. Y pues, como siempre, ya será agotador, pero su mano amiga se la agradezco hasta la eternidad. Gracias a usted y a su hija he podido nadar en mi tragedia... Sigo pensando si será que volví a casa, esta en donde me tienen aprecio; usted a su manera y Ciel a la suya. Y disculpe el atrevimiento, pero nada como un hogar lleno de afecto a



diferencia de una cabaña que se la come el mal pensamiento. Quizás sea que esto que estamos viviendo es uno de mis viejos momentos. Que estoy aquí en donde me levantaron y estoy reviviendo eso. Me da miedo volver a donde pertenezco, don Livor. No es el sueño ni mi oficio, es la soledad que me tiene preso. Más allá... Es vivir en los confines de mis pensamientos... Frío y nada más, sólo siendo conocido como aquel carpintero y ya. Mi meta es que desde aquí quiero seguir adelante, como la primera vez, pero en verdad. Soltar de mi pecho esos sentimientos que me hacen humano y sentir el roce de la felicidad aunque sea por un instante. No sé qué sería de mí sin su aporte y sin de Ciel su increíble afecto. Lo repetiré mil veces al viento, don Livor... Gracias por darme ese valioso tiempo donde levanté un poco el vuelo.

Livor le miró en silencio, a Eros se le resbaló una pequeña lágrima del ojo derecho. Como si su alma se hiciese sentir y dijese que existe, que es un hombre cualquiera que sólo tuvo un mal momento. Livor sólo se acercó; se levantó de su clásico sillón y se sentó al lado de Eros. Unas cuantas palmadas y con su mano en el hombro de Eros le dijo:

-Muchacho, tienes un gran corazón; ésa es la llave a lo que buscas. Se ve que lo que no te deja avanzar con fortuna es el desconocer de muchas cosas de tu pasado... Soy yo culpable de dejarlo correr, porque he de saber suficiente como para poderte socorrer. Yo no quise contarte todo bien por el temor a dejarte en desconsuelo eterno. Pensaba yo que así era lo correcto... Vaya error, muchacho, el mío. Vaya error. Y quiero confesarte, Eros, que sobrepuse tu daño por encima de ti. Que pensaba yo que de allí no ibas más a salir y que te quedarías dañado con eso por dentro. Sí, yo te tendí la mano, pero sólo te di acomodo para sobrevivir de a ratos, nunca viviste como se debía, como un buen ser humano. Yo te terminé de dar encierro en eso que llamas

pensamientos. ¡Cuánto lo lamento, Eros! ¡Cuánto lo lamento!-decía un Livor que dejó de mirar a Eros a los ojos.

Era la vergüenza o la tristeza. Pero parece que Livor abrió los ojos de viejo que ya tenía, los abrió por primera vez para darse cuenta de lo que Eros siempre valía.

-Don Livor, siempre hay tiempo mientras se le aproveche. Acá estamos en el momento perfecto. No se ponga con ese aspecto de hombre cabizbajo, que usted tiene una reputación en defensa. No es muy tarde aún, la noche es joven; cuénteme, por favor, cuénteme todo aquello que usted calló- propuso Eros.

Livor le miró con más calma y tomó aliento. Se prepararon chocolate para digerir la conversación. ¿Cómo dio Livor con Eros en aquel pasado disperso? ¿Tan malo fue eso que se lo calló a pesar de ser ignorante de las consecuencias ya mencionadas?

-Fue hace tanto, pero cómo olvidarlo... Era un día de agosto, no recuerdo si era primero o si era el tercero del mes. Algún día fue de esos. El pueblo vivía su mejor momento y la librería era un sólido negocio. Era reconocida por la variedad y calidad de los libros que se vendían. Trabajaba yo con el ya anciano de mi padre. Ciel era una pequeña jovencita que jugueteaba con todo lo que veía. Era imparable y agotaba hasta al más enérgico. Conocí a tus padres en ese tiempo. Ellos vivían camino a Coryza. No olvidaré aquellos nombres... Violette Morior y Nicolae Solus. Ellos eran personas comunes. Estabas tú en los brazos de tu madre, vivías allí. ¡Vaya malcriado que eras, hijo! Tímido y ni sabías del mundo. Ellos venían al pueblo a visitar mucho la librería. Les fascinaba ojear y llevarse varios libros. Eran mi mejor clientela.

Eros, sorprendido, interrumpió a Livor preguntando:

-¿Hasta clientes eran suyo? ¿Y sabe usted por qué me abandonaron?

Livor no quería interrupciones y amenazaba con no seguir conversando, pues así se calmó el inquieto de Eros, que por fin la verdad escuchaba desde hace tanto tiempo.

-No te apresures, que el tiempo es perfecto. ¿Querías escuchar? Escucha esto completo. Pues sí, eran clientes míos, muy buenos, como dije. Ya te conocía desde entonces, Eros. Con el tiempo, la confianza fue creciendo y decidieron invitarme a su hogar. No era muy lejos, a diferencia de tu cabaña, era un caminar sencillo. Conversábamos de cómo surgieron negocios. Tenían dinero ellos, se mantenían de la administración de pueblos, un oficio poderoso debido a las necesidades de estos. Seguro pensarás que tus padres eran personas temibles y que eran de corazón frío, apegados al dinero. Todo lo contrario, muchacho, ¡ni lo intentes pensar! Ellos eran honrados en lo que eso respectaba. Yo lo vi en sus ojos y en su actuar. Tu padre quería una situación cómoda para la familia. Vivía en el trabajo y poco tiempo compartía. Tu madre era muy de casa y te cuidaba bien, eso se veía... He de confesar que se forjó una linda amistad con ellos. A pesar de que eran un poco reservados, eran de buen semblante. Tenían corazón para ayudar al necesitado y desechar al malvado. No toleraban un maltrato. Nicolae y yo teníamos más intimidad en el habla, éramos hombres de una época joven que ahora, como puedes ver. Compartíamos jocosidades y se creó la maña de ir a beber un poco por el frío y por el agrado de compartir. Me decía Nicolae, de manera constante, que eran perseguidos por personas de mala fe. Aquellos que no gustaban de su manera honesta de trabajar, porque eran perjudicados en sus negocios maltrechos y sin esperanza. No eran honestos y al deshonesto le duele la luz en la cara. Pensaban en mudarse, ya tenían un par de años en esa

situación, pero se acrecentó. Yo le decía a tu padre que era lo mejor para la familia. Había una cosa que les ataba y era que, a pesar del buen dinero que tenían, el mudarse a una ciudad era dificultoso en aquellos días, más que ahora, debido a nuestra tórrida geografía. Y no sólo eso, pues es excusa barata para lo que pasaba... Era mi esposa. ¿Qué tenía que ver ella? No es sencillo. Así como yo con tu padre compartía esos momentos tan comunes. Tu madre y mi esposa se hicieron buenas amigas. Pero mi esposa cayó enferma de manera agónica durante un buen tiempo. Tus padres se preocupaban y nos ayudaban, cosa que agradezco hasta lo más infinito del alma, Eros. Tu madre asistía con medicamentos. Tu padre me ayudaba con pagos. No querían nada a cambio, pero me moría por sentirme un aprovechado sin corazón. Como trabajaban, pensé en cuidarte como pago. Y todo estaba bien para ese entonces... Eran meses más equilibrados. Tú jugabas con mi Ciel, eras un pequeño muy encariñado con ella, igual que siempre lo has sido.

Livor se toma un momento y tenía ojos llorosos...

-Es difícil, Eros. No es algo de lo que se disponga uno a hablar todos los días. A pesar de la ayuda, mi esposa falleció en aquel calvario de esa enfermedad maldita. Murió a pesar de la ayuda que brindaba tu familia. Era una noche muy fría, más de lo normal. Mi esposa, Aura, estaba en muy mal estado. Tosía sangre y vomitaba lo que comía. No tenía fuerzas aquella mujer tan feliz que yo amaba. No parecía ella, parecía una mujer momificada por el dolor. La medicina sólo le alargaba la vida y Ciel estaba en una cruel desesperación... Tú eras el único que le atendía su dolor; eras su escudo y protección. Fue en aquel día de octubre. Acá ni existe más que un largo invierno que jamás se detiene. Era exactamente el veintisiete... En esa noche había una fuerte tormenta de nieve. Mi esposa estaba agonizando en su enfermedad. Ya no tenía sus hermosos cabellos dorados. Su hermosa piel de ángel se erosionó como un quebradizo desierto.

Su belleza murió primero, pero aún para mí era la misma mujer bella y amada... Su sufrimiento en esa noche era como ninguno. Yo sufría porque no paraba su sufrimiento...

Livor entró en lágrimas y desconsuelo. Eros estaba en un shock que no le permitía pensar claramente. Sólo podía mirar a Livor llorando y su estado sólo alcanzaba para darle unas palmadas en la pierna derecha en son de calma.

Pasó un rato y Livor se calmó un poco. Eros estaba impotente pues esta información cambiaba su existencia totalmente.

-Disculpa mi comportamiento, Eros-dijo Livor.

Eros buscaba calmarle un poco más y le respondió:

-No se preocupe. Es normal que duela una herida que no cierra. Usted está en su derecho. Cuando desee, puede seguir contándome de todo esto.

-Ya estoy mejor. Te seguiré contando lo necesario... Estábamos tu madre y yo en la habitación principal. Aura estaba semi consciente durante esta noche tan tormentosa. El viento golpeaba a las puertas y ventana con furia. Tú estabas con Ciel en la sala, bajo la mesa por el miedo. Tu padre, Nicolae, se encontraba de viaje; su trabajo le exigía viajar durante largas jornadas entre los pueblos que estaban bajo su servicio. Él decidió tomar un caballo y venir para acá, pero no sabía que había la tormenta. Tu madre estaba en silencio, ayudándome a atender a Aura. Pasaron tres largas horas, hasta que mi esposa simplemente dejó de respirar... murió. Estábamos Violette y yo en ese limbo donde no se pensaba nada ni se decía nada, sólo llorábamos a mi mujer. Me acompañó en esa noche, por la tormenta, y se quedó a dormir. Esperaba la llegada de Nicolae para el viernes, faltaban ya 2 días.

En el funeral, se le notaba preocupada por él, pues el camino estaba obstaculizado por mucha nieve. Le dije que se quedara en mi hogar, debido a que el ir a su casa era peligroso, sería un objetivo fácil de los ladrones del bosque, más al norte, y de los malhechores que debían impuestos a los pueblos a los que tu padre servía. Pasó una semana y tu padre no llegaba. Ella estaba muy angustiada. Durante la tarde de un lunes, ya era noviembre, recibió un telegrama. Tu padre había muerto camino a la tormenta de esa madrugada donde murió Aura. Era una época muy oscura para todos, sin duda alguna. Tu madre decidió seguir adelante, y se preocupaba por ti. Yo te cuidaba todos los días, mientras ella salía a ganarse el pan. Meses después, ella murió bajo mano armada. Algún día pasaría. Se trataba de la mafia de las ciudades que ya no convenía la presencia de tus padres en estos pueblos.

-Quedaste conmigo y te crié para agradecerles, para ayudarles y para no defraudar su legado en estas tierras...-dijo Livor con sentimientos de impotencia. Eros se encontraba con las manos en la cara. No sabía qué sentir o decir. Livor le miraba y se le salieron las lágrimas nuevamente y dijo:

-¡Perdóname, Eros! ¡Perdóname! Cometí el error que yo me decía cada noche y cada día. Quería ocultarte esto para que no sufrieses una injusticia, pero igual injusticia había y sufriste hasta más de lo que sería. Todo es culpa mía... Todo. Jamás te abandonaron tus padres como creías. Por mi culpa viviste una mentira y por mi culpa viviste en la soledad pagando tu agonía. Te dejé ir por miedo a que mi Ciel sufriese lo mismo que tú, que fuese lo que yo creía que eras. Soy el culpable de que seas como seas. ¡He de reconocerlo ahora! ¡Pido perdón por mis injurias!- Eros se quitó sus manos del rostro. Lloraba lo que jamás lloró en veinticinco años de vida.

Se rompió la muralla que lo contenía, y sólo decía Eros a Livor: "He de perdonarle. He de perdonarle..." Eros se levantó y se arrodilló ante Livor.

-Quiero que usted sepa que yo le perdono su pecado. Usted quería protegerme y luego proteger a su hija. El dolor de la muerte de su esposa querida le hizo nublarse de tal forma. Gracias por revelarme este secreto. Necesito asimilarlo. Necesito asimilarlo...” Eros dejó a Livor y se fue a caminar la noche calmada que había. Necesitaba tiempo y ya el mismo tiempo diría qué pasaría. Mientras, Livor se fue a su habitación al rato. Se fue a reflexionar lo que pudo pasar y lo que no. Lo que debió hacer mejor. La verdad cobra todo este silencio que hubo y puede pasar lo mejor o lo peor durante las próximas horas. ¿Qué hará ahora Eros con su vida? ¿Cuál será su nuevo propósito y meta? ¿Qué hará Livor de ahora en más? Nuevamente, muchas preguntas que quizás no se respondan jamás, sólo el tiempo dirá...

## Parte XII: *“Decisiones”*

Pasó mucho tiempo durante la noche. Eros estaba sentado en los bancos públicos del pueblo, pensando y asimilando todo. Su cara era un poema de tristeza y asombro. En su silencio, contemplaba el rompecabezas de su vida. Un padre que sí lo quiso y una madre que lo cuidaba con celo. Livor le tendió la mano a un doloroso precio, pero, ¿qué podía hacer un viejo ignorante de sus sentimientos? De todas formas, Eros se enfocaba sólo en aquel suceso de hace veinticinco años, aproximadamente. Sólo tenía una pregunta para responder de ahora en adelante: ¿qué haría ahora? Era la misma meta de vivir de verdad, de salir de aquel hueco, pero ahora el hueco era un espejismo; el hueco era otro y no este.

Al pasar las horas, Livor salió en busca de Eros, ya calmado. Camino hacia la entrada del pueblo, allí estaba él sentado como muerto.

-Debes volver-dijo Livor preocupado.

-Esto ya no se trata de ti solo, sino de más gente. Ya no se trata de un solo pasado que te arrastra, se trata de miles de pasados tejidos en una misma tragedia que necesita más que estar sentados esperando una respuesta. Esto es algo que se hace entre tres-hacía referencia a su amada hija.

Eros miró a Livor y se quedó así en ese congelamiento de emociones. Se acercó Livor y le colocó su bufanda a Eros.

-...Te pedí perdón más de una vez. Te lo pediré aún si me perdonas, Eros. Mi silencio te arropó y mi silencio fue tu vida. Te crié con una herida y quiero ayudarte a sanar, esta vez hacerlo bien... Allá nos espera en casa Ciel. Ella cree en ti. El sol no se detendrá por lágrimas ni la luna dejará de iluminar la noche por unas cuantas quejas. Así como el sol y la luna cruzan el cielo sin detenerse, así debemos vivir todos los días que se nos han dado,



Eros-Livor miró a Eros con mucha culpa. No se veían respuestas de Eros hacia él y Livor bajó la cabeza y se volvió lentamente a casa.

-¿Alguna vez ha llorado el sol o sangrado la luna? ¿Será que el sol y la luna huyen una de la otra para evitar sufrir? Yo no soy de seguir ese ejemplo... No sé qué quiero, de nuevo. Pensé que sabía, pero salió esto-decía, murmurando, Eros en la soledad de la noche.

No era ni el sol radiante ni la luna cabalgante. Eros era un cielo sin uno o el otro, sin luz ni oscuridad. Ahí esperaba en la soledad a que fuese uno u el otro. Eros se quitó una bufanda y en ella había una carta. Estaba vieja y arrugada. No llevaba nombre y se dispuso a leerla. Le quitó la nieve y miró lo siguiente: “Con la muerte de mi esposo debo lidiar con su peso y el mío. Parece una condena porque escogimos amar y vivir nuestras metas al mismo tiempo. Quizás, era una o la otra, pero decidimos vivir las dos. Será un error, eso creo, pero fue el error más bello de mi vida. Cómo sufro, Livor, cómo sufro yo. Lo que yo sufro no quiero que lo sufra mi hijo. Estoy acá, en nuestro hogar viviendo una cárcel de injusticias. Nicolae no debía morir así. La vida me lo ha quitado. Para mí lo he perdido todo ya. Perdí a mi marido y a mi hijo. No quiero que sufra la sentencia de este mundo tan impuro.

Que cuando me toque la hora, él esté presente y se apague su vela en la vida cuando aún le falta mucho por iluminar en medio de tanta oscuridad. Quiero que lo protejas tanto como a tu hija. Que su futuro no sea como el de su padre o el mío. Qué importa el dinero... Sólo quiero su felicidad. Brillarán las estrellas con toda intensidad el día en que esto pase, serán su padre y yo que le veremos, sólo si ha de permitirlo el Cielo, sólo así... Tomaste tu decisión en función de la nuestra. Te espera pagar consecuencias y frutos buenos, pero, ¿es que así no es que funciona la vida Livor? Hay que navegar entre lágrimas y sonrisas y procurar que el mar sea soleado más que lo que oscurezca... Conserva lo que

escribo, porque sé que el tiempo corre y se me acabará pronto con la noticia de la muerte de mi esposo. Haz lo necesario para que Eros no se entere de esto. Hazlo que el pecado lo compensará su primera sonrisa a la vida. Guárdale lo que yo escribo hoy, que algún día quiero que lo lea. No recordará quién soy, pero mi pulso le dará alguna idea. Gracias por todo, Livor. Gracias”- Se trataba de Violette, su madre. Eros dejó de llorar y lamentarse. Miró al cielo y veía un par de estrellas brillar más que las otras. ¿Pudiese ser? Es decisión de él. Ahí está el futuro, nadie lo mueve, porque es inalcanzable en el presente. En el futuro está el sueño de su madre y el suyo propio. Tenía la opción de perderse en la oscuridad y volver a su cabaña para sepultarse en el sufrimiento eterno o podía volver y crecer como el hombre que su madre soñó. Eros aprendió a no volver hacia atrás, sólo hacia delante. Adelante estaba la calle iluminada y nevada. Adelante estaba un Livor sufrido y dispuesto a mejorar... Adelante estaba Ciel durmiendo sin saber nada. Pero para qué contarle algo que no vale la angustia de ella. Sólo Eros podía cambiar a más y vivir feliz al lado de Ciel. Que ella despierte y vea eso mejor. La decisión de Eros era limpiar su herida y seguir adelante, adonde las estrellas se levantan a observarle.

### Parte XIII: *“Quiero Sonreír”*

Después de quedarse un buen tiempo contemplando el cielo, Eros se levantó para volver a casa. Miró hacia atrás por última vez, sólo vio la oscuridad del camino... La misma oscuridad que lo envolvió durante mucho tiempo y que ahora se alejaba conforme daba un paso más. Llegó a la casa y estaba Livor en su habitación con la puerta abierta. Salió de ella y vio entrar a Eros.

-Volviste-dijo.

-No soy ni el sol ni la luna. No sé quién soy, pero sí sé qué quiero ahora, y quiero sonreír, don Livor.

Livor sonrió al ver la determinación de Eros. Unos días bastaron para sacar a Eros de las sombras. No era lo que él hacía ni dónde estaba él, sino la perseverancia y las ganas por surgir.

Ya era de mañana. Ciel preparaba el desayuno. Se encontraba tosiendo y estornudando. Parece que le agarró mal la noche a la hija de Livor con un resfrío.

-Parece que te cogió un resfrío por estar desvelándote varias noches, Ciel. Es mejor que te quedes en casa y te compongas. Afuera hace frío y puede que sea mucho riesgo. Eros me ayudará con la librería, no te preocupes, hija mía.

Ciel era muy necia a veces y no era de estar un día entero en la cama, fuese lo que tuviese ella.

-Padre, sabes que no me gusta estar famélica en una cama. Déjame colaborar con lo que pueda, así el trabajo será menos.

-No, Ciel. No he de permitir eso. Estás enferma y necesitas reposo. Ya será mañana otro día, veremos si estas apta para ayudarme con la librería.

Después de varios minutos de lucha verbal, Ciel se quedó sin fuerzas para continuar. Debía obedecer y en casa se quedó.

-No te preocupes. Eres la mujer más fuerte que he conocido. Ya mañana estarás mejor que don Livor y que yo-le decía Eros a Ciel

mientras salían hacia la librería. Sólo una sonrisa salió de Ciel en su malcriadez. Eros quería eso, sonreír. Se le veía un brillo en los ojos; un brillo de deseo.

Una vez en la librería, Eros se dispuso a limpiar el área. Livor se dedicó a revisar las ganancias del día de ayer.

-Vendí veinte libros ayer. Fue un buen día-decía Livor.

-Y mejores días vendrán, don Livor-respondió Eros. Estaban allí, haciendo lo suyo.

De repente, sonó la campanilla atada a la esquina de la puerta, arriba, signo de que alguien entraba. ¿Sería el primer cliente del día? Eros fue al mostrador a revisar quién era. Lo que vio era a alguien que no quería ver más... se trataba de Athan. Cruzaron una fría mirada.

-Oh... Pero mira quién es. Se trata de la basura que se fue sin más aquella noche-decía Athan con repudio.

-El que busca encuentra, Athan, eso lo has de saber bien. Buscaste rechazo y eso te di aquella noche. Nada hay que hablar de ello. ¿Qué quieres?

-Vine por un libro. ¡Pero cuántas ganas tenía de leer antes de verte! Ahora no quiero nada, sólo devolverte aquel “rechazo” tuyo.

-¿Qué sucede, Eros?-dijo atento Livor.

-No pasa nada más, sólo un hombre que entró y ya no quiere comprar.

-Ya vendré en otro momento, quizás nos veamos en otro lugar, Eros-amenazaba Athan y se iba tan rápido como entró.

-Ése era el hijo del administrador del pueblo. Vaya joven más pedante y arrogante ése, Eros.

-Lo sé muy bien, don Livor. Lo conocí hace un par de días. Me lo presentó Ciel. Para resumirle, le atiné un golpe al irnos ella y yo de su casa. Venía con actitudes que cansaban.

Después de las compras del día, volvieron a casa. Estaba Ciel con el mismo resfrío, pero con un poco más de fiebre. Era mejor atacar aquella molestia con medicamentos. Livor preparó una sopa y Eros fue a la droguería por hierbas medicinales. Pasaron la noche cuidando a Ciel. Sopa, medicina y cariño le daban. Ciel se sentía mejor y cálida. Livor se fue a dormir tranquilo de que su princesa dormiría bien esta noche y que, quizás, mañana estaría como siempre. Eros se quedó a orillas de su cama vigilándole un rato más. Ciel estaba en la cama tapada casi en su totalidad.

-Te lo dije temprano. Te dije que estarías mejor. Ya mañana estarás mejor que don Livor y que yo-decía Eros.

-Tus palabras me animan más aún de lo que estaba, Eros. Ya mañana estaré allí a tu lado trabajando, de nuevo. Gracias por cuidarme esta noche y por estar atento. Eres un gran personaje.

Eros se sonrió con mucho gusto, quizás era la primera vez desde hace mucho o desde nunca que lo hacía. Mientras Eros salía de la habitación de Ciel, se oyó desde su cama:

-Tu sonrisa es hermosa, Eros. Soy dichosa de verla por primera vez.

Eros se volteó y le dijo:

-Más hermosa que la tuya no hay, Ciel. Tu sonrisa nutre a la mía-y se fue Eros a dormir.

#### Parte XIV: *“La Tonta Revancha de Athan”*

Amanecía un nuevo día en Aurora, pero esta vez desde la perspectiva de Athan Lucerna, ese egocéntrico adinerado del pueblo. No dormía bien sabiendo que Eros estaba en casa de Ciel. No conciliaba descanso sabiendo que ella estaba con él. ¡Vaya envidia y rencor habitaba en la mente de Athan! Quería separarlos. Ganarse a Ciel y dejar mal a Eros, dos en uno si así pudiese. Eso sí, Athan no era de hacer locuras porque sí... Pensar él debía y sólo un lugar existía para tal propósito, su predilecto, aquella laguna subiendo al pie de monte de la montaña Primavera. Desayunó solo, como casi siempre suele pasar, su padre a veces ni llegaba a casa por el trabajo que tenía; viajaba mucho. Su madre se divorció y lo dejó a él con su padre, con la excusa de que tenía mejores recursos para darle y mantenerle. Era una costumbre para Athan. Terminó y fue a caminar a despejar su mente. Se fue por un camino más largo, sólo para evitar ver la librería y ver el gozo de Ciel y Eros juntos.

-¿Qué debo hacer yo para ganarme el lugar que me corresponde al lado de Ciel? ¿¡Qué tiene él que yo no tenga!?-decía Athan en sus pensamientos. Fue una caminata un poco extendida, unos cuarenta y cinco minutos de lucha mental que él mismo sostenía.

Llegó a la laguna. El suave oleaje y el horizonte arbóreo distante eran el relajante efectivo para sí mismo. Pasaba mucho tiempo allí. Estuvo varias horas pensando cómo tejer un plan y hacerse con la confianza de Ciel. Decidió ignorar a Eros y pues asistir continuamente a la librería. Aprovechó el mismo día para ir sembrando lo que él creía sería una semilla. Bajó hasta el pueblo con confianza e ímpetu. Entraba al pueblo y se dirigía a la librería. Llegó y sólo vio a don Livor atendiendo; “¿dónde estaba Eros?”, se preguntaba. Pidió unos cuantos libros para comprarlos y tener la excusa de su asistencia. Pensaba lo peor y temía que hubiese un

amorio entre Ciel y él. Athan temeroso imaginaba un paseo tomado de las manos a ellos dos.

Decidió pasar sigilosamente por la casa de los Ancora y no había nada. ¿Dónde estaban? ¿Será que sí salieron a pasear y a enamorarse uno del otro?

-Necesito encontrarlos. No puedo permitir que él me quite a mi mujer-amargamente decía Athan.

Pasó bastante tiempo buscando de aquí a allá. Agotado, decidió regresar al único lugar donde se calmaba, la laguna. Estaba pasando por el bosque cuando escuchaba unos murmullos por allí. Se asomó cuidadosamente y se trataba de Ciel y Eros que estaban camino a la laguna también. Con la hombría en la garganta, Athan asumió y salió a la luz a mostrarse ante ellos a ver qué sucedía, si lo que más temía era lo que pasaba.

-¡Allí estabas! Te estábamos buscando. Eros tiene algo que decirte, Athan-dijo abruptamente Ciel.

Athan se sorprendió y dijo:

-¿Qué sucede? ¿Qué tiene él que decirme a mí?

-Eros me contó sobre aquel incidente entre ambos aquella noche, después que yo me fuese. Viene a disculparse contigo por ese comportamiento tan dantesco. ¿No es así, Eros?

Eros miró a Ciel con cara de regañado y un simple sí a mordidas salió de sus labios. “Perdón...”, fue lo que dijo. Una sonrisa inflada salió de Athan y, aprovechando el momento, dijo un humilde “no te preocupes, amigo Eros”, con el mayor cinismo del mundo.

-Son cosas que pasan y no soy rencoroso. Hay que ser maduros y para mí el pasado está pisado. No ha pasado nada.

Eros notó esta falsedad y sólo calló.

-Algo planea este tipo y debo ser precavido. Aquello que sucedió en la librería el otro día no pinta lo que aquí está pasando. No le agrado y no me agrada y así será siempre-pensaba Eros.

“¿Y sólo vinieron hasta acá a buscarme?”- Preguntaba curioso de lo que sucedía Athan. “Así es. No me gustan los problemas sin resolver y vinimos hasta acá a buscarte y solucionarlo. Ya que así fue, no queda nada más”- Replicaba Ciel con enojo. Eros, por otro lado, se veía ansioso... Bajaron por el bosque hasta el pueblo, ellos tres, como cuando la primera vez. Athan no invitó a su casa de nuevo, no cometería ese error nuevamente. Mientras iban en el camino, Athan miraba a Eros de reojo, como analizando cada movimiento o si miraba mucho a Ciel. Ciel estaba en lo suyo, caminando y conversando con ellos. Eros sólo respondía automáticamente, seguían pensando en eso que pensaba y seguían pensando. “Necesito ir a casa un momento, Ciel. Quédate con Athan; ya regreso; no me tardo”- Decía nervioso Eros a ellos. ¿Qué ocultaba? Athan sospechaba de algo que tenía para Ciel, quizá un regalo, chocolates o flores, cualquier cosa es fatal para el “amor” que le tenía él a Ciel. Athan la invitó a ir a sentarse a las bancas del pueblo a seguir charlando, por supuesto. Pero no dejaba de pensar en qué hacía Eros. “Necesito ir a preguntarle a mi padre qué falta para la cena. Aún sigue en la librería. Ya regreso, Athan”- Aprovechando esto, después de conversar un rato con ella, Athan se dirigió a la casa de los Ancora a ver qué sucedía con Eros. Unos minutos más tarde, Athan llegó rápidamente. Se asomó por las ventanas del frente de la casa y nada vio. Buscó por el patio y se escuchaba a Eros susurrando algo. Athan ojeó cautelosamente y veía a Eros contando dinero, era sustancioso para comer algunos días. Al terminar de contar esas monedas, Eros, aliviado, dijo: “Ahora tengo lo suficiente como para comprar todo lo necesario. Se lo prometí a Ciel aquella primera noche. ¡Iré a solventar este problema de una vez por todas!”- Athan a escucharlo, en su mente sólo se aspiraba malicia y rencor. Vio el punto clave para arrebatarse a Eros el triunfo con Ciel. Era simple, pues, sólo era robarle el dinero y ya estaba. Athan se iba como el viento silencioso; estaba atento a dónde escondería Eros su valioso



dinero. Lo más lógico era su habitación o bajo un colchón o cualquier mueble, pero ahí en esa casa estaba la llave de Athan para vencer a Eros, según este pensaba.

Athan se volvió a las bancas. Estaba sudando frío de lo que corrió. Ciel lo vio llegar agitado cuando salía de la librería y le pregunto:

-¿Qué tienes? ¿Por qué tan fatigado?

-Oh, no es nada. Recordé que dejé algo pendiente en mi casa, ya está resuelto. No es nada"- Y le sonrió pícaramente a Ciel. Ella sin mucho interés lo dejó pasar. Llegaba Eros al rato y veía celosamente cuando se acercaba a Athan charlando a gusto con Ciel.

-Ya regresé-recientemente dijo.

-¿A dónde estabas?-preguntaban Athan y Ciel.

-Sólo olvidé que mi ropa se amontonaba sucia y debía lavar lo que pudiese. Soy una persona de aseo impecable aunque no pareciese-era una mentira descarada la de Eros. Se le veía en las pupilas de los ojos.

-Pero yo lavé tu ropa ayer, Eros-decía Ciel intrigada. Eros se quedó sin nada que decir y Athan disfrutaba del espectáculo. Era un secreto muy delicado el de Eros, pensaba Athan.

-Bueno, si no quieres decir nada, no digas nada-y Ciel se levantó un tanto molesta por aquel secreteo y se volvió a su casa. Eros se sentía mal y fue a por Ciel, dejando a Athan a solas de esa manera. Athan sólo veía y planeó entrar a casa de los Ancora. ¿Qué más permiso que el del jefe de la casa? Aprovechando que era aún temprano, fue a la librería nuevamente.

-Don Livor, disculpe que me aparezca dos veces ya. Me inquieta el libro que compré más temprano. Lo leía en la laguna y quedé con dudas. Me gustaría compartirlas con usted que lee tanto. Quisiera pasar esta noche por su casa y mostrarle para que me explicase todo esto.

-No es problema tu petición, Athan, ¿pero no es más inteligente traer el libro? Aún falta mucho para la noche, hijo.

-La cosa, don Livor, es que el libro está en casa. Mi padre acaba de salir del pueblo hacia el sur y hasta la noche, no volverá y quedé sin llaves. Vaya tonto que soy, lo sé. Sólo pregunto si cuando él regresase yo podría ir hasta su hogar...

-Como dije antes, hijo, no hay problema. Procura que no sea tan noche o sino no valdrá la pena. Me acuesto a la hora que me corresponde y de allí no atiendo a nadie.

-Respeto eso y así será. Gracias por su comprensión, don Livor, nos vemos a la noche.-y se iba en son de victoria Athan, que aprovecharía la noche para rastrear aquellas valiosas monedas de Eros. La venganza se aproximaba y Athan gozaba un futuro alusivo a la tristeza y decepción de Eros al perder lo que para él más valía.

Pasaron las horas y ya era de noche. Athan buscó la excusa, su libro, y se apresuró para ir a casa de los Ancora. Iba pensando en dónde buscar primero y cómo hacerlo sin que nadie le viese. Llegó, golpeó a la puerta y un par de veces y salió don Livor.

-Bienvenido. ¿Cómo estás, muchacho?

-Muy bien, don Livor. Muy bien-decía alebrestado Athan.

-Veamos. ¿Cuáles son tus dudas?

Y Athan ya tenía todo preparado. Ciel y Eros ya estaban durmiendo, debido a que mañana trabajarían arduamente y sería el último trabajo de Eros para Livor; debían levantarse temprano. Quedaba Livor con Athan, discutiendo sobre el libro.

-Ya es tarde, hijo. Deberías irte a tu casa. Tu padre debe estar preocupado. Viendo esto, Athan en su obsesión, recurrió a algo más que no planeó. Sabiendo que nada hizo, porque no tomó en cuenta que Livor se dedicaría a satisfacer sus dudas. Tomando en cuenta todo menos ese pequeño y que resulta ser el principal detalle y centro del por qué Livor lo recibiría en su casa, Athan le dijo a Livor:

-¿Cómo decírselo, don Livor?

-¿Qué sucede, muchacho?

-Todo esto fue una excusa barata mía. Planeé el visitarlo esta noche con esto del libro, ya que no sé a quién más recurrir.

-¿Por qué? ¿Qué ocurre?-preguntaba Livor preocupado.

-Se trata de que no quiero volver a casa, don Livor... Odio estar en aquella soledad. Mi padre no se preocupa por mí. Me abandona en casa siempre y sólo me queda atender sus pequeños asuntos en este pueblo, mientras él se va largos periodos a cualquier lugar. El ir a la librería y a la laguna es lo único que me salva de la demencia. Usted es la única persona que siento me comprende y me atiende. Sólo quería pasar un rato con usted. Lamento mentirle de esta manera.

-No te preocupes, muchacho. ¿Por qué no lo dijiste antes? Si era de hablar o visitarme, sólo debías pedirlo. Sólo te dejaré quedarte esta noche. Hay dos habitaciones, la de Ciel y la mía. Eros dormía en el sofá, pero ahora le hice espacio en un espacio cerrado que hay en el patio. Quédate hoy en el sofá, mañana es otro día.

Y Livor se fue a dormir. Comenzaba el plan perfecto de Athan.

Llegó la mañana. Athan se despertó primero que todos. Decidió revisar la casa, empezando por la sala. Bajo el sofá, ni la cocina y sus estantes, bajo mesas y gabinetes, no había nada de lo que buscaba. Quería revisar habitaciones, pero ya se estaban levantando los demás.

-¿Adónde estará ese dinero?, preguntaba Athan. Se sentó en el sofá y se puso los calzados.

-Ya te has despertado-decía Livor que estaba listo para salir a empezar el día.

-Puedes tomar el desayuno aquí e irte más tarde-invataba a Athan.

-Disculpe tanta molestia. Me quedaré; no puedo rechazar su humilde invitación.

Un poco más al rato se levantó Ciel y notó a Athan que comía y hablaba con Livor. Se asombró y preguntó con un tono un tanto gritón: “¿qué haces aquí?”.

-Tranquila, hija, él vino ayer de visita para consultarme algunas dudas. No tiene nada de malo.

-Me iré en unos minutos. No temas, Ciel, que vivimos en el mismo pueblo y no hay que sorprenderse de algo así, más aún en un lugar tan pequeño como este.

-No es el que estés aquí, sino el por qué-dijo.

De repente, Eros entró desde el patio, por la puerta trasera.

-Buenos días, Eros. No tenía en mente que fueses alguien que gustase de dormir a la intemperie.

-Grata sorpresa, Athan, pensé que te habías ido ayer en la noche. Mientras duerma, cualquier lugar es perfecto, haz de saber-decía Eros desagradado por la presencia de Athan. Sirvieron el desayuno y mientras comían conversaban un poco los cuatro.

-Don Livor y tú Ciel, me gustaría comentarles algo, pero no puedo esperar ninguna privacidad, debido a que la sorpresa no tiene paciencias. Disculpa si te ha ofendido el comentario Athan... Se trata, pues, de que he ahorrado lo suficiente para dar mi retribución a ustedes por darme techo, comida y aprecio.

-Si se trata de dinero, Eros, no es necesario. Tu dinero es tu dinero y es para ti-interrumpía Livor.

-No, don Livor, no se trata de pagarles con este dinero. Como dije, me dieron mucho y sé que no quieren un pago, ya que no es un negocio esto que han hecho para mí, pensarán. He notado su escasez de comida y agua y me gustaría colaborar. Siempre este ha sido mi hogar, mi verdadero hogar...

Hubo un silencio venerable hacia Eros. Pensaban en qué haría o a qué se refería. ¿Qué quería Eros?

-¿Qué deseas hacer Eros?-preguntó Ciel.

-Quiero viajar a Coryza a por comida. Trabajé para don Livor e hice encomiendas durante estos días a varias personas del pueblo.

Tengo suficiente para llegar, dormir la noche y volver por la madrugada del siguiente día. Lo más tardío es el viaje como tal. Ya estoy decidido. Nada de lo que digan cambiará mi decisión.

Miraban a Eros. Ciel con ojos empañados de lágrimas y Livor no tenía nada que decir, sólo abrazó a Eros y le dijo:

-Sólo te diré, Eros, que tengas cuidado. El bosque es peligroso por los bandidos y por el frío embravecido que lo arroja por las noches. Son tres días de viaje hacia Coryza en caballo. A pie tardarías una semana y ciertos días que dependerán de tu esmero y fortaleza.

-No quiero que vayas si ni has de tener caballo, Eros. No te lo permitiré de esta manera-reclamaba Ciel.

-Eres un muchacho muy agradecido con esta familia, Eros. Me ha conmovido la situación. Me gustaría colaborar con esta causa; mi padre tiene varios caballos, puedo prestarle dos para el viaje.

-Muchas gracias, Athan, pero me gustaría ir caminando.

-No seas tonto, Eros, Ciel tiene la razón. No puedes ir así, serás carne de cañón. Te prestaré un caballo e iré contigo.

-¿Por qué deseas acompañarme?

-Porque un hombre que viaja solo no muere ni por el tiempo ni por los bandidos de los viajes, muere por soledad. Y la soledad mata los deseos que te mueven a tus metas. Te acompañaré. ¿Acaso soy mala compañía?-decía riendo Athan. En vista que nada podía hacer Eros, le permitió la compañía.

-¿Y cuándo planeas hacer el viaje?-preguntó Livor.

-Será por la mañana. Así que prepárate, Athan, estate listo temprano.

-No te preocupes, Eros, que en estas cosas siempre estoy listo.

Ciel aún no estaba de acuerdo. No quería preocuparse demás. Agradecía el gesto y las intenciones, pero quería mucho a Eros como para partir así sin más por algo tan material. Livor le prohibió viajar con Athan y Eros. Pasaron el día en casa, era domingo, Athan se fue al par de horas de la noticia de Eros y la

familia Ancora junto a Eros disfrutaban de la compañía del otro entre chistes y preparaciones para dicho viaje; unos consejos y ciertas palabras de cariño que preparasen a Eros mentalmente para semejante travesía. Mientras tanto, Athan pensaba sobre esta maravillosa oportunidad.

-Vaya momento este. Buscaba el dinero y surgió algo mejor. Viajaré con Eros y lo demás vendrá por el camino. Puedo perderlo por el bosque, puedo abandonarlo en Coryza, puedo tomar los alimentos y traerlos yo y robarme el crédito. Son muchas cosas que he de poder hacer. Me ganaré el amor de Ciel. Me ganaré su atención y Eros quedará solo por siempre-entre risas decía Athan en la noche de este domingo.

Una revancha ya pasaba a volverse venganza. De una tontería llena de soberbia vendría la metástasis de una maldad pura. Athan ya no volvería a ser el mismo... ¿Será para bien o para mal?

## Parte XV: “*El Viaje a Coryza*”

Llegó el día de la partida de Eros. Se levantó muy temprano para equipar bien lo necesario para los días en que estaría en la intemperie. Preparó comida enlatada, la poca ropa que él tenía y ropa extra que le dio Livor de su armario; suéteres, bufanda y botas extras. Tomó el bolso grande que le dio Livor también y embolsó con paciencia... Eros pensaba irse antes que todos despertasen para evitar lamentos y despedidas con su presencia. Comió lo suficiente y ya estaba en ida hacia la puerta de la casa para cumplir con el primer paso, cuando una puerta se abrió lentamente y era Ciel, en pijamas, asomándose, con sueño aún.

-¿Cómo puedes hacerme esto?-dijo en tono amargo Ciel.

-¿Pretendes irte así sin más como si fuese un pequeño paseo al bosque? ¡Vas a irte un buen tiempo donde no sabré nada de ti! ¡No sabré si comes o si duermes sin peligro alguno! ¿Acaso no te importa mi padre o mi persona? Ya te lo dije. Te lo dije bien. No me importa el viaje, me importas tú. No es necesario esto...

Eros sólo podía mirarla en silencio. De tanto alboroto, Livor despertó.

-¿Qué sucede acá? ¿Ya te vas, Eros?-preguntaba Livor.

-Lamento todo esto. No era el plan que sucediese así. Mi idea era acortar tiempo. Tener todo preparado e irme aprovechando al máximo la luz del día.

-Pero, ¿por qué, Eros?-preguntaba con cara muy triste Ciel.

-Lo hago por ti y por tu padre, Ciel. Ustedes cambiaron mi vida y debo compensarlo. Esta es la manera en que deseo compensarlo. Por favor, confía en mí... Nada me sucederá. He de prometértelo de corazón”, Eros al decir esto fue y abrazó fuertemente a Ciel, a quien se le salieron las lágrimas.

-Confiamos en tu promesa, Eros. Eres un gran muchacho. Podrás hacerlo. ¿No es así, hija?

Ciel con la cara abajo en llanto, asentaba la cabeza dando un sí a la situación.

-Aquí te esperaré, Eros-dijo Ciel.

Ya con todo preparado, Eros estaba en las afueras de la casa, cargando todo su equipaje para por fin partir con un Livor y una Ciel nostálgicos y preocupados por su bienestar en dichosa travesía. En esa situación, sólo se escuchó un poco a lo lejos la voz de un muchacho:

-¡Espera, Eros! ¡Espera!

Se trataba de Athan que venía corriendo a paso ahogado con un maletín y un saco enorme con, seguramente, sus pertenencias.

-En el tiempo que he estado compartiendo más amenamente con ustedes, he escuchado todo... Lamentando mi curiosidad, sé el por qué has ahorrado y qué necesidades existen acá. No quiero parecer un hombre aprovechado que se regocija ante los demás. Me gustaría ayudarte, Eros. Tú solo no podrás con lo que allá te aguarda. Me tocaba ir a Coryza en una semana, pero viendo todo este embrollo y que ibas precisamente para allá, decidí tomar esta oportunidad. Iré contigo. Espero te agrade la idea y me lo permitas, amigo Eros-decía en un tono muy plástico ante los oídos de Eros. Este sabía que había un trasfondo, pero también Eros sabía que el viaje no sería fácil para uno, por lo que mejor esta compañía que estar lidiando contra la naturaleza iracunda en soledad.

-Las cosas deben suceder por algo... ven conmigo, entonces, Athan. Espero esta sea señal de buena fortuna-decía Eros.

Y así marcharon en el amanecer de un día diferente a los demás. El día donde se rompe una fase de la vida y comienza otra sin tono de colores; tal color lo pinta el ánimo y las decisiones que tomarán estos dos hombres en su camino, el camino de sus deseos. Desde Aurora hasta el camino templado que los llevaría al bosque Caligo.



-¿Entonces sólo silencio habrá por el resto de los días?- preguntaba Athan, quien se encontraba caminando atrás de Eros.

-Te permití tu compañía, más no tu palabra, Athan...-dijo reciamente Eros sin mirar hacia atrás.

Hubo un silencio brillante de realidades que chocaron, donde Athan bajó la cabeza, así como si estuviere asimilando esas palabras que dieron a entender mucho. Allí alzó el rostro y adelantó un poco el paso para tomar a Eros de su hombro.

-¿No es mejor aclarar que oscurecer todo? Aclaremos propósitos, ahora que ya estamos lejos de los seres queridos, Eros.

-Sé que viniste por Ciel, pero tus propósitos, a diferencia de los míos, son más egoístas, Athan. En mi silencio callo palabras, pero me enfoco en los detalles que la vista me otorga. Me di cuenta que quieres a Ciel, pero sólo para satisfacer un orgullo...

Athan no dejó seguir a Eros y le interrumpió diciendo:

-Debes aprender, muchacho, que no todo lo que se ve es como se pinta. Si hablastes más y buscaras que el otro hablase, sólo para conocerle, notarías que hay más allá, allá dentro de uno.

-¿Qué puede haber dentro de ti más allá de tu egocentrismo y orgullo, Athan? Sólo estás aquí para hacerte el héroe, para comprar el corazón de una mujer que no te amará bajo esos méritos.

Athan sonrió en gesto de supremacía o decepción, sólo él sabía.

-Una mujer como ella es única, así como el que nazca una flor del vientre de este suelo tan áspero y frío. No la mereces, Eros. Si no he de merecerla, tú mucho menos.

La discusión se tornaba más ardida y ruda.

-¡Sólo eres un hombre vacío y tú lo sabes! ¡En ti sólo buscas escapar de tu pasado! ¿Acaso crees que yo no sé quién eras tú antes? ¿Quién era ese niño que nunca estudió y vivía bajo los pantalones del padre de Ciel? ¡Tú cargas con un vacío el cual no podrás llenar! ¡Antes de juzgarme a ti, mírate a ti!-gritó Eros al ver que este se volteó al ver a Athan entrando en cólera... Sólo hasta

que oyó estas últimas palabras. Eros se volvió de nuevo a Athan, pero sin mediar palabras le propinó un puñetazo el cual lo tumbó al suelo.

Athan se levantó en otro tono y buscó regresar el golpe. Eros lo tomó y lo lanzó nuevamente al suelo. Athan, allí tirado, estaba furioso y no mediaba ya las palabras.

-¡Así como me has pedido no juzgarte no juzgues haciendo hipocresías con tus palabras! ¡Les debo mucho a ellos y de corazón busco devolver tanto que me han dado! ¿Qué puedes saber tú de eso? Has vivido en una burbuja de mentiras. No diré más. Yo seguiré mi meta, verás tú si sigues con esa meta tuya de negocios. Me iré solo. Ni pienses en seguirme... Era por esto que el silencio era el corcho a nuestras personas e íbamos bien...

Y así Eros se marchó entre la poca neblina que se empezaba a dispersar. Dejando allí a un Athan callado tocando su rostro golpeado, pero con una herida más profunda en su orgullo.

Caminaba Eros, ya era un poco más del mediodía. Estaba en el bosque Caligo. Era inmenso en su ser. Pareciese que todos los árboles fuesen iguales. El camino era poco visible, debido a que la neblina estaba derramándose en todo lugar. Venía el primer obstáculo de este hombre. Eros decidió aguardar allí. Por cómo bajaba la neblina, decidió montar su carpa y esperar lo necesario. Pasaron las horas, y todo estaba blanco. Empezaba a hacer más frío. Eros buscaba calor en la fogata que él logró hacer.

-Espero todo salga bien-alcanzaba a decir en medio de la gélida tortura.

Empezó a sonar la melodía de la noche, algo tétrica, en medio de la grisácea visión que abordaba el bosque. Eros tomó algo de comida en su bolso. Ya era tarde en la noche. Después de esperar mucho, con algo de temor e impaciencia, Eros se quedó dormido en su carpa. A una distancia algo considerable, se encontraba Athan, quien siguió desde lejos a Eros. Este estaba colerizado aún

por el turbio momento que atravesaron más temprano ese día. Con la caída de la neblina y la noche, Athan perdió el sentido de dónde se encontraba exactamente Eros, pero tenía una cierta idea de su ubicación.

-Él no comprende nada de lo que siento... Así como cuando lo vi la primera vez, así fue como allí lo supe. Supe que él era un estorbo, una pared entre ella y yo...-murmuraba en la silenciosa noche Athan.

En su histeria, no podía conciliar el sueño, por lo que estrepitosamente decidió buscar a Eros para vengarse. Athan sabía que el bosque era peligroso en todo momento: de día por los ladrones del camino y de noche por la vida salvaje que asechaba o simplemente por perderse entre la niebla y la noche sin poder regresar. Aún así, decidió realizar tal locura. Athan usaba una vela encendida para alumbrar a sufridas horas su sendero. Después de un largo tiempo caminando lenta y cuidadosamente a su alrededor, veía entre las cortinas de neblina una luz algo lejana, caminó hacia ella y se topó con algo de sorpresa el campamento de Eros. Allí estaba él durmiendo, exponiendo sus pertenencias.

Amaneció en el bosque, Eros se levantó temprano junto al alba y notó que su bolso no estaba.

-No puede ser...-sólo pudo decir. Recogió la tienda y se dedicó a buscar el paradero de sus objetos. Buscó entre árboles, raíces y no consiguió nada.

Pasó el tiempo y caminando alrededor de la zona en donde durmió halló unas huellas de botas; estaban casi borradas de la nieve por el pasar del viento, Eros se dedicó a seguir las pocas huellas que por allí se encontraban. Caminó casi una hora, subiendo una colina cercana, las huellas seguían, pero cerca escuchaba el crujir de unas maderas al fuego...

-¿Qué será eso? Necesito saber qué lugar es este.

Eros fue a revisar a ver si era el ladrón o siquiera alguien que lo ubicase después de caminar tanto dentro de ese bosque tan inmenso. Se asomó entre las rocas y veía un hombre de espaldas a él en una fogata.

-Buenos días, señor. ¿Me pudiese contestar unas preguntas?-decía Eros.

Aquel extraño se volvió hacia él y con una desagradable sorpresa notó que era Athan que estaba allí.

-Ah... eres tú-fríamente dijo Athan-Yo pensé que habías avanzado en tu camino, pero aquí estás arruinándome el día. ¿No te bastó con lo que pasó en otro día?

-Estaría a unas horas de Coryza si fuese por mí, pero me han robado. ¿Qué sabes tú de eso?

-Ah, ¿necesitas de mí en este momento, no?

-Sólo responde lo que te pido, sino no lo hagas y yo me iré. No necesito pedirte clemencia.

-Deberías volver al sendero. Ya sabías cómo era esta zona antes de venir; asume las consecuencias-decía con una sonrisa Athan. Eros, sin decir nada, se volvió. Athan, por su parte, se quedó pensando un poco y dijo para sí:

-Anoche fue una noche muy fría... Debería yo también volver ahora.

Athan tenía un raro comportamiento desde el altercado del día anterior. Algo ocurría. Bajó desde las rocas y miró hacia atrás. Se veía a Eros aún, bajando la altura del bosque, buscando todavía sus cosas. Decidió seguirlo sin que se diese cuenta. Por su parte, Eros no sabía dónde ni cómo buscar. No había pistas de nada. ¿Qué sucedió anoche? Ésa era la pregunta. Sólo se avistaba una especie de humo que nacía de un cercano horizonte, de entre las copas de los pinos.

-Debe haber personas allá. Quizás sepan en dónde estoy parado-decía Eros desesperanzado. Athan, desde el fondo, tragó con ácido temor, sabiendo él los relatos de que es mejor seguir la ruta

del bosque y no toparse con nadie debido a los ladrones que circulan peligrosamente en el bosque. No se sabía si había gente en aquel lugar y si tenían buenas o malas intenciones; lo mejor era no corroborarlo, sin importar qué objetos se hayan perdido.

Eros, cuidadosamente se acercó y observó qué había. Sólo se podían ver dos tiendas de campaña y una fogata ahogándose en el frío.

-¿En dónde están las escopetas, Victor?-se escuchó fuertemente de entre los árboles de enfrente.

Inmediatamente salió de allí mismo un hombre fornido, quien se acercó a una de las tiendas a buscar algo.

-No desesperes, aquí están...-decía otro hombre más pequeño, pero con un aspecto intimidante también.

El primer hombre sacó de la tienda un bolso color rojo y de allí sacó algo de dinero. Eros se impresionó, ¡era el bolso que tanto buscó!

-¿Cómo lo robaron?-preguntó Eros en tensión.

-Aquí está el dinero. Vamos por algo de alcohol, ¿te parece, Victor?-decía el hombre fornido.

Fueron los dos desde donde vinieron y se escuchó a un perro ladrar.

-¡Silencio, Lucius! Este perro es un fastidio. Cuando terminemos aquí deberíamos comerlo”, dijo el hombre llamado Victor.

Eros esperó con el miedo abrazando su espalda. No sabía qué pudiese ocurrir de ahora en más, ya que estaba en la boca del lobo. Esperó un rato y decidió entrar al campamento de los maleantes, cuando repentinamente Athan lo tomó del hombro con fuerza.

-¿Crees que no morirás si haces esta tontería?-dijo.

-Esta gente es mala y sabe resguardar bien lo que roban. Desde perros sueltos que te detectan apenas cruces hacia su zona y que pueden destrozarte, hasta algún vigilante escondido que no dudará en matarte desde lejos con su arma. Seguro aquel perro te

rastreo y se llevó tu bolso sin necesidad de hacerte daño debido a que dormías... Significa que esta gente sabe lo que hace. No te atrevas a cruzar, sólo lo diré una vez.

-No sé por qué haces esto. Un día me echas una tormenta en la cara y ahora intentas salvarme. No me importa quiénes y cómo sean ellos, necesito ese bolso para cumplir lo que prometí a Ciel. No puedo volver sin nada en mis manos. Prefiero morir.

-...Bien, entonces haz lo que te plazca. No creo que Ciel disfrute mucho el saber que moriste de esta manera y por algo tan trivial.

Al decir esto Athan se alejó y bajó hacia la ruta principal. Eros se sentó en la nieve a pensar en todo lo que involucraría este riesgo y si de verdad lo valía.

Eros sabía que no podía entrar de lleno, así que decidió inspeccionar las afueras del campamento, para confirmar que no hubiese un tercero vigilando, así como dijo Athan. Sigilosamente, Eros subió un poco la gran colina en donde estaba y observó que no había nada. Caminando, Eros pisó mal en la nieve y resbaló. Al caer, algo saltó de la nieve.

-¿¡Qué es esto!?-dijo Eros asustado.

Se trataba de una trampa para osos escondida en la nieve, que por suerte no logró lastimarlo. Eros se dio cuenta que a pesar de que no había nadie vigilando, había trampas resguardando el campamento. Decidió tomar rocas pequeñas y lanzarlas alrededor de la nieve, para evitar las trampas. Saltaron cinco más, y debido al ruido el perro de los ladrones se levantó y empezó a ladrar y a correr hacia donde estaba Eros. Debido a que Eros se encontraba arriba, el perro no lograba alcanzarle. Preocupado porque quizás regresasen los ladrones y lo encontrasen, Eros decidió huir hacia más arriba para calmar al perro, el cual se quedó ladrando en su iracundia.

Pasó alrededor de una hora y Eros decidió bajar. Todo parecía que él debería pasar la noche buscando la manera de tomar sus

cosas y largarse. Mientras bajaba, se encontró una roca mediana y la tomó. Pensó en distraer al animal lanzando la roca en otra dirección y lejos para que este saliera y diese el tiempo para que Eros entrase.

-Ya llegué a este punto, debo hacerlo-decía ya estando abajo.

Tomó la roca y la lanzó a unos arbustos al lado contrario del campamento, el perro escuchó y enseguida salió al ataque. Aprovechando esto, Eros lanzó rocas pequeñas por toda la zona, para verificar que no hubiese más trampas... Al no ocurrir nada, Eros entró a la tienda de campaña en donde estaba su bolso. Lo tomó, revisó rápidamente si no había más que fuese de él. Cuando pretendía salir y continuar su camino, Eros escuchó a aquellos ladrones venir.

-¡No puede ser!-susurró.

Eros vio qué hacer y sólo pensó en esconder entre las cosas robadas. Se ocultó en la profundidad temiendo por lo que pudiese ocurrir. ¿Qué podrá hacer Eros en esta encrucijada?

## Parte XVI: *“La Noche Mas Fría...”*

Los ladrones entraron a aquella carpa a dejar el botín del día y cosas que compraron. Eros sólo podía escuchar las risas de ellos, esperando a que lo atrapasen y ocurriese lo peor.

-¿En dónde está Lucius, Mortis?-decía Victor después de acomodar el botín.

-Ahora que lo dices no lo he visto molestando a esa basura.

-¿¡En dónde estás, maldito perro!?-gritaba Mortis, el más grande.

-Qué raro. Ya volverá. Seguro salió a pasear, sino tendremos que comprar a otro animal, Victor.

-Mortis, mira esto. Alguien activó las trampas de osos por acá. Alguien estuvo aquí.

-No se ha llevado nada al parecer. Revisaremos mañana a ver qué ha ocurrido. Hace frío y ya es muy tarde. Mañana veremos. Duerme-decía Mortis. Después de un buen rato, ambos se fueron a dormir a la otra tienda. Y caía el frío de la tundra. “Sino escapo esta noche, no habrá mañana para mí-decía Eros oculto en la oscuridad de la tienda.

No podía salir rápidamente sin hacer ruido. Mortis y Victor activaron de nuevo las trampas y era de noche. Eros no podía acordarse de todas las trampas en sus posiciones. Y el perro andaba suelto por el bosque, sumándole que la vida salvaje estaba activa en la oscuridad.

-¿Por dónde podré escapar? Está comenzando a nevar... Sólo puedo confiar en mis instintos y en la suerte... Espero que con eso baste.

Eros abrió un poco la abertura de la tienda para asegurarse de que los malhechores estuviesen en profundo sueño y que no hubiese nada peligroso en el campamento. Luego de unos minutos observando, Eros decidió salir con sigilo. Decidió escabullirse entre los arbusto de donde vino más temprano. Tomó su bolso y se aventuró en la oscuridad fría de la noche.



Sólo sabía que debía bajar. Empezó a nevar con mayor intensidad.

-¡Sólo pido una oportunidad de vivir! ¡Quiero verla feliz! ¡Quiero ser feliz con ella!-gritó Eros corriendo por el bosque nocturno. Se escuchaban aullidos a lo lejos. Eros sólo podía ver el horizonte oscuro y eterno, como si corriese hacia la nada, pero no le importaba con aquel ímpetu y valentía que brotaba de su ser.

-Tengo un mal presentimiento. Esos aullidos se hacen más fuertes...-suspiraba.

Corría lo más que podía. El miedo empezó a invadir a Eros. Él sólo podía pensar en Ciel en ese instante. El amor era lo que movía sus piernas, más allá del miedo...

Eros estaba cerca del camino que atravesaba el bosque, hasta que un lobo saltó de la oscuridad y lo tumbó a la nieve. El lobo intentaba desgarrarle el rostro, pero Eros sostenía su hocico con sus manos con todas sus fuerzas. No sabía qué hacer. Quedaba una muerte horrible. Eros miraba desesperado qué usar para defenderse, pero no había nada, sólo oscuridad. Y de repente, se escuchó un disparo que acabó con el ruido salvaje del bosque y el gruñido dantesco del lobo.

El animal cayó muerto encima de Eros.

-Algo me decía que no podía dejarte aquí, porque de alguna forma u otra morirías-decía Athan con una escopeta en sus manos.

-Eres muy terco, Eros. Demasiado.

-Gracias por la ayuda, pero...

-Guarda eso para después. Debemos irnos rápido. Si de día esto es muy peligroso, de noche es peor. Levántate y corramos.

Después de correr, ambos lograron llegar al camino. Cerca quedaba una laguna parecida a la cercana a Aurora.

-Mira eso, Athan, la luna se refleja sobre una especie de laguna. Acampemos a sus alrededores.

-Vayamos a observar. No es bueno lanzarse a dormir a lugares desconocidos.

Llegaron a las orillas de la laguna gélida y al caminar por la zona se dieron cuenta que no había peligro alguno.

-Se ve seguro, pero debemos vigilar para evitar imprevistos. Nunca se sabe-dijo Athan.

Montaron una sola tienda.

-Debemos buscar una manera de calentarnos-dijo Eros.

-Acá tengo una lámpara con vela; tengo el encendedor. Debemos conseguir leña. Creo que servirían el usar esas plantas secas por el frío-respondió Athan.

Fue y recogió algunas de esas plantas y se dispusieron a crear la fogata para pasar la noche. Después que bajó la tensión de lo sucedido en el bosque y de realizar el campamento forzoso de la laguna, se creó un ambiente algo tenso. Aún había roces entre ambos y debían solventarlo.

-Escucha, Athan, debo decirte algo... Lamento lo que sucedió al comenzar este tormentoso viaje. Simplemente no me agradaba tu actitud para conmigo y con Ciel; exploté. Quiero pedir mis más sinceras disculpas. No eres una mala persona como pensé alguna vez.

Athan guardaba silencio, mientras miraba a las estrellas.

-Sólo quisiera saber algo ¿por qué tu trato así conmigo? Es decir, me tratabas mal al principio y ahora me salvas de la muerte de esa manera. ¿Qué sucedió?

-¿Cómo decirlo, Eros? Siempre he amado a Ciel, así como tú, pero he sido un idiota, a diferencia de ti. Mi primer trato hacia ti quizás haya sido envidia o tristeza porque no lograría nunca estar con ella... Cada vez que me siento a las orillas de la laguna en la montaña de Aurora, sólo veo el color de sus ojos, ¿sabes? ¿Por qué te trato mejor? Por ella. Sé que si dejas que te ocurra algo malo no podré lidiar con eso. El tener la opción de hacer algo bueno cuando todo está mal y no tomar esa opción es imperdonable, es lo que aprendí de ella. Y también sé que tú

harías lo mismo por mí y cualquiera. Tenía otros planes al venir contigo y era el de estorbar tus propósitos, pero ahora me he dado cuenta de ello. Ahora mismo, a las orillas de esta laguna más profunda... Mientras más profundas sean esas aguas, más profunda es la verdad que brilla en la superficie. No quiero que pienses que soy oportunista. No soy realmente así. Quiero ser justo y si es de ganar su amor, quiero ganarlo con honor. Si no es así, deseo que ese honor lo tengas tú, Eros. ¿Tus cuestionamientos han sido respondidos? Porque no tengo más nada que decir en esta noche tan fría, amigo...

-Si no tienes nada que decir, no digas nada, Athan. Gracias por tu sinceridad. Has respondido a mis dudas. Pase lo que pase, sólo deseo que pasen cosas buenas. Que después de una oscuridad como la del bosque, la luz de la luna ilumine sobre todos. Yo haré la primera guardia las primeras horas, luego tú, ¿te parece?

-No hay problema”, decía Athan con mucha paz.

Las cosas se han aclarado entre ellos. Aman a la misma mujer y ambos lo saben. Ambos persiguen la misma estrella en el mismo camino, pero ambos son distintos. Eros sigue creciendo como persona, al igual que Athan; son dos semillas en invierno que luchan por vivir plenamente. El camino aún es largo y queda un día y medio de recorrido, pero seguirán las estrellas guiando sus caminares.

## Parte XVII: “*El Camino de los Recuerdos*”

Amaneció y Athan estaba ya despierto debido a la guardia de la noche, Eros seguía durmiendo.

-Empezaré a recoger lo que pueda para salir temprano. Será un día muy largo-decía Athan.

Luego de apagar el fuego y recoger sus cosas, Athan se dirigió a Eros para despertarlo:

-Eros, despierta. Es hora de irnos. Levántate y ayúdame a guardar la tienda.

-¿Qué hora es?-preguntó Eros.

-Aproximadamente las siete de la mañana.

-Bien. Hay tiempo. Déjame ponerme mis botas.

Luego de recoger la tienda, retomaron su rumbo.

-¿A cuánto tiempo estamos de Coryza?-preguntó Eros.

-Falta un día entero y parte del siguiente, eso si vamos a este paso.

-¿Qué harás al llegar allá, Athan?

-Saludaré a un viejo amigo que tengo allí y buscaré unas encomiendas.

Eros buscando aprovechar el buen momento, quiso entablar mejores lazos con Athan. Decidió compartir con él y comentar experiencias y vivencias que abriesen confianza entre los dos.

-Será un camino largo. Me gustaría saber más de ti, Athan.

Con una sonrisa y un gesto ácido, Athan responde:

-Qué irónico. El que resultaba más reservado y cohibido desea saber más de mí y conocerme. No está mal.

-Los tiempos siempre cambian”, respondió Eros. “Bien. ¿Qué deseas saber, Eros?

-¿Por qué trabajas encomiendas para tu padre? Veo que no es algo que disfrutes hacer...

-Lo hago por gratitud a las comodidades que tengo. No tengo necesidad de hacer ningún esfuerzo por nada y creo que es lo único que puedo hacer. Mis sueños son otros, pero mi padre no comparte los mismos ideales que yo. Es una disputa que lleva mucho tiempo.

-Ya veo. ¿Y qué clases de sueños son esos?

-Dejar lo que poseo e irme como viajero por los rincones del mundo. Pintar cada paisaje que vea; eso es lo que deseo. Mi padre piensa que debo continuar el legado que trae la familia. Es una posición muy difícil para mí.

-Creo que quien debe considerar si es algo bueno o malo eres tú. A pesar que él sea tu padre, eres tú quien tiene el derecho de ver qué hacer con su vida. Nadie más.

-Lo sé, lo sé. Como dije, no es fácil, Eros. Es algo que quien lo vive lo sabe, así como los problemas que hayas tenido... no los podré entender con total claridad, ¿entiendes?

-Entiendo. Sólo digo que si deseas algo, lucha por ello. Espero todo se resuelva, Athan. No es justo que cosas así pasen, mucho menos con la familia.

-Gracias, Eros.

Pasaron las horas y ya era el inicio de la tarde.

-Deberíamos tomarnos un tiempo para descansar y comer algo. Caminamos bastante”, dijo Eros.

-Me parece bien-respondió Athan. Una vez que habían preparado la comida, sentados, decidieron seguir conversando y ahondar uno en el otro.

-Y luego de que lleves las cosas a casa de Ciel, ¿qué harás luego, Eros?

-Disfrutar la vida. He dejado de vivir por los problemas que me persiguen. Don Livor y Ciel han sido mis pilares. Así como tú en gratitud a tu padre haces este viaje, hago lo mismo por ellos. Quiero disfrutar los frutos del esfuerzo de nosotros tres.

-Noto mucho ímpetu en tus palabras, Eros. Siempre he tenido esta curiosidad de saber si tú mismo te has decidido a cambiar o el estar viviendo con ellos este tiempo te ha hecho cambiar.

-¿A qué te refieres?

-Me refiero a que este no es el Eros de siempre. Ahora eres más abierto y confiable ante la vida. Eres más humano, Eros.

Estas palabras retumbaron en los oídos de Eros y este dijo:

-Fue uno y lo otro. Siempre he sido así debido a lo que me ocurrió cuando era más pequeño; murieron mis padres.

El silencio invadió el ambiente y Athan se sorprendió mucho ante el vacío de Eros que se hacía presente. Sólo pudo decir:

-Siento haberte recordado tal cosa, Eros. Lo siento mucho.

-No te preocupes, Athan. Son cosas que a veces ocurren. Creo que todo tiene alguna razón de por qué ocurre todo lo que debe ocurrir en nuestras vidas. Mis padres eran similares a tu padre en cierta forma... bueno, sólo mi padre. Recuerdo a mi madre mucho más cálida. De todas maneras, siempre estaba en casa del señor Livor. Jugaba con Ciel mientras mis padres trabajaban de pueblo en pueblo. Ciel me enseñó a reír, incluso en momentos tristes. Poco a poco decidí que eso quería ser, por lo que cada día me acerco más a ser esa clase de persona.

Al decir esto, Eros sonrió. Athan, por su parte, sonrió también y dijo:

-Opino, sinceramente, que siempre fuiste esa clase de persona, Eros, sólo que la oscuridad no dejaba verlo claramente. Esa soledad...

-Puede que tengas razón.

-Mi otra curiosidad es sobre el por qué te alejaste de aquella felicidad alguna vez ¿Por qué te fuiste a vivir a solas en una vieja cabaña, Eros?

Eros guardó silencio y se puso a pensar, luego de unos segundos dijo:

-Para encontrarme a mí mismo, pero en vez de eso, me perdía más en cada día que pasaba. Irónicamente entre los que amo, ahí

siempre estuvieron las respuestas a mis preguntas. La cabaña es el estado físico de aquel error garrafal que he cometido.

-Me parece bien esto que estoy escuchando, ya que aquí no hay ninguna cabaña como a muchos kilómetros a la redonda.

Después de compartir en tantas conversaciones íntimas; entre risas y seriedades, se dispusieron a continuar su camino. Faltaba poco para el mediodía y avanzado varios kilómetros. Se veía cercano el final del bosque.

-No nos falta tanto, Eros-decía Athan con algo de entusiasmo.

-Te noto cierta emoción por tal cercanía, Athan.

-Eso es porque me encanta esta parte de este largo camino. Tengo buenos recuerdos de mi infancia.

-¿Y cuáles son esos recuerdos?-preguntaba Eros.

-La infancia es un tesoro muy valioso, Eros; apreciamos cada detalle de la vida y no hay grandes problemas en nuestra vida. Cuando pasaba por aquí con mi padre y mi madre me sentía como un ave libre, que iba a donde quisiese. En ese momento descubrí que quería ser libre y volar por el mundo. Conocer cada rincón, como te mencioné antes.

-Sigo opinando lo mismo. Tu deseo se ve desde tu mirada. Deberías luchar por eso...

-El tiempo dirá, Eros. El tiempo dirá. Ese sueño se ve muy limitado también por mí mismo pasado.

-¿A qué te refieres con limitado, Athan?

-Toda mi vida he querido algo distinto al plan de mi familia, y he tenido que vivir fingiendo para ellos. El dinero nunca me ha comprado el cumplir este sueño ni lo hará nunca, Eros. Siempre me debía comportar y ser educado con las supuestas amistades de mis padres. Era como si mi vida fuese un papel de obra de teatro; nunca fui libre como lo veía en este camino

-¿Y qué sucedió con tu madre, Athan?

-Ella se fue a vivir lejos. Por el dinero, mis padres se han separado. En el fondo, creo que era mejor que sucediese eso. Dos

personas sedientas de poder son una bomba de tiempo cuando están juntas. Me quedé con mi padre, he hice mi vida a su sombra...

-Creo que de alguna manera hemos compartido pasados similares, Athan. Pero tenemos el presente en nuestras manos; podemos cumplir con lo que alguna vez creímos imposible. Si yo he podido cambiar y estar aquí en camino a una meta que se acerca cada vez más, tú también puedes lograrlo. Que antes de llegar a Coryza puedas realmente sentirte libre, en vez de soñarlo, ¿no opinas lo mismo?-decía Eros determinadamente a la cara de un Athan perdido en el pasado.

Y con un suspiro de desánimo, y mirando hacia el horizonte del camino, Athan dijo:

-No lo sé, Eros. Eres, irónicamente, el primero que conoce realmente lo que he pensado y sentido... detrás de esa máscara de arrogancia. Salir del cascarón después de tanto tiempo es como recibir el balde de agua más fría que el cuerpo haya sentido jamás. Sabes lo que digo aquí, pues viviste tu propio infierno.

-Exactamente, lo viví...-decía Eros como si viviese aquellos momentos de nuevo

-...Pero la palabra lo dice por sí misma, Athan... lo viví. Ahora es diferente para mí, y para ti también debería serlo. Eso lo escoges tú. Aquí estás. Estás caminando, pero es como si estuvieses sentado en tu propio pasado, escuchando viejos murmullos que te atan a una esclavitud. ¿Eres un esclavo de la voz de tus familiares o un ave que vuela libre hacia sus metas?

Athan al escuchar esto se quedó callado y se detuvo en medio del camino. Se quedó bastante tiempo. Se quedó mirando hacia la lejanía del camino templado por el frío. Eros lo miró con intriga y dijo:

-¿Qué ocurre, Athan?

El seguía en silencio, contemplando el horizonte.



-¿Cómo rompo estás cadenas, Eros? ¿Cómo he de romper lo que me ha mantenido incauto tantos años?-decía Athan con su mirada perdida.

-Lo primero es siempre dar un paso hacia adelante, sin mirar atrás, dejando de lado la miseria que tanto te ha estado arrojando, Athan. Si estás listo, da ese paso en este momento.

Athan pestañó y quitó su mirada del horizonte e inmediatamente miró a Eros.

-Tú puedes hacerlo-le dijo Eros. Por la mente de Athan pasaban todos esos oscuros momentos de aquella infancia grisácea y una vida dirigida como si fuese un títere de la sociedad. Se acordó de todos esos momentos en los que escapaba hacia la laguna y de Ciel cuando llegaba y lo veía allí en soledad. De Eros también luchando contra el gélido viento que lo mantenía preso dentro de sí. Pasaba cada momento rápidamente por su cabeza.

-La próxima vez que vaya hacia la vieja laguna, me gustaría ir contigo y con Ciel, Eros-dijo.

Luego Athan dio un paso firme hacia adelante y Eros le sonrió.

-¿Eres libre, Athan?

-Lo soy. Ahora lo soy. ¡El paisaje está más hermoso que nunca, Eros!-decía en júbilo un Athan que siempre estaba oculto en las sombras del molde esculpido por su familia.

-¿Ahora qué debemos hacer, Eros?

-Seguir caminando sobre nuestro destino-le respondió. Luego de un intercambio de sonrisas, ambos siguieron adelante. Es como si volviese a empezar el camino. Lo que parecía una mala idea antes de empezar, ahora parecía algo que tenía que pasar para bien de dos almas que se hallaban perdidas en un tiempo muerto. Antes se odiaban, ahora, gracias a la chispa de una mujer, ambos se valoran como tales.

## Parte XVIII: *“Las Necesidades de Ciel”*

Mientras tanto, en el pueblo de Aurora, la familia Ancora mantenía su rutina. Esta vez, don Livor se tomó unos días de descanso para compartir con su hija y encargarse de su hogar.

-Buenos días, mi dulce princesa, ¿cómo has amanecido hoy?-le preguntaba Livor a Ciel.

-Muy bien, padre. Sólo con lo que parece ser un resfrío, pero estoy bien. ¿Has hecho el desayuno?

-Estoy en ello. ¿Un pequeño resfrío? Tienes par de días con ese pequeño resfrío. Deberías descansar, Ciel. Yo me encargo del resto. Estoy libre hasta mañana.

-Quien debería descansar eres tú. Trabajas mucho cada día en la librería, sin contar las compras que haces y los días agitados que pasas.

-Soy tu padre y digo que descanses. ¡No lo refutes de nuevo!

-Vaya que eres terco, papá. Está bien, pero más tarde siquiera recogeré mi cuarto.

-Entonces, quedamos bien-dijo con una sonrisa Livor.

Mientras comían el desayuno, Ciel tenía cierto rostro de preocupación. Livor, al darse cuenta, le pregunta:

-¿Qué ocurre, Ciel? ¿Pasa algo?

-No... No es nada malo, es que me preocupa el cómo estarán Athan y Eros en su viaje.

-Siempre tienes eso en la mente, cariño. Deberías preocuparte menos y confiar más en ellos. Ambos son fuertes y valientes. Llegarán con bien de nuevo a estas tierras. Sabes que sí.

-Supongo que tienes razón, pero de todas formas es algo que no puedo evitar. Ese camino es peligroso, papá.

-Lo sé, pero no importa cuán riesgoso sea un camino, mientras sepas cuidarte y tengas gente que te quiere a tu alrededor, nada

malo ocurrirá. Te lo dice un experto en eso, como lo es tu padre. Ciel le miró a los ojos y se rió.

Se quedaron conversando sobre otros temas, como la librería, anécdotas, como una familia. Ciel tocía de vez en cuando, por lo que Livor decidió salir a comprarle algunos medicamentos en la farmacia del pueblo.

-Si te dejo así bajo las manos de la naturaleza terminarás pasando la noche con fiebre. Iré a la farmacia a comprarte los medicamentos.

-Iré contigo.

-Es mejor que te quedes, hija, afuera hay mucho frío y no es bueno arriesgar sin necesidad.

-No, hija. Por favor, no seas dura. Es mejor que te quedes.

-Pero, papá, tengo varios días quedándome en casa y tú sabes que no me gusta echarme a hacer nada en la cama. Déjame ir lo más abrigada posible si quieres, pero déjame tener siquiera un momento donde mueva más las piernas caminando.

-No lo sé...

-Por favor, papá, la farmacia es cercana; será rápido.

-Está bien, me has convencido, pero abrígate bien, que no quiero pensar que tomé la decisión incorrecta.

Y con una sonrisa en su rostro, Ciel fue a vestirse de la manera más abrigada posible. Con dos suéteres, bufanda, botas, y demás ropajes, Ciel salió con su padre a la farmacia del pueblo, a dos cuadras de su hogar.

-Espero no me pongas más en esta clase de situaciones, Ciel.

-Lo siento, papá. Es que no me gusta estar encerrada tanto tiempo en casa.

-Te comprendo, pero necesito que me comprendas a mí también, ¿entiendes?

-Sí, seré más considerada la próxima vez, padre.

Era la conversación que tenían camino a la farmacia. Luego de que se calmó la situación, llegaron a la farmacia y Livor compró los medicamentos y se regresaron rápidamente a casa para evitar tanto tiempo estando en el frío del día.

Al llegar a casa, Livor se dispuso realizar el resto de los quehaceres del hogar. Ciel, por su parte, iba a acomodar su habitación. Ciel estuvo durante, aproximadamente, treinta minutos arreglando su habitación. Se sentó y no duró mucho cuando sus antojos de hacer lo que sea productivo para la casa se activaron. Don Livor se encontraba sacando la nieve del pórtico con su pala, cuando de repente escuchó a alguien fregar los platos.

-¿Qué haces, Ciel?!-gritó Livor desde el pórtico.

-Sólo lavo los platos-respondió.

Livor entró a la casa y se dirigió a la cocina. Tomó a Ciel cargada y se la llevó a su habitación mientras esta estaba pataleando y quejándose como niña.

-Papá...-ni comenzó a hablar Ciel cuando su padre la regañó fuertemente.

-¡No tolero más tu comportamiento! ¡Tú eres una simple humana, como yo, como cualquier otro! ¡Cuando hay que descansar, hay que descansar, Ciel! ¡No eres ningún robot!-Livor le seguía gritando a su hija. No aguantaba más este comportamiento infantil y necio y menos aun estando ella enferma de salud.

Horas más tarde, luego de aquella fuerte discusión, Ciel aún permanecía en su habitación, bajo las sábanas.

-Cómo quisiera permanecer un día quieta, sin hacer nada ni estorbar a nadie, pero no quiero estar en una cama dejando de vivir. No lo aguanto. No quiero terminar como mamá-se decía a sí misma.

Por otra parte, Livor, luego de hacer todos los quehaceres del hogar, se dispuso a sentarse en la sala a escuchar la vieja radio que le dio su padre.

-Qué día tan agitado el de hoy... Vaya manera de pasar mi último día de vacaciones-balbuceaba sarcásticamente.

Fue anocheciendo y ambos seguían en los mismos lugares, como si estuviesen regañados o descansando de ser ellos mismos. Bajo la escasa luz del crepúsculo, Livor se quedó viendo el atardecer entre las cortinas de tela que disfrazaban la vista de la ventana.

-Hace cuánto que no contemplo semejante belleza...-decía.

Ciel se levantó de su cama y se asomó por la puerta a ver qué hacía su padre. Al verlo sentado en el sofá, fue hasta allá y se sentó a su lado.

-Ya despertaste-decía Livor aun contemplando el ocaso desde el sofá.

-Sí. Papá, lamento la presión innecesaria que causé más temprano. Debí quedarme y hacerte caso. Lamento ser tan testaruda”, dijo Ciel.

-No te preocupes, hija. Así eres y así te quiero. Un poco más de orden no vendría mal.

Ciel sonrió y Livor se quedó mirándola y dijo:

-Has crecido y madurado bastante, pequeña. Antes no te disculpabas por nada. Te pareces a tu dulce madre.

Ciel abrazó con más fuerza a su padre y se recostó en el sofá, apoyando su cabeza en las piernas de Livor.

-Me gustaría que me contases una historia como antes, papá.

-Parece que hablé muy rápido sobre lo de madura-dijo en son de broma

-¡Vamos, papá!

-Está bien, Ciel. Está bien. ¿Qué deseas que te cuente?

-Me gustaría que me relates de nuevo cómo conociste a mamá.

Al ver a Ciel alegre, curiosa y que era un bonito momento, como esos viejos momentos que vivían en familia antes de que falleciese Aura.

-Te encanta escuchar esta historia, ¿no es así, pequeña?

-Así es, papá. Me parece la historia más romántica que yo haya escuchado jamás.

-Era yo muy joven... Tu querido abuelo recién inauguraba la librería. Llegaron los primeros cargamentos de libros que serían leídos en este pueblo tan pequeño y humilde. Mucha gente llegaba y se llevaba libros. Los alquilaba o los compraba. Una de esas personas era Aura. Era una bella joven... Cada vez que venía a por un libro, la luz que entraba con ella por la puerta le iluminaba sus cabellos dorados como el oro. Y así como el sol iluminaba su radiante cabellera, así mismo lo hacía su sonrisa... Qué hermoso era contemplar ese momento. Era yo el novel cajero que atendía las mañanas. No podía mirarla mucho tiempo a sus ojos azules profundo, pues me apenaba y me ruborizaba tal situación. Recuerdo que hasta tartamudeaba un simple saludo hacia su persona. Ella me veía y sonreía, así como si supiese lo que ocurriese, cosa que no es difícil en las damas. Nuestra una conversación era si estaba el libro que buscaba y cuál era su precio. Pasaron las semanas desde la primera vez que la vi y decidí buscar por más; valía la pena el riesgo. Practiqué mucho mi comportamiento para evitar las clásicas penas por su presencia. Un día llegó como era costumbre y después del saludo le pregunté: "Disculpe, señorita... Ha pasado un tiempo desde que nos hemos visto por primera vez y me he preguntado cuál será su nombre. No se preocupe, si desea no me responda. Es sólo curiosidad...". No salió a como yo esperaría y la garganta me traicionó. Mis murallas de valor se derrumbaron y ella al ver la graciosa voluntad mía de querer conocerle, quiso ayudarme un poco. Recuerdo exactamente qué dijo ese día: "No hay problema. Mi nombre es Aura; ¿y cuál es tu nombre?". Le respondí que me llamo Livor Ancora, de la librería Ancora. Ella me miró

dulcemente y le dije que me era muy placentero verla los días en los que venía, ya que era algo aburrido y rutinario ver sólo a los ancianos ir y venir con libros. Y a partir de allí empezamos a comunicarnos más y a conocernos poco a poco. Cada vez que ella iba a la librería, ella se quedaba un tiempo más sólo para conversar conmigo. Estaba encantado con ella. Me encantaba tanto su presencia y su persona, que la invité a salir una vez. Ese día fue especial...

Ciel interrumpió diciendo:

-Papá, vaya que eras inocente y caballeroso.

-¿Y no lo soy ahora?

-Sí, pero no tan radiante como antes, según dices-decía Ciel riendo.

-Bueno, bueno. Continúo, que ahora estoy emocionado con los recuerdos saliendo a flote. Y fue así, un día especial. Era un sábado por la tarde. Estaba terminando de atender a un señor con una entrega de libros y sonó la pequeña campana de la puerta al abrir... Era ella. Parecía todo planificado, ya que la seriedad me invadió y tenía un guión mental donde diría todo lo que debía decirle. El valor lo tenía guardado y lo dejé añejando para este momento.

Interrumpía Ciel nuevamente preguntando:

-¿El mismo valor con el que te presentaste ante mamá?

-No. No el mismo, tonta. Esta vez era enserio. Se fue a una estantería donde había libros sobre romanticismo y novelas. Tomó un par y vino al mostrador. Nos saludamos y de mi boca salieron disparadas las palabras... "Aura, hoy seguro habrá aurora boreal esta noche. ¿Te gustaría subir a las colinas de la montaña a verla conmigo?" Esos segundos de silencio fueron agónicos y de infarto para mí. Ella me miró y me dijo que sí. Que la recogiese en su casa. Cuando se fue, empecé a saltar de alegría. Y pude notar que tu abuelo me miraba desde lejos. Se acercó y me dijo que había un par de cajas llenas de libros por vaciar y acomodar en los diferentes estantes. Que debía esforzarme, porque faltaba

hora y media para el anochecer y no es bueno defraudar a una dama con algo tan comprometedor. Acelaré el paso. Pude terminar mis deberes en la librería e irme a casa a prepararme para la gran noche... Fui tan rápido como pude y me asee, vestí y perfumé como un rayo. En aquella colina había una serie de bancos para apreciar la vista, así que era el lugar indicado para que dos jóvenes se enamorasen profundamente.

Livor hizo una pausa en el relato de su historia, Ciel, por su parte, le preguntó:

-¿Papá, por qué has de detenerte? ¡Viene la parte más emocionante y para la historia de esa manera!

-Lo siento, hija, me acordé que debo ir a la bodega de Louis a buscar unos materiales que le ayudaré a vender. Ya regreso. Y antes que lo digas, no, no irás conmigo; ya está muy tarde y el frío está arrasador allá afuera. No tardo

-Está bien, rayo veloz. Esperaré aquí-dijo Ciel en son de broma.

Mientras Ciel se quedó en la morada, Livor fue a la bodega del pueblo. Al llegar, se topó con don Louis.

-Aquí estoy, espero no haber llegado tarde, Louis.

-Tranquilo, hombre, tiempo hay para todo. Allá en aquella mesa tengo los sacos de lana que necesito que vendas a los distribuidores que vendrán en estos días al pueblo.

-No son muchos sacos. Qué bueno.

-No. No hay tantos... Ha sido difícil conseguir ovejas en esta temporada.

-No te preocupes. Los tiempos cambian, Louis. Me llevaré esto de una vez, está empezando a nevar.

-Te daré parte de lo que gane, Livor, así estamos a mano.

Al decir esto, Livor se volvió a Louis y dijo:

-No soy una sanguiucla, Louis, hago esto por un simple favor, debido a nuestra amistad. No planeo sacarle ganancias.

-Por favor, acepta, hombre. No me gusta quedar así.

-Déjalo así, Louis, no lo diré nuevamente.



-Está bien, pero por lo menos acepta que te dé tragos gratis durante un tiempo. Es mi última oferta.

Livor al escuchar esto, se rió y dijo:

-Eres bien persistente, amigo. Bien, acepto, pero no más de allí.

Acordaron aquella idea como pago a tal favor. Livor tomó los sacos y se dirigió a casa. Al llegar, Livor acomodó los sacos en la parte atrás de la casa. Luego se dirigió a la cocina a prepararse una bebida caliente debido a la noche fría que envolvía el ambiente. Fue a ver a dónde se encontraba su hija. Revisó su habitación y se encontraba durmiendo. Livor al estar en calma y soledad, volvió a sentarse en el viejo sofá a contemplar la ventana.

-Cuánto la extraño. Aún no puedo creer que haya pasado tanto tiempo después de su partida. Recuerdo todo como si fuese ayer. Como si fuese reciente... Mi amada Aura, aún está latente aquella promesa de antaño. Que cuidaría a nuestra hija. Que sacrificaría todo por su felicidad, si fuese necesario. Cada vez que ella sonríe, veo tu bella sonrisa. Es como si estuvieses dentro de Ciel-decía a la noche. No es fácil borrar los recuerdos de un ser amado. Tampoco es fácil sobrellevar el tiempo como si fuese nuestro enemigo que trata de robarnos los recuerdos. Para Livor quedaba eso, sentarse a recordar; a revivir un pasado agridulce. Una fantasía llena de felicidad que termina en desgracia.

Llegó la mañana, y Livor se quedó dormido en el sofá. Ciel despertó y lo vio allí, como si fuese un niño que se desveló toda la noche.

-Papá, papá, despierta. Te quedaste dormido en el sofá. Ve a tu habitación-le susurraba Ciel al oído de Livor.

-Vaya. Me quedé dormido. No me di cuenta cuando caí como un roble. Tranquila, hija. Es hora de que despierte. Hay que aprovechar el día.

Se repetía la rutina de las labores en la casa de los Ancora. Se terminaron las labores por hoy. Era temprano aún y Ciel y Livor

decidieron sentarse a compartir un poco más. Y era el último día de vacaciones para Livor. Por lo tanto, debían aprovechar el tiempo para sí mismos.

-¿Papá, pudieses continuar la historia en donde la dejaste?

-Muy bien. Es bueno terminar lo que se empieza, ¿no? Déjame recordar en dónde quedé.

-Quedaste en cuando ibas a la colina a ver las estrellas con mamá.

-Tienes una buena memoria. Pues sí. Recuerdo muy bien las sensaciones de ese día tan especial. Iba caminando con mis mejores ropas hacia la colina. La gente me miraba como si fuese una clase de caballero o visitante que pasaba por el pueblo. Mi estómago estaba traicionero, así como mi mente. Empezaba a oscurecer, como si la noche fuese mi cómplice. Como si estuviese a punto de empezar una obra de teatro. Llegué y me senté en la banca. No había tanto frío. Se empezaban a avistar las estrellas, por encima del horizonte blanco que se oscurecía con el arropar de la noche. Pasaban los minutos y no llegaba. Tenía mucha ansiedad y empecé a resignarme. Empecé a pensar que no vendría. Que todo era una mentira. Pasaban los minutos y no llegaba. Decidí quedarme de todas formas... La noche de aquel día era hermosa y decidí disfrutar del paisaje, pero con el corazón melancólico. De pronto, empecé a escuchar unos pasos en la nieve; venían desde lejos. Los faroles de luz iluminaban una figura. Me levanté y enfoqué mejor mi mirada, se trataba de tu madre que llegaba tarde, pero llegaba. Mi corazón saltaba de júbilo. Recuerdo cómo iba vestida. Llegó con un abrigo blanco, parecía un vestido. Una bufanda marrón. Pantalones marrones y sus botas delicadas del mismo color que la nieve. Tenía un gorro blanco que ocultaba parte de su cabellera color oro. Y esos ojos azul profundo que silenciaban cualquier palabra que quisiese salir de mi boca. Qué recuerdos. Llegó con una sonrisa y con disculpas por llegar tarde. Sucedió que a ella no la dejarían salir, y tuvo que mentir. Le dijo a sus padres que tenía que salir a por unos

documentos que servirían para sus estudios. Y así fue. Nos sentamos a contemplar las estrellas. Parecía que las estrellas conspirasen para que estuviésemos juntos, pues el momento fue uno de los más románticos que yo he vivido. Y luego, llegó un momento que se congeló en la historia. Nos besamos y ahí supimos que éramos el uno para el otro. Recuerdo que no nos dijimos nada, pero nuestras miradas decían todo. Decidimos vernos cada fin de semana en el mismo lugar, a la misma hora. A veces ella llegaba tarde, a veces yo lo hacía, pero sabíamos que llegaríamos. Un día ella no fue. Quedé esperándola varias horas. Decidí pasar por la casa en donde vivía. Me asomé por las ventanas y me asomé en la de su cuarto. La veía llorando, ahí sentada en su cama. Entonces, toqué a su ventana. Ella se asustó y miró y se dio cuenta que era yo. Fue y abrió la ventana y me invitó a entrar. Cuando entré, me abrazó fuertemente y empezó a llorar con más sentimiento. Le pregunté que qué ocurría y me respondió que su padre se dio cuenta de nuestro romance. Le prohibió salir y le dijo que se irían de nuevo a la ciudad en un par de semanas. Nunca olvidaré lo que le dije esa noche. Le dije que nuestro amor es lo que importa y que debemos confiar en él. Le prometí que haría lo posible e imposible por que estuviésemos juntos. Luego empezó una constante lucha. Confronte a su padre. Al ver a tu madre llorar, no me importó nada. El valor venía por sí solo. Me aparecí por la noche en su casa de nuevo, pero esta vez toqué la puerta. Me atendió su madre. Le pedí educadamente hablar con el señor, tu abuelo. Recuerdo que me miraba con aquellos ojos turbios y fríos. Le dije que amaba a Aura y que yo sabía que ella también a mí. Sólo recibí insultos y el viento que creó el cerrarme la puerta en la cara. Volví a mi casa y más tarde esa noche regresé y toqué con sigilo la ventana de Aura. Ella no durmió y nunca la vi tan fría como esa vez. Me dijo que se iría, al amanecer, hacia la ciudad capital y que no regresaría. Su padre la forzó y no sabía cómo sobrellevar ese golpe. Yo no dije nada más sino que iría por ella. Que me esperase, que yo iría por ella

cuando tuviese todo lo necesario... Recuerdo que me quedé a las afueras de su ventana toda la noche, pasando el tormentoso frío, esperando a que sólo se fuese para convencerme a mí mismo que así sería. No fue fácil ver eso y no poder hacer nada, Ciel. Decidí trabajar en tres empleos. Ayudaba a mi padre en la librería, empecé a ayudar con encomiendas en la bodega del pueblo y limpiaba los pórticos de las casas cuando nevaba. Pasaron los primeros tres meses, y me llegó una carta de Aura... La tengo guardada en un pequeño baúl con más cartas que me envió en nuestros tiempos más distanciados. Traeré esa carta.

Livor se levantó y se dirigió a su habitación. Buscó en su pequeño armario, por allí de entre algunas cosas viejas dicho baúl, le sacó el polvo y lo abrió. Miró con sentimiento las cartas que allí yacían en la oscuridad.

Livor tomó una carta amarillenta debido al tiempo que ha transcurrido. Abrió el sobre y sacó el papel oxidado, pero cuya letra se mantenía intacta, como el día en que llegó a sus manos. Se volvió al sofá, junto a su hija.

-¿Ésa es?”, preguntó Ciel.

-Sí. Esta es. Esta carta es idéntica a las otras que atesoro en el baúl. Dicen lo mismo, con diferentes palabras, pero el sentimiento plasmado es el mismo. Esta carta es la que más valoro, pues fue la primera y la que sembró en mí la seguridad de que yo la amaba y que ella me amaba a mí, hija. Dice así: “Hola, mí amado Livor. Acá te escribo desde las lejanías de la ciudad Aquilonis. Los días no han sido los mismos después de conocerte, mucho menos ahora que no estamos cerca. Extraño tu aroma y tus palabras. Extraño ver la calmada vista que me guardas cada noche en aquella colina. Este tiempo será duro para ambos. La lógica afirma que deberíamos seguir nuestras vidas sin agitar nada, pero mi corazón afirma que debería luchar por lo que quiero y siento. Yo quiero y siento que debo estar contigo. Sé que

te estás esmerando por lograr venir a la capital, pero ten calma que yo iré hasta a ti, lo prometo. Te amo, Livor.”

-Ella me escribía cada semana. Yo esperaba un día fijo el correo. Me sentaba en un tronco añejo frente a la casa y esperaba una hora y hasta dos por el correo que ansiosamente esperaba. Seguí trabajando arduamente. Tu abuelo me veía exhausto, a tal punto que me sentó un día y conversamos profundamente este cambio y sobre esfuerzo mío. Yo le dije que era por Aura, aquella muchacha que visitaba a diario la librería y con la que empecé a salir y a crear un bello lazo sentimental. Él me dijo unas sabias palabras que te digo a ti ahora para que las tengas presentes en el momento adecuado, pequeña. Cuando el mundo conspira contra tus sentimientos, primero siéntate y piensa si lo que sientes vale lucharlo. Si tu mente y tu corazón se alían y van por el mismo objetivo, entonces sí, lucha hasta caer desmayado por lo que tú amas. Allí me decidí sin duda alguna que me bastaba lo que tenía, y que si lograba mi objetivo, entonces Aura estaba destinada a estar conmigo. Tu abuelo me pidió calma y mucha paciencia. No podía ir a esta intensidad siempre pues acabaría con mi vida y derrocharía tiempo valioso para vivir. Tenía suficiente dinero para viajar de ida, más no para regresar. Sería un viaje de aproximadamente tres días, donde si no hallaba a Aura, perdería todas mis posibilidades. Me preparé en lo que respecta a recursos necesarios para viajar: comida, mapa y ropa. Decidí partir el fin de semana de esa misma semana a Aquilonis. Llegó el día. Me levanté temprano y me dirigí hacia la puerta. Cuando la abrí, no imaginé que encontraría lo que encontré. Era impensable e ilógico... Se trataba de Aura, allí frente a mi puerta. Me quedé paralizado y el silencio llenó mi boca. Sólo la veía allí, sonriendo como antes lo solía hacer. Estaba en ropas color marrón. Y yo estaba abrigado hasta los dientes, con mi mochila y saco de dormir. Ella sólo pudo preguntar en aquel silencio: “¿Planeabas ir a buscarme?”, con aquella sonrisa. Yo sólo pude abrazarla y llorar. Cuando estaba todo más calmado, le pregunté que por qué

regresó, cómo lo hizo, cuándo planeó hacer eso. Me relató que ella habló con su padre, después de tanto insistirle que estar en Aquilonis no era lo correspondiente para ella. Tomó sus cosas y le dijo a su padre que huiría. Él, en su estado de iracundia, la expulsó de la casa. Tu madre jamás esperó algo así de su propio padre, pero así suele lanzar las cartas el destino. Regresó y decidió vivir una vida más humilde, pero a mi lado. Terminó conmigo atendiendo la librería y viviendo alquilada en la vieja posada del pueblo por muchos años, esto debido a que mi padre no toleraría que viviésemos juntos tan jóvenes y era comprensible eso. Pasaron los años y nuestro amor se conservaba como si fuesen los primeros días de aquel romance. Tomamos la costumbre de siempre, cada sábado, ir hasta la colina y contemplar la noche, sus estrellas y, si salían a relucir, las auroras boreales. Decidimos casarnos y guardé por mucho tiempo aquel dinero que planeaba usar para ir a buscarle en Aquilonis. Usé ese dinero, más un poco más que ahorré, fruto de mi trabajo, para viajar los dos solos. Ella quiso viajar a un pueblo que está ubicado en el centro de tres lagos gélidos, pero que en la parte más caliente de verano, se descongelaban. Se encontraba muy al sur aquel pueblo. Se llama el pueblo de Trinitas, debido a sus tres lagos. Fue un maravilloso viaje, y pasaron los años y te tuvimos a ti. Recuerdo a tu madre tan testaruda y necia, así como lo eres tú ahora. Eres igual a ella en muchos aspectos.

-¡Qué maravillosa historia, papá! ¿Y es por eso que cambiaste muy rápidamente con respecto a Eros?

-Livor sonrió y dirigió su vista hacia la ventana frente al sofá y respondió: “Eros se parece mucho a mí cuando joven. Decidido, dispuesto a arriesgar lo necesario por quienes ama o por sus metas. Salió de su timidez, así como yo, porque alguien más le enseñó cuánto puede valer la vida y cuánto hay que apreciarla-al decir esto Ciel sonrió y abrazó a su padre.

-¿Y qué sucedió con el abuelo, el papá de mi madre?

-Con el pasar de los años, él reflexionó y nos terminó apoyando. Le pidió perdón a su hija y a mí. Siempre estuvo muy atento contigo. Te amó más que a la misma Aura.

-Ya veo. Me alegra mucho que todo terminase maravillosamente bien, padre. Me encanta esta historia; es la más romántica que he escuchado

-Es digna de vivirla, mi princesa. Bueno, es hora de descansar. Mañana me toca empezar la rutina del trabajo. Y ten calma, Ciel, Eros regresará pronto. Ten paciencia.

A lo que Ciel respondió:

-Sí, padre, ahora sé lo que es ser paciente.

Toda persona es lo que es por alguna razón, reacciona a lo que reacciona por alguna razón. Todo río fluye desde un principio muy lejano. Ése principio es el tallo de las ramas de nuestro ser, es el porqué de lo que somos y de lo que aceptamos. Sólo ante los que confiamos y amamos revelamos aquellas páginas vertiginosas de lo que somos. Sólo aquellos que aceptarán y abrazarán lo bueno y nos tomarán del hombro y rechazarán lo malo.

Esos momentos son los que nos cambian de rumbo todos los días. Esos momentos que van perfeccionando cada día nuestra alma y nuestro corazón. Y sólo si aceptamos dar el primer paso, sólo cuando eso ocurre, todo nuestro universo cambia para siempre. Depende de nosotros cuáles puertas abrir y qué rumbo tomar. Depende de nosotros tomar el camino asfaltado o el camino corroído por las tormentas viciosas que apagan las velas de la bondad humana. La vida es un viaje precioso en todo aspecto, sólo que a veces el paisaje no es de nuestro gusto. No es lo que esperábamos, por la comodidad misma. Es el mismo viaje que tomó Eros en un principio. Cuyas consecuencias buenas y malas aún no se reflejan en el horizonte gélido de invierno. Paciencia...

## Parte XIX: *"¡Bienvenidos a Coryza!"*

Faltaba poco para llegar a su destino. Ahí se encontraban Eros y Athan en aquel camino helado. Parecía que se repitiese y fuera interminable. Sólo se veía el desolado paisaje blanco con aquella neblina turbia y densa de fondo, eso a su derecha, a la izquierda se avistaban esos árboles tétricos y lúgubres que decoraban tan desesperante vista. Se encontraban agotados de tanto caminar y de dormir en el frío bajo cero por dos noches seguidas, donde poco pudieron dormir. Por suerte, no ha habido momentos qué lamentar, hasta ahora.

-Creo que estamos a medio día de Coryza, Eros. Debemos mantener el paso. No podemos permitirnos pasar otra noche más a la intemperie.

-Tienes razón. Es temprano aún. Comimos como se debe y no creo que es necesario comer el almuerzo. Tenemos la energía necesaria para llegar a descansar", decía Eros sin desviar la mirada del camino.

Y así fue como decidieron agotar todas sus energías para llegar rápidamente a su destino. Ya sólo les quedaba un poco de comida, sólo para compartir una sola vez. Ya no tenían suficiente agua potable para beber, y el camino estaba desolado y no había ninguna clase de tienda cerca, hasta el pueblo más cercano, el pueblo de Coryza.

-¿Quién diría que avanzaríamos tanto, eh?-decía buscando un poco más de ánimos un exhausto Athan.

-Después de tantas cosas y tantas conversaciones, se nos da la sensación de que el tiempo está volando. Tenemos suerte de que no haya ocurrido nada malo aún, sabiendo que este camino es muy peligroso en diferentes aspectos-respondió Eros.



-Creo que la suerte de un día lúcido por las mañanas y el resplandor de las estrellas por las noches que nos acompañan nos tienen en buen pie, Eros.

-¿No te has preguntado qué esperas encontrar allá en Coryza, Athan?

-Realmente, no... Creo que una pregunta más idónea es qué no esperamos encontrarnos allá.

Y mediante un silencio un poco extrañado, Eros responde:

-¿A qué te refieres con esa clase de pregunta?

-No es nada, sólo es una manera de continuar la conversación.

En su mirada, Athan ocultaba un poco de ansiedad y angustia. Quizás algo le esperaba en Coryza, pero no quería encontrarse con eso que le aqueja al llegar. ¿Qué sería eso que mediante sarcasmos y secretismos se oculta en Coryza para Athan?

Cambiaron el tema inmediatamente y hablaron de diferentes banalidades e interesantes cosas. Así como conversaban, así mantenían el paso por el camino nevado. El día avanzaba y se acercaban al pueblo... Cuando el sol dibujó las nubes de naranja y el horizonte era devorado por la noche, veían a lo lejos, allá debajo de las colinas próximas en su camino al dichoso pueblo de Coryza.

-¡Mira, Eros, ya estamos cerca! ¡Allá está el pueblo! ¡Apretemos el paso!

A lo que responde Eros:

-¿Apretar el paso? Es mejor tomar un pequeño descanso. ¡Mis pies están deshechos! Agotemos el agua que nos queda, por lo menos.

Al ver a Eros agotado, Athan se sienta en una roca y dice:

-Está bien, pero no debemos quedarnos por mucho, la noche se acerca y recuerda que a pesar de que vamos con bien, no debemos confiarnos de este camino. Descansemos unos minutos.

Se quedaron mirando el crepúsculo ártico que dibujaba el firmamento. Muchos pensamientos pasaban por sus mentes. No

decidieron hablar. Decidieron descansar hasta sus cuerdas vocales para llegar y aprovechar el corto tiempo que estarían en Coryza. Después de diez minutos, aproximadamente, se levantaron y el cansancio despertó en ellos; serían los últimos metros más difíciles que ellos caminarían en este largo recorrido.

Atravesaron las tres colinas de Coryza, y cuando se avistaba la luna llena en el horizonte nocturno, lograron bajar de la última colina.

-Ya estamos a unos cuantos metros, Athan, debemos llegar y buscar la posada más cercana y accesible a nosotros.

-Ya lo sé. Conozco bien este pueblo. Sé a dónde llegar. No te preocupes-dijo ya obstinado de tanto caminar Athan.

Caminaron y vieron el letrero de bienvenida del pueblo. Era una noche muy transitada, ya que Coryza quedaba en medio del camino comercial del país y era un buen punto de encuentros para negocios.

-¡Ya estamos aquí, Eros, abre bien tus ojos! No perdamos el tiempo, vayamos a la posada de la familia Donceur.

-¿Conoces esa familia?-preguntó Eros.

-Por supuesto, Eros. Son buenos amigos de la familia. Quizás hasta logremos quedarnos gratis, ojalá sea así. Además, es una posada muy cómoda; una de las mejores de esta vasta zona.

-Ojalá la suerte que nos acompañó en el camino nos acompañe en todas esas palabras que han salido de tu boca.

Caminaron unas cuantas cuadras y vieron una gran casa de dos pisos, dicha casa abarcaba casi toda una cuadra de este pueblo. Era toda de madera y la entrada era acogedora y algo elegante. Lo suficiente para deslumbrar al humilde de Eros y dejarlo boquiabierto.

-¡No esperaba que fuese un lugar tan elegante y fantástico, Athan!-le susurró con emoción Eros a Athan.

-Baja la voz, Eros, debemos ser educados acá. Vayamos a la recepción.

Había gente que llegaba y se registraba. Pareciese que no encontrarían habitación alguna y que llegaron en una época muy movida del pueblo.

-Disculpe, señorita. Venimos desde muy lejos. ¿Hay alguna habitación disponible para nosotros dos?-preguntó Athan.

-Lo lamento, joven. Acabamos de entregar la última habitación.

Con frustración, Athan volteó y miró a un agotado Eros y se dirigió nuevamente a la señorita:

-¿Y conocerá algún otro lugar disponible en el pueblo?

-Difícilmente podré responderle con certeza, joven. Puede ir a la parte norte. Allá se encuentran diversas posadas y hoteles que pudiesen estar con habitaciones disponibles aún. Se ven agotados los dos. Espero tengan suerte y hallen un lugar-dijo con una sonrisa aquella recepcionista.

-Muchas gracias por su atención. Buenas noches-dijo Athan.

-¿A dónde se encuentra el norte del pueblo, Athan?

-Sólo sígueme.

Caminaron varias cuerdas y llegaron a una pequeña colina en la cual se encontraban distribuidos varias posadas y dos hoteles.

-Bueno, en alguno de estos lugares deberemos conseguir una habitación, Eros. Ya no hay más posadas u hoteles por acá.

Se acercaron a los dos hoteles y fueron rechazados por muchos clientes. Lo mismo ocurrió en casi todas las posadas, pero quedaba una, un poco más dentro del bosque que forraba las espaldas de la colina interna de Coryza. Llegaron al lugar. Era una posada muy humilde en lo que se podía observar. Dentro de los gustos y lujos de Athan, no le gustaba el lugar, mientras que a Eros le daba igual en dónde se quedarían sólo si podía descansar en él.

-Buenas noches, ¿hay alguien por aquí? Necesitamos una habitación para dos personas-preguntó Athan en el mostrador de recepción.

-¿Hay alguien aquí?-volvió a preguntar.

-Parece que no hay nadie, Athan, creo que nos toca acampar en algún lugar del pueblo. Debemos dormir, mañana debemos hacer muchas cosas.

Al decir esto, ambos salieron con muy pocos ánimos de aquel lugar. Cuando iban alejándose de aquella posada, una mujer de buen ver y hermosa ante los ojos de cualquier hombre, salió apresurada y les atajó a Eros y Athan. Ventilando un poco, les dijo a ellos:

-Disculpen, disculpen. Soy la casera de la posada. Disculpen el dejarlos hablando solos en la recepción, pero me encontraba acomodando las habitaciones.

-No hay por qué alarmarse ni disculparse-dijo Eros a la señorita.

-¿Tienen habitaciones disponibles?-preguntó.

-Sí, sí tenemos. De hecho, todas nuestras habitaciones lo están-respondió la dama.

-Excelente, hagamos el trámite, Athan.

-Está bien-respondió con molestias y quejicas Athan.

Le pagaron la estadía a la señorita y se sentaron en el sofá viejo de la recepción de aquella posada.

-¿Se les ofrece un poco de té?-preguntó la señorita.

-Si no es mucha molestia, por favor-dijo Athan.

Luego de que la casera fuese a la cocina, Eros le dijo a Athan:

-Pues es lo que hay. Es mejor que dormir afuera como los animales.

-Tienes razón. Me tendré que acostumbrar, pero la primera noche siempre es difícil cuando toca esto. Después de dos noches durmiendo con angustia en la nieve, quería un poco más de comodidades, pero es lo que hay disponible como bien dices. Lo que me ha impactado es la belleza de esta mujer. Después de Ciel

no he visto mujer más hermosa, con mucho respeto lo digo, Eros.

-No te preocupes, Athan, sí, es muy linda-respondió con risas.

Llegó la joven con las tazas de té.

-¿Se les ofrece algo más?

-Ha hecho suficiente por nosotros, señorita-dijo Athan.

-Disculpe, me gustaría saber cuál es su nombre

-Me llamo Olivia, un gusto atenderlos.

-El gusto es nuestro, Olivia. Mi nombre es Athan

-El mío es Eros, un placer, señorita.

-Se ve que trabaja mucho por esta posada. En sus ojos se le nota el cansancio del día a día-dijo Athan.

-Bueno... hay que trabajar por comida, ¿no es así? Es mejor que vivir en la calle. Estoy agradecida por lo considerado que es mi jefe.

-¿Y quién es tu jefe?-preguntó Athan.

-Es el señor Bernard Lucerna, de la prestigiosa familia Lucerna.

A Athan le tembló el pulso y se le cayó la taza de té en la alfombra.

-¡Lo siento mucho! No sé qué me ocurrió.

-¿Le sucede algo malo, joven Athan?

-No, no ocurre nada. Fue una torpeza mía.

-No tiene de qué preocuparse, yo lo limpio

-No, no te molestes por ello. Yo lo limpiaré. Dime, ¿dónde están los trapeadores?

Con asombro, Olivia respondió:

-En la lavandería, allá en la puerta al lado de la cocina.

Eros sólo miraba extrañado el comportamiento de Athan después de la mención de Bernard. ¿Qué clase de familiar sería Bernard? ¿Era esto lo que no quería encontrarse Athan en Coryza?

Athan volvió y limpió el té derramado sobre la alfombra con un trapeador y varios pañuelos para absorber el resto.

-Disculpa nuevamente mi torpeza, Olivia

-Ya le dije que no se preocupe. Quizás sea el cansancio de su largo viaje. Lo mejor ahora es que descansen.

-Tienes razón. Vamos, Eros, es hora de dormir. ¿O deseas quedarte un rato más al fuego de la chimenea?

-No, iré contigo. Mañana será un día largo. Lo mejor es descansar desde temprano. Gracias por su hospitalidad, señorita Olivia.

Y así se dirigieron a descansar. Una vez se prepararon para dormir, en aquella humilde habitación con dos camas individuales, Eros preguntó en medio de la noche:

-¿Por qué fue eso?

-¿A qué te refieres?

-A aquella reacción tuya. Nunca te había visto así.

-No fue nada-dijo Athan dudoso.

-Si no deseas decirlo, no tienes por qué decirlo, Athan, pero no niegues lo que ya es obvio. No trates de tapar el sol con un dedo-exclamó Eros.

En medio de aquel silencio, Athan no resistió más y confesó:

-El dueño de esta posada es mi hermano, por ello aquel alboroto que viste más temprano.

-No esperaba que tuvieses un hermano.

-No hablo nunca de ello. Hay dos cosas que jamás he mencionado a nadie. Ya tú escuchaste una parte aquella noche en medio del camino, esta es la otra parte... Mi padre se ha casado dos veces. La primera vez fue con mi madre y nací yo. Se divorciaron en mi infancia y se casó a los meses con una nueva persona, como si todo estuviese planeado desde hace mucho. Luego mi padre con aquella mujer tuvo dos hijos más, Bernard y Claire. Más allá de que mi padre siempre quiso que fuese un títere más que mantuviese el dinero a flote en la familia, mi hermano menor siempre manejaba cierta envidia hacia mi persona. Siempre buscaba la manera de ser mejor que yo, de tener toda la atención de mi padre. Es algo bastante irónico, ¿no? Tanta fue su

necesidad que cumplía a la perfección los requisitos para ser un clásico integrante de la familia Lucerna. Alguien materialista, egocentrista y plástico en todas las formas de su ser. Su competitividad conmigo ha sido muy agresiva y realmente no quiero ninguna relación con él. Quizás para ti suene un poco crudo, pero no ha sido fácil, Eros. Sólo espero que podamos hacer nuestros deberes acá y marcharnos sin toparme con él.

-Ya veo. Por lo que pude apreciar el trago amargo ha sido siempre con tu hermano. ¿Qué hay de tu hermana Claire?

-Pues ella ha sido reservada y se ha mantenido al margen de los problemas familiares. Estuvo un tiempo viviendo con mi hermano hasta que tomó rumbo propio en solitario. Nos comunicamos mediante cartas, pero sé que no es suficiente, y ella también lo sabe... Ella ha huido de toda esta tormenta y no la culpo.

-Hay muchos escombros que recoger después de que acabe esa tormenta, Athan-dijo entre murmullos Eros.

-Amanecerá y veremos, Eros...

El destino es un concepto bastante divino. Puede alejar para siempre, traer y permanecer, puede hasta alejar y devolver. El destino es el mar que a veces rige nuestras vidas sin que sepamos de ello. Su belleza o fealdad radica en el propósito, en el porqué de sus acciones, en aquellos está el poder decidir si seguir la corriente o luchar contra ella. Las consecuencias sólo confirman las dudas y respuestas. Así como se duermen en las penumbras de la noche, así despiertan y ven la verdad o huyen de ella. Amanecerá y veremos.

Salió el sol y las aves empezaron a entonar su canto. Athan y Eros despertaron y se prepararon para salir a buscar la comida que compraría Eros para la familia Ancora y Athan iría de nuevo a la posada de los Donceur a intentar hallar habitación allí, pero

antes tomaron el desayuno que les ofreció amablemente la señorita Olivia.

-Muchas gracias por la comida, Olivia-exclamó Athan.

-No hay que agradecer. Me alegra saber que lo disfrutaron.

-Eres muy amable, Olivia.-dijo Eros.

Luego de tomar el desayuno, partieron cada uno a hacer lo que debían hacer. Eros fue el que primero se encaminó, aunque no conocía el pueblo, se dedicó a preguntar a cada lugareño que se topaba en dónde se encontraba el mercado.

-Disculpe señor, ¿es este el mercado?

-Así es.

-¡Excelente! Muchas gracias.

Eros realizó una lista de lo que más se ausenta en las laceras de la casa Ancora.

-Bien, al parecer esto es lo más importante: diversos sacos de verduras y tubérculos, carnes varias y sacos de especias. Parece que no es tan complicado. Veamos qué se puede conseguir por acá.

Mientras Eros se dedicaba a las compras por las que él había viajado, Athan buscaba habitación para ellos dos en la posada de los Donceur. Al llegar, repitió el mismo procedimiento. Otra recepcionista le atendió. Mientras la recepcionista revisaba por alguna habitación disponible, Athan decidió sentarse en los muebles de la recepción a esperar.

De repente, él observó dos personas bajando de las escaleras centrales. Dos personas de buen vestir que conversaban. Una era Hans Donceur y el otro Bernard, su hermano. Este acontecimiento era increíble para Athan; pareciese que el destino quisiese que se encontrasen allí y ahora. Athan buscó ignorar la situación y engañarse a sí mismo sobre que no era real lo que él veía. Mientras Athan observaba otros alrededores, sintió cómo alguien se sentó a su lado y le dijo esa persona:



-¿Quién diría que la próxima vez que nos veríamos sería en un lugar como este?

Athan volteó y observó que se trataba de la persona que menos quería ver en aquella posada, su hermano.

-Creo que es la primera vez que nos vemos en otro lugar que no fuese en la casa de nuestro padre, ¿no es así, Bernard?- respondió.

-¿Qué te trae a este lugar, hermano?-preguntó Bernard.

-Vengo a resolver unos asuntos con la familia Donceur.

-Ya veo. ¿Se trata de la deuda de nuestra familia con los Donceur? ¿Es eso, no?

-Así es. Vengo a terminar con tan vergonzosa deuda. Ha pasado mucho tiempo.

-Son las necesidades, hermano. Son las necesidades. Suelen aparecer en todas las familias, incluyendo la nuestra.

-Creo que se te ha olvidado la diferencia entre necesidades y caprichos, Bernard...

“No saques el tema de nuevo, Athan. Tanto tiempo sin vernos y tenemos que hablar de ello justamente ahora. Qué imprudente eres.

-Temo recordarte que quien se sentó aquí a preguntar fuiste tú. Es fácil lanzar tierra y escombros al otro, más no recibirlos. Siempre has sido esa clase de hombre, Bernard.

Cuando Bernard iba a decir algo más, se acercó Rudd Donceur, dueño de la posada e hijo de Sir Leonard Donceur:

-¿Eres tú? ¿Athan?

-¿Rudd?

-¡Vaya! ¡Cuánto tiempo, hombre!-y con un fuerte abrazo llegó Rudd a saludar a Athan. Así como a su propio hermano, pasó mucho tiempo sin que Rudd y Athan se vieran.

-¿Cómo has estado, Athan? ¿Qué hay de nuevo en tu vida?

-Bueno, lo usual de siempre. Me quedé en la casa de mi padre en Aurora y me encargué del negocio que allá se realiza. Mi padre va y viene como todo un ejecutivo. Me enfrasqué en ello y es debido

a esas razones que me perdí de la vista de todos mis conocidos, o de la mayoría.

-Ya veo. Pues yo estoy yendo y viniendo de Coryza, por manejar esta posada y voy de regreso a la ciudad capital de Cora. Me alegra verte de nuevo.

Mientras hablaban, Bernard estaba allí sentado con cara de disgusto, ante esto Rudd se dio cuenta:

-Oh, cuánta mala educación he de tener. Lo siento, Bernard. Lamento dejarte fuera del bote.

-No tienes de qué preocuparte.

-¿Debería irme para que se actualicen uno al otro como hermanos que son?-preguntó insinuante Rudd.

-Gracias por el interés, pero ya conversamos lo suficiente. No hay nada más que actualizar por los momentos-respondió Bernard.

-Momentos habrán a futuro para seguir hablando, ¿no es así, Bernard?-ácidamente dijo Athan.

Y con una mirada rabiosa, Bernard se despidió de Athan y fue a continuar la importante conversación que ya tenía con Rudd. Minutos más tarde, la recepcionista de tal posada le dijo a Athan que habría una habitación disponible mañana. Athan, con mal sabor de boca por encontrarse a su hermano, se dirigió al mercado a buscar a Eros.

Eros, por su parte, ya había recolectado parte de lo necesario para Livor y Ciel, sólo faltaban algunas verduras, pero se dio cuenta que tenía suficiente dinero para comprar algo más. No sabía qué otra cosa comprar, por lo que se paseó por varias tiendas pequeñas del mercado a ver qué hallaba. Dentro de su silencio y concentración, pudo avistar a lo lejos a Athan, quien se encontraba buscándolo. Algunas señas bastaron para hacerse ubicar entre la población que abundaba el mercado.

-¿Hiciste lo que tenías que hacer?-preguntó Eros.

-Realmente no se pudo hoy. La buena noticia es que mañana se desocuparán una habitación en la posada.

-Vaya, tu insistencia ha dado frutos, eso es bueno. ¿Y por qué la amargura en tu rostro?

-No, no es nada. No te preocupes.

-Si es algo muy privado, he de respetarlo, pero no mientas con tan obvio desánimo. Sólo di que hoy no ha sido tu día y con eso basta.

-Está bien, hoy no ha sido mi día.

-Muy bien. No costó nada sincerarse, ¿verdad?

-¿Y cómo vas con tus compras?

-Afortunadamente he conseguido la mayoría de las cosas. Para mañana espero conseguir el resto de los vegetales y podremos disfrutar el resto del día para partir al siguiente amanecer.

-¿Y qué tanto buscas si has terminado por hoy?

Eros no sabía qué responder y en su rostro se notó la pena de la situación, a lo que Athan señaló:

-Ya veo... Tus ojos hablan por sí solos, Eros. ¿Qué buscas para Ciel?

-Aún no lo sé. He estado revisando a ver qué pudiese ser indicado para ella.

-¿Y por qué guardarse este secreto? ¿Qué no acabamos de hablar de sincerarse?

-La misma bala fría para mí, ¿no?

-La misma bala para todo el mundo, amigo.

-Bueno, es que es algo bastante personal, y tomando en cuenta tus sentimientos hacia Ciel, no he querido ser grosero con ello.

-No hay de qué preocuparse, Eros. Mis sentimientos, son sólo míos y sé cómo actuar ante ellos. Tú preocúpate de los tuyos y actúa de la mejor manera cuando aparezcan.

Luego de esta charla, ambos siguieron revisando a ver qué hallaban para tal regalo, pero desafortunadamente nada encontraron. Volvieron a la vieja posada con dos sacos llenos de

hortalizas, tubérculos y varias verduras frescas, que por el clima tan frío, se conservaban bien en el ambiente. Olivia se encontraba fregando los platos y escuchó cuando llegaron.

-¡Bienvenidos!-gritó desde la cocina.

Salió empapada a ver quiénes eran los que habían llegado.

-Oh, ¿cómo están, joven Athan y joven Eros?

-Algo agotado-dijo Athan.

-¿Por qué estás toda empapada?-preguntó Eros.

-Bueno... Ando fregando los platos y terminé mojándome toda debido al apuro. ¿Desean que les sirva algo?

-No, gracias.-ambos respondieron.

-Yo iré a descansar, ha sido un día muy agitado. Nos vemos mañana. Buenas noches-dijo Athan.

-Que descanse-atendió Olivia.

Mientras Eros observaba a Olivia y dijo:

-Disculpa que lo pregunte, pero ¿hace cuánto que tú trabajas aquí, Olivia?

Olivia le miró con algo de desilusión y le respondió:

-Desde antes que empezase a vivir, joven Eros.

-¿A qué te refieres con eso, Olivia?

-A que mi familia trabaja para los Lucerna desde hace mucho.

Eros quedó impresionado con ello y preguntó:

-¿Y realmente disfrutas trabajar para los Lucerna, Olivia?

Olivia guardó silencio y desvió la mirada a otro lado, como si sintiese miedo a responder. Eros al notar esto le preguntó a Olivia si quería sentarse con él un rato a descansar, a lo que ella accedió.

-Lamento hacerte semejante pregunta sin que siquiera me conozcas-dijo Eros.

-No tiene nada que lamentar, joven Eros. Es sólo que nunca me he hecho esa pregunta realmente. Desde pequeña ayudaba a mi madre con esta posada. No logré terminar mis estudios por socorrer económicamente a mi familia. Y ha sido la rutina que rige mi vida.

-Ya veo. He notado que te gustaría ser algo más que una simple ama de casa de una posada vacía. ¿Cuáles son tus sueños, Olivia?

-Siempre he soñado con ser bailarina.

Olivia mostraba de nuevo ilusión, pero a diferencia de aquel falso carisma con que los empezó a atender al llegar a la posada, ella mostraba sinceridad en su sonrisa.

-Si es así, ¿qué te ata a este lugar?

-De alguna manera, siento que le debo mucho a esta familia, joven Eros.

-¿Qué pudiese ser esa deuda?

-El techo, la comida y el dinero por mi trabajo.

-Olivia, pero es una obligación por parte de ellos, según la Ley. No es por la estima que no te tienen... Sólo debes mirar este lugar. El moho se lo está comiendo, estás sola aquí todo el día, todos los días, según yo he observado. ¡Eres un ave encerrada en una vieja y oxidada jaula!

A Olivia se le salieron algunas lágrimas y dijo:

-Usted no comprende, joven Eros...-y se marchó a su habitación en la cocina.

Eros se sintió dolido por su reacción; algo más ocultaba Olivia.

Era tarde por la noche y Eros seguía allí, al fuego de la chimenea con sus sacos de verduras y demás alimentos, pensando en lo que sucedió. ¿Cuál es el duelo de una falsa sonrisa? ¿Qué significan las lágrimas de una bella mujer que se maquilla de alegría? ¿Por qué ocultar un dolor que se come la primavera del alma? Olivia sólo se lo susurraba entre lágrimas a su vieja almohada que sus secretos todo este tiempo ha venido callando...

## Parte XX: “*El Deseo de la Familia Muneris*”

Un deseo y nada más. Un deseo que ha callado durante décadas. Un deseo que está escondido bajo el polvo del silencio y ha esperado tanto por tan poco... Era de día y era el último día en Coryza para Eros y Athan. Sólo quedaba buscar recuerdos para aquellos seres queridos y satisfacer el caprichoso lujoso de Athan de dormir cómodamente en la posada de los Donceur.

-Es hora de levantarse, Athan, debemos terminar de comprar lo restante.

-¿Tan temprano?

-Son aproximadamente las 10 de la mañana; no podemos dejar que el tiempo se vaya volando.

-El interesado eres tú por semejante antojo de regalo, Eros. Ve tú y haz lo que debas hacer, compra lo que quieras comprarle. Si te aprecia, aceptará hasta un trozo de hoja muerta. Ve tranquilo...

-Muy bien, holgazán, iré yo. Por cierto, ¿qué no debías confirmar la habitación en aquella posada temprano?

-No recordaba eso, gracias por amargarme el gusto de quedarme. Ya me levanto.

Eros fue a asearse y a alistarse para salir al igual que Athan. Eros salió primero que Athan y lo esperó en la recepción. Estando allí, se percató que no estaba Olivia lo cual le extrañó de cierto modo y le recordó la conversación de anoche.

-¿Dónde estará?-se preguntó Eros.

Fue a la habitación de nuevo y le preguntó a Athan:

-¿Dónde se habrá metido la señorita Olivia? No la veo en la recepción como acostumbraba cuando llegamos acá. Y no hay sonido alguno que provenga de la cocina.

-Debe estar afuera o quién sabe. ¿Por qué tu preocupación, Eros?

Eros, con más sequedad, dijo:

-Tuvimos una conversación anoche. Creo que fui muy lejos y toqué temas que no eran del agrado de ella.

-Debes ser más educado con eso, Eros. Se ha portado bien con nosotros hasta ahora.

-No me hables de educación, Athan, que también te falta mucha.

-Tranquilo. Busquemos a Olivia.

Una vez alistados para salir, Eros y Athan fueron a revisar los exteriores de la vieja posada en aquel bosque. Buscaron por la entrada y no había alma viviente que suspirase o se avistase. Revisaron por el patio trasero y más allá de los pinos que tocaban el infinito del cielo, no había nada más.

-No está, Eros, quizás fue a comprar algunas cosas para la posada que hacían falta. No te alarmes-decía en tono consolador a Eros.

-Sí, quizás fue a eso-respondió.

-Bien, nos encontraremos aquí por la tarde. Suerte con tu obsequio, Eros.-dijo Athan.

-Me parece bien. Espero consigas la habitación de tus sueños, así sea sólo una noche-dijo en un tono burlón Eros.

Caminando por la parte norte del pueblo, allí, bajando hacia el mercado pensando en Olivia, Eros se topó con una anciana.

-Disculpe, buen joven, ¿sabe exactamente dónde se encuentra la colina de las posadas?

Eros, algo extrañado por el aspecto de la anciana, respondió:

-Sí, siga por este camino y verá unas escaleras de piedra a su derecha.

-Oh... Muchas gracias. Por tu buena voluntad, me gustaría darte algunas monedas

-No. No tiene por qué molestarse. No es necesario...-y sin dejarlo terminar de hablar, la anciana le regaló unas cinco monedas a Eros.

-Conserva bien esas monedas, hijo. Gracias por tu ayuda.-y al decir esto, la anciana siguió con su camino.

Por su parte, Eros, confundido, también continuó. Mientras caminaba, miraba aquellas monedas en sus manos. Parecían algo peculiar, algo que nunca había visto en su vida. Eran monedas de oro y plata. Eros pensó que se trataba de la moneda local del pueblo o de la región en donde se encontraba, y dejó de darle importancia eso y siguió con lo suyo.

Athan iba camino a la posada Donceur, nuevamente, cuando de repente por el camino se le acercó un carruaje con un caballo blanco y este se detuvo a su lado. Athan se volvió hacia el carruaje buscando ver de quién se trataba y si era algo con su persona aquella aparición repentina. La puerta del carruaje se abre y se trataba de su hermano.

-¿No te han dicho que es de mala educación seguir a las personas, Bernard?

A lo que este respondió de manera un tanto enojada:

-No hay tiempo para eso, Athan, sube al carruaje ahora.

-¿De qué se trata esto?-dijo de manera retadora.

-Debemos hablar.

-No tengo tiempo para eso. Tengo cosas que hacer. Debiste pedirme pláticas como estas cuando eran el momento idóneo, no ahora y de esta manera tan cortante.

-Quería ser amable, pero eres necio, hermanito... Nord, súbelo al carruaje-luego de esto, el chofer del carruaje, un hombre algo fornido, se bajó y fue hacia Athan. Al verse en peligro, Athan trató de defenderse, erróneamente, pues era un fracaso inminente. No pudo hacer nada. Trató de huir, pero era tarde. Nord lo tomó y lo metió a la fuerza al carruaje y salieron de la zona rápidamente.

-Debo confesar que admiro tu determinación, Athan, pero no es suficiente con alguien como Nord.

-¡Cállate! ¿¡Qué quieres de mí!?



-No quiero nada, sólo quiero hablar. Cálmate. Si no hubieses forcejeado, no hubiésemos sido víctimas de tan lamentable y vergonzoso suceso.

Athan bajó un poco más la guardia y dejó que prosiguiese la conversación.

-Bien, el paseo no durará mucho, así que seré breve. ¿Te estás hospedando en nuestra posada antigua?

-¿Cómo sabes tal cosa?

-Te he seguido, Athan, tú me conoces. Me sorprende que aún no te des cuenta de mis... ¿malas costumbres? Quizás sea el término correcto a eso

-Basta con esas actitudes, Bernard, y sí, estoy hospedado allí. ¿Cuál es el problema con ello?

-Calma, hermano. Hago referencia a eso, pues primero debes saber que ya esa posada está a punto de ser demolida, y bueno, permanece abierta para aquellos viajeros que se encuentran en percances, sólo hasta que definamos la fecha del derrumbe para construir un mejor lugar para hospedaje. Te habrás preguntado aquel día sobre qué hacía yo con Rudd, pues era para buscar asesoría y el arquitecto que ayudó al diseño de la posada de su familia y a su posterior construcción...

-¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

-Bueno, eres un Lucerna, ¿no? ¿Tan alejado estás de nosotros que te desentendes de nuestras actividades y negocios, hermano?

-Ve al grano, Bernard, ¿qué quieres de mí?

-Ya te lo dije, no quiero nada de ti. Quería tu sinceridad. Ahora pregunto, ¿cómo has visto a nuestra empleada?

-¿Te refieres a Olivia?

Bernard mira con una media sonrisa de malicia y responde:

-Exactamente, ella... Olivia. ¿Has notado algo en ella?

-¿A qué te refieres con notar algo en ella? Sólo tengo un día viéndole. Y no he tratado con ella de manera correspondiente.

-Ya veo. Me refiero a sus actitudes a la hora de trabajar, pero parece que no te has fijado. Como siempre es algo típico de ti, hermano.

-¿Qué ocurre con ella, Bernard?

-Debes saber que ella es hija de Agatha... Tampoco recuerdas la historia de nuestros negocios acá en esta región, ¿cierto, hermano?

-¿Quién es Agatha? Sólo sé que nuestra familia se basa en el negocio del arrendamiento en gran parte del país y de la administración de los pueblos bajos en fondos.

-Me sorprende que poseas nuestro apellido y no conozcas nada de su historia, Athan. No te equivocas con eso, pero son negocios simples, favores que se hacen por buena fe. Nuestros dos negocios más sólidos son la de los turismos y la banca, Athan, pensé que lo sabías... veo que no.

-¿Cómo es posible eso?

-Parece que nuestro padre poca estima te tuvo. ¿Siempre viéndolo unas pocas veces a la semana si tenías suerte? No es sorpresa que seas un ignorante de tu propia sangre, hermano. Desde que se separó de mamá, se ha distanciado de nosotros. Fui más inteligente y me fui a estudiar al extranjero y decidí trabajar con nuestros tíos. Papá sólo es un fracasado que atiende nuestros mercadillos y negocios de cartón. Lástima que decidiste quedarte a su lado.

-Escucha, Bernard, no sé a qué viene todo eso. Tampoco sé por qué deseas involucrarme, porque sé que el apellido de nuestra familia, que es la única cosa que ha de unirnos, no es el porqué de esta situación. No sé qué ocurre con Olivia y tampoco deseo saber... Así que por favor, detén el carruaje para así bajarme y continuar con mis diligencias.

Bernard sacó un puro de tabaco y preguntó:

-¿Tienes encendedor, Athan?

-Enserio, no me enojés, Bernard, no quiero tener que amargar más el día con una pelea innecesaria...

-Parece que vivir tanto tiempo en ese pueblucho a sacado lo peor de ti, hermanito. Y siento que tu comentario es un “no” a mi pregunta, así que guardaré este puro para más tarde... Ya pronto acabará el paseo, disfrutemos esta plática, querido hermano.

-¿Tienes algo más que comentar?

-Por lo que parece, así es. Te mencioné que Olivia es hija de Agatha. Debes saber que aquella familia ha trabajado desde hace mucho en nuestra posada. Y no sólo esta, sino en varias a lo largo de esta inmensa región.

-¿A qué se debe eso?

-Pues verás, hace mucho su familia, la familia Muneris, era la élite en lo que a turismo se refiere en este país, sobretodo en esta región. Pero hubo una época bastante oscura donde la inflación se comía todo, literalmente, y mantener el éxito de los hoteles y las posadas era dificultoso. Los negocios más rentables eran la banca y los alimentos. El turismo era ideal en el invierno, y siempre lo ha sido, pero el turismo interno mantenía con vida y era la clave del negocio, por lo menos en este país... La inflación entra en ese papel, al no haber fluidez de dinero y que el costo fuese excesivo, la afluencia de gente empezó a bajar y el costo seguía aumentando, dejando claro que el negocio multinacional de los Muneris quebraría. Les quedaría dinero para mantenerse en pie unos años, pero ese dinero sabrían que se agotaría... Allí entra nuestra familia, Athan. Los Muneris hipotecaron todos sus hoteles y posadas con nosotros, el resto es historia.

Athan se quedó pensando y preguntó:

-Entonces no lograron cancelar aquellas hipotecas a tiempo, ¿no es así?

-Exactamente. Allí adquirimos tales negocios e ideamos un plan para manejarlos desde el extranjero. La época mala pasó y esos hoteles y posadas rindieron frutos de nuevo, pero a sus nuevos y actuales dueños, nosotros, Athan...

-¿Y qué sucedió con los Muneris?

-Bueno, al quedarse literalmente pobres, mendigaron ayuda nuestra. Vaya sastré que resultaron ser, siempre. No merecían tener todo ese dinero siendo de mentes tan pobres. Acordamos que todos laborarían en nuestros hoteles y posadas. Tenían que dividirse. Algunos jamás se volvieron a ver. Y la ironía que radica acá es que los percusores de tales negocios, el señor Ara Muneris y la señora Vera Rigo, su esposa. Nuestros ancestros los mandaron a esa posada donde tú estás alojado. Y nuestros bisabuelos administraban el territorio de Coryza... Eran los jefes de esta rama de los Muneris. Desde esa época, cada Muneris se ha encargado de cuidar esa vieja posada que ahora está vuelta añicos. Ahora quedaba Olivia y su familia. Su padre falleció y quedaba su madre... A Olivia, nuestros abuelos, le dieron estudio. Pronto Agatha fue volviéndose vieja y senil. Jubilamos a la anciana y nunca se supo más de ella, abandonando así a Olivia, quien es la actual encargada de esa posada. Por cortesía, le daremos unas vacaciones para derrumbar el lugar y construir algo más moderno.

-¿Y cuál es el retraso de tal derrumbe?

-Bueno... veo que no eres tan tonto como aparentas, hermano. Los trámites son algo muy subjetivo, tú entiendes de eso. Olivia es el obstáculo. Ella no quiere que derrumben el lugar. Ya que fue la primera posada construida por ya los viejos dueños, los Muneris.

-¿Han hablado con ella?

-Hemos hecho lo legalmente posible, Athan.

-Y aquí viene el tema de qué hay de raro en sus actitudes, ¿no?

-Exactamente. Ella planea algo, lo sé, puedo sentirlo. Quizás planeé huir y buscar ayuda legal.

-¿Huir? Suena a que ha estado presa por siempre en aquel lugar.

-Lo está, Athan. El favor que le dimos a los Muneris ha sido con la condición de que fuesen los esclavos de nuestra familia por siempre. Sin recibir remuneración a lo que dinero se refiere, sólo servicios que les podemos prestar, como educación, ropa y

comida. Nada de lujos, sólo lo humanamente correcto para ellos. Y con indignación Athan comenta:

-Me parece inaudito aquel trato. ¿Cómo es posible que los tengan bajo esas condiciones? Aprovecharse de las necesidades del otro me parece tan sucio.

-Oh... tú hablando de lo que es y no es correcto, quién lo diría. Te conocía más en tu mundo y que a los demás les parta un rayo. ¿Qué pasa contigo, Athan?

-“Pasó algo que se llama madurar, Bernard, cosa que, por lo que estoy viendo, no ha sucedido contigo... y ni sucederá.

-¿Madurar? Me parece bastante estúpido ese ideal tuyo, más hipócrita diría yo. ¿Cuántas veces has disfrutado de viajes y lujos sin velar por el otro, Athan? Y ahora vienes con este drama de moral y madurez.

-La vida da muchas vueltas, Bernard. Nunca sabes cuándo pueda dar un giro inesperado...

-Lo que sea. Sólo te quiero informar que voy camino a tramitar los últimos retoques para derrumbar esa vieja posada, esté o no ella allí, estés o no estés tú allí. Sé que no pasará de mañana... Así que te recomiendo recoger tus cosas y terminar de buscar sitio en otro lado. Si deseas, te conseguiré habitación en la posada de Rudd.

Athan se quedó pensando y miró a los ojos a Bernard y dijo:

-Tranquilo, hermano. No necesito favores tuyos. ¿Eso es todo lo que tenías que decir?

Y con una mirada llena de desprecio Bernard respondió:

-Eso es todo. El paseo terminó... Nord, detente por aquí.

Athan bajó del carruaje y escuchó:

-Hasta pronto, hermano, quizás no nos veamos en un buen tiempo luego del derrumbe de la posada. Que te vaya bien.-y con una risa despreciable, Bernard cerró la puerta del carruaje y se fueron, dejando varado a Athan muy lejos de la posada de los Donceur...

-Maldición. Me dejó en un lugar que desconozco. Nunca había visto este lugar en mis visitas a Coryza, ¿dónde estoy?

Athan empezó a caminar siguiendo lo poco que reconocía mientras iba en el carruaje.

-Debo contarle todo esto a Eros. Él ha tratado más a esa mujer que yo.

Athan trataba de ubicarse lo más pronto posible en la zona donde se ubicaba, mientras que Eros estaba en un momento menos estresante. Después de buscar parte de toda una tarde en el día anterior y buscar por varios rincones y callejones en el mercado, Eros pensaba darse por vencido ante la búsqueda agotadora y exquisita de un simple obsequio para darle a Ciel.

-Creo que no sé ni qué quiero darle. Parece que a veces uno no obtiene lo que se desea...-pensó.

Eros decidió simplemente volver a la posada a ver si había regresado Olivia y también para esperar a Athan por las noticias de si halló habitación o no en donde los Donceur. Pero caminando hacia las afueras del mercado, se topó con un humilde puesto de ventas vacío. Se acercó a él, ya que nunca, visitando el mercado, había visto tal puesto.

-Buen día. ¿Hay alguien aquí que me pueda atender?-notificó.

Detrás del mostrador de madera vieja, había una puerta hacia una de las casas que conformaban el mercado. Eros decidió ojear a ver si allí se encontraba el vendedor. Y vio que allí estaba Olivia sentada conversando con un señor de ropajes viejos y dañados con el tiempo. Olivia se dio cuenta que alguien observaba y Eros se volvió hacia atrás.

-¿Qué hace Olivia en un lugar como ese?-se preguntó Eros. Olivia salió y vio a Eros y no se dijeron nada por unos segundos, sólo Eros pudo preguntar:

-¿En dónde estabas, Olivia?-a lo que respondió:

-Salí temprano al mercado, joven Eros, y pasé a este lugar a visitar a un ser querido. Él no atiende ese mostrador, ya que su tienda quebró, y pues le ayudo con su manutención.

-Ya veo. Lamento interrumpir tu encuentro con esa persona. Debería marcharme de regreso a la posada.

-No tiene porqué. ¿Busca algo?

-Pues, sí, busco algo, pero aún no sé qué busco.

-¿Cómo puede ser eso? ¿A qué se debe buscar algo que ni sabe qué es?

-Se trata de un regalo que quiero hacerle a un ser querido, pero no sé qué pudiese darle.

-¿No ha pensado en que cualquier detalle pueda servir? ¿Qué lo importante es la intención?

-Ya me lo han mencionado antes. No se trata del lujo del posible regalo, es que sinceramente no sé qué pueda darle.

Olivia se sonríe ante las palabras de Eros y dice:

-Así que se trata de una mujer, ¿no es así, joven Eros?

-¿Cómo lo sabes?

-Bueno, como toda mujer, es obvio. Un hombre enamorado no regala cualquier cosa a su amada. Siempre busca algo que represente sus sentimientos.

-Parece que es eso...

-¿Desea que le ayude en su búsqueda?

-Por favor, Olivia, serías de mucha ayuda.

-Perfecto. Déjeme despedirme de mi tío para así partir.

Transcurrió la mañana y eran horas de la tarde, Athan, después de apoyarse en varias personas que le guiasen su camino y en qué lugar se encontraba, llegó a dos cuadras cerca de la posada. Iba camino a ella pensando en todo lo que sucedió ya con más claridad.

-Necesito resolver mi parte y luego hablar con Eros, no quiero que se vea involucrado en tanta peste.

Athan fue en camino al recinto y vio pasar a Eros junto a Olivia, caminando y charlando, camino en dirección contraria a donde se ubicaba la posada antigua donde se hospedaban.

¿Qué es lo que acabo de ver? ¿Qué hace Eros con Olivia?-se preguntó.

En la dubitativa decisión, no sabía si ir a conseguir lugar para la última noche o seguirlos. Era uno o lo otro. La curiosidad fue más que el capricho, o tal curiosidad era el disfraz de un capricho más fuerte... Athan decidió seguirlos. No podía apreciar lo que ellos conversaban, así que imaginaba cuanta cosa negativa atravesaba por su mente. Y más con lo que su hermano le comentó en la mañana.

-Puede que Olivia le esté seduciendo, o que estén haciendo triquiñuelas a mis espaldas. Realmente no sé...-pensaba Athan.

Al seguirlos, notó que ambos entraron en una tienda de variedades que había en la calle. Se asomó por las ventanas y los veía a ellos revisando el lugar. Mientras que lo que ocurría adentro, escapaba del pensar de Athan:

-Joven Eros, acá hay ciertas cosas del gusto de muchas mujeres. Según me ha comentado, ella es muy femenina y alegre. Un broche es un detalle bastante delicado y agradable para cualquier buena dama.

-¿Un broche dices? No suena mal.

Se asomaron hacia el mostrador con algunos broches. Había dos en forma de mariposa color azul, uno en forma de copo de nieve blanco y uno en forma de estrella en color azul profundo y brillante. Al ver este broche, Eros recordó aquella noche donde Ciel y él contemplaban la nocturna bañada con aquella aurora boreal, esa noche donde se hablaron de situaciones que se callaban con el pasar del tiempo. Una situación donde el lazo que los unía, se hizo más profundo. Esa estrella era todo eso para Eros, a lo que dijo:

Esto... Esto es lo que yo estaba buscando.

-¿Se refiere a aquel broche, joven Eros?

-Sí, esto está muy bien. Deseo llevármelo.

-¿Una estrella? Debe representar mucho para ambos-mencionaba Olivia.



-Tienes razón. Significa mucho. Espero vea ella en esta estrella lo que yo vi cuando la noté en este mostrador.

-Seguro será así, joven Eros.

La vendedora amablemente les atendió y Eros pudo al fin salir de su angustia por semejante regalo. Athan notó que era sólo una compra y decidió alejarse rápidamente del lugar y volver a lo que tenía que hacer.

-Así que sólo era el regalo para Ciel, por lo que pude observar. Más tarde intervendré.

Una vez en la posada de los Donceur, Athan intentaba por última vez hallar habitación allí. Con amabilidad, la recepcionista le atendió. Mientras esperaba nuevamente alguna confirmación, decidió asomarse en la entrada y vio que estaba Rudd sentado en aquellos bancos que se encontraban al bajar las escaleras de la entrada. No lo vio cuando llegó.

-Hey, Rudd, ¿cómo estás?-saludó Athan.

-Oh, Athan, qué sorpresa. Pues acá relajándome unos minutos. Me encontraba en los alrededores del lugar y decidí sentarme acá. ¿Qué te trae por aquí?

-Bueno, no conversamos nada cuando me viste la primera vez. Vine a tus aposentos para hallar habitación. Ya que me quedaría acá en Coryza un par de días por algunas diligencias. Un amigo me acompañó para realizar sus cosas también, así que aproveché el aventón.

-Lo hubieses pedido antes, sabes que te hubiese hallado lugar acá.

-No me gusta aprovecharme de los lazos, Rudd.

-No seas modesto, Athan. Ven, vayamos adentro para conseguirte habitación.

-Katherine, necesitamos una habitación para este amigo mío. Ya tiene tiempo viniendo siendo rechazado.

-No había habitación, señor. Sólo está la habitación más cara disponible.

Bueno, Athan, parece que deberás conformarte con esto-decía Rudd en son de broma.

Pero, Rudd...

-Ya sé que vendrás a decirme. ¿Hablas del dinero, cierto? No debes preocuparte. Digamos que te tengo bastante aprecio y quiero hacer esto sin remuneración alguna para mí. Disfrútalo, Athan. Busca a tu amigo y tus cosas.

-No sabría cómo agradecerte, Rudd. Realmente, muchas gracias, amigo. Iré por mis cosas y buscaré a Eros.

-No hay de qué, Athan, ojalá tu hermano fuese un poco más como tú. Que por cierto, me gustaría comentarte ciertas cosas más tarde, pero primero lo primero.

-Me parece estupendo. Bien, muchas gracias, regresaré al anochecer.

Athan satisfecho al fin porque logró hallar lo que buscaba, se dirigió hacia la posada de su hermano para esperar a Eros, si aún no llegaba, y recoger sus cosas. Eros también iba camino a la posada junto a Olivia.

-Olivia, me gustaría saber cómo te sientes.

-¿Con respecto a qué, joven Eros?

-Con respecto a nuestra conversación de ayer.

-Joven Eros, no debe preocuparse más por el tema. No ha hecho ningún daño.

-De todas formas, Olivia, no debí entrometerme de esa manera en asuntos que no quería tratar.

-Si le hace sentir mejor, le disculpo.

Se silenció el momento por unos minutos. Continuaron su camino y Olivia en todo momento miraba hacia el frente, sin mirar a ningún lado, mucho menos al rostro de Eros. Este se extrañaba de tal comportamiento, luego de compartir un momento muy animoso allá en el mercado. Olivia no soportó más y dijo:

-Disculpe mi silencio, joven Eros, pero es la primera vez que comparto con alguien en mucho tiempo... Así como sucedió anoche. Yo sólo me expresaba con mi querida abuela y mi madre, eran mis únicas amigas.

-No tienes de qué preocuparte, Olivia. No tienes que decir nada si no deseas hacerlo.

-No entiende mis palabras. No se trata de eso, joven Eros. Siento que ante usted puedo ser sincera...

-¿Qué deseas decir con eso?-replicó Eros.

-Pues deseo ser libre, joven Eros, deseo cumplir mis sueños y el de mi familia. Mis padres y mis ancestros han añorado la libertad desde hace mucho... No se sabe lo que se tiene hasta que se pierde.

-No lo comprendo del todo bien, Olivia, cuéntame mejor al llegar a la posada, con más tranquilidad

-Está bien...

Continuaron su camino hacia aquel lugar, mientras Athan hacía lo mismo. Los tres se toparon en las escaleras de la colina en donde se encontraba la vieja posada, con sorpresa, se saludaron:

-Joven Eros, mire, es el joven Athan.

Athan volteó y les saludó igualmente en respuesta:

-¿Cómo están, señores? Qué inesperado verles juntos paseando de regreso.

-Nos encontramos en el mercado, Athan; el destino es algo grande; Olivia logró ayudarme a comprar lo que tanto busqué a ciegas.

Con la mentira dibujada en su mente Athan respondió:

-¡Vaya! Me sorprende el cómo se tejen las situaciones. Al final, ¿qué resultó ser tu añorado obsequio?

Eros, con alegría ilustrada en su rostro, tomó con su mano izquierda, de su bolsillo, la pequeña caja que guardaba el regalo.

-Se trata de esto, es un pequeño broche que hallamos en una tienda a las afueras del mercado.

-Puedo verla muy feliz vistiendo ese broche. Gracias por ayudarlo, Olivia, le sacaste de un gran aprieto-dijo mirándole instigadoramente.

-No hay de qué, joven Athan, estoy para servirles a ambos.

Ya subiendo las escaleras, Athan le dice a Eros:

-Debemos conversar de algo, Eros.

-¿De qué se trata?

-Ya conseguí lugar a donde los Donceur

-Olivia hace un gesto sorpresivo mientras escuchaba esta noticia-“No mientas, Athan...

-No estoy mintiendo, amigo, sí lo conseguí. Así como tú hallaste lo tuyo, he hallado lo mío.

-¿Y cuándo partimos?

-En una hora, cuando recojamos nuestras maletas y nos vayamos.

-Pues me parece bien. Comamos algo y nos alistamos, ¿bien?

-Come tú, yo comeré con Rudd. Tiene que contarme algo.

-Está bien.

Al llegar a la posada, Athan se fue directamente a la habitación. Olivia estaba en la cocina preparando la comida de almuerzo y Eros se sentó en aquellos muebles que estaban en la entrada. Olivia regresó de la cocina y se quedó parada en la puerta mirando a Eros:

-Ya está lista la comida, joven Eros.

-Gracias, Olivia.” Eros le mira y le nota algo de angustia en su rostro y le pregunta:

-¿Aún tienes cosas que decir, Olivia?

-Debo confesarle que temo por mi futuro, joven Eros.

Athan tenía la puerta abierta de su habitación y recordó las palabras de Bernard. Para Athan, Bernard ha sido una persona egoísta y maliciosa desde muy joven; jamás ha traído nada bueno consigo y nada bueno sale de su boca. Athan tragó grueso y fue hacia donde estaban Eros y Olivia.

-Yo sé qué ocurre acá...-interrumpió Athan.

-¿Qué sucede, Athan?-pregunta exigentemente a Athan.

Olivia, por su parte, simplemente calló con sorpresa.

-Olivia atraviesa por una mala situación, Eros. Yo sé qué ocurre... Olivia está a punto de quedar confinada acá sin oportunidad de salir. Dilo, Olivia.

-¿Cómo conoce de eso, Athan?

-Debes saber que soy el hermano de Bernard, también soy un Lucerna.

Olivia, en su asombro, le dio una cachetada a Athan y este se apoyó en la pared por la fuerza con que Olivia le golpeó.

-¿Cómo es posible que usted tenga el valor de venir hasta acá y comer mi comida y hasta quedarse a dormir!? ¿Qué clase de burla es esta!?-gritaba Olivia a Athan.

Eros se levantó rápidamente y atajó a Olivia, mientras Athan simplemente miraba con su mano en la mejilla.

-¡Calma, Olivia! ¡Cálmate! ¿Athan qué está sucediendo aquí? ¿Qué has estado ocultando todo este tiempo?

-No he estado ocultando nada. Mi hermano... Bernard me tomó por sorpresa y me buscó y me llevó a la fuerza en su carruaje para relatarme algunas cosas que me dejaron mucho en qué pensar. Olivia, debo pedirte perdón por el calvario que mi familia ha causado a la tuya por tanto tiempo. Mis palabras no bastarán, pero es un comienzo para rescatar, aunque sea, un poco de esperanza para ti.

-No puedo perdonarle... Simplemente no puedo-dijo llorando Olivia, como si su mundo estuviese desmoronado.

Olivia salió corriendo de la posada y se adentró al bosque. Eros, en vista de la situación, decidió ir tras ella, pero Athan le detuvo:

-¿Irás tras ella o escucharás lo que debo decir?

-Creo que es más importante ahora buscar a Olivia. No está en sí misma y puede hacer cualquier locura.

-Dale su tiempo. No hará nada malo, sólo necesita su espacio, dáselo por una sola vez. Debes escucharme, ya que se trata de algo serio.

-¿Qué sabes tú, Athan?

-Ya yo lo dije. Conversé con mi hermano en la mañana. Me contó sobre otros negocios de mi familia que yo desconocía. Me informó que no sólo administrábamos pueblos y ciudades pequeñas, sino que también poseíamos hoteles por estas zonas, y tales hoteles fueron tomados de la familia de Olivia, la familia Muneris. Dicha familia tenía mucho poder y eran pioneros en esa clase de negocios, pero atravesaron una época oscura debido a la económica del país en aquel tiempo. Lo perdieron todo. Mi familia aprovechó de tomar los hoteles y viendo la necesidad de los Muneris, le ofrecieron trabajo dentro de sus propios hoteles, pero trabajos mediocres, como si lo hubiesen planeado para humillar y destruir esa familia. Separaron a los Muneris por grupos por los diferentes hoteles y posadas del país. Los bisabuelos de Olivia, los Muneris con más poder, terminaron en la posada más humilde, se rebajaron a ser los caseros del lugar. Luego estaban sus padres y ella nació en esta pocilga que fue administrada por mi bisabuelo, abuelo, tíos y ahora mi hermano. No les pagaban a ninguno, sólo le daban ropa vieja y comida como pago. Vivían aquí como esclavos, así como lo hace Olivia. El padre de Olivia murió y su madre envejeció y logró salir de este infierno, buscando la manera de sacar a su hija. Ya no quedan muchos Muneris... No se sabe de su madre. Y ella ha estado planeando contactar a los pocos que quedan, viajando en la época más baja de turismo de la zona, para planificar un ataque legal en contra de nosotros. Mi hermano planea derrumbar la posada y construir un hotel acá, para dejarla por siempre aquí adentro. Algo más planea mi hermano, no sé qué intente hacer con Olivia...

-Con razón ella sentía tanto temor en contarme. Hay que buscarla, Athan. No podemos dejarle sola y menos en una situación así.

-Bien, no puedo cambiar tu opinión, hagámosle caso a tu sentir. Vamos.

Salieron ambos, se adentraron al bosque en busca de Olivia. Gritaban su nombre al aire, pero el eco se perdía entre las copas de los pinos. Buscaron por un tiempo, los minutos pasaban y sólo había soledad en aquel bosque. Decidieron separarse, pero aún no encontraban a Olivia. Athan caminó hasta que el bosque se terminó y sólo se encontraba el horizonte blanco desde el risco de la colina. Temió lo peor al ver semejante altura. Empezó a gritar y a llamar a Eros. Al escucharle desesperado, Eros empezó a correr hacia la voz de Athan.

-¿Qué ocurre? ¿La conseguiste?

-No. No la consigo. Temo que haya saltado desde alguna parte desde este ancho risco.

-¡Hay que encontrarla rápidamente!-exclamó Eros.

Corrieron por todo el ancho de aquel risco. Paraban de vez en cuando para revisar la caída esperando no toparse con una imagen aterradora. Pasó bastante tiempo. Estaban agotados por el frío y decidieron buscar la policía en el pueblo, cuando Eros vio una figura lejana sentada en lo que parecía una roca. Corrieron hasta allá y se toparon con Olivia sentada, dándole la espalda a ambos.

-¡Olivia! ¿¡Estás bien!?-preocupado, preguntó Eros.

Secando sus lágrimas asentó con su cabeza. A lo que Athan fue y tocó su hombro como símbolo de preocupación.

-Quisiera hablar contigo, Olivia-propuso Athan.

-¿Quieres hablar ahora de ello?-preguntó.

Ella sólo respondió asentando con su cabeza.

-Sí es así, entonces volvamos a la posada.

Regresaron a la posada, y a través del bosque, Olivia miraba a Athan y este notó esta acción y le preguntó:

-¿Sucede algo?

-Quería disculparme por mi comportamiento y por darte aquella cachetada. Estoy muy afectada con todo esto y he buscado la manera de solucionarlo por mi madre, pero he fallado incontables veces. Sé que ella está en el pueblo y si la ubican, la meterán de nuevo en nuestra cárcel... aquel hotel.

-No te preocupes, Olivia, comprendo la situación. Quiero aclararte que no soy como el resto de mi familia. Estoy avergonzado por esto y ni siquiera yo lo sabía. Mi padre y yo vivimos en Aurora administrando el lugar... Supongo él se alejó de toda esta situación y ya veo por qué.

-¿Qué podemos hacer?-preguntó Eros.

-No lo sé. Quizás podamos refugiar a Olivia con nosotros y dejar la posada sola.

-Ésa es una opción. ¿Tú qué dices, Olivia?

-Realmente no lo sé. Y tampoco sé si mi madre venga y nadie la pueda proteger de Bernard. Me informó mi familiar en el mercado, antes de que el joven Eros se topase conmigo, que se le ha visto por el mercado. Tenía ropajes dañados por el tiempo, muy antiguos. Y se le ha visto en estos últimos días, deseo encontrarla y poder huir... No tengo otra opción.

Al llegar a la posada, los tres se sientan en los muebles y buscan una posible solución ante lo que avecinaba el mañana.

-Opino que sigamos con lo que planeamos. Eros, vayamos a la otra posada, acomodamos las cosas, Olivia nos debe acompañar. Y una vez acomodados, buscamos más pistas sobre su madre. Olivia no puede quedarse acá, pues es muy arriesgado. Mi hermano tiene una maldad muy oscura.

-¿Qué dices, Olivia?-preguntó Eros.

-Pues sola no he logrado nada. Me parece bien, pero no quiero estorbar. No tengo dinero para pagar mi parte en aquella posada



-No te preocupes por ello, yo cubriré todo. Sólo será una noche. Tranquila.

Olivia estuvo de acuerdo y agradeció el buen gesto de Athan. Eros y él terminaron de ordenar sus cosas y se dispusieron a esperar a Olivia para marcharse y tomaron la comida que ella preparó. Athan también comió para alivianar un poco el corazón de ella. Olivia, en su humilde habitación, recordaba aquellos agridulces momentos que vivió en esta su casa y prisión. Un nuevo camino le esperaba y el miedo al futuro le invadía, pero sabía que era lo mejor para ella y para su familia. Cumplir aquel deseo que pasó de generación en generación, el deseo de ser libres, Olivia estaría a unas jugadas de cumplirlo y junto a su madre. Soltó unas lágrimas de diferentes sentimientos que recorrían su corazón y su alma, tomó sus cosas y se marchó en el naufragio de las consecuencias de dos acciones y dos familias.

-Estoy lista. Partamos hacia nuestro destino-dijo ella.

Ya el sol se iba camino al horizonte cuando los tres emprendieron la marcha hacia la posada Donceur.

-Yo me encargo del pago, Eros puede revisar la habitación y Olivia puede relajarse. Cuando pague y todo esté listo, nos organizaremos para una búsqueda alrededor del pueblo.

-Parece que tenemos un líder-comentó Eros con Olivia, ella sólo sonreía a gusto.

-Alguien debe organizar esto, no creo que haga daño que yo asuma dicha organización-respondió Athan.

-Lo que digas, líder.

Llegaron a la posada, se acercaba la noche. Al llegar, Rudd seguía sentado en donde estaba.

-¿Aún sigues allí sentado? ¿Así es como te relajas, Rudd?-preguntaba Athan.

-Tú sabes que tengo mis gustos. Así que ellos son, ¿no era un compañero nada más?

-Pues esta es una clase de emergencia, nos visita una compañera de manera inesperada; muy sorpresiva. Tengo entendido que la suite puede aguantar hasta a seis personas revoltosas. No creo que haya problema con eso, pues pagaré su estadía.

-Ya te dije que te puedes quedar gratis, Athan.

-No quiero ser parásito, Rudd. Pagaré lo de ella y no se diga más. Además no pude hacer mis diligencias por problemas, así que tengo suficiente dinero para eso. Acéptalo, por favor.

-Entiendo, pues bien, trato hecho.

Al pasar a la posada, Rudd recibió a Eros y Olivia con un cordial saludo y quiso conocerles:

-¿Y ustedes son?

En respuesta:

-Mi nombre es Eros Solus, soy compañero de Athan, un gusto conocerle.

-Mi nombre es Olivia Muneris, gracias por su generosidad para con nosotros.

-El placer es el mío, soy Rudd Donceur, conozco a Athan desde la infancia, pero hubo un largo tiempo en el que no nos veíamos hasta estos días que vino de visita. Siéntanse cómodos aquí. Los amigos de Athan, son mis amigos también. Les daré tiempo para que se acomoden y descansen. Dentro de un par de horas estará lista la cena, espero tengan hambre.

-Muchas gracias-respondieron ambos.

Athan estaba pagando la estadía de Olivia y Rudd se le acercó desde atrás y le susurró al oído:

-Tenemos que hablar ahora.

-¿Tan pesada es la noticia que debes susurrármelo?-respondió en tono bajo.

-Te esperaré en el salón de reuniones, en el pasillo que tienes a tu derecha.

Al terminar la transacción, Athan informó a Eros y Olivia que podían ir a asearse o a descansar si deseaban, que la habitación era la suite, en el segundo piso.

-Yo iré con ustedes dentro de un rato, hablaré con Rudd un momento-informó Athan. Pasó al salón y Rudd le esperó sentado.

-Siéntate, por favor-dijo Rudd.

-¿Qué será eso que debes decirme? Primera vez que te veo tan serio.

-¿Esa señorita es una Muneris? ¿No conoces el caso que me has traído?

Athan se enserió y recordó que Bernard hablaba con Rudd el primer día en que llegó.

-¿Qué pasa si lo conozco o no? ¿A qué quieres llegar, Rudd?

-¿Recuerdas el día en que me reuní con tu hermano y tú llegaste? Pues ese día él me comentó de sus planes y una alianza que propuso entre nosotros y ustedes con respecto a la remodelación de los hoteles de los Muneris. Le dije que lo pensaría, pero no planeo acceder. Siento que hay una especie de estafa de por medio; conozco a tu hermano, Athan. Y se rumoreaba que esa joven Olivia planeaba detener tal cosa mediante vías legales que afectarían gravemente a Bernard y los Lucerna en Coryza y de esta región... Tú sabes, los encargados del resto de hoteles y posadas. Esa joven, desde que murió su padre por una enfermedad del corazón, y que pues tu familia de estos lares poco le importó, y a raíz de eso él muere, ella ha querido justicia. Al partir su madre y quedarse sola se dedicó con empeño para ilustrarse y ver qué hacer.

-Ya veo. Conozco del tema, Rudd. Lastimosamente, Olivia no posee el poder para tumbar a Bernard. Podrá buscar, pero no tendrá cómo pagar. Planeo llevarla conmigo a Aurora y protegerla de cualquier daño que quiera causar Bernard a su persona.

-Sabes que eso es algo arriesgado, ¿verdad? A pesar de que quedan cerca, ambos lugares poseen leyes distintas. Aurora es el

límite de aquella región, Coryza es el límite de esta zona. ¿Sabes que a pesar de ser Lucerna, la Ley podría castigarte usando secuestro como excusa?

-Lo sé, Rudd, lo sé bien. Allá me las arreglaré para tramitar todo eso. Pero es una emergencia, no hay tiempo para esperar papeles. La vida de esta mujer corre peligro. Bernard es vulgarmente un mafioso y tú y yo lo sabemos muy bien.

-Bernard irá al amanecer a demoler el lugar y planeaba, según sus palabras, pagarle vacaciones para ver a su familia, pero es mentira, planea dejarla abandonada y meterla de nuevo en el nuevo hotel. Es un miserable.

-Nosotros partiremos al mediodía. Supongo Bernard buscará por todos lados hasta que se dé cuenta que Olivia está con nosotros. Lo más probable es que nos busque. Trataremos de partir lo más pronto posible.

-Caminando no llegarán muy lejos, Athan. Puedo prestarte un caballo. ¿Tu amigo monta?

-No lo sé... Pero deberá aprender y rápido.

-A veces hay que arriesgar... ¿verdad?

-Siempre se arriesga, Rudd, sólo que no nos damos cuenta a veces.

-Yo puedo ayudarte con respecto a la materia legal. Conozco buenos abogados que pueden detener a Bernard y ayudar a Olivia.

-¡Ésa es una excelente noticia, Rudd! Realmente eso ayudaría bastante. Entonces, ¿esto es un trato o sólo son palabras y suposiciones?

-Tú sabes que no soy de suponer o creer. O eso no es. O lo cumplo o no lo digo. No estoy de acuerdo con el trato que ha recibido esa familia y que se les haya desgraciado la vida a costa de un fuerte mal momento. Hay que hacer justicia, Athan.

Y así se dio tal reunión. Al igual que Athan, Rudd repudiaba estos trágicos hechos y que la codicia de Bernard no tuviese

límites, que este pensase en derrumbar la vida de terceros para lograr sus objetivos. Todo estaba ya listo, sólo faltaban los detalles y que llegase la hora de marcharse de regreso a Aurora. Todos asumirían el riesgo que les tocaba. Llegó la cena, Rudd invitó al comedor solamente a Athan, Eros y Olivia.

-Espero lo disfruten-dijo Rudd.

-Muchas gracias, pero ¿a dónde están todos?-preguntó Eros.

-Esta cena es exclusiva. Es sólo para nosotros-respondió.

-Así es. Y creo que es apropiado comentar esto, ya que se acerca la hora conforme avanzan los minutos-comentó Athan.

-¿Qué sucede?”, preguntó Eros, mientras Olivia dejó de comer esperando la noticia.

-Rudd nos ayudará, ésa es la noticia.

-¿Cómo es eso?-preguntó Olivia.

-Lo que escuchaste, Olivia, Rudd nos ayudará, o mejor dicho, te ayudará en tu apuro.

Olivia no alcanzó a decir nada más, la impresión sólo pudo permitirle contemplar el rostro de Rudd, el cual llevaba una sonrisa.

-Athan tiene razón. Les ayudaré con todo esto. El plan que acordamos es que tú, Olivia, irás con ellos al pueblo de Aurora. Bernard cuando se dé cuenta irá tras ustedes, por lo que les prestaré dos caballos para que sea más fácil escapar.

-¿Y qué hay de mi madre?-preguntó.

-Sabemos que Agatha está por allí. Yo he estado investigando por mi cuenta. Tiene días deambulando por el pueblo, buscándote. Sus ropas son negras y marrones...

Eros soltó los utensilios y recordó toparse con una anciana.

-¡Yo he visto a esa señora!

Todos miraron a Eros con el impacto reflejado en sus rostros.

-¡¿Joven Eros, a dónde la ha visto?!

-Fue cuando iba camino al mercado, desde la colina. Me la topé en mi camino y preguntó por la posada y le dije a dónde estaba. Ella me dio estas monedas.

Eros puso las monedas en la mesa y Rudd las vio.

-Sin duda alguna es Agatha. Estas monedas son antiguas, tienen mucho valor, pues ya no están siendo acuñadas actualmente. Son monedas de esta zona, se acuñaban cuando los Muneris aún eran poderosos.

-No sé por qué me las ha dado.

-Seguro te las dio como pistas para Olivia, para que supiese que estaba cerca.

-Nosotros al regresar a esa cabaña no vimos a nadie. Quizás regresó al ver que estaba vacía-supuso Athan.

-Yo envié temprano personas que fuesen en su búsqueda, debo contactarlos y saber si la han hallado-dijo Rudd.

-Terminemos de comer y les informaré lo sucedido-acotó.

Al terminar la cena, todos se asearon y se cambiaron las ropas. Ninguno podía dormir, a pesar del cansancio del día y el agotamiento que causaban tantas emociones vividas en tan poco tiempo.

-¿Qué sucederá ahora?-preguntó Olivia.

-Pasará lo que deba pasar-respondió Athan.

-¿Hay algo que podamos hacer?

-Esperar. Ten fe, tu madre regresará.

Pasaron las horas y se quedaron dormidos en la suite. Era un poco más de la medianoche y se escuchó un golpeteo en la puerta de la habitación. Era incesante y despertó a todos rápidamente, con angustia. Athan fue a abrir la puerta y veía a Rudd, sudado.

-¿Qué ocurre?!--preguntó angustiado Athan.

-¡La hemos hallado!--respondió entusiasmado Rudd.

Eros y Olivia escucharon y salieron corriendo hacia afuera para corroborar esto con sus propios ojos. Bajaron rápidamente y Rudd dijo:

-Está en el salón de reuniones.

Y sin esperar a nada, la primera en entrar fue Olivia.

-¡Madre!

Vio a una señora, arropada con una frazada gruesa y tomando chocolate caliente.

-Mi pequeña Olivia, cuánto has crecido-dijo ella.

Llorando, no podía decir nada más, sólo estaba allí, acurrucada en brazos de su madre. Los demás sólo observaban.

-Debemos dejarlas a solas un tiempo. Deben tener mucho de qué hablar-dijo Rudd.

-Deberíamos ir preparándonos, en unas horas empezará el amanecer-sugirió Eros.

-Estoy de acuerdo-apoyó Athan.

-Yo sugiero descansen un poco más, pero les noto muy decididos, así que será como deseen-dijo Rudd.

Salieron los tres a la parte trasera del lugar. Había una caballeriza que tenía diversos caballos.

-¿Por qué tienes algo como esto en este lugar?-preguntó curioso Eros.

-Amo los caballos y tengo dos caballerizas. Una acá, porque me la paso mucho en Coryza por esta posada, y otra en Doria, la capital de esta región. Además, uno nunca sabe cuándo necesites un caballo.

-Como esta situación-dijo Athan.

-¿Cómo haríamos para devolvértelos?

-No hay problema, Eros, pueden quedárselos. Digamos que es un obsequio.

Antes que Eros dijese algo, Athan interrumpió diciendo:

-Y no pienses devolverlos, Rudd no acepta que le regresen un regalo, se sentiría ofendido.

-Me sacaste las palabras de la boca, Athan-contestó Rudd.

-Yo nunca he montado a caballo-dijo Eros.

-Ya me lo contó Athan. Es muy sencillo, Eros. Tú montas la silla y usas estas correas como una especie de volante. Al agitarlas, el caballo sabrá que hay que ir más rápido. Trátalo sutilmente e irá

lento y como digas que deba ir. Trátalo violentamente y no irás a ningún lado. Nunca le patees a los costados, pues te tumbará y atacará. Estos caballos no son comunes; les he enseñado el respeto y lo exigirán.

-Inténtalo, Eros.

Con algo de temor e inseguridad, ya que jamás lo ha hecho, Eros montó a uno de los caballos que tenía Rudd.

-Antes de que lo hagas, acaricia su hocico, Eros-advirtió Rudd.

-¿De esta manera?

-Con un poco más de sutileza, hombre.

-Eros observaba al caballo y con mayor sutileza lo acariciaba.

-Ésa es la manera correcta. Esto ayuda a que el caballo tome confianza contigo. Creo que ahora sí estás listo para montarle, Eros-dijo Rudd.

Eros montó al caballo y este no oponía resistencia. Tomó el mando, lo agitó e inmediatamente el caballo empezó a galopar por el área.

-¡Debes controlarlo, Eros!-gritó Athan.

Al principio, se le dificultó a Eros dominar el mando, por lo que el caballo corría a diferentes direcciones y de manera descontrolada. Eros empezó con su mano izquierda a acariciar el lomo del caballo y con la otra le daba con más suavidad a las correas. El caballo redujo su velocidad.

-Debes inclinarte a un lado, así cruzará a la dirección que desees-le gritó Rudd a Eros.

Hizo caso a las palabras de Rudd y rápidamente le tomó el truco a la situación. En cuestión de una media hora, Eros ya sabía lo básico y con eso bastaría para ir camino a Aurora en caballo. Eros regresó a donde estaban los demás y bajó del caballo.

-No es tan difícil-dijo.

-No lo es. Lo difícil es la confianza que pueda tener el caballo en ti. Me sorprende que te tomase confianza tan rápidamente. A mí me costó días.

-Me recuerda a cuando monté a Trinitas, mi caballo-dijo Athan.



-No empieces con eso, Athan”

-¿Empezar con qué?-preguntó Eros.

-Athan tenía un caballo negro llamado Trinitas, pero su padre se lo dio al mío por su mal comportamiento en la niñez. Fue un drama muy grave el de Athan como respuesta. Trinitas está en esta caballeriza, ¿sabías?-le dijo a Athan.

-Lo sé. Mi padre me lo dijo, pero nunca quise pedirte.

-Creo que este es el momento en que se vean y vuelvan a unirse.

Rudd se dirigió a donde estaba el caballo de Athan, al final de la caballeriza, y lo llamó.

-Ven, debe verte primero.

Athan se dirigió hasta allá y al ver a Trinitas, este relinchó como si supiese que era él, como si jamás lo hubiese olvidado.

-¡Hola, amigo! ¿Cómo estás? Tanto tiempo sin verte-expresaba con cariño Athan a su caballo.

-Deberías dejar esas niñerías para después. Hay que prepararse.

-Bien, saquemos Trinitas de aquí y preparemos el equipaje.

Athan tomó a su caballo, Eros tomó el otro que le dio Rudd, los acomodaron en la entrada y volvieron hacia adentro para ir acomodando las cosas. Rudd ordenó conectar una carreta al caballo de Athan para colocar el exceso allí.

-Olivia, es la hora. Hay que ir llevando todo afuera-dijo Athan.

-¿Tan pronto?

-Madrugar trae sus beneficios. Es mejor hacer todo el tiempo posible.

-Muy bien.

Sacaron y acomodaron todas las cosas. Las compras, las maletas y estaba todo casi listo. Se podía sentir el alba asomarse desde el horizonte. La noche voló como paloma.

-¿Cómo nos acomodaremos en estos caballos?-preguntó Eros.

-Simple, tú y yo montaremos los caballos. Olivia y su madre irán en la carreta sujeta a Trinitas, junto a las demás cosas. La carreta

tiene suficiente espacio para que vayan cómodas-respondió Athan.

-Tienen tiempo suficiente como para tener buen camino por delante de Bernard. Lucharé por mantenerlo entretenido para cuando venga a preguntarme sobre ustedes-dijo Rudd.

-¿Cuánto tardaremos yendo a caballo?-preguntó Olivia.

-Alrededor de un día o un poco más. Depende de cómo esté el camino y a la velocidad en que vayan-dijo Rudd.

-No sabría cómo agradecerle, compañero-dijo Athan a Rudd

-Tú sabes cómo es esto: siempre en las buenas y en las malas. Tienes un buen futuro por delante, amigo, espero sea como pienso que será. También digo lo mismo para ustedes-mencionó en referencia de Eros, Olivia y su madre

-El destino es un camino bastante profundo que funciona con la lógica y la ilógica. Iré a visitar pronto a Aurora para saber cómo están...

-Muchas gracias, Rudd. Espero ansioso un próximo encuentro-dijo Eros.

Olivia se bajó de la carreta y fue y abrazó a Rudd diciéndole:

-Comparto las mismas palabras. Sin usted no hubiese hallado a mi madre. Le debo mucho, señor Rudd.

Un poco apenado respondió:

-No me debes nada. Tienes mucho por vivir. Todo lo que dejaste de vivir, vívelo a partir de este momento, Olivia.

Diciendo esto, Rudd miró a Agatha y esta sonrió con un gesto de agradecimiento.

-Bien, dejemos la habladuría para después. Hay que partir pronto. Espero tu visita, Rudd, para que compartamos más a gusto sin esta presión encima-dijo Athan al montar a Trinitas.

-Así será. Que les vaya bien. ¡Nunca miren hacia atrás!-fueron las últimas palabras de Rudd y las últimas que estos viajeros escucharían en Coryza.

Con un par de azotes de las correas, emprendieron la vuelta a Aurora. Eros y Athan fueron por metas diferentes, los unía el mismo camino. Al final, regresarían con más que simples verduras y hortalizas. Más que simples negocios hechos y otros en trámites. Más que con simples materiales que se consumiría la gula del tiempo. Algo llamado confianza... Algo llamado esperanza.

Un viaje es como la vida misma; se va con algo y se regresa con más o con menos. Se va por un camino y quizás no se regrese por el mismo o simplemente no vuelva a existir la posibilidad de volver. El alba asomaba su belleza y la luz acariciaba el deseo de todos ellos. Así como el sol atraviesa el firmamento, así se tornaría la vida de estas personas. Cuando muera el día soleado y se aviste el deseo, vendrá la luna mística y agraciada. Vendrá la noche silenciosa y misteriosa. ¿Seguirá la luz tocando las almas de estos hijos del destino? La soledad se esconde en las sombras durante el día y muerde en la noche. Que venga la luna y sea testigo de lo que se cuenta aquí. Que venga la luna y susurre otra historia... Otro destino en el camino frío de la tundra.

*Tundra*



*Luna*

## Parte I: *"Regreso y Angustia"*

Y así como las nubes cambian de forma por el soplar del viento, así cambian las vidas con el suspiro del destino. Ningún día termina como amanece. El día recibe al sol siempre, pero la noche nunca sabe si vendrá la luna. Nada es siempre igual, sólo existe la ilusión de la similitud entre las horas que susurran los segundos que se viven. Así sucede y así sucedería con ellos al escapar buscando justicia. Eros vive por la promesa del amor, Athan por la promesa del cambio, Olivia por la promesa de la paz. El mundo se mueve por el deseo, pero siempre existe el precio por ello. ¿Qué cobrará la noche por la belleza de la luna? ¿Qué quitará la vida a cambio de un simple deseo? Mientras cabalgaban por el frío y blanco terruño, dejando atrás el pecado que los persigue... el pecado de una familia, ahí iban ellos con el aliento suficiente para decir lo necesario y lo justo.

-El tiempo apremia. Poco tiempo teníamos para planes. ¿Qué si fallamos?- preguntaba dudosamente Athan.

-Si empezamos a pensar y preguntarnos eso, lo averiguaremos de alguna manera. Es mejor mirar al frente y pensar que no fallaremos, Athan. Ya estamos aquí. Ya tomamos nuestra decisión. No hay marcha atrás. ¡Lo que será, será!- respondió Eros con gallardía.

-Hay que aprovechar lo que se nos ha dado. Más importante aún el tiempo que tenemos. Dormir y comer es primordial ahora, pues serán nuestras únicas y cortas paradas- acotó. -¿Estaremos bien?- preguntaba Olivia, mientras sostenía a su madre.

-Lo estaremos, Olivia. Cierra los ojos, que la justicia es la luz que ha de guiarnos ahora.

-¡Iré más adelante, Eros! Recuerda que este camino es traicionero y la maldad asecha en cada instante. ¡Sólo sígueme el paso!- ordenó Athan.

El camino estaba bajo tumultos de nieve; poco era el espacio que dibujaba el camino liso.

-¡No exageres la velocidad, Athan! ¡No exageres la velocidad!- reclamaba Eros.

-¡El camino no está apto para locuras!

-¡No podemos permitirnos ir cómodamente, Eros! ¡No conoces a mi hermano! ¡Me dijo lo que convenía decirme!

-¿¡A qué te refieres con eso!?

-¡Luego te cuento, sólo sígueme!

-¡Espero que no nos accidentemos por tu paranoia!

Y fue allí cuando Athan desvió el camino. Eros guardó silencio y decidió confiar, sin importar que sintiese el escalofrío que asecha cuando las malas horas hacen pasar sus minutos ante los ojos de la gente.

En vez de seguir por donde una vez pasaron, aquel camino que guiaba hacia las colinas a la salida del bosque, Athan desvió su corcel hacia la derecha, donde, a lo lejos, se avistaba un horizonte lleno de niebla. Olivia, asustaba, abrazando fuertemente a su madre, sólo convocaba oraciones que lograsen cierta calma ante tanta angustia y poco conocimiento sobre lo que les esperaba o les ocurriría. Eros, oyendo estos susurros llenos de miedo, tragaba fuertemente, pues el miedo le surcaba toda su espalda, hasta su mente. Ellos sólo pudieron escuchar un grito que decía: “todo estará bien, confíen en mí”, grito que salió de Athan. El silencio y el frío poco a poco invadían el ambiente. Y sólo se escuchaba el galopar de los caballos. Poco a poco el paisaje desaparecía y sólo se veía la nada; todo era blanco. Eros no soportó más y gritó a Athan:

-¿¡A dónde nos llevas!? ¿¡Qué es este lugar!?

-¡Este es un atajo! ¡Sólo confía en mí y concéntrate en seguirme!

-¿Joven Eros, a dónde cree que nos lleve el joven Athan?

-No lo sé, Olivia, pero habrá que confiar en él. No hay otra opción de ahora en más...

-Pasó el tiempo, y todo se veía igual, como si caminasen en círculos. Athan bajó la velocidad, hasta que se detuvo un momento. Eros hizo lo mismo. Athan bajó de su caballo y se dispuso a mirar a su alrededor.

-¿Nos hemos perdido?- preguntó Eros.

-No. Estamos en el camino correcto.

-¿Por qué tomamos este camino?

-Como bien te dije, es un atajo para acortar camino. Hay que esperar media hora...

-¿Cuál es la prisa, Athan? Sabemos que debemos apremiar el tiempo, pero el camino por el bosque ya lo conocíamos y tardará algo para que tu hermano se entere y emprenda su búsqueda. Además, Rudd bien dijo que haría lo que fuese para detenerlo y hacer más tiempo.

-Yo te dije que no conoces a mi hermano. Él me contó lo que convenía sobre la situación de Olivia. Me di cuenta que es más delicado de lo que parece y que no debemos confiar en nadie. Por eso, tomé este camino que sólo yo conozco, y es más peligroso que el camino del bosque; muy pocos han de tomarlo, bien hay que estar en apuros para tomar este camino.

-Ve al grano por favor...

-¿Sucede algo?- preguntó Olivia- Hace mucho frío y el abrigo ya no es suficiente para mantener cálida a mi madre. —Olivia la situación es más grave de lo que se suponía. Nos han traicionado.

-¿Cómo que nos han traicionado, Athan?

-Cuando estábamos esta madrugada planeando lo poco que teníamos pensando y hacia dónde iríamos junto a Rudd, noté que en el salón, donde estaba Olivia junto a su madre, había un abrigo negro con una bufanda café. Fue bastante extraño, pues era el ropaje que usaba mi hermano en el momento en que me amenazó

y me abandonó en el día anterior. Interrumpió Olivia en ese instante:

-¿Supone usted que hay complicidad entre su hermano y el señor Rudd?

-No lo supongo, es así. Más tarde, cuando Rudd ayudaba a subir el equipaje, me acerqué al salón y revisé esas ropas; noté un grabado en la bufanda con las letras B y A. Bernard Ancora... No sé cuál es el plan, pero involucra que Rudd nos ayude y que tomásemos estos caballos. Recuerdo que Rudd era servicial, pero andaba muy atento, y él no es así con los extraños. Normalmente él hubiese prestado a algún contacto que nos hubiese atendido a medias y con un precio. Él no metería las manos en el fuego por nadie, ni siquiera por mí. Ayuda cuando es conveniente, y todo se me hacía sospechoso cuando pretendía darme alojamiento sin paga alguna. Siento que traman interceptarnos en el camino o llegando a Aurora. Y este camino no sólo no es transitado, sino que no es propicio para carretas, puesto que el camino es angosto y próximamente el camino toma las montañas, y debido a la niebla no se ve el borde, por el cual cae y muere la gente que no conoce el lugar, por eso me detuve: para esperar a que se disipe un poco más la niebla.

-¡No puede ser! ¿Entonces hay que valernos nosotros solos ante todo el mundo?!- exclamó Olivia.

-Calma, Olivia. No sé cuál es el interés y tanta meticulosidad con respecto a ti y tu familia. Por algo no han querido dejarte ir, más allá del asqueroso trato entre las familias, del cual mi familia se aprovechó. Si sabes algo, dilo ahora, pues hay que saber a qué nos enfrentamos.

-Siendo sincera, no sé el por qué ocurre esto. El por qué dejaron ir a mi madre de la nada, más allá de la vejez. Y por qué la construcción de un nuevo hotel y sin dejarme ir...

-Yo sé el por qué ocurre esto- dijo Agatha, la madre de Olivia. Todos se impresionaron y Olivia misma le preguntó:

-¿Qué sabes, madre?



-Ellos hicieron todo eso pues hay un secreto oculto en nuestra familia, hija

-¿De qué se trata?

-Fue por eso que volví, para sacarte de ese lugar. Ellos buscan un tesoro oculto, el cual escondieron nuestros antepasados.

-No es posible...- dijo Olivia con asombro.

-Hija, no he de mentirte, mucho menos en estas circunstancias... Desde hace años se ha rumorado en las grandes familias sobre nuestra riqueza oculta. Muchos decían que era falso, pues todo era invertido en nuestro negocio hotelero. De eso sólo sabíamos tus abuelos, tu padre y yo. Manejábamos una reserva oculta. La escondíamos en uno de los hoteles de nuestra familia, en un sótano. Cuando perdimos todo, decidimos no utilizar ese dinero, debido a la crisis de la época. Desde entonces, los Ancora buscan ese tesoro sin importar si deben perjudicar a alguien para lograrlo. Ya han investigado en todos los hoteles, sólo quedan dos, uno en la región de Murum, y la vieja posada en Coryza.

-¿Y en dónde está ese tesoro, madre?

-Pasó mucho tiempo en Murum. Cuando me fui de tu lado, fui a mover ese tesoro a los bosques de la colina en Coryza. A través de los años, poco a poco, trasladé el tesoro y lo distribuí en la colina junto a tus primos.

-¿Es decir que se encuentra en los alrededores de la posada?

-Ciertamente.

-Es por eso que te querían con tanto ahínco, Olivia- decía Eros.

-Era más fácil engañarnos y acorralarnos todos juntos, sin posibilidad de escape y sin que podamos hacer nada, que retenernos en aquel espacio en el hotel de Rudd- acotaba Athan.

-¿Qué debemos hacer ahora?-en desespero preguntaba Olivia.

-Creo que primeramente hay que conseguir asilo en algún lugar. Debemos llegar a Aurora después y buscaré soluciones allá. El tesoro es lo de menos ahora, pues nuestras vidas están en riesgo.

-Sigamos por este camino y preparémonos para lo que nos depare-dijo Eros.

-Hay que esperar, no podemos seguir a ciegas, y mucho menos con los bordes al vacío que están próximos...-interfirió Athan.

-¿Llegaremos a algún lugar acogedor a tiempo?- preguntó Olivia.

-Es lo más probable. Falta mucho aún para que el sol se oculte y el frío se agrave. Me alegra que tu madre aguante este tipo de aventuras- contestó Athan.

-Es una mujer fuerte- respondió sonriente.

Y cambiando el tema de conversación, Athan dijo:

-Hay que mantenernos bien abrigados por estas zonas. La temperatura baja considerablemente a causa de la niebla. Y debemos dormir igualmente abrigados, por la noche tan fría que azota el área.

Y de esta manera se sentaron a esperar en medio de la nada. A esperar que la niebla se disipase y poder así continuar su camino.

-Ya se está empezando a avistar un poco el horizonte, Eros, ten fe de que todo saldrá bien.

-Lo sé, pero siento todo en una situación tan delicada. Si algo nos sale mal... debemos asumir las consecuencias. ¿No te has preguntado si nos esperarán en el pueblo, o si emprenderán una búsqueda más agresiva?

-Me lo pienso muchas veces, Eros. Quizás sí, pero también quizás no. Tenemos tiempo de planear algo mejor, con mente más serena.

-Tienes razón. Bueno... es hora de ir partiendo-dijo Eros.

Pasó el tiempo y todos continuaban el agotador camino. Tardaron horas en avanzar por los angostos caminos cuyos bordes eran el blanco abismo que asechaba con peligro. Agatha ya casi ni sentía sus extremidades, y entre sus quejas, Athan decidió darle su abrigo para hacer más tiempo. Iban seguros en su desplazamiento, hasta que Eros avistó una especie de pueblo

pequeño; de apenas unas cuantas casas que emanaban humo de chimeneas.

-Ya hemos llegado- anunció Athan con una voz agotada y quebrada.

-¡Madre, despierta! ¡Ya hemos llegado!

Se trataba de un pueblo en medio del denso frío y blanco mundo muerto de la tundra. Un pueblo de apenas unas cuatro casas humildes cuyo aspecto mostraba el lado maléfico del invierno; era como si las casas sobreviviesen a duras penas con sueldos que no valían ni para unas cuantas semanas.

-¿Por qué esté lugar es tan lúgubre?-preguntó Olivia.

-Es un pueblo creado por aquellos que huyeron de las catástrofes de antaño. Aquellos que sobrevivieron a las guerras, se perdieron entre la tundra por todo el país y este es un pequeño pueblo de esta clase de gente. Conozco a un amigo hijo de aquellos veteranos. Nos quedaremos aquí unos dos días, y quizás él sepa un poco de nuestra situación con respecto a tu familia, Olivia-contestó Athan.

Athan se dirigió a la casa del fondo de aquel lugar. Parecía abandonado por fuera, pero se aseguraba que allí había gente debido a unas pocas luces encendidas en ciertas casas de aquel pueblo. Mientras él iba hacia la casa de su conocido, Eros y Olivia se dedicaron a vigilar a Agatha y a atenderla brindándole el poco calor que pudiesen conservar sus gélidos cuerpos.

-¿Cómo se encuentra usted, Agatha?

-Estoy bien, no se preocupen por mí. He aguantado mucho en mi vida, un poco de frío no es suficiente para tumbarme-respondió sonriente aquella anciana.

Athan esperaba en el pequeño pórtico de la casa, hasta que salió un señor algo gordo, con una especie de cicatriz en su mejilla

izquierda. Miraba con amargura al rostro de Athan y preguntó cortantemente:

-¿Quién eres? ¿Qué quieres?

-Soy Athan Lucerna. Vengo a hablar con Lucas, su hijo. Soy alguien quien le ayudó mucho hace algunos años en nuestra adolescencia.

-¿Eres aquel niño que trajo a mi hijo de vuelta a casa?

-El mismo-respondió Athan sonriente.

-¿Y qué haces por acá después de tanto tiempo y tan repentinamente?-seguía interrogando aquel señor.

-Vengo en busca de asilo por un par de día, estoy huyendo con algunos amigos de gente que maneja mucho poder por esta zona.

-No, no puedo-respondió titubeante aquel señor-No puedo arriesgarme. Si eres aquel niño, supiste a corta edad cosas muy terribles acerca de lo que nos obligó a migrar hacia la nada. No puedo permitir que ninguna clase de autoridad, mucho menos los de esta zona, sepan de nuestro escondite...

-Por favor, necesito de su auxilio, tenemos una señora que no puede pasar la noche afuera, mucho menos en esta parte tan fría. Por lo menos, dele cobijo a ella.

Fue allí cuando aquel señor salió al pórtico y miró hacia donde estaban Eros, Olivia y Agatha:

-¿Son ellos los que te acompañan?

-Así es. Estamos huyendo con aquella mujer y su madre, y mi amigo y yo estamos buscando un tiempo extra para pensar mejor qué hacer a futuro.

-Tráelos a mi casa, pero hay que seguir hablando...

Athan se volvió hacia los demás e hizo señas para que fuesen hacia aquella casa. Entraron todos y aquel señor hirvió agua y la sirvió en vasos de aluminio.

-Muchas gracias-respondió a la cortesía Agatha.

-No se preocupe, señora. Y bien, ¿de qué se trata todo esto?

-Pues huíamos de mi hermano, Bernard, y uno de los Donceur, Rudd, el encargado del hotel en Coryza. Las buscan a ellas para acercarse al lugar en donde se encuentra el famoso tesoro que escondieron los Muneris hace años, la familia que ustedes ayudaron a escapar y a esconder tal dinero.

-Ya veo. Así que ustedes dos son Muneris, estoy para ayudarles, pero deben comprender mi situación; no puedo hacer mucho, estoy limitado a este pueblo y sus alrededores.

-¿Hay lugar para todos acá?-preguntó Eros.

-En esta casa pueden dormir las mujeres, mi esposa puede atenderlas muy bien con lo poco que tenemos, el resto puede ir a las otras casas.

-¿Y eso resultará bien?

-Cuando diga que hay gente de la familia Muneris aquí, ellos entenderán y serán cordiales. No se preocupen por ello.

-¿Y en dónde está su hijo Lucas?

-Él fue por un poco más de leña, ya regresará.

Fue así como todos se resguardaron en aquel pueblo escondido, en busca de una solución a esta problemática de intereses y poder. Ciel espera por Eros, Athan desea volver a la vida calmada que tenía, lejos del drama de una familia sedienta de poder, Olivia y su madre buscaban paz y una vida plena. Muchos deseos y sólo hay un camino para conseguir todo...

## Parte II: *“La Huida”*

Estaban todos reunidos en aquella humilde cabaña, y en aquel instante cruzó por la puerta Lucas cargado de leña para la chimenea que se empezaba a ahogar con el pasar del tiempo. Soltó los troncos por la impresión que le dejó ver a un viejo conocido, a Athan:

-¿Athan? ¿Qué haces aquí? ¿Qué ocurre?-dijo con un claro tono exclamativo.

-Vine por ayuda, Lucas. Me alegra verte bien; parece que gozas de buena salud. Tu papá nos ha recibido con buena voluntad.

-Digo lo mismo. Luces bien. Me gustaría una explicación más detallada, pues hace años que no nos vemos.

-Deberías acomodar primero los leños y así podemos conversar a gusto.

Eros, al igual que Olivia, estaba curioso de aquel lazo que tenía Athan oculto, pues parecía que algo delicado ocurrió y fue el mismo Athan quien realizó un acto de valor. El pasado se asomaba una vez más en aquel círculo, pero esta vez parecía algo que les beneficiaría.

Pasó el tiempo y Athan se encontraba hablando con Lucas en el pequeño pórtico de la cabaña, le comentaba sobre los acontecimientos en Coryza, mientras Eros aprovechó el momento para conocer un poco más del pasado que arrastraba Athan junto a los lugareños que les han dado cobijo:

-Me gustaría aprovechar este instante para darnos a conocer. Por tanta tribulación y emoción no hemos tenido la oportunidad de conocernos como es debido. Un placer, mi nombre es Eros Solus.

-No hay problema, siempre hay tiempo para hacer amigos. Mi nombre es Clark Casus.

-Mi nombre es Olivia y ella es mi madre Agatha-dijo ella buscando darse lugar en la conversación.

-Parece que se encuentran en graves aprietos. No imaginé que aún buscasen ese tesoro.

-¿Sabe algo de eso?-preguntó Olivia.

-Fue como ustedes estaban escuchando, pertenezco a un grupo que ayudó a tus antepasados a esconder parte de su patrimonio en diferentes zonas de este país. Mi familia fue siempre fiel sirviente de ustedes los Muneris. Siempre se nos trató con respeto y honor a diferencia de otras familias con respecto a su servidumbre. Y en vista a la situación que ya ustedes deben conocer, sobretodo usted, doña Agatha, nosotros los Casus decidimos asumir un riesgo muy alto y darles una ayuda que nos costó el destierro y la constante huída de la corrupta ley de esta región.

-¿Y en dónde está el resto de los Casus?-preguntó Eros.

-Muchos de nosotros nos dividimos por núcleos familiares y nos distribuimos por zonas por remotas. Muchos ya ni sabemos unos de los otros desde que huimos de Coryza por la persecución de los Lucerna y la ley que manipulan las grandes familias.

-¿Y quiénes conforman este núcleo?-preguntó Eros sin titubear.

-Los que escapamos a esta zona hemos sido mi esposa, Lucas, Marek, el cual es mi otro hijo, por parte de esta cabaña, el resto son un par de primos con sus esposas, unos cuántos hijos y una cabaña extra donde guardamos las reservas. Somos el núcleo más débil debido a que somos más jóvenes y mujeres que nosotros los hombres quienes puedan defenderles.

-¿Y por qué no huyen a la región de Divano, al pueblo de Aurora?-preguntaba Eros en busca de soluciones.

-No es tan fácil, Eros. La zona no se presta para transitar libremente; estamos rodeados de glaciares que pueden ceder hacia la oscuridad gélida, es decir, a una muerte segura. Todos los días duermo pensando en cómo salir de aquí sin que nos detecten en

el camino, o que simplemente podamos salir sin caer en trampas de la naturaleza...

-Creo que debemos organizar varias vías que pudiésemos considerar para escapar-señalaba Eros.

-¿De qué forma? Sólo existe un par de caminos, los cuales son muy peligrosos para las carrozas y caballos. Uno es el trecho el cual tomaron para venir hasta acá. El otro es a través de los bosques.

-Es un riesgo que hay que tomar. Ustedes merecen vivir en un lugar mejor, aquí, como si fuesen ratas o algo menos que humanos. No lo merecen...

En aquel instante, Athan entra junto a Lucas y dice él:

-Ya conversé con Lucas y planearemos lo siguiente...

-¿Planean que escapemos todos juntos? No es algo factible si es así, lo acabo de hablar con Eros-interrumpía Clark.

-No es un escape como tal, simplemente en dos días iremos a Aurora. Iremos el grupo junto a Lucas, luego, si todo sale bien, Lucas y yo vendremos por ustedes.

-¡Me parece una idea estúpida!-expresó con un grito Clark-¿Acaso no conocen los peligros de esta zona? Sobre todo tú, hijo. No dejaré que vayan, he dicho-continuó.

-Papá, algo debemos hacer para ayudarles. No podemos escondernos para siempre del pasado. Tú me enseñaste a afrontar los problemas, ¿no es así? Pues hay que confrontar este, juntos-respondió Lucas.

-Pueden morir allí afuera. Hay mucha niebla y el suelo sólido se confunde con el blando. El único camino que es transitable es el trecho que conecta a las afueras de Coryza y si les buscan los Donceur y los Lucerna, pues será una zona roja la cual no deben ni mirar; no deben regresar.

-Queda el camino por el bosque... Es un recorrido que nos llevará a Pileus en unos días. Lo más peligroso es el glaciar que



hay que atravesar y las cavernas, pero conozco bien el camino, padre, y lo sabes bien.

-Lo sé, pero cargarás, junto a Athan, con la responsabilidad de personas, de sus vidas, es algo delicado, hijo. Además está el peligro de aquellos ladrones que rondan por toda esta zona que conecta a Divano con Coryza. Camino a Pileus y a Aurora rondan muchos cazas recompensas y ladrones que se aprovechan de los transeúntes...

-Es por eso que estamos preparando un plan que continuaremos en nuestra estadía con ustedes-dijo Athan.

-¿De qué va ese plan?

-Se trata de tomar unas series de rutas que conoce Lucas por esta zona dentro del bosque, y otros atajos camino a Pileus. Luego, en Pileus, el andar es mucho más fácil; atravesamos la ciudad sin problemas, ya que se trata de otra región fuera de la corrupción de mi familia y demás impresentables. Luego contactaré allá a mi padre y, si todo sale como tengo en mente, regresaremos a Aurora.

-¿Y qué será de mi hijo en Aurora?

-Me ayudará a preparar el plan para moverlos a ustedes de aquí, llevarlos a una región en donde las leyes de estos lares no les afecten. Juntarlos con otros de los Casus, así como también juntar a Olivia y a su madre junto a sus demás familiares. Hay que arriesgarnos, pues nos buscan y sé que no dudarán a arriesgarse también a buscarnos por acá; es cuestión de tiempo... Mi hermano es muy asertivo.

-Ya veo...-dijo con un suspiro el viejo Clark-.Ustedes dos son muy persuasivos. La única manera en deje que se vayan ustedes, es que se comprometan a nunca bajar la guardia. Además, necesitan defenderse. Buscaré un par de armas.

Clark fue a hacia un viejo armario donde guardaba armas viejas que seguramente usó durante el problema entre los Muneris y las demás familiares sedientas de poder.

-Tomen estas pistolas-dijo él.

-¿Y en qué momento partiremos, Athan?-preguntó Eros.

-Hay que partir en dos días, ya que en este momento nos buscan y el trayecto que tomaremos es más tardío, por lo que la búsqueda bajará un poco. Aurora debe estar rodeada de vigilantes. No podemos llegar pronto. Aprovechemos estos días para descansar y reponer fuerzas, ya que nuestra visita a Coryza no ha sido muy relajada que digamos.

Eros se tomó un momento para recordar la lucha interna que ha llevado y la única razón que lo llevó a viajar, una razón que se dividió en más razones; en más personas por las que debe luchar y que le necesitan. ¿Hace cuánto fue que un viaje que sería más calmado, un viaje que sólo era por alimentos para una familia que le cuidó y valoró, se transformó en un escape de la corrupción y la maldad? ¿Hace cuánto que Athan y Eros discutían como niños por el amor de una mujer y ahora uno muestra su lado maduro y fuerte y el otro se sienta a esperar a algo desconocido? Todo fue un pestañeo de Eros.

Ahora todo es una cadena delicada que puede romperse y herir a todos los presentes... Ya no es Ciel y su padre, ahora son dos familias amigas que han sido forzadas a vivir en las sombras. Que son perseguidas por el hambre de los que están en el trono del poder. A veces un paseo se puede volver una batalla contra el mundo. A veces lo que planeamos no sale como pensamos... A veces decimos conocer a alguien o juzgamos a alguien por sus defectos, pero no le conocemos para nada. No sabemos nada de nadie, ni nadie nada de nosotros.

Los días se harán más largos y las noches más nostálgicas para todos, mientras esperan a que haya luz entre tantas tinieblas que envuelven los deseos de ellos. Ahora es Athan quien asume un rol que nadie imaginó, o que imaginarían los que les conocen bien. ¿Quién era Athan Lucerna realmente antes de sentarse a contemplar aquel lago subiendo el sendero, antes de fijarse en Ciel, o de celarse de Eros?

### Parte III: *"Rumbo a Pileus"*

Pasó la primera noche con tranquilidad para todos, pero Athan y Eros durmieron menos que el resto, quizás por la intranquilidad de lo que pudiese avecinarse en sus próximos retos. Llegó el día y todos decidieron descansar y dejar el trabajo de planificación a Lucas, Athan y Eros. Lucas y Athan se dispusieron a planear el trayecto hasta Pileus, Eros se dedicó a reunir los recursos necesarios para aguantar tal viaje, según el tiempo en que se tardasen en llegar a Pileus. Fue a recoger leños, aprovechando el tiempo estable del lugar, con poca niebla. Athan y Lucas se encontraban en la habitación de Lucas pensando en qué caminos tomar.

Pasaron las horas, y el resto se encontraba despejando la mente o conversando sobre el pasado que les unió y los llevó a estar en donde están ahora:

-Hay que confiar en las capacidades de cada quien-dijo Agatha.

-Parece que mañana habrá un buen tiempo; hay que aprovechar la visibilidad, pues la niebla es mortal-comentó Clark.

-Tengo miedo de que el clima te afecte como antes, madre-dijo preocupada Olivia.

-No se preocupen ustedes por eso, acá tenemos pieles que brindan más calor al cuerpo. Ustedes las llevarán puestas para que tengan una preocupación menos.

Luego de decir esto, Clark se levantó y fue hasta una habitación pequeña y buscó entre cajas y sacó varias pieles de color café oscuro.

-Acá están-dijo él.

-Se ven muy gruesas-comentó Olivia-seguramente serán muy útiles. Muchas gracias, señor Clark.

-Iré a ver cómo van esos dos.

Mientras tanto, Eros regresaba del bosque con un saco lleno de pequeños leños que servirían a la hora de descansar o posibles noches a la intemperie. Él estaba muy pensativo, al igual que el resto, con respecto a los próximos y más difíciles obstáculos que enfrentarían. Se le veía dudoso y nervioso y más callado de lo habitual. Cada paso que daba era inseguro.

Llegó a la casa cargado y acomodó los sacos y preguntó:

-¿En dónde está Athan, Olivia?

-Se encuentran en aquella habitación-señaló ella.

Se dirigió hasta allá a ver en qué podía ayudar, y entró.

-¿Ya conseguiste los leños?-preguntó Athan.

-Ya los acomodé en detrás de la puerta. ¿En qué han avanzado?

-Ya tenemos un camino para cruzar el bosque sin tantos problemas. Hay que salir mañana temprano; lograremos salir de él al mediodía si no paramos en el camino.

-Ésa es una excelente noticia. Hay que dormir temprano, entonces.

-Pero falta determinar cómo cruzar el glaciar y sus cuevas.

-¿Cuántos caminos hay dentro de las cuevas?

-Hay miles, pero algunos conducen hacia afuera-respondió Lucas-Yo conozco los caminos correctos, el problema son los ladrones que esperan en las afueras de las cuevas; no sabemos cuántos estén presentes o en cual cueva estaremos más seguros.

-Para eso están las armas, ¿no?-dijo Athan.

-La idea no es buscar problemas, Athan, acuérdate que con nosotros irán aquellas mujeres... Creo que lo ideal es tomarse un día en la parte alta del glaciar y observar las entradas de las cuevas. Los ladrones de aquella zona trabajan rondando una misma entrada y salida, es decir, una sola ruta de una cueva solamente, el resto está más descuidado; tomaremos aquella que esté más sola y deberemos avanzar rápidamente.

-Tú conoces mejor aquella zona que yo, si ésta es la única manera, así será-contestó Athan.

-Es lo que hay. Ya tenemos todo listo.

Pasó el primer día, y ya estaba todo listo. Quedaba reunir los alimentos y provisiones necesarias para los largos días que vendrían en tal viaje. Así fue cuando, alrededor de las 8 am. Del último día en que estarían en aquel pueblo, Clark decidió ayudar, junto a Eros y Athan a recaudar tales provisiones.

-¿Cuánto creen necesitar?-preguntó Clark.

-Lo más que se pueda, debemos llenar los bolsos de cada quien con comida que pueda rendir y también debemos llenar nuestras botellas y cantimploras de agua, eso es todo lo que debemos necesitar-respondió Athan.

-Vayamos al otro pueblo.

-¿Existe otro pueblo aledaño a este, señor Clark?-preguntó Athan.

-Sí, es de otros que han huido y tienen contacto para provisiones para todos nosotros.

Llegaron al lugar y se dirigieron a un pequeño hangar que lucía abandonado y descuidado, al entrar habían miles de cajas selladas, todas de madera, y fue allí donde Clark hizo un silbido, como avisando su llegada mediante un mensaje clave para ello. Entonces, fue cuando salió una persona de entre las sombras.

-¡Clark, viejo amigo! ¿Qué haces aquí? ¿En qué te puedo ayudar?

-¿Cómo estás, Robert? Ellos son Athan y Eros.

-¡Ah, nuevos amigos! Un placer, mi nombre es Robert Lunz. ¿Qué se les ofrece?

-Necesitamos provisiones para un viaje de una semana más o menos-dijo Athan.

-En especial comida rendidora y mucha agua potable-acotó Eros.

-Ya veo. ¿Y hacia dónde van ustedes y cuántos van?

-Vamos hacia Pileus y vamos seis personas.

Entonces, Robert se quedó en silencio y se dirigió hacia algunas cajas y dijo:

-¿Seguros que desean emprender tal viaje? ¿Estás de acuerdo con ellos, Clark?

-Hemos planeado la ruta. Necesitan hacer este viaje, su futuro depende de ello-dijo Clark.

-Es un viaje bastante peligroso. La naturaleza es algo salvaje y los ladrones abundan en las cavernas... No es seguro que vayan.

-Tenga un poco de confianza en nosotros, señor Robert. Ya hemos atravesado por bastante, creo que podremos con un poco más-dijo Eros.

-Si así lo dicen, estarán bien, entonces... Necesitarán esta caja. Será suficiente para el viaje. Les buscaré el agua.

Lograron reunir todo lo necesario y llegó el anochecer. El cielo estaba color orquídea y la niebla estaba apareciendo de nuevo. La esposa de Clark atendía, junto a las otras señoras de las otras cabañas, a Agatha, con respecto a un resfriado producto del clima. Clark equipaba las carrozas de los caballos con todo lo que recolectaron junto a Eros. Athan y Lucas estaban alimentando a los caballos y preparaban sacos de alfalfa para el alimento que necesitarían los caballos en el viaje. No había mucha conversación. Todos se enfocaban en el día de mañana. Había temor y a la vez optimismo; no había otra opción sino el arriesgarse.

Era tarde en la noche. Todos dormían, menos Eros y Athan, quienes salieron al pórtico de una de las cabañas que les acogieron.

-¿En qué piensas?-preguntó Athan.

-En todo lo que está ocurriendo. Aún me es difícil comprender en cómo nos adentramos en esta situación tan repentinamente.

-Entiendo. Es por eso que me mudé con mi padre a Aurora desde muy pequeño. Salvó la poca humanidad que tenía de la ambición y la adicción al poder.

-Hay algo que me inquieta de tu persona, Athan.

-¿De qué se trata?-preguntó él con extrañeza.

-¿Cómo conociste a todas estas personas? ¿Qué ocurrió? ¿Por qué finges ser alguien plástico sabiendo que eres la otra cara de la moneda?

-Todo empezó cuando mi padre se divorció de mi madre. Yo quedé con mi papá y Bernard con mi madre. Mi papá decidió salir de toda la mugre que rodeaba a la familia, y de la familia en sí. Decidió mudarse a un pueblo, cualquiera que fuese, y empezar de cero junto a mí. Decidió un día que nos fuéramos, un día cualquiera, para más nunca volver. Salimos de Coryza y nos dirigimos por el camino a esta zona, ya que el camino que conecta a Aurora con Coryza estaba peligroso, debido a que el hielo estaba flojo y se corría el peligro de caer en un hoyo y morir ahogado. Tomamos el camino por cual nosotros vinimos hasta acá. Al llegar vi la miseria, y es lo único que no se lleva el tiempo: la miseria... Esto que ves, es lo mismo que vi de pequeño. Nada ha cambiado. La diferencia era que se vivía con más fuerza la persecución a los Muneris y a sus allegados, es decir, los Casus. Veíamos una tribulación de gente buscando a un niño, y pasando de camino al bosque se nos acercó corriendo un señor con lágrimas bailando en su rostro. Se trataba del viejo Clark; preguntó a mi padre con desesperación si había visto un niño rubio de ojos verdes con unos overoles puestos. Mi padre dijo que no, pero quiso ayudar a buscar, y me dijo que ayudase también. Pasamos gran parte del día buscando a Lucas. Y en las afueras del bosque, pasando al glaciar, vi a un niño llorando con fuerza, colgaba de sus overoles mediante una rama que sobresalía de un pequeño risco que precipitaba hacia el mismo glaciar... No pensé en regresarme a avisar, decidí sacarlo yo mismo de allí. Tomé una vara gruesa del bosque y corrí a socorrerle. Le grité y le



dije que intentase tomar la vara, y así lo hizo. Mi papá y el señor Clark, junto a otros señores, fueron hasta donde estaba y me vieron apoyarme con mis pies sobre una piedra para poder sacar a Lucas. Lo saqué y no lo creían. Mi padre me regañó, pero a la vez me felicitó. Rápidamente nos hicimos amigos de los Casus. Les contamos quiénes éramos. Temieron al principio y dudaron de nosotros, pero nadie que persiga a alguien, le hace un favor de tal magnitud, pensaron ellos. Enablamos un lazo bastante sincero y les ayudamos desde entonces con alimentos. Llegamos a Aurora, mi papá consiguió el empleo de administrador, que por su apellido, escaló rápidamente puestos hasta administrar el pueblo en sí. Desde entonces no hemos sabido nada de los Casus, hasta este momento que tomamos este camino.

-¿Entonces, decidiste tomar este camino para reencontrarte con ellos?

-Fue una de las razones. Supongo que el destino así lo quiso.

-¿Y a qué viene el fingir ser alguien como tu hermano?

-Es un deseo que mi papá quiso que cumpliera. Me dijo que a veces mostrar nuestra verdadera naturaleza podía facilitar que nos dañasen. Que lo mejor era alejarnos de mucha gente y actuando como un adinerado plástico y genérico era lo mejor. Mi papá no lo finge, es un hecho que es así, pero como dije, conserva aún el calor humano y de vez en cuando me lo demostraba. Yo lo conservo en mi totalidad, supongo, creo que es algo que los demás y tú deben juzgar de mí-dijo Athan sonriendo.

-A pesar de los problemas que tuvimos al conocernos, al ver este lado real de ti, te considero una buena persona. Creo que es verdad lo que dicen, tu mano izquierda no puede saber lo que hace la derecha y viceversa.

-Es una buena observación la tuya. Por cierto, ¿cómo están las verduras que compraste?

-Aún se conservan frescas, y con el frío de este lugar, dudo que se dañen. Cada minuto pienso en cómo estarán en Aurora. Si don

Livor habrá vendido libros en la tarde o si Ciel hace las encomiendas del día con la alegría que la caracteriza.

Athan se quedó observando a Eros y dijo:

-La amas bastante, ¿no es así, Eros? Me parece algo estupendo que puedas valorar así a Ciel.

-Me ha dado, junto a su padre, lo que muchos no pueden dar en este mundo, y sabes bastante bien sobre eso como yo; el amor es algo que no es fácil dar en estos días.

-Lo sé. Por eso me agrada que valores como yo las cosas como son realmente. Ya verás que llegaremos con bien y podrás verlos a ellos de nuevo.

-Muchas gracias, Athan. Y con respecto a tus vivencias, considero que dejes salir a tu verdadera esencia, creo que contribuiría más a mejores cosas que ocultándola de los ojos que necesitan verle.

Y en silencio, Athan asentó la cabeza. Siguieron conversando sobre sus vidas y el futuro que les deparaba. Pasó un buen tiempo hasta que decidieron acostarse, ya que necesitarían energías para seguir en su travesía. Llegó el gran día. Todos despertaron temprano y salieron hacia los pórticos de las pequeñas cabañas. Se vieron a las caras y sabían lo que debían hacer. Eros llevaría los alimentos y Lucas y Athan se encargarían de Olivia y Agatha, para facilitar las responsabilidades. Clark besó en la frente a su hijo, como si fuese el mismo pequeño que se perdió aquel turbio día del pasado. Su madre igualmente le brindó afecto y deseos de éxito. Todas las personas que habitaban el lugar dejaron sus buenos deseos a Eros y compañía. Ya con todo listo, Lucas, Athan y Eros se miraron a las caras y sin decir nada, Athan fue el primero en arrancar, llevando a Olivia consigo, Eros fue el segundo, junto a las provisiones y Lucas de último, junto a Agatha. Desde aquel momento dieron uso de las pieles que les brindarían calor.

Se dirigían rumbo al bosque, Athan hizo algunas señas para ir rápido y así reducir el peligro de un asalto sorpresa. Iban a una velocidad considerable. Lucas era quien llevaba la carga más delicada con respecto a Agatha, pero se preparó bien para usar un cinturón que la mantuviese con él en todo momento y evitar que sufriese una caída.

Sólo se escuchaba el galopar de los caballos a través de aquel bosque congelado. Lucas y Eros estaban atentos a los alrededores, pero no había ni señales de vida silvestre por el lugar. El sol ya se empezaba a avistar entre los árboles y pasó el tiempo sin que se diesen cuenta. Tomaría, al menos, hasta la tarde salir de aquel bosque tan extenso.

Lucas se adelantó hasta Athan y le dijo:

-¡Deberíamos detenernos en aquella colina para comer!

-¿Crees que sea buena idea parar en medio de este lugar para eso?

-¡Esta mujer necesita comer, Athan! ¡Hay que parar! ¡Todavía es temprano!

Quedándose pensando respondió: -¡Está bien!

Athan le hizo señas a Eros para ir hasta la colina. Al llegar se bajaron todos y Athan ordenó:

-Hay que aprovechar el tiempo. Hay mucho ratero por el lugar proveniente de los lugares pobres más cercanos. Eros, ayúdame a vigilar mientras comemos. Esta colina nos ayuda a tener mejor campo de visión sobre el bosque. Lucas estate atento con Olivia y Agatha.

-¿Cómo se siente, señora?-preguntó Lucas.

-Estoy bien. No te preocupes, hijo-respondió.

-¿Por dónde saldremos de este bosque?-preguntó Olivia.

-Hacia el norte está la salida. Si seguimos sin parar, en unas tres o cuatro horas saldremos de aquí sin problemas.

Luego de comer, se disponían para volver a partir hacia el glaciar, cuando en el camino pasó un hombre con gabardina negra en caballo. Lucas atajó a los demás y les anunció con las manos que alguien pasaba y que no era de confiarse. Todos esperaron en aquella colina a que aquel hombre pasara por el camino sin que les notara.

-¿Es un ratero?-preguntó Olivia.

-Puede que sea un ratero o un hombre de Bernard y Rudd asechando la zona-respondió Athan.

-Están muy cerca de las casas de mi familia-decía Lucas.

-No te preocupes por ellos. Tú sabes que no es fácil llegar hasta esos lados con tanta niebla y agujeros.

-Ya se está alejando-dijo Eros-deberíamos ir fuera del camino. Dos caballos por la izquierda y uno por la derecha, entre los pinos, así no seríamos un blanco tan fácil.

-Me parece muy bien-contestó Athan-bajemos de una vez.

Entonces, ellos bajaron con cuidado; vigilando todos los lados. Ya estaban en una zona bastante peligrosa del bosque. Athan y Lucas cabalgaban por la derecha y Eros por la izquierda, más adelantado. Iban a un paso un poco más lento, para no hacer tanto ruido. Pasaron las horas y se acercaron hacia las afueras del bosque, hasta que Eros frenó a su caballo de golpe, a lo que Athan y Lucas respondieron con la misma reacción.

-¿¡Qué sucede!?-preguntó desde lejos Athan.

-¡Parece que hay una especie de guardia en la primera colina que lleva al glaciar! ¡Todos parecen vestir el mismo uniforme que aquel tipo de más temprano!

-¿Qué podemos hacer, Athan? No podemos atravesar el camino con esos sujetos haciendo guardia allá.

Athan se quedó pensando en una solución y dijo:

-Hay que rodear esa colina. Debemos subir el bosque hasta la segunda colina que sigue. Iré yo primero a ver cómo está el camino. Luego vendrás tú, Lucas. Hazle señas a Eros para que nos siga.

Al verse en tal aprieto, el grupo subió por los alrededores del bosque, aprovechando el poco calor que dejaba ir la tarde. El plan cambiaba y deberían adaptarse a las circunstancias que se asomasen...

-Ten paciencia, hija, ya llegaremos cuando debamos llegar. Ten fe-decía serenamente Agatha a Olivia. Olivia estaba nerviosa y ansiosa. No sabía que deparaba el destino y temía por la seguridad de su madre, más que la de todos, incluyéndose ella.

-Debes calmarte-seguía diciendo Agatha.

-Es que hemos atravesado tantas cosas, madre. Yo sólo quiero que termine toda esta caza por el bien de todos-decía Olivia con la voz quebrada.

Agatha se acercó a Olivia y se abrazó con ella. Tal abrazo fue como revivir viejos momentos entre ellas como madre e hija, algo que nunca cambió a lo largo del tiempo. Lucas sólo guardaba silencio y estaba concentrado en salvarse él para salvar a los demás. Si caía uno, caían todos. Cada uno estaba concentrado en su rol, porque cada quien tenía sus motivos y razones...

-¿Recuerdas cuando vivíamos todos juntos en aquella posada vieja?-le preguntaba Agatha a Olivia.

-Sí. Lo recuerdo bien, madre. Fueron hermosos días de mi infancia.

-Estaré vieja ya, pero lo recuerdo bien, como si hubiese sido ayer. Recuerdo cuando jugabas en el bosque con tu padre y cuando te lastimabas las rodillas a veces al caerte. Llorabas de más

para que tu papá te cargara y te llevase a casa a que te consintiéramos. ¿Recuerdas?

-Cómo olvidarlo, madre-respondió Olivia sonriendo entre sus lágrimas.

-Llegabas en brazos de tu padre y luego te limpiábamos tus heridas y te las besábamos para que “sanaran más rápido”. Luego te acurrucabas conmigo, así como estás en este momento a mi lado. Hay cosas que son mejores así; sin cambiarse por nada en el mundo.

Olivia esta vez calló y abrazó más fuerte a su madre, mientras esta seguía hablándole de las cosas buenas de su pasado juntas, en familia.

-Recuerdo también cuando jugábamos juntas. Eras una niña pequeña para entonces. Siempre preguntona y siempre curiosa con las cosas que te rodeaban. Pero lo que siempre prevaleció en ti fue tu seguridad ante las situaciones. Es por ello, hija, que debes tener fe y confiar en ti y en los demás. Estos jóvenes son personas que nos han tendido su mano y arriesgan su vida por nuestra paz.

Lucas se sonrió y seguía cabalgando cuesta arriba. Llegaron hasta la cima de las afueras del bosque. Se dieron un tiempo para descansar, pues la próxima parada era una de las colinas que llevaban al glaciar. Decidieron parar un momento para descansar y ver los alrededores. Se veía mejor el camino que llevaba el glaciar y en donde estaba aquella guardia extraña, llegaba más gente.

-¿De qué se tratará esto, Athan?-preguntó Eros.

-No lo sé. Pero no parece ser bueno.

-Deberíamos quedarnos aquí hasta ver los movimientos de esas personas-propuso Lucas.

-¡Miren uno de ellos trae a alguien consigo!-exclamó Olivia.

Se podía ver a uno de los hombres de ropas negras traer consigo a lo que parecía ser un ratero de la zona. Era un hombre algo fornido, pero no lo suficiente para zafarse de aquel hombre oscuro. Eros lo vio y se sorprendió, Athan notó esto y le preguntó:

-¿Qué ocurre, Eros?

-A ese hombre le he visto antes. No lo distingo perfectamente desde aquí, pero por sus ropas, le he visto camino a Coryza. Es un caza fortunas de esa zona.

-¿Cómo que le has visto?

-Fue una noche en la que di con el campamento de ellos. Eran los que tomaron mis cosas aquella, desde aquel momento en que nos encontramos en ese bosque, ¿recuerdas?

-Ya veo. ¿Por qué habrán capturado a ese hombre?

-No lo sé. Creo que es mejor que continuemos. Por lo menos debemos atravesar aquellas colinas y podremos acampar en esos lugares-dijo Lucas.

Mientras continuaban su camino, se podía ver a lo lejos como varios hombres golpeaban a aquellos cazas fortunas que alguna vez robaron a Eros. Empezó a hacer más frío y caía lo último de la tarde. El glaciador no tendría compasión con los que le atravesasen. Al bajar un acantilado, el grupo se detuvo por Athan, quien empezó a escuchar gritos a la lejanía que resonaban en ecos a la distancia. Gritos de puro y desgarrador dolor, al punto que no podía ser ignorado tal ruido.

-¿Escucharon eso?-preguntó Olivia con miedo.

-Sí. Son gritos de algún hombre-decía Athan-quizás se trate de aquel ladrón que vimos hace horas. Deben estar torturándolo. Debemos tener cuidado con esa gente...

Se continuaron oyendo los gritos perturbadores y todos tragaban grueso, pues no sabían si ayudar a esa persona o ignorar tal pesadilla y continuar el camino.

-No puedo soportar continuar este camino tortuoso y escuchar esos gritos a lo largo de nuestro rumbo. Por lo menos hay que averiguar qué sucede y regresarnos-decía Eros preocupado-Si desean, continúen ustedes, pero yo iré a ver.

-Cálmate, Eros, no hagas una locura. Primero, ni sabes en dónde se generan esos gritos. Segundo, no sabes quiénes nos puedan esperar allá. Pueden ser mercenarios de este lugar o la gente que tanto nos está buscando. No puedes arriesgarte de esa manera.

-¡Pero no podemos dejar a esa persona sufriendo!

-¡Tampoco podemos arriesgar nuestras vidas por un extraño!

-¡Cálmense los dos! Eros, no debes dejarte llevar por tus emociones... Atraparon a esa persona quién sabe por qué y quién sabe quiénes le atraparon. No podemos hacer nada. No sabemos cuántas personas hay allá, tampoco si tienen trampas y armas consigo. Además, está cayendo la noche. Hay cosas que simplemente escapan de nuestras manos. No puedes hacer nada...-decía Lucas.

Eros sólo guardó silencio y se fue al fondo del grupo con su caballo, Athan iba más adelantado con Lucas, Agatha y Olivia.

-¿Estará enojado?-preguntaba Olivia.

-Si lo está, no lo culpo, quería ayudar a otro arriesgando su propio pellejo; es algo de ser admirado, pero simplemente no se debe hacer tal cosa en esta situación. Debe asimilarlo-contestó Lucas.



-Hablaré con ese muchacho cuando sea el momento apropiado-  
continuó Agatha.

-¿En qué piensas, Athan?-preguntó Lucas.

-En que quiero llegar pronto al lugar donde acamparemos.  
Estoy agotado.

Cayó la noche y llegaron al glaciár. Se veía al horizonte y a todos lados montañas y formaciones de hielo macizo. Un paisaje demacrado por la soledad y por los ecos del viento. El frío era abrumador, mucho más que en cualquier lugar de la región. No bastaba con las pieles y cobijas para conciliar algo de calor y paz. Se empezaba a asomar la luna, como única fuente de luz, junto con las estrellas que adornaban al cielo. El grupo logró ubicarse entre un pequeño grupo de pinos, acomodaron los caballos y prepararon un campamento simple, fácil de recoger, para salir temprano.

-Prepararé la fogata y ustedes monten las tiendas de campaña-  
dijo Lucas.

-Yo prepararé la comida junto a mi madre.

Eros y Athan montaron las tiendas en silencio, estaban aún enojados el uno con el otro. Todos comieron y se dispusieron a ir a dormir temprano para tener energías para mañana. Eros fue el único que permaneció afuera, mirando al cielo. Agatha estaba mirando desde una de las tiendas y salió a conversar con él.

-¿Qué ocurre, muchacho? ¿No puedes dormir?

-Agatha, pensé que estaba durmiendo... No, no concilio el sueño aún, por eso decidí quedarme a ver la noche.

-Ya veo. ¿Aún estás enojado por lo que ocurrió?

-No estoy enojado... Es sólo que me siento mal porque no pude hacer nada por aquella persona.

-Y si es así, ¿por qué sigues enojado con Athan?

-Es que me molesta esa manera de ser de él. Se limita a ayudar a algunos, pero no busca dar el máximo a todos los que pueda.

-Pero, Eros, debes comprender que en ese momento velaba por todos nosotros. Hay cosas que escapan de nuestras manos y debes entender eso.

-Otra vez esa frase...

-Te lo explicaré mejor: Hay veces en donde la vida nos ofrece sólo una opción que es la que debemos tomar. Hay que darle prioridad a los más cercanos que a los que no conocemos en ciertas oportunidades... Son decisiones difíciles que hay que tomar. Quizás no lo entiendas ahora, pero ya lo harás a su debido momento.

-Quizás así sea.

-Lo único que te pido es que mantengas esa manera de ser tuya con las personas. Se ve que lo aprendiste de una buena familia.

-Sí... Lo aprendí de dos grandes personas.

-Ya veo-decía sonriendo Agatha-Espero lleguemos muy pronto a Pileus, así estarás más cerca de verles nuevamente... También te pido que limpies las asperezas con Athan. No es bueno amargar un buen lazo de amistad como el que tienen ustedes-continuó.

-Él y yo no somos amigos-dijo él.

-Un buen lazo de compañerismo se puede apreciar fácilmente, así se disfraza con peleas y malos entendidos, lo digo con toda la experiencia del mundo. Así que deberías hablar con él, mientras más pronto, mejor-decía sonriéndole a Eros.

Eros sólo calló y miraba al cielo. Agatha se quedó con él un rato más, pero luego se volvió hacia su tienda.

## Parte IV: “*Túnicas Negras*”

Athan despertó primero que el resto y se dispuso a recoger la fogata y las sobras de la comida para después. Lucas le siguió y alistó los caballos para partir rápidamente, mientras se levantaban Olivia y su madre. De repente, Lucas se dirigió a los demás, con cara de preocupado y exaltado:

-¡Falta un caballo! ¡El caballo en el que iba Eros! Quedó el carro con la comida, pero no está el caballo.

-¿En dónde está el joven Eros?-preguntaba Olivia.

-Quédense aquí. Buscaré por los alrededores-dijo Athan.

Justo en ese instante, llegaba Eros con su caballo y una sonrisa.

-Perdón por la tardanza-dijo él-Salí temprano a averiguar por estos alrededores confirmando que no hay peligro cerca.

-¡Joven Eros, no vuelva a salir sin avisar! ¡Pasamos un gran susto!

-¿Descubriste algo?-preguntó Athan, evitando caer en la rabia.

-Afortunadamente no hay nada malo cerca. Todo está tranquilo, por ahora. Podemos partir tranquilamente.

-Esas son buenas noticias-decía Lucas.

Continuaron el camino todos ellos, bajaron la colina en donde estaban ubicados y estaban en pleno glaciar, galopando a paso lento, siguiendo un camino que constantemente tapaba la nieve que traía el viento consigo. Se veía venir a lo lejos nubes oscuras, lo que era probablemente una tormenta de nieve.

-Deberíamos resguardarnos en las cuevas-decía Lucas.

-¿No sería peligroso sabiendo que pueden estar esos hombres allí?-preguntaba preocupada Olivia.

-Es mejor que morir congelados-respondió él.

-Vayamos. A penas mejore el clima, continuaremos-dijo Athan.

Entonces, se dirigieron a una de las cuevas del glaciar, la cueva se encontraba algo lejos, pero daría tiempo a llegar antes de que llegase la tormenta. Al llegar allí se dispusieron a esperar. Eros miraba a Athan, pensando en lo que ocurrió el día anterior.

-¿Qué ocurre, Eros?-preguntó Athan.

-Pensaba en lo que pasó ayer. Quería disculparme por ello.

-Ah, se trata de eso. No hay problema, Eros. Lo que pasó, ya pasó. Hay cosas aún más importantes ahora, y debemos permanecer juntos. Y comprendo un poco tu posición. Así que no hay problema.

-Me alegra entendieses.

-Un buen lazo no hay quien pueda romperlo, sólo aquellos que están atados a ese lazo-murmuró Agatha mirando el pesado paisaje de nubes negras que se avecinaban.

Empezó a caer la nieve de los cielos, con fuertes vientos que golpeaban montañas y colinas con dureza. Se colaba por la boca de la cueva el chirrido del viento. El silencio se hizo en aquel momento. Olivia abrazó a su madre. Lucas se resguardó entre los caballos. Eros y Athan se recostaron contra las paredes frías de la cueva.

-Hay que estar atentos a la entrada... Quizás la tormenta dure bastante y pueda tapar la cueva, dejándonos sin salida...-decía Lucas.

-Tampoco podemos salir. Moriremos congelados, y nos perderíamos-dijo Agatha.

-Pudiese ser una opción recorrer la cueva, en busca de una posible salida. Las cuevas de la zona están conectadas entre sí.

-Pero recuerda, Athan, que nos pudiese llevar más tiempo del necesario. No tenemos orientación; pudiésemos regresar al principio, como llegar a otro lugar lejano a Pileus. Además, por las cuevas están rondando esas personas y animales salvajes. Es un riesgo bastante peligroso-dijo Lucas.

-Habrá que considerarlo si la nieve se encima a la cueva-respondió él.

Pasó el tiempo y la tormenta continuaba agresiva sobre el glaciar. El frío aumentaba cada vez más y una fogata no bastaría para mantener sus cuerpos cálidos.

-No puedo soportar más esta situación. Moriremos aquí congelados. Iré por las cuevas. Salgamos a donde salgamos, estaremos vivos. Esperando aquí moriremos-dijo Eros.

-No conoces las cuevas, Eros. Morirás de igual manera...-continuó Athan.

-¡Por lo menos moriré intentado algo! Hicimos un largo viaje. ¡No podemos quedarnos a esperar morir congelados!

-¡Pero, joven Eros, es muy peligroso!

-No me importa, Olivia, no importa lo que ocurra, pero hay que salir de aquí. Si desean, quédense ustedes, yo me decidí a continuar por estas cuevas.

-Iré contigo-dijo Lucas ante la mirada sorprendida de Olivia y Athan.

-Me parece bien-respondió Eros-No iremos lejos. Si hallamos una salida, volveremos por ustedes-continuó.

-Vayamos rápido. Necesitamos fuego para ver.

-Tomemos unos leños y algo de la piel de nuestros abrigo para mantener el fuego. La piel todavía posee un poco de grasa que ayudará a que eso suceda-dijo Eros.

Prepararon las antorchas y ambos indagaron en la cueva en busca de una salida de la tormenta y de la muerte. Se sumergieron en la inmensa oscuridad de la cueva. A pasos lentos escurrían miradas sobre las paredes gélidas, en busca de otro camino. Era un camino algo empinado, en vez de mantener un mismo rumbo, descendían, poco a poco, a las entrañas de la naturaleza. Cada

goteo de agua en la cueva resonaba hasta el último rincón del lugar.

Pasó el tiempo y sólo veían roca a los alrededores. Lucas y Eros se empezaban a ver sofocados por la cápsula de rocas que los mantenía perdidos de su camino.

-Creo que debemos volver, Lucas, parece que no hay un camino por esta cueva.

-Debería tenerlo. Me parece extraño que no hayamos cruzado camino con otra de las cuevas, ya que esto es un sistema de cuevas en este glaciar. Todas se encuentran en un punto de cuevas de hielo, dando salida al glaciar en sí, que es el lugar a donde queremos llegar. Algo ha pasado, algún derrumbe o algo por el estilo.

-¿Qué debemos hacer entonces?

-No lo sé. Sería ideal palpar la roca para comprobar mi premisa-dijo Lucas sin mucha seguridad en sus palabras-probaré con estas paredes de acá-continuó con poco optimismo.

Eros y Lucas empezaron a dar golpes tenues a las paredes de la cueva, hasta que Lucas encontró una roca suelta en el lugar, temiendo por un derrumbe, le dijo a Eros:

-Ten cuidado, Eros, sí hay rocas sueltas, ven conmigo, saldremos por aquí. Debemos tener cuidado de crear un derrumbe, o no podremos volver con los demás.

-Parece que es otra cueva, ¿no es así?

-Sí, estás en lo correcto, pero me extraña que acá hay antorchas-decía Lucas mirando por el agujero de la pared producto de su golpe.

-¿Significa que hay personas que rondan las cuevas?

-Aparentemente. Debemos cuidarnos las espaldas. Quizás en esto estén envueltos aquellas personas de negro que vimos la última vez. Volvamos con el resto e informémosle de lo sucedido.

Regresaron sudados y ensuciados con el polvo del subterráneo.

-¿Qué les pasó?-preguntó Olivia.

-Conseguimos una especie de salida, pero no estamos seguros de si es viable o no-contestó ventilando Eros.

-¿A qué se refieren con que no es viable?-preguntó Athan.

-Se trata que es un camino ya recorrido por otras personas, quizás por aquellos hombres de negro que vimos la última vez.

-Creo que debemos tomar el riesgo, pues la tormenta está bloqueando la boca de la cueva-decía Agatha mirando la agresividad con la que la nieve entraba a la cueva.

-Lo ideal es llegar hasta donde llegamos para que lo comprueben ustedes mismos-decía Lucas limpiándose la mugre de su frente-Es una situación difícil, ya no podremos esperar acá.

Tomando a Agatha de un brazo, Athan pisaba temeroso el terreno devorado por tinieblas. Olivia miraba a su alrededor, con el futuro perdido en las paredes que callaban con el frío.

-Este lugar es bastante profundo, pensé que eran cuevas de caminos superficiales-dijo en su asombro Olivia.

-Es un complejo sistema de cuevas, muy pocos conocemos tal sistema-respondía atento al camino empinado Lucas.

-Allá está el lugar-señaló Eros hacia el rayo de luz que se colaba en la oscuridad.

Athan observó a través el agujero la otra cueva iluminada por una serie de antorchas alojadas en las paredes. Pudo ver que a la izquierda un vacío oscuro y a su derecha más luz, seguramente de más antorchas.

-Creo que debemos derrumbar rápidamente esta pared e ir a la derecha, parece que es la salida-comentó Athan que aún miraba por el agujero.

-Me parece muy arriesgado Athan, no sabemos si hay guardias o algo por el estilo. No podemos correr por las dificultades de doña Agatha-dijo Eros-Yo recomiendo esperar unos minutos, ver si es muy transitado este pasillo que descubrimos.

-Pero también hay poco oxígeno acá abajo, Eros, lastimosamente hay que arriesgarnos, o esperar a desmayarnos en este lugar sofocante; es cuestión de una hora o un poco más, debido a que las antorchas consumen el oxígeno del lugar.

-Lucas tiene razón, Eros, debemos hacerlo, es la única salida. Yo iré adelante, si veo algo extraño, regresaré y les avisaré. Lucas y tú deben resguardar a Olivia y Agatha.

-¿Y qué ocurrirá con los caballos y la comida?-preguntó Olivia.

-No podemos hacer nada con los caballos, el pasillo es estrecho y la comida en su total nos estorbaría. Tomé 3 sacos de comida, entre ellos las verduras de Eros. Si algo pasa, Eros, deberíamos recurrir a tu saco, ¿no hay problema con ello?

-Es un saco nada más, Athan, esta situación es de emergencia y creo que si llegamos vivos a Aurora, Ciel entenderá.

-Bueno, es hora. ¿Están listos?

Todos asentaron con la cabeza y Athan prosiguió a quitar roca por roca la pared que los separaba del pasillo.

Salió hacia el pasillo, y caminando de manera rápida y con la mirada y oídos atentos, se dirigía hacia donde había más luz, con la esperanza de hallar la salida sin toparse con ningún problema. Llegó hasta el final del pasillo y asomó su mirada a lo que allí había. Su boca se abrió en asombro y sus pupilas se dilataron en medio del momento. Athan regresó rápidamente y atajó a los demás que aún se encontraban en la oscuridad de la otra cueva.

-Estás pálido. ¿Qué ocurrió, Athan?

Athan no decía nada y se sentó en el suelo a procesar lo que allí vio.

-¿¡Qué ocurre!?-preguntó Lucas mientras le agitaba por los hombros.

-Hay un hombre ensangrentado y torturado al final del pasillo-respondió con dificultad Athan.

-¿Un hombre ensangrentado?-se preguntó a sí mismo Lucas.

-Debemos ir a revisar-dijo Agatha.



-¡No podemos hacer nada! ¡Debemos escapar de este lugar!- respondió agresivamente Athan.

-¡Cálmate! ¡No le grites a mi madre!-contestó Olivia.

-No hagan ruido, es peor-dijo Eros-Iré a ver-continuó.

-¡No vayas, Eros!-rogaba desde el suelo Athan con las emociones fuera de sus cabales, pero Eros no atendió a su contesta.

Eros llegó al lugar y se sorprendió al ver los charcos de sangre en el suelo rocoso y a un hombre musculoso, como aquel que avistaron desde la cima de aquella colina en manos de esos hombres de negro. Logró reconocerlo al instante, pues se trataba de aquel hombre que junto a su compañero robaron sus cosas al inicio de esta travesía del infierno. Eros se acercó a la celda donde lo tenían. Y vio signos de tortura: azotes de látigos y cortadas en casi todo su cuerpo. Estaba parado sobre sí mismo gracias a las esposas clavadas en la pared que lo sostenían como si fuese un mismo crucifijo. Eros recorrió el lugar y vio una mesa de madera con unos papeles. Un papel se trataba de un mapa de lo que supone todo el lugar, la cueva en sí. Otros papeles relataban una especie de diario. Eros tomó los papeles y se dirigió a donde estaba el grupo. Iba pensando en por qué atraparon a ese caza recompensas y cómo llegó tan lejos tal hombre. El porqué lo torturaron de esa manera tan brutal. ¿Qué ocurría en las cuevas? ¿Tenía relación todo eso con la persecución sobre las Muneris?

-Tomé esto de una mesa. Es un mapa, quizás nos sirva, Lucas. Él tomó el papel y lo observó detenidamente.

-Sí, se trata de un mapa de estas cuevas, pero no de todas. Caminando por la oscuridad del otro extremo, hallaremos 5 cuevas más. Debemos ir por la última de la derecha para ir a las cuevas de hielo. Pero estas cuevas están labradas por estos hombres, por lo que no estamos solos. Debemos seguir.

Levántate, Athan, apenas has visto un poco de la crueldad de la vida. Hay más que no conocemos allá afuera.

Lucas iba adelante guiando a los demás. Todos iban en silencio y atentos a lo que pudiese ocurrir. Llegaron a la intersección de las cuevas y empezaron a escuchar voces.

-¡Escondámonos rápido!-murmuró Eros.

Vieron pasar a 3 hombres vestidos con túnicas negras, como si fuesen monjes de algún lugar o personas de un culto sangriento.

-Creo que estamos a salvo. Debemos apurarnos-dijo Lucas.

-¿A cuál camino debemos ir?-preguntó Olivia.

-No lo sé. No podemos separarnos. Debemos tomar un camino juntos-respondió él.

-El de la derecha pareciese ascender, quizás esté la salida hacia el glaciar-dijo Athan.

-Tomemos ese. Esperemos sea el correcto-dijo Eros tomando la iniciativa y caminando hacia tal ruta.

-¡Con cuidado, Eros!-susurró con fuerza Lucas.

-¡Hay que movernos ya!-respondió.

Todos acataron la orden de Eros, en aquel preciso momento otro hombre con túnica bajó desde aquel camino. Les vio con una mirada asesina y fría, pero a la vez con sorpresa. Eros y el resto se quedaron fríos. El tiempo se detuvo para inducirles la idea de que hasta allí terminaba su caminar, que allí terminó la historia de cada uno de ellos. Cada segundo fue eterno, pero a la vez instantáneo. Apenas les vio aquel hombre, sacó una daga. Lucas fue el que reaccionó más rápido. Aquel hombre iba a por Eros, quien se encontraba encabezando el grupo en aquella ruta. Lucas sacó su revólver y disparó a quemarropa al hombre. 4 disparos venenosos atravesaron su pecho y abdomen. La explosiva detonación se escurrió entre ecos fuertes por todo el lugar. Eros y Athan reaccionaron, menos Olivia y su madre.

-¡Tomen a Olivia y a Agatha y llévenselas por aquel camino!- gritó Lucas a Athan y a Eros, los cuales acataron la orden-Yo me encargaré del resto-continuó.

-¿¡Estás loco!? ¡No podrás solo!-le exclamó Athan.

Athan continuó demandando a Lucas que dejase la idea del heroísmo para con ellos. Eros no perdió tiempo y agarró con toda su fuerza a Olivia por su brazo derecho y la haló hacia su cuerpo.

-¿Vienes o no?-le preguntó Eros a Athan en una actitud más fría.

Athan miró a sus ojos y miró al viejo y frío Eros que conoció, pero con más asertividad que la que suponía que él tenía.

-Tú verás qué haces con tu vida-le dijo a Athan-¡Olivia! ¡Olivia! ¡Debes tomar de la mano a tu madre! ¡Hay que salir de aquí!-le gritaba a Olivia mientras la sacudía de los hombros.

-¡Joven Eros! ¿¡Por qué está pasando esto!?-balbuceaba en su desespero. Al ver esto, Eros se dejó llevar por sus arrebatos y respondió con una cachetada que dejó atónitos a Lucas y a Athan, hasta la misma Agatha. Una cachetada que movió al compás de la mano de Eros, la cabeza delicada, junto a sus cabellos castaños, de Olivia.

-¿¡Por qué golpeas a mi hija!?-gritó Agatha, empujando a Eros y sacudiéndolo con sus pocas fuerzas.

Ante todo este acontecimiento que desmoronó al grupo, la sangre se escurrió por todo el pasillo, bañando los pies de ellos. Donde rápidamente se escuchaban los gritos llenos de ira de aquel grupo de hombres que se dirigían al lugar.

-¡Corran! ¡Corran!-gritaba Lucas arropado por el desespero.

-Eros, sin mirar atrás, tomó con una mano al brazo de Olivia, con la otra, un brazo de Agatha y se las llevó consigo. Athan, miraba a Eros huir, y sacó su arma, decidió quedarse junto a Lucas a confrontar al destino mórbido.

-Así que te quedaste. ¡Eres un idiota! ¡Morirás aquí!-le reclamaba Lucas.

-Los amigos no se abandonan. Que Eros se lleve a las mujeres. Haremos tiempo. Se le ve más sólido; hay que confiar en él-decía él exaltado.

Llegó el grupo de hombres, bañados en la oscuridad de sus túnicas, entre ellos estaba uno más viejo, el cual se quitó la parte que cubría su cabeza, para mostrar su rostro.

-Así que son ustedes lo que han causado este problema. ¿Saben en qué se han metido?-Salió del medio del grupo y se paseó por el charco de sangre, oscura como el vino tinto, se agachó y pasó sus dedos por la sangre, la lamió-Esto no quedará así...-continuó.

-¿¡Quién eres tú!?-le preguntó con agresividad Athan.

-¿Qué quién soy yo?-preguntaba con gestos de burla aquel hombre expresados en aquella sonrisa de media luna. Guardó silencio por unos segundos, mirando fijamente los ojos de Athan-Yo soy Mors Mare, líder de Ex Mortis, nuestro grupo de cazadores de personas. Nosotros nos dedicamos al asesinato a sueldo, o al secuestro por parte de gente poderosa. Les digo todo esto sin pelos en la lengua, pues, no lograrán salir de acá con vida. No sé cómo llegaron hasta acá. No sé cómo pasaron por todo este sistema de cuevas sin que hayan sido vistos hasta ahora, pero algo es seguro, no saldrán con vida.

A Lucas no le asentó bien la situación, viendo al numeroso grupo y que no conocía lo que pudiesen ocultar bajo sus túnicas, llevó consigo una bomba casera de bicarbonato y vinagre. Athan, en su desespero, sin responder a Mors, empezó a disparar a todos ellos, fallando algunos tiros, y atinando otros a las piernas o brazos de algunos hombres, Lucas aprovechó para verter un poco de vinagre a la pelota dura que guardaba el bicarbonato, y lanzó la bola. Sin perder tiempo, tomó a Athan por la mano y corrieron hacia donde fue Eros.

-¿¡Qué es eso!?-gritó Mors ante la explosión del bicarbonato.

-Eso nos dará tiempo de escapar-dijo Lucas.

-¿¡Qué fue eso!?-preguntaba agitado Athan a él.

-Fue una bomba de bicarbonato. Llena todo el lugar con espuma por montones, digamos que es una especie de retardante que nos dará tiempo en emergencias. Era la única que traía, espero valga la pena a futuro.

De repente, Lucas perdió la luz de sus ojos y se desvaneció, cayendo hacia el suelo ante la mirada atónita de Athan.

-¡Lucas! ¡Lucas ¡Lucas! ¿¡Qué ocurre!?! ¿¡Qué ha ocurrido!?!

Athan miró detenidamente, y del hombro izquierdo de Lucas salía sangre, se trataba de una bala certera. Él miró hacia atrás y observó que de entre la espuma salió uno de los hombres de Ex Mortis con arma en mano, ante esto Athan sacó su pistola y, con la rabia y lágrimas que escurrían hasta sus labios, disparó sin piedad a la humanidad de aquel hombre. El hombre cayó bañado en sangre.

-¡Maldición! ¡Maldición!-gritaba fúrico Athan.

Tomó a Lucas por el otro brazo y lo alzó, este lanzó un alarido que retumbó por toda aquella cueva fría.

-¡Resiste, Lucas! ¡Aguanta!

Athan empezó a correr como pudo con Lucas apoyado en él, mientras este no paraba de sangrar por su brazo. No faltaba mucho para salida, pues se avistaba la luz. Athan tenía aún su pistola en mano y, sin mirar atrás, disparó a ciegas hacia el fondo, buscando herir a los persecutores. Así mismo, iban balas desde la oscuridad de la cueva en un intercambio mortífero. Athan logró salir y buscaba a los demás, exaltado y aturdido, corrió a donde fuere, por puro instinto. Athan no pudo más y cayó con Lucas en brazos. Lo miraba sin ser capaz de decir alguna palabra, mientras Lucas se encontraba luchando con aquella herida. Athan cerró sus ojos y buscó fuerzas para poder hacer 3 gritos al aire.

-¡Eros! ¡Eros! ¡Eros!-Se propagó el auxilio de Athan por todo el glaciar, mientras de la cueva salió Mors Mare junto a algunos de su grupo, tenía una herida en su mejilla, un beso frío de una bala que le pellizcó.

-¡Busquénlos! ¡Los quiero a ambos vivos! ¡Los quiero a ambos sanos y salvos! Porque yo mismo les arrebataré lentamente la vida...

Eros, por su parte, escapó a los bosques cercanos, no estaba tan lejos de Athan, alcanzaron a escuchar sus gritos.

-Iré por ellos. Algo malo ha pasado-dijo él.

Olivia y su madre, enojadas por la actitud de Eros, guardaron silencio, y se quedaron asimilando la situación, sentadas en el suelo. Eros empezó a correr con todas sus fuerzas a campo abierto, para ubicar a Athan y a Lucas. Vio al grupo Ex Mortis buscándolos también, así que se escurrió entre los arbustos. Esperó a que se dividiese el grupo para moverse. Pasó y largo tiempo de escabullimiento y búsqueda, hasta que Eros ubicó a Athan y a Lucas. Se encontraban en una cueva en una colina cercana a las cuevas del glaciar. Athan estaba agotado y lleno de sangre, con sus ropas rotas para hacer torniquete a la herida de Lucas, el cual estaba en gravedad.

-¿¡Qué sucedió!?-preguntó exaltado Eros.

-Hirieron a Lucas cuando salíamos de la cueva. Estoy sin fuerzas. He hecho lo que he podido... Todo lo que ha estado a mi alcance para ayudarlo. No sé si él lo logre, Eros. La herida le rompió la clavícula y retuvo la bala dentro.

-Debemos limpiarle la herida. Hay que buscar un río o un lago-dijo Eros.

-Lo más cercano es el río que rodea a Pileus. Salimos cerca de Pileus. Estamos a 2 días de la ciudad.

-Hay que llevarnos a Lucas con las demás.

Athan se levantó del suelo y ayudó a Eros a levantar con cuidado a Lucas. Caía la penumbra de la noche sobre la tierra del glaciar. El grupo de cazadores seguía buscando incesantemente. Aprovechando la oscuridad de la noche, Eros y Athan pudieron escabullirse entre las rocas y arbustos enormes por donde pasó el

mismo Eros anteriormente. Llegaron al lugar en donde estaba Olivia con su madre, las cuales se sorprendieron de ver a los hombres ensuciados en sangre y a Lucas desvalido y pálido por la pérdida de sangre.

-¡No puede ser!-exclamó Olivia.

-Debemos movernos. No podemos dormir esta noche. Hay que buscar el río de la ciudad de Pileus-dijo Athan.

-¿¡Qué ha ocurrido!?-preguntó exaltada Agatha.

-¡Lo han herido mientras ellos escapaban! ¡Hay que movernos! Esos cazadores nos están buscando y seguramente tampoco dormirán esta noche.

Será la noche más larga para ellos, sobre todo para Lucas, en su lucha contra la muerte que le susurra su nombre. Mors Mare busca obsesivamente su rastro y está tras ellos. La muerte asecha a Eros y al grupo. El frío se come la esperanza, y la oscuridad de la noche se alarga alejando el mañana bendito que tanto añoran todos ellos. Comenzó la huída contra el tiempo y el destino. Comenzó la cruzada de la vida por una amistad. Comenzó la verdadera batalla interna de Eros.

## Parte V: *“Rezos de una Mujer Desamparada”*

El glaciador se convirtió en un teatro de oscuridad y brillo. Un brillo que proyectaba cada estrella que se presentó a presenciar el espectáculo de una especie de circo romano, de barbarie y llanto. Los árboles dormían en el frío sepulcral que se asomaba cada vez más mientras más salía la noche a torturar con sus horas largas a Eros y al resto que sufría cada segundo que moría. Sólo se escuchaban los sonidos de aquellos animales nocturnos que asechaban desde lo lejos, como si supiesen de qué se trataba. Aullido, búhos que ululaban a lo largo del campo boscoso, cuyo compás lo marcaba el correr del grupo, luchando contra el tiempo, buscando salir de esta pesadilla que empezó desde aquel viaje a Coryza...

El grupo iba tan rápido como podía. Athan llevaba apoyado en su brazo derecho a Lucas, así como Eros le ayudaba desde el lado izquierdo. Olivia se ocupó de guiar a su madre entre la oscuridad, llevándola delante de ella, tomándola de una de sus ancianas manos.

-¿Athan, sabes en dónde estamos ubicados?-preguntaba Eros.

-Estamos en los bosques que están próximos al río. Necesitamos ir al norte-al decir esto Athan elevó su mirada al cielo.

-¿Qué haces?

-Busco la estrella polar, nos guiará hacia el norte... Es algo que me enseñó Lucas en aquel tiempo.

-Debe ubicarla rápido, Athan. Aquel grupo de hombres debe estar cerca.

-Deja que busque con calma. Hay muchas estrellas en el cielo. Debe mirar bien, sino iremos por el camino incorrecto... Por lo que aquel muchacho podría morir-le dijo Agatha serenamente a su hija.



Se detuvieron unos minutos, mientras Athan miraba al cielo buscando a la estrella más brillante de todas.

-¡Listo! La he ubicado. Debemos seguir aquella estrella, la más brillante. Llegaremos a Pileus aproximadamente en 2 días, pero el río está más cerca que eso. El torniquete que le hice a Lucas lo hará resistir un buen tiempo. Nuestra preocupación debe ser ahora huir de aquellos bastardos.

-Debemos ir entonces por el campo abierto para ver la estrella, lo que nos dejará fácilmente a la vista. En cambio, a través del bosque, será más difícil para ellos ubicarnos, pero de esta manera perderemos la estrella-dijo Eros.

-Iremos por el campo abierto, pero hay que tomar las colinas, nos facilitará la visión a nosotros. Además, debemos tomar en cuenta que ese grupo conoce esta zona; abarcarán más el bosque, porque asumirán que es más fácil escondernos allí. No nos queda otra opción.

El grupo se fue por los campos de nieve y roca, siempre atento a las estrellas. Por otro lado, Mors Mare tomó su caballo y salió con todo el grupo de mercenarios. Eran unas 20 personas, aproximadamente.

-Que 10 vayan por el bosque. Y conmigo vendrán 9 por el campo. Es cuestión de tiempo para que los atrapemos.

-¿Qué haremos con los heridos, señor?-le preguntó uno de sus hombres.

-Déjalos morir. Sólo caen los débiles y terminan siendo unos estorbos. Ya conocen el compromiso...-respondió.

-¡Sí, señor!-atendieron al unísono todos.

Y así fue como los mercenarios se dividieron, llevando consigo todas sus armas y antorchas que facilitasen su visión. El grupo de Eros se encontraba en campo abierto, yendo hacia el norte, directo a una de las colinas que adornaban el enorme campo glaciado.

-¿Cómo llegaremos hasta allá arriba?-preguntó Olivia.

-Buscaremos algún sendero, sino avanzaremos rodeándola-contestó Athan, quien miraba constantemente a Eros, notándole cambios en su ánimo, en su humor, hasta que Eros se dio cuenta.

-¿Qué ocurre, Athan? He notado que me has observado mucho desde hace un buen rato.

-No es nada-contestó dubitativo, a lo que Eros le dejó sabiendo que algo suscitaba por la mente de Athan, pero no le dio mucha importancia debido a la situación que atravesaban todos.

Faltaba una corta distancia para llegar a la colina, pero desde el lugar no lograban conseguir alguna especie de camino que condujese a la cima.

-Parece que no hay un camino en la colina-dijo Eros.

-¿Deberemos rodear todo eso?-preguntó Olivia.

-Hay que hacerlo-contestó Athan mientras notaba a Lucas exhalando por la boca, como si le costase respirar.

-¿Qué le ocurre?-preguntó Eros.

-Se está complicando. No podemos rodear la colina. No es tan empinada. Ustedes, si quieren, rodéenla, yo la escalaré junto a Lucas. Estamos cerca del río.

-¿No dijiste que podía aguantar?

-¡No sé qué tiene, Eros! ¡No quiero perder tiempo valioso!

-¡No peleen!-exclamó Olivia-Hay que trabajar juntos. No podemos dividirnos teniendo a aquellos rufianes encima.

-Tiene razón-dijo Eros-Además no podrías escalar tú solo con Lucas en esta situación. Debes calmarte. Hay que pensar cómo subir esta colina.

-El principio es lo que se ve complicado, lo demás es cuestión de caminar con buen apoyo de los pies-dijo Athan.

-Primero terminemos de llegar, luego vemos cuáles son las opciones-comentó Agatha.

Llegaron a la base de la colina, la cual era casi vertical desde los primeros metros de altura.

-No es algo tan complicado-dijo Eros.

-¿Sabes trepar esta roca?-preguntó Athan.

-Puedo hacerlo. Lo hacía mucho en mi infancia. No debe ser diferente a trepar un árbol.

-Debes tener cuidado. Si te rompes un hueso, estaremos perdidos.

-No te preocupes. Cuando llegue a la parte estable, me ayudarás a alzar a Lucas. Luego a Olivia y a la señora Agatha, y por último te ayudaré a ti. ¿Está bien así?

-Lo mejor es subir a Olivia primero, así ustedes dos tendrán más asegurado a Lucas.

-Está bien. Será como dices-contestó Eros.

Eros empezó a escalar la pared de roca y moho de aquella colina. Lo hacía a paso lento, ya a una altura un poco más comprometedora. Miraba bien sus pasos, con la ayuda de la luz de las estrellas. Alcanzó el piso y al estar ya allí tomó de su bolso una cuerda larga y la lanzó.

-Ayuda a Olivia amarrarse la sog a para ayudarla a subir, Athan.

Athan amarró la sog a a la cintura de Olivia, la cual recibió instrucciones de Eros para que escalase tomando las rocas que sobresalían de la pared con las manos, y apoyando los pies en las mismas.

-¡No mires hacia abajo, Olivia!-le gritaba Eros desde arriba.

Ella estaba temerosa, sus movimientos eran robóticos, buscando las rocas salientes para escalar. No era lenta, pues la ansiedad la consumió. En cuestión de minutos, Olivia alcanzó sin mayores problemas la cima. Apenas tocó el suelo, suspiró con el mayor alivio que jamás haya sentido.

-Olivia, es hora de subir a Lucas, suelta la sog a de tu cintura-le dijo Eros.

-¡Lancen rápido la sog a!-exclamó Athan.

Lanzaron la soga, a lo que Athan le pidió a Agatha que le ayudase a atar a Lucas. Lo sujetaron bien de la cintura y torso, para evitar mucho balanceo de su cuerpo.

-Ya es hora-dijo Olivia.

-Usa todas tus fuerzas, Olivia. Debemos ser rápidos.

Procedieron a subir a Lucas, mientras Athan miraba alrededor, revisando que no hubiese nadie. Todo se veía tranquilo.

-Ya falta poco, un poco más, Olivia-le animaba Eros.

Lograron subir a Lucas sin problemas, y Olivia lo tomó en sus brazos para revisarle la herida.

-¿Cómo está, Olivia?

-Su herida está oscura por la sangre seca. Debemos lavarla pronto-le respondió a Eros.

-¡Rápido, subamos a tu madre!-le ordenó a Olivia-¡Sujétala bien, Athan, allá va la cuerda!-continuó.

Al tomar la cuerda, Athan se dispuso a apurarse y ató a Agatha con fuerza.

-¿Siente bien la cuerda, doña Agatha?

-Sí, no te preocupes-le dijo sonriendo-¡Ya pueden subirme!-gritó desde abajo.

Subió Agatha y ya Athan se encontraba subiendo la pared de rocas. Llegó exitosamente a donde estaban los demás, y empezaron a escuchar cierto bullicio proveniente desde el camino que venían recorriendo. Al detallar mejor, veían un grupo de personas, las cuales se trataban de los mercenarios de Ex Mortis.

-¡Son ellos!-exclamó con angustia Olivia.

-¡Allá se ve el río! ¡No está tan lejos!-exclamó al resto Athan.

Avanzaron a través de la gran colina, la cual se mezclaba con el bosque de pinos que conducía al río que llevaba a la ciudad.

-¿Crees que nos hayan visto?-preguntó Eros mientras avanzaban rápido.

-Supongo que saben en dónde estamos localizados. Siguieron nuestras huellas. Espero no se den cuenta que escalamos esta alta colina-respondió Athan mientras miraba al cielo atento a la estrella polar.

-¿Cómo se ve Lucas?-preguntó él.

-Parece seguir igual. No ha empeorado más, pero si podemos llegar al río esta misma noche, creo que sería mejor-respondió mientras revisaba la herida de Lucas-Olivia, busca las cantimploras para tenerlas todas listas al llegar al río. No podemos parar allí sabiendo que nos persiguen.

-Está bien-respondió ella en un tono amargo.

-¿Ocurre algo?-preguntó Eros dándose cuenta de su actitud.

-Se le nota cambiado, Eros, eso es lo que ocurre-respondió ella.

-¿Cambiado? Si te refieres a lo que ocurrió en las cuevas, lo lamento, Olivia... Fue una mala reacción ante la gravedad de lo que pasó. Te pido disculpas, al igual que a tu madre.

Athan hizo una especie de mueca, en reacción a las palabras de Eros, sabiendo que no era el único que notó el arranque emocional de Eros.

-No es eso...-insistía Olivia, mientras Agatha guardaba silencio.

Durante aquel momento, se empezaron a oír disparos desde lo lejos, interrumpiendo así la breve conversación, los perdones y las disculpas.

-¡Están disparando!-dijo Olivia.

-Deben saber en dónde nos encontramos. Están avisando por morbosidad. Realmente no tienen corazón esos hombres-dijo Athan.

Se empezó a escuchar gritos. Gritos que llamaban al grupo a que se rindiesen. Era una voz profunda y maliciosa, se trataba de Mors Mare, quien ya les había ubicado, y jugaba con su desesperación.

-¡Ríndanse ahora! ¡Ríndanse y sus muertes serán rápidas!  
¡Primero empezaré con aquella bella mujer!-gritaba desde lo lejos Mors, entre carcajadas psicóticas y escandalosas.

Olivia comenzó a derramar algunas lágrimas producto del miedo y el estrés tan grande que atravesaba desde el inicio de esta travesía, mientras Athan la miraba con su vista periférica, en silencio, apretando los labios como signo de impotencia, manteniendo este gesto con cada paso que afincaba en la nieve.

-¡Sabemos quiénes son! ¡Pagarán buen dinero por verles muertos a todos! ¡Rudd y Bernard pagarán una gran cantidad por sus cabezas!-seguía gritando Mors.

-¡No puede ser! ¿¡Mi hermano pagó a estos tipos para matarnos!? ¿¡Daré una recompensa!?-decía impresionado Athan, a lo que se detuvo de la nada para asimilar esto.

-¡No los escuches, Athan! ¡Nuestra prioridad es Lucas en este momento!-le repetía varias veces Eros, hasta que Athan atendió rápidamente.

-Tienes razón. Debemos internarnos por los bosques de abajo-dijo él.

-¿Cuánto podemos tardar?-preguntó Eros.

-Alrededor de 30 minutos o cerca de una hora, depende de cuán rápido vayamos.

Procedieron a apretar el paso, mientras que Mors Mare y sus secuaces empezaron a rodear la colina para alcanzar al grupo en el bosque. La angustia se empezó a apoderar de todos, temiendo que en cualquier momento se topen con uno de los peligrosos hombres que les respiraban en la nuca. Corrían los minutos, y la caza era inminente. Eros notó que por su lado se empezaba a observar una luz aproximarse desde las profundidades del bosque, una luz que venía desde atrás.

-¡Se aproxima algo desde la oscuridad!-advirtió él.

Athan miró y vio que se trataba de uno los jinetes de Ex Mortis. Olivia gritó, y Athan miró a su otro costado, vio que se avecinaba otro de los hombres. Estaban acorralados y era cuestión de tiempo para el súbito final.

-¡Eros, saca tu arma! ¡Dispara a las luces!-gritaba lleno de angustia Athan.

Sin decir nada, Eros atendió a la súplica de Athan, y ambos empezaron a detonar las armas en contra de los mercenarios. Sin saber si atinaron o no, continuaron con las detonaciones, mientras corrían, turnando la vista hacia el camino y hacia los lados, ahogados en el mar del enigma de si lo lograrían o no. Uno de los mercenarios que les perseguía salió de su camino hacia donde estaban ellos, a lo que instintivamente respondió Athan con disparos; atinó al caballo, el cual se desplomó, cayendo encima del hombre. Mientras corrían sólo se escuchaba el gritar de dolor de aquella persona.

-¡Adentrémonos más en el bosque!-sugirió Eros.

-¡Perderemos el camino al río si lo hacemos!-contradijo Athan.

-¡Es nuestra única opción para hacer tiempo! ¡Nos matarán desde este ángulo!

Sin nada más que decir Athan fue convencido y se escabulleron entre la densidad del bosque de pinos. Hallaron un hoyo bajo un pino e hicieron una especie de trinchera con la nieve.

-Debemos enfrentarnos a cada uno de ellos por separado, es decir, no confrontarnos a más de uno-sugirió Athan, exaltado por tanto ajeteo.

-Queda uno de esos hombres que nos perseguían, el resto debe estar cerca. Quizás estén organizándose en este momento-dijo Eros.

Ambos se callaron un momento y observaron disimuladamente a Olivia, quien lloraba al borde del colapso. No podía soportar tanta tensión junta, su madre la consolaba, mientras Olivia misma

tenía en sus brazos, acostado, a Lucas, quién aún dormía en la lucha contra la muerte que le seducía.

-¿Qué podemos hacer?-preguntó con más serenidad Eros.

-Nuestra única opción es separarnos por el boque. Escondernos e ir acabando con cada uno a la vez-mirando a Olivia continuó diciendo- Pero el problema es que dejaremos solas a Olivia y a su madre con Lucas.

-No es la mejor opción entonces.

-No se preocupen por mí-dijo Olivia secándose las lágrimas- Podré cuidar a mi madre y a Lucas, sólo necesitaré un arma para defenderme.

-En tu bolso hay un revólver, pero ¿podrás defenderte? Nunca has usado un arma, Olivia, y no estás en las condiciones emocionales adecuadas-dijo Athan.

-Confíen en mi hija. Es lo que nos queda y debemos hacer lo que debemos hacer-dijo Agatha.

-Está bien. Confío en ti, Olivia-dijo él-Vamos, Eros, tú ve al oeste, yo iré por estos alrededores. No vayas muy lejos o te perderás-continuó.

-Me ocultaré atrás de los árboles-dijo Eros.

-Haz lo que supones conveniente, pero sobrevive-dijo Athan.

Y así fue como ambos se dividieron y esperaron a escondidas. Athan entre la espesa nieve, y Eros a la espalda de cada árbol que veía en el camino, ellos dejaron de lado la paz humana por la supervivencia fría y sin sentimientos.

-Ten paciencia, Olivia-decía Agatha buscando confortar a su hija.

-No es fácil, madre. No sé si podamos sobrevivir. Si amaneceremos todos vivos.

Ellas seguían conversando, buscando drenar la tensión con un poco de palabras de ánimo, cuando, de repente, Lucas movió su brazo sano y tomó la mano de Olivia, a lo que está se quedó impactada.

-¡Madre, Lucas se ha movido!



-¿¡Muchacho, te encuentras bien!?-le preguntó preocupada Agatha.

-¿En dónde estoy?-fue lo que él preguntó.

-Estamos cerca del río de Pileus. Te habían disparado y te encuentras delicado. Por favor, no hables más-dijo Olivia.

-Me duele mucho...-decía con poco aliento Lucas.

-¡Resista!-exclamó Olivia.

-¿En dónde está Athan y Eros?

-Ellos están peleando contra los hombres que nos persiguen-le contestó ella.

-¿Ellos nos persiguen aún?-preguntaba Lucas en su desorientación.

-Sí. Por favor, no hables más. Estás muy débil-le seguía insistiendo Olivia.

Lucas obedeció y tomó la mano de Olivia y le dijo unas últimas palabras:

-Antes de callar mi boca, ¿pudieres tú cumplir una petición mía?

-¿De qué se trata?-preguntó ella.

-¿Pudieses orar por mí?

-¿Quieres que rece por ti?-preguntó extrañada

-Sí, porque mi madre, cuando era pequeño, rezaba por mí cuando enfermaba gravemente, y a los pocos días sanaba. Me llenaba de paz escucharla orando. Por ello quisieras que lo hicieses tú en su ausencia.

-Si eso quieres, eso haré-le contestó apretándole la mano a Lucas.

Él cerró sus ojos nuevamente y sonrió, Olivia le veía con tristeza y de nuevo lloró, pero esta vez silenciada por los rezos que salían de sus delicados labios. Temía que esta fuere la última vez que hablase con Lucas.

El bosque estaba en un silencio tenebroso, sólo el viento era el único sonido que iba y venía entre los pinos secos del frío. Eros estaba ubicado en su sitio, observando, con pistola en mano.

Athan se encontraba en el suelo, camuflado por la nieve y ramas, también atento a cualquier movimiento extraño. A lo lejos se veía una luz, como ocurrió anteriormente, y se escuchaban los ecos de una voz.

-¡Salgan de donde quiera que estén! ¡Salgan y no serán fusilados!- gritaba aquel hombre.

Athan era quien lo podía ver aproximarse. Estaba lo suficientemente lejos de Eros y del resto como para no compartir ideas, por lo que tenía que hacer lo que creía correcto para el momento; decidió esperar un poco más, para evitar hacer un desastre sin necesidad. Esperaba en la tensión. Reposaba en el cobijo de la nieve agria. Su pistola bañada en el blanco de la misma, esperaba por su cuenta.

La luz se aproximaba más y más, bailaba entre los árboles, hasta que el caballo se podía ver con mayor facilidad, así mismo, a aquel hombre vestido con aquella lúgubre túnica oscura. Athan decidió arrastrarse lentamente, un poco más cerca para matarle sin esperar a más. Se acercó lo suficiente, estaba en la frontera con la muerte, pues un movimiento en falso le delataría y como consecuencia pudiere asomarse el peor de los escenarios. El hombre decidió regresarse, a lo que Athan decidió esperar para asestarle el disparo por la espalda. Se levantó, se resguardó detrás de uno de los pinos, y esperó.

-¡No veo nada por aquí!-gritó el hombre.

Athan supuso que los demás no estaban lejos, por lo que si disparaba, acudirían los demás en grupo. Era una decisión difícil, por lo que pensó en los demás, y en él. Después de algunos largos segundos, decidió hacerlo. Salió de su escondite y apuntó con el revólver, asestando dos disparos en la espalda de aquel rufián. El eco de los disparos resonó hasta donde estaba Olivia y compañía, incluyendo a Eros.

-¿Qué fue eso?-preguntó Agatha.

Olivia sólo se dedicó a orar, con tanta intensidad, que sus ojos había cerrado para no ver el ambiente trágico que los envolvía a

todos. Lucas, por su parte, seguía tomando la mano a Olivia, lo único que podía mantenerlo calmado.

-Espero esos muchachos estén bien-se dijo a sí misma Agatha.

Por su parte, Eros no decía nada, sólo buscaba ver el lado bueno de lo que escuchó, que Athan fue el que disparó, y no viceversa. Siempre atento a lo que sucediese en la zona que vigilaba.

El hombre cayó, y el caballo huyó asustado del lugar, galopando a toda fuerza, y relinchando anunciando su huida. Athan decidió hacer lo mismo, así que corrió más a lo profundo del bosque, para así alejar la trifulca del resto. Corría y corría, a veces caía sobre la nieve, y así como se caía, se levantaba para continuar su huída.

A los pocos minutos, se aglomeraron 5 de los hombres de Mors en el lugar del asesinato, la nieve se fundía con la sangre caliente, y sólo observaban la escena dantesca.

-No debe estar muy lejos, allá están sus huellas-dijo uno de ellos.

-Vayamos de una vez a por él. Se lo entregaremos vivo a Mors-sugirió otro.

A lo que respondieron latigueando a los caballos, para ir a máxima velocidad y así poder acorralar a Athan. Este se encontraba oculto entre uno de los montones de pinos, esperando al resto que le perseguía.

-Debo abrir fuego apenas les vea, luego iré ocultándome y buscaré repetir lo mismo. Espero salga bien.

Por otro lado, Eros avistó a un grupo de otros 6 hombres que iban caminando, decidió esperar, sin mirar más a donde el grupo se ubicaba. Esperaba lo peor. Volvió a mirar y se dio cuenta que el pequeño grupo se dividió en parejas, de los cuales una de las parejas se dirigía directamente a él. Esperó a que pasasen de largo para disparar y huir. Eros se movió un poco más, tapado por el enorme pino, pero en tal movimiento, pisó una rama que se quebró, generando el sonido que le delataría.

-Debe ser uno de ellos...-dijo uno de los dos hombres.

Empezaron a disparar contra el pino, buscando herir a Eros.

Él salió de su posición y empezó a disparar en contra de la pareja. Hirió a una en la pierna, y el otro se escabulló entre los pinos. Eros terminó de ajusticiar al hombre que hirió; de varios disparos, para asegurarse la muerte del sujeto. Rápidamente se ocultó entre los pinos. Exaltado, drogado por las diferentes emociones encontradas por tal acontecimiento, Eros no podía creer que estuviese envuelto en una serie de matanzas. Matanzas que le alargan su existencia en este mundo, que le dan más tiempo para salir de aquel hoyo. Le temblaba el pulso a Eros. Cerró sus ojos y lo primero que pasó por su mente fue el pueblo tranquilo de Aurora, sus calles apaciguadas, la librería en donde trabajaba don Livor, la casa de los Ancora, la sonrisa de Ciel... Recordaba aquella última vez en que se vieron, hace ya casi un mes, o más... El tiempo fue una navaja voraz en contra de los sueños de Eros y de los demás. Abrió los ojos miró al cielo, vio las estrellas bañando la noche con su titilar. Y un manto verde, una aurora boreal que vestía la oscuridad con su destello, como si la misma noche se acordase también de aquel momento en que Eros se encontraba sentado junto a Ciel, recordando viejas etapas del pasado. Al ver pasar todo esto por su mente, él sonrió y tomó otro ánimo ante esta amenaza. Se asomó un poco y notó que ya lo tenían medido para atinarle el disparo. Rápidamente bajó la cabeza, por inercia, y apuntó hacia donde estaba el mercenario. Ejecutó varios disparos, todos fallidos. Le respondieron con más disparos que sólo quedaban impresos en las cortezas de los pinos.

Athan, por su parte, se encontraba esperando a que se acercase el grupo que le perseguía. Vio que venían, y empezó a disparar, hiriendo a 2 de ellos en los brazos y abdomen. Le quedaban pocas municiones, por lo que emprendió su huida nuevamente, para hacer más tiempo y planear mejor su posible éxito.

-¡Maldito seas! ¡Maldito seas! ¡Cuando te tengamos te vamos a torturar! ¡Te vamos a quemar vivo!-gritaba histéricamente uno de los que quedaba ilesos.

-¡Deberán atraparame primero!-respondió, causando más furia en aquellos hombres.

Al ubicarse mejor, Athan salió de la nada y disparó certeramente al pecho de uno de los que quedaban, y montó el caballo del hombre. El último de ellos, empezó a dispararle, hiriendo al caballo, y dándole a él en un brazo. El dolor le cegó los sentidos, y sólo alcanzó a responder con par de disparos, atinando a la cabeza del hombre, Athan cayó del caballo y quedó tomando su brazo derecho con su mano izquierda, mientras la sangre brotaba incontinentemente.

-¡Maldición!-dijo resignado-Debo...Debo ir a donde está Olivia. Espero Eros haya salido bien de su parte-terminó de decirse a sí mismo.

Se levantó como pudo y se dirigió hacia el punto en donde estaba al principio, usando como guía las huellas de sus persegutores. En el camino se topó con los que había herido, que aún estaban con vida.

-Vienes a terminar el trabajo, ¿no es así?-decía sin esperanzas aquel hombre.

-Vengo acá porque es el camino que me guiará a mis amigos. ¿Realmente Bernard les encomendó matarnos?

-No sé de qué hablas. Sólo sigo órdenes-contestó.

-Ya veo. Así que Mors es el que sabe todo-dijo Athan-Necesitaré tus municiones, porque sé que esto no terminará-continuó.

-Me da igual... Ya estoy muerto.

Athan tomó su revólver, sacó las balas, y se fue hacia el punto base, en donde estaba Olivia con su madre y Lucas.

Eros se había quedado sin municiones en el intercambio de disparos. Tenía una daga consigo, pero no sabía si su contrincante

tenía aún balas o no. Por lo que esperó un buen tiempo. Luego de tiempo transcurrido, decidió asomarse una vez más, esperando respuesta de disparos, pero nada pasó. Salió de su guarida y no vio ninguna clase de señal que le indicase que alguien estuviese cerca, por lo que Eros pensó que aquel mercenario había huido. De la nada, escuchó pasos rápidos sobre la nieve y un grito desesperado.

-¡Te tengo!-gritó aquel hombre, que Eros suponía había escapado.

Eros se volteó y logró esquivarlo. El mercenario, desesperado, iba hacia él, buscando cortarle con violencia. En uno de esos intentos, Eros tomó por la mano con la que empuñaba su cuchilla al hombre, y lo golpeó. Lo empujó al suelo, y logró sacarle la cuchilla de su mano. El hombre se veía aterrorizado desde el suelo... Al ver esto, Eros decidió no matarle, y le advirtió:

-Puedes escapar. No te haré ningún daño. Vete de una vez-dijo.

Aquel hombre se levantó y se movió lentamente, siempre mirando a Eros, se movió hacia atrás, como si fuere a huir. Eros se volteó a sus espaldas para seguir de largo, confiado, cuando de repente sintió el correr del hombre hacia él. Se giró nuevamente, no se movió a tiempo por lo que aquel malhechor lo hirió en el rostro con una navaja que tenía escondida. Le cortó la mejilla, pero no era una herida de gravedad. Eros, entre el dolor y la furia que le invadió, sacó su cuchillo, y con su mano libre aprovechó que el hombre aún tenía el brazo extendido para tomarlo y romperselo. Se oyó el crujir del hueso al romperse, y un alarido del hombre fue el efecto del movimiento de Eros.

-¡Te había perdonado la vida!-gritó Eros.

Tomó con su brazo libre el cuello del hombre, quien tenía a Eros en detrás de sí. Eros estaba cegado por la rabia y continuó diciendo:

-¡Gente como tú no debería existir! ¡Por gente como tú la sociedad está envenenada!

Acto siguiente a esto, mientras aún luchaba por soltarse aquel hombre con su brazo destrozado, Eros le rebanó el cuello, salpicando sangre a todo el lugar que se encontraba bañado en nieve blanquecina y brillantina por causa de la aurora boreal. El hombre se ahogó en su sangre y falleció rápidamente, Eros, por su parte, estaba en shock. Soltó el cadáver y se encontraba bañado en su sangre, con la mejilla cortada, y mirando hacia la nada, con su mente en blanco. ¿Cómo terminó en tal situación? Seguramente era lo que empezó a pensar. Soltó la daga, y se arrodilló en la nieve roja.

-¿¡Qué he hecho!? ¿¡Qué acabo de hacer!?-gritaba repetidas veces Eros al aire.

Los gritos se escucharon por todo el bosque. Athan estaba cerca de Olivia, y todos oyeron los gritos de Eros. Athan tuvo un mal presentimiento, por lo que decidió correr en dirección a los gritos que escuchaba para ayudar a Eros. Tardó un poco, pero llegó al lugar, el escenario con el que se encontró Athan fue el de Eros, aún arrodillado, sobre un charco de sangre, y el cadáver de aquel mercenario justo a las rodillas de Eros. Más allá del otro muerto que estaba tendido sobre la nieve, con los balazos que Eros le propinó.

-¿¡Eros, qué ha ocurrido!?-le gritó Athan.

Eros se volteó y le dijo:

-Cumplí mi parte...

-Ven conmigo, Eros. Esto fue demasiado para ti-dijo Athan aproximándose a él.

-No quería que fuese así-susurró Eros.

-Cálmate. Esto es parte de evitar ser asesinado. Cumpliste tu deber. Debemos ir con los demás. Vamos.

Athan tomó por el brazo a Eros y se encaminaron hacia Olivia y los demás, quienes aún estaban resguardados en la trinchera, asimilando los sonidos y gritos que se propagaban por todo el bosque, anunciando la muerte como himno.

-Deben estar vivos. Fueron muchos disparos por mucho tiempo-dijo Lucas después de un largo silencio.

-Ellos están bien. Yo sé que sí-decía Olivia aferrada de la mano de Lucas.

-¡Allá vienen!-exclamó Agatha.

Ambas se asomaron y vieron a Eros y a Athan ensuciados con la sangre de sus víctimas, con las ropas algo desgastadas y sus heridas de bala y moretones de las repetidas huidas. Se veían agotados física, mental y emocionalmente.

-¿¡Están bien!?-les gritó desde el hueco Olivia.

-Estamos bien. Debemos irnos ya-respondió serenamente Athan.

-Tienen heridas de balas. Hay que atenderlos-dijo ella.

-Debemos limpiar sus heridas en el río-sugirió Agatha.

-No se preocupen por nosotros. Estas heridas son superficiales-dijo Athan.

-¿Superficiales? ¡Tienes una herida de bala profunda en tu brazo!-gritó Olivia.

-Pero no es de gravedad. Con este torniquete que hice con mis ropas, podré aguantar. Nuestra prioridad es Lucas-contestó.

-Vaya que eres necio-dijo Lucas.

-¿Estás consciente? ¡Estás consciente!-repetía en son de alegría.

-Lo estoy. Soy fuerte-decía con aires de sarcasmo.

-Esto es una buena noticia. Pero aún estás delicado, perdiste mucha sangre, Lucas. Hay que llegar pronto a Pileus.

-Vayamos, entonces, porque seguramente quedan otros que nos seguirán los pasos-dijo Lucas.

Levantaron a Lucas y se encaminaron hacia donde estaban inicialmente, guiándose por la estrella polar para llegar hacia el río. Mientras que Mors, se encontraba algo lejos de aquel punto, pero extrañamente tranquilo, junto a su fiel mano derecha, Hans Vilden, y otros dos personajes ayudantes de Mors.



-Todo está resultando. Ya cayeron los débiles. Tenemos las pistas del paso de ellos, el tipo de armas, todo-comentó uno de los hombres misteriosos.

-¿Acabaron con cada una de esas basuras?-preguntó Mors.

-Con cada uno de ellos-respondió.

-Excelente. Ahora nos toca a nosotros movernos. Vamos.

Se aproximaron hasta donde se encontraba Athan en su pugna, y Mors miró hacia donde estaban los dos caídos, heridos de bala, pero que aún no habían muerto.

-¿Siguen con vida?-preguntó Mors.

-Sí... señor. Nos tomó de improviso-contestó moribundo uno de los que allí estaban heridos.

-Señor, por favor, ayúdenos...-rogó el otro.

-Son unos inútiles-les replicó Mors.

Acto siguiente sacó su arma y disparó sin piedad a los dos heridos, matándolos instantáneamente. Ante las risas siniestras de sus acompañantes, dijo:

-No están muy lejos. Los acorralaremos en el río.

-Suenan excelente, Mors, ya quiero ver sus rostros llenos de angustia-decía saboreándose el momento Hans.

Ya prácticamente a orillas del río, estaban Eros y Athan, sin sus camisas, limpiándolas y lavándose las heridas con el agua fría del río. Lucas era revisado por Olivia, para ver la evolución de la herida, y este le decía a ella:

-Te quiero dar las gracias por rezar por mí, Olivia.

-No te preocupes, Lucas, pero te repito, no hables mucho, debemos llegar al hospital en la ciudad. Estamos a 2 días si vamos a paso lento, por lo que a este paso llegaremos en poco más de un día-le decía sonriendo.

-Esos dos parecen gustarse-dijo Eros.

-Incluso herido es todo un casanova-añadió Athan.

-¿Celoso?-preguntó Eros.

-¿Cómo puedes inferir tal cosa? No, no estoy celoso-contestó rotundamente.

-Ya veo.

-Por cierto, ¿cómo te encuentras?-preguntó en un tono más serio Athan.

-¿A qué te refieres?

-Estabas algo mal con la muerte de aquel hombre. Fue bastante fuerte la manera en cómo te deshiciste de él.

-Es algo que aprenderé a aceptar a lo largo de mi vida-respondió mirando al cielo.

-Me alegra que lo aceptes así. No tuviste otra opción, recuérdalo-agregó Athan.

Terminaron de limpiar sus heridas, y llenar sus cantimploras de agua, y fueron a encargarse de la herida de Lucas. Le quitaron el abrigo y la camisa, y el torniquete, que aún estaba húmedo por la sangre.

-Esto seguramente te dolerá, Lucas, pero deberás soportar-advirtió Athan.

-No te preocupes-atendió.

Cargaron a Lucas más cerca del río, lo acostaron sobre uno de los abrigos de cuero y piel y con baños que hacían con la cantimplora, echaban el agua fría sobre la herida aún caliente de Lucas. Se aferró de la mano de Olivia, y con cada baño de agua, hacía gestos fuertes de dolor.

-Aguanta, Lucas-le decía preocupada Olivia.

-Haz lo que dice la señorita-dijo Athan con un tono más humorístico.

Continuaron ayudando a Lucas, todos juntos; el lazo que les unió se hacía más fuerte. Con cada pelea, llegaba el perdón. Con cada llanto, llegaba el apoyo. Con cada lucha, había un suspiro de la esperanza que les colmaba. Había sacrificios que escapaban e los límites humanos. Que escapaban de la humanidad de las personas y los valores, pero eran necesarios para sobrevivir a la noche más dantesca. A una noche que se maquillaba entre las bellezas de las estrellas y la manta de una aurora boreal que con su luz daba más brillo a la sangre derramada. La luna había escondido su figura; tan pronto se asomó, se volvió a ir cruzando el mar estrellado de los cielos. Y allí estaban ellos, aún con esperanzas, aún con vida, aún en la travesía que les cambió y les seguirá cambiando sus perspectivas sobre sus existencias...

## Parte VI: *"Sin Piedad"*

Ya habían lavado la herida de Lucas y las ropas de todos estaban más secas. Habían atendido sus heridas lo suficiente como para aguantar el resto del viaje.

-Allá están-susurró uno de los acompañantes de Mors, quien estaba junto a ellos cerca, en el bosque, observando.

-¿Desea que los matemos ahora? ¿O que se los entreguemos con vida?-preguntaba el otro desconocido.

-Los necesito con vida, por más que desee matarles. Me darán buen dinero por sus cabezas. Pueden maniatarlos un poco.

-¿Cuál es el plan entonces?-preguntó Hans.

-Tú y yo adelantaremos el paso a Pileus, allá nos esperan Bernard y Rudd con el dinero. Ustedes deberán seguirlos por el bosque. Los emboscarán cerca de la ciudad, a la salida del bosque. Deben siempre llevarles el paso por delante sin que ellos se den cuenta. Los esperaremos en el edificio Donceur con ellos. Si no pueden cumplir con esto, es decir, que lleguen con las manos vacías, sus vidas serán el precio a pagar, ¿entendido?-dijo Mors en tono amenazante-Así que confío en que lo lograrán-añadió.

-Todo saldrá a como sus órdenes sean, señor-dijeron los dos desconocidos.

Dicho esto, Mors y Hans se movilizaron hacia Pileus, a través de las profundidades del bosque sin que el grupo de Eros se percatase de ello. Por otro lado, aquellos mercenarios desconocidos se movilizaron de igual forma para llevarles un paso por delante siempre al grupo y así emboscarles, según el plan, al llegar a Pileus, es decir, en menos de 2 días.

-¿Cómo sientes la herida ahora, Lucas?-preguntó Athan.

-Mejor-contestó.

-Con buenas vendas, la herida limpia y un buen ánimo podrás soportar hasta llegar a algún hospital en Pileus-dijo Agatha.

-Eso espero, porque no deseo acostumbrarme al dolor de esta bala encajada dentro de mí.

-Debemos levantarte-advirtió Eros-Hay que seguir nuestro camino. ¿Conoces algún lugar para descansar un poco, Athan?-continuó.

-Tengo entendido que a las afueras de Pileus y en el bosque hay series de casas donde pudieren darnos asilo una noche o cuando debamos descansar. Lo ideal es ubicar una esta misma noche y dormir algunas horas, quizás hasta pudiesen atender a Lucas. Así que es nuestra meta inmediata.

-¿Lucas, conoces alguna cabaña cercana?-preguntó Eros.

-Hay una a una hora de este río, debemos seguir al norte y la lograremos hallar. No es difícil ubicarla-respondió él.

-Bien, sigamos hacia el norte-comentó Athan.

Avanzaron hacia el norte nuevamente, la noche empezaba a perder su oscuridad, anunciando la venida del alba, mientras que los mercenarios llevaban su paso a su alrededor. Después de avanzar mucho por el bosque de pinos, lograron ubicar una luz de fuego en sus profundidades, al llegar ellos hacia la luz lograron ver una cabaña iluminada por el fuego de una hoguera ubicada afuera, probablemente para espantar osos y cualquier animal nocturno.

-Es aquí-dijo Lucas con la voz cansada y débil.

-Tocaré la puerta-dijo Athan.

-Con cuidado, joven Athan, no sabemos qué clase de gente sea-advirtió Olivia.

-No podemos dormir afuera-Lucas necesita cobijo al igual que tu madre. Han aguantado mucho en este viaje-dijo él.

Acto siguiente a estas palabras, Athan llamó a la puerta par de veces, se asomó en las ventanas, sin éxito, pues estas estaban cubiertas desde adentro por cortinas.

-¿Quién es?-preguntó un hombre desde adentro.

-Disculpe que le hayamos despertado, señor, somos viajeros que necesitamos terminar de pasar esta noche bajo techo-respondió Athan al hombre.

-¿Cómo sé que no son bandidos?-preguntó dudoso.

-Puede corroborarlo desde su ventana. Tenemos un hombre herido y dos mujeres con exceso de cansancio. Sólo necesitamos una noche, señor, ¡por favor!

El hombre se asomó tímidamente y vio a Agatha sentada en el suelo, ya sin nada más que dar de sus energías, Olivia sentada con ella, manteniéndola despierta y con moretones de los momentos bruscos que vivieron. Vio a Lucas sostenido sobre Eros, entre el desmayo y la realidad, con sus vendas manteniéndole con esperanzas de sobrevivir. Eros, también herido, en su rostro con moretones y golpes en su cuerpo, al igual que Athan.

-Parece que dices la verdad. Pasen-dijo aquel hombre.

Desde afueran, escondidos en las sombras, los dos ayudantes de Mors.

-Espero nos den una buena recompensa por seguir estúpidamente a esta gente-dijo uno de ellos.

-Seguramente, sino habrá problemas bastante fuertes-comentó el otro.

-¿Nos permitirán quedarnos con aquella mujer?

-¿Te refieres a la mujer que cuida de su madre?

-Así es. Sería una buena recompensa...

-No seas iluso. Precisamente esa mujer es necesaria para los que nos contrataron. Debemos dejarla ir con ellos.

-No me gusta esa opción... Quiero que sea mía.

-Deja esos pensamientos... No podremos cumplir nuestro cometido si te obsesionas con ella.

-Pudiere matar a todos ya mismo e ir a por ella. Mors y Hans no podrán atraparme-seguía insinuando.

-Si sigues diciendo esas tonterías, te mataré aquí mismo-respondió el otro apuntando con su arma a la cabeza de su compañero.

-Vale, vale. Estoy bromeando, ¿sabes? Además, si intentas tal locura, creo que es más probable que yo te desarme y te deshuese aquí mismo, sin hacer ningún ruido. Podría decir que te mataron y pues, yo pude lograr la misión solo. A Mors sólo le importa el dinero, no quién siga con vida en sus misiones; sólo que estás sean cumplidas, ¿no es así?-decía mientras quien apuntaba su arma hacia él mantenía silencio y una mirada seria-Así que baja el arma. No cometas un error que te cueste la vida-añadió.

-Sólo ten cuidado con lo que desees-dijo bajando el arma.

-Deberíamos dormir un rato. Ellos no se moverán sino en la mañana o quizás más tarde, depende de su inexperiencia viajando y huyendo de los maleantes.

-El sol saldrá en unas horas. Deberíamos dormir más adelante, para hacer tiempo.

-Ahora estamos concordando en las ideas.

Los dos mercenarios se movilizaron más metros hacia el camino a Pileus para evitar que el grupo de Eros se les adelantase en el camino, por otro lado, dentro de la cabaña, ya estaban durmiendo Olivia y Agatha, al igual que Lucas. Eros y Athan conversaban con el dueño de la cabaña.

-Así que Ex Mortis les persigue. No poseo teléfono para ayudarles, lamento eso. Aunque sea puedo darles techo este día. Aún tengo medicamentos para atender sus heridas. Creo que ese muchacho dormirá mejor con todo lo que le apliqué a su herida de bala-decía el hombre.

-Muchas gracias. No se preocupe por nuestras heridas. Son superficiales; cicatrizarán sin problemas, y con respecto a los moretones, bastantes moretones me hacía yo jugando de pequeño, así que es algo similar-dijo Athan entre risas.

-Es mejor guardar ese botiquín para atender a Lucas al irnos. Así estará más cómodo durante nuestro camino-agregó Eros.

-Si así lo quieren, así será.

-Por cierto, ¿cuál es su nombre? Entre tanto problema, olvidé preguntarle con anterioridad-dijo Athan.

-Me llamo John Hope. ¿Y ustedes?

-Mi nombre es Athan Lucerna.

-Y el mío es Eros Solus.

-Ya veo. ¿Y a qué se debe esta persecución?

-Mi hermano y un amigo de la familia pretenden atraparnos, contrataron a ese grupo de mercenarios para ir a por nosotros. Buscamos ir a Pileus, pues allá nos esperan para escapar a nuestro pueblo natal, allí contactaré ayuda con respecto a mi hermano-comentó Athan.

-Eso es grave. ¿Les han seguido hasta acá?-preguntó preocupado John.

-No lo sabemos. Escapamos tan rápido pudimos. Aunque, de ser así, ya nos hubiesen capturado, así que no creo que sepan en dónde estamos ubicados-respondió Eros.

-No te confíes mucho, muchacho. Esos hombres no son cualquier clase de maleantes. Sus estrategias van más allá de capturar a su víctima. Ellos suelen sacrificar a los más inexpertos para estudiar a la víctima; si es capaz de defenderse, cómo se defiende en tal caso, cómo maneja la situación. Ellos lo disfrutan. Mueren los ilusos y el tiempo se come la calma de la víctima, mientras ellos, desde las sombras, sólo observan y atacan cuando están más débiles sus presas. Es una estrategia muy salvaje la de ellos-dijo John.

-Me sorprende todo eso. ¿Cómo lo sabe a tal detalle?-preguntó Athan con sospechas.

-Pues, para resumir, lo que sospechas es cierto, pero no todo-contestó él.

-¿De qué habla él, Athan?-preguntó Eros.



-O hemos caído en una trampa, o nos topamos con una persona que sabe mucho de su entorno-respondió con su mano en el bolsillo, donde estaba su arma.

-Cálmate, muchacho. No cometas una locura. Pertencí a Ex Mortis hace mucho, abandoné a esos tipos, pero con la condición de quedarme en estos territorios, para no romper la ley del silencio. Me dejaron ir, sano y salvo, por orden de Mors, una orden especial, pues, lo normal que se hace es matar al que deja al grupo, por seguridad del mismo y mantener las actividades en cubierto.

-¿No puede salir del bosque?-preguntó Eros.

-Ni siquiera puedo acercarme al camino principal que lleva a Pileus, el cual está a un día y un poco más. Debo quedarme por siempre en estos bosques. Pocas veces le doy cobijo a alguien. Usualmente cuando eso ocurre le doy cobijo, a escondidas, a los heridos, como ustedes, que son perseguidos o abandonados por Ex Mortis. Seguramente ya saben que hago tal cosa, pero por alguna razón me lo permiten, quizás porque siempre logran matar a las víctimas de un momento a otro, y al ser esto seguro, pues les dejan quedarse en esta cabaña.

-¿Cómo podemos confiar en usted?-preguntó Athan.

-Pues, puedes revisar muy bien la cabaña. No encontrarás arma alguna, esposas, u otra cosa semejante para atraparles. Soy un hombre ya tocando la vejez. Me dedico ahora a pescar y vender el pescado a los viajeros. Parte de lo que hago se lo doy a un mensajero de Ex Mortis... Una especie de cuota por vivir a salvo en este infierno... Así que no se preocupen.

-Sólo será una noche de todas formas-susurró Eros.

-Pueden pasar muchas cosas en una noche-le comentó Athan.

-Cambiano el tema-dijo John-¿A qué se debe esta encomienda que tiene Ex Mortis a por sus cabezas?-preguntó.

-Se trata de la búsqueda de ciertos tesoros escondidos desde hace mucho. Dinero y patrimonio de la familia Muneris.

-Ya veo. Así que aún siguen con eso. Pensé que ya el tema de la fortuna escondida había desaparecido, pero con esta visita de ustedes, parece que no.

-¿Conoce la historia?-preguntó Athan a John.

-Sí, la conozco bien. Era joven, vivía en Coryza en aquel tiempo, cuando cayó la depresión de la familia Muneris y todo el alboroto que eso trajo. No será fácil solventar así sin más algo que viene creciendo cada día desde hace años, algo como la cacería de esa fortuna.

-Eso lo sé. Pero debe existir alguna manera-dijo frustrado Athan.

-¿Su plan es recurrir a conocidos en Pileus?-preguntó John.

-Allá nos recogerán. Las mujeres que venían con nosotros son parte de la familia Muneris, se quedarán en la ciudad.

-Serán presa fácil para ellos. En algún momento, cuando menos lo esperen, les saldrán desde las sombras, y allí, estando solo ustedes, nada podrán así. Quizás pudieron derrotar a la carne fresca, pero no será lo mismo cuando se enfrenten a Mors y sus más fieles ayudantes.

-¿Qué recomienda que hagamos entonces?-preguntó Eros.

-Eso lo hablaremos por la mañana. No piensen mucho en eso ahora. Deben dormir, así como yo también necesito dormir-dijo John evadiendo la pregunta.

-¿Podemos dormir acá en la sala?-preguntó Eros.

-No hay problema, pueden dormir donde quieran-respondió cándidamente John.

Se acomodaron en la sala, donde Eros y Athan, vencidos por el cansancio de una noche llena de tensión y muerte, aún reflexionaban sobre el pasado de John, dudaban, pero no tenían otra elección; debían esperar a un nuevo día, esperando ganar más de lo que pudieren perder. Muchas cosas pasaron y esperan suceder, no era una opción confiar en cualquiera y envolver a cualquiera.

Llegó el amanecer, John despertó a Eros y a Athan quienes aún estaban vencidos por el peso del cansancio.

-Levántense. Es hora de hablar sobre soluciones para ustedes-anunció John.

-¿Qué ocurre?-preguntó Eros desorientado.

-¡Vamos levántense!-repitió él en un tono más fuerte-Lávense el rostro y vuelvan. Hay que planificar todo-acotó.

Y así fue. Sin saber nada de qué ocurría sobre las exigencias de John, ambos se prepararon y sus ropas cambiaron. Volvieron a la sala. John estaba sentado con una hoja de papel en blanco y un lápiz.

-¿De qué se trata esto, John?-preguntó Athan.

-Les ayudaré llegar vivos a Pileus. No dormí en toda la noche pensando en ello. Decidí levantarme y planear buenas rutas para ustedes.

-¿Y qué tienes en mente?-preguntó Eros.

-Les acompañaré en su travesía. De aquí en adelante ustedes solos no podrán con lo que les aguarda. Recuerden que ya no se enfrentan a los lacayos de un líder. Se enfrentan al líder de una banda longeva, que lleva tantos muertos encima como una guerra milenaria. Ustedes son de esos pocos que han logrado escapar con vida de sus garras y deben aprovechar ese golpe de suerte, no desperdiciarlo. Por algo ustedes durmieron aquí. Por algo nos encontramos y hay que aprovechar esta buena fortuna-comentó.

Athan y Eros se quedaron de brazos cruzados y no exigieron más, le dejaron el turno a la experiencia de John, el pescador que arrastra un pasado de guillotina y muerte. Se sentaron en los muebles humildes de su cabaña, mientras Olivia, su madre y Lucas aún dormían.

-Seguramente, por la tendencia en que se mueve Mors ya a estas alturas de su juego, debe estar esperando cerca de Pileus, o en la ciudad, a que sus ayudantes los lleven ante él para finalizar la transacción. O puede estar buscándolos él mismo, lo cual es peor.

Aunque de ser así, ya hubiese tocado a mi puerta anoche y revisado la cabaña; estaría yo muerto y ustedes a punto de ello.

-¿Entonces cuál es tu plan?-preguntó Athan cansado de tanto parloteo.

-No tomaremos el camino a Pileus. Iremos a través del bosque. Llegaremos más rápido, pero también será peligroso. Nos seguirán igual, pero no nos toparemos con Mors. ¿Tienen armas y municiones completas?

-Sí. Tomé algunas municiones y armas de los cadáveres de esos hombres-respondió Athan sacando de su bolso las armas, que aún olían a la pólvora de los disparos de anoche.

-Excelente. Debes darle un arma a cada quien. Hay que delegar responsabilidades. Cada quien llevará su comida y cantimplora con agua. Los hombres llevaremos las armas, menos Lucas, claramente por su condición... Si logramos llegar con bien, llegaremos hacia las afueras de la ciudad. Ya después les informaré sobre cómo entrar a Pileus por esa zona. Por ahora es tomar los bosques, hacia el noroeste, no hacia el norte.

-Lo que no comprendo es por qué nos ayudas a nosotros. ¿Por qué no has hecho esto con los demás que han muerto alguna vez y que han dormido bajo tu techo?-preguntaba Eros con dudas sobre si confiar o no en John.

-Porque están involucrado los Muneris, y si ustedes están protegiendo a esa familia, deben ser bien valorados por ellos. Hubo un tiempo en que me alimentaban cuando vivía en las calles. Me acogieron un tiempo, hasta que escapé, por mis malos fundamentos sobre lo que era la vida realmente... Es una historia bastante desagradable, pero siempre recuerdo lo mucho que ayudaron y que jamás he podido retribuirles el favor. Creo que esto no completa el tiempo en que me ayudaron, pero debe servir de algo, supongo-decía John con un tono nostálgico.

-Ya veo. Bueno, no queda otra opción que confiar en ti-le dijo Eros ya sin más nada que escudriñar en John.

-No se preocupen. Les contaré más sobre mí a su debido momento. Dibujaré las posibles rutas desde esta cabaña-dijo John en ánimos de broma.

El sol se elevó más sobre los cielos y ya Eros y Athan estaban listos. Recogieron las cosas de todos. Olivia y su madre estaban listas de igual forma, Lucas, apoyado en Eros y Athan, también.

-Ya conocen el rol de cada quien. Eros, Athan, ustedes se encargarán de Lucas. Olivia, tú de tu madre. Señora, usted llevará los alimentos junto conmigo. Yo iré al frente, guiándolos. Todos tienen armas. Deben estar atentos. Nadie irá detrás de nadie, sino uno al lado del otro. En los bosques no hay caminos, sino árboles que nos separan, por ende es mejor ir cada quien de su lado para siempre mantener el contacto visual y evitar problemas-advertía John dando una serie de indicaciones de supervivencia, mientras el resto acataba en silencio.

Salieron adelante los demás, mientras John cerraba con llave su cabaña. Un poco más lejos estaban la pareja enviada por Mors a seguirlos durante todo el viaje hasta llegar a la ciudad de Pileus. Estaban despiertos desde más temprano y veían desde la lejanía el cómo avanzaban por un camino distinto.

-¿Qué está haciendo? ¿Les está ayudando?-decía uno al otro.

-Parece que van por un atajo. Esto no cambia los planes. Hay que seguirlos-respondió.

El grupo avanzó a lo largo del complejo boscoso. No había mucho que decir entre ellos. Había mucho cansancio físico y emocional, a pesar de haber asimilado mejor todo lo ocurrido a lo largo de tal travesía, a pesar de haber dormido lo suficiente como para andar con más energía. Todos sabían que debían llegar ese mismo día a Pileus, ya que no rendirían para más, mucho menos Agatha, la más anciana, que ha dado más que la talla para seguir los dificultosos pasos de los demás para escapar de una muerte

más pronta que la que le fue asignada desde antes que hubiere nacido.

Así como avanzaban ellos, así les seguían el paso la pareja de maleantes, esperando con ansias avistar desde la lejanía la urbe de Pileus. Una ciudad antigua, moderna de la época; con sus casas de piedra elegante y techos de tejas. Edificios de no más de 8 pisos de concreto y ventanas simples, por la situación económica en la que fueron elaborados. Faltaban unas horas. Era probable que llegasen al atardecer por aquel atajo con los descansos correspondientes incluidos.

Ya era cercano al mediodía, tocaba el primer descanso. El grupo se acomodó en las raíces de un pino enorme que abarcaba suficiente espacio para comer y descansar bajo la sombra, pues era un día soleado, más que lo acostumbrado en aquella temporada tan fría. Se dispusieron a dormir Lucas, Olivia y Agatha, mientras que John sacó un cigarro para fumarlo como postre después de haber comido con el grupo, Eros y Athan le miraban y sintieron que era el momento oportuno para hacer preguntas sobre su persona, para profundizar mejor sobre el pasado de John.

-Cuéntanos más de ti, John-dijo sin ataduras Eros.

-¿Qué les cuente más de mí? Ya les he dicho lo que necesitan saber-respondió abruptamente.

-Es un viaje largo, John. Es bueno conversar para hacer el día más liviano. No es malo conocernos mejor-agregó Athan en defensa a Eros.

-¿Y en tal caso qué quisieran saber de mí?

-Que nos contases tu vida en general. Tu infancia, entre otros detalles, como hace la gente normal-respondió agriamente Athan.

-Si eso quieren, pues está bien, será algo breve, sin mucho detalle, pues no recuerdo mucho-dijo entre fumadas a su cigarro-Pues para comenzar no tengo padres... O quizás los tenga, no lo sé, pero nunca les conocí a ninguno de los dos. Crecí en las calles,

sobreviviendo con la venta de periódicos o puliendo zapatos, lo que tocaba durante el día. Apenas me daba para pagarme la comida.

-¿Y en dónde vivías?-preguntó Athan.

-Vivía en una casa abandonada que encontré caminando durante una torrencial noche de lluvia. Tenía unos 8 años; no dormía mucho por miedo a la oscuridad, hasta que me acostumbré a ello.

-¿Y cuál ciudad era esa, John?-preguntó Eros.

-Vivía en Coryza, en la época de la bonanza de la ciudad, donde el turismo y los viajes de negocios por el punto estratégico que era la ciudad en sí estaban en el tope de la demanda, irónicamente para mí, no me tocó vivir esa bonanza en la que tanto se agasajaba la gente en las calles y en sus casas. No me hizo falta estudiar para entender la esencia de la vida. Esa era mi infancia: una lucha constante para sobrevivir, no había tiempo ni de pensar quién era yo, luego conocí a la familia Muneris, tenía alrededor de 14 o 15 años, ya no recuerdo... Recuerdo que era invierno, y azotó en la ciudad una tormenta de nieve. La casa estaba muy fría, así que decidí buscar cobijo en algún refugio o una mano piadosa que me dejara pasar la noche en su hogar. Y allí estaba, en medio de la calle, durmiéndome por el mismo frío, sentado, casi moribundo. La gente pasaba y pareciese que no hubiere existido para ellos, sólo una persona se detuvo para levantarme y llevarme a su casa. No disuadía muy bien. No sabía quién era para entonces. Era una mujer, eso lo supe por la silueta delicada que veía aproximarse hacia mí en medio de la tormenta. Me envolvió entre gruesas cobijas y me sentó cerca de la chimenea familiar. Era la casa más bella que jamás hubiere visto en mi vida, será la única. Había un gran escudo arriba de la chimenea, brillaba con la luz del fuego que se picaba entre los leños que le lanzaban. Se trató del escudo de la familia Muneris. Me habían recogido. Me trataron como uno más de la familia. La dama que me acogió se llamó Esmeralda Muneris, fue una especie de madre para mí. Siempre me trató con gran cariño y respeto-relataba John, con la

mirada aguada con lágrimas que deseaban salir, mientras que Eros y Athan dejaron de mirarle al rostro sabiendo lo doloroso que se tornó para él contar su historia-Yo era un muchacho tímido y algo hostil. No sabía lo que era un abrazo o el afecto del que tanto hablaba la gente o que tanto se reflejaba en los rostros con sus sonrisas en las calles cuando vendía periódicos. Poco a poco, me fui desenvolviendo. Decidieron adoptarme ella y su esposo, John, me adoptaron y me pusieron el nombre de él. No tuve problemas con ello, al contrario, me alegré mucho, pues por fin tenía un nombre, algo con que me identificase. Tomamos mucha confianza, como una familia. Ellos nunca pudieron concebir hijos, así que fue una especie de regalo divino el que nos encontráramos uno al otro para ser felices. Me dieron educación y afecto, dos cosas importantes para el desarrollo del hombre desde su concepción. Pasaron los años. Todo era alegría entre nosotros. Pasé de dormir en la mugre a tener una habitación enorme con todos los lujos, pero más allá de eso, pasé de estar solo y de vagar en las sombras, a tener una familia, gente que se preocupó por mí-sentenció mientras derramaba algunas lágrimas de nostalgia o de tristeza. Eros y Athan estaban callados, mirando hacia la nada, asimilando toda la historia de John.

Pasaron los minutos y había silencio, así que Eros hizo otra pregunta y la última a John.

-¿Y cómo terminaste perteneciendo a Ex Mortis?-preguntó con la voz algo temblorosa, temiendo pasarse de la raya con la curiosidad.

-Fue después de la caída de la familia Muneris. Como quizás saben, la familia cayó en crisis y tuvieron que entregar su patrimonio y hoteles al gobierno, pero sobretodo vender a las otras familias poderosas sus hoteles, la fuente de sus riquezas, y volverse por un buen tiempo trabajadores de ellos, eso es lo que dicen, pero en realidad fueron esclavos mal pagados y maltratados por esas familias. En mi caso, fue bastante angustiante... Fue un día, estábamos comiendo el almuerzo. Estábamos en armonía



como siempre, pero una llamada telefónica inició aquel infierno. Mi madre fue a atender, conversaba con mi padre, hasta que se escuchó el ruido de vidrios rompiéndose. Mi padre y yo corrimos hasta donde estaba ella y la vimos llorando, arrodillada en el suelo con el rostro tapado con sus manos, y los cristales de adorno rotos por el teléfono. Eran lágrimas de rabia y tristeza. Mi padre le preguntaba desesperado que qué ocurrió, mientras yo miraba impresionado la escena. Al rato, ella empezó a contar la tragedia. Llamó su tía, otra Muneris, advirtiéndole del comienzo de la caída de la familia y el ataque corrupto de los tiburones, buscando devorar todo lo que pertenecía a los Muneris al saber lo que ocurría. A la noche nos sentamos a planificar nuestro futuro. Si entregarnos a la orden de la familia Lucerna o de las demás, o buscar rehacer nuestras vidas en otro país, con ayuda de amigos de la familia que aún nos apoyaban. Nos fuimos preparando, tomamos la segunda alternativa, pues estaba el orgullo de los Muneris. No se entregarían y se rebajarían a trabajar para corruptos como plebeyos. La mayoría de toda la familia pensó lo mismo, otros, que por el mismo dinero y conformismo, se rebajaron a eso sin problemas. En esos primeros días de trajines, descubrimos quién era quién. Pero ocurrió algo inesperado, un ataque sucio a nosotros, en masa. Allí explotó en mí la ira que tanto contuve hacia la sociedad desde pequeño y que la retuvo el amor de mis padres. Fue en la madrugada de esa semana en donde nos enteramos de la pérdida de los Muneris. Atacaron a cada una de las mansiones más poderosas de la familia, a las cabezas de la familia. Grupos armados, seguramente estructurados por las familias y por el mismo gobierno de la época, irrumpieron en cada una de las mansiones, incluyendo la de mis padres. Tenían la orden de someter a cada integrante de la familia, hasta de matar sino obedecían, todo sería cubierto por el gobierno probablemente. Me amarraron y me metieron en el armario de mi habitación. En la oscuridad escuchaba los gritos de mi madre y la golpiza que le daban a mi padre. La risa de aquellos

malditos que disfrutaban el daño que estaban causando en ese momento a gente tranquila e inocente. Y yo en mi impotencia, me oía el respiro y nada más. De repente, escuché el estruendo de dos disparos y, asimismo, los regaños, como si se tratase de un profesor regañando a su alumno por no hacer la tarea como correspondía, de lo que quizás era el jefe de ese equipo de asesinos. En medio de aquel erro que cometió uno de ellos por su impaciencia, huyeron del lugar, se llevaron lo que les encargaron llevarse, quedé solo durante horas y no escuchaba nada... Empecé a llorar, y desesperadamente movía mis muñecas buscando desamarrarme, logré hacerlo después de luchar por mucho, me quité la mordaza y salí corriendo a buscar a mis padres, con la estúpida esperanza de hallarlos vivos, heridos, pero vivos siquiera. Hallé a ambos, con la herida de bala impregnada en sus cabezas, mi madre con las lágrimas aún frescas y su cara de tormento, allí yacía muerta. Mi padre, con el rostro y el cuerpo con las marcas de la golpiza que le dieron. Fue un ataque sin piedad... No tuvieron piedad de nosotros, de nuestra vida, de nuestro futuro. No hubo piedad... Corrí de la casa y me perdí en los bosques aledaños a la ciudad. Estaba manchado en sangre, porque en mi estúpido pensamiento puberto pensé que podría reanimarlos gritándoles, abrazándoles y besándoles. Me perdí en el bosque y no supe nada más del asunto de la depresión de la familia. Pero me identifiqué con aquel sufrimiento, lo que me bautizó en definitiva como otro Muneris intentado hacer su vida, pero por un camino más oscuro. Caminé y caminé durante días, con deshidratación y hambre. Hasta que me hallaron unos hombres en sus caballos. Hombre de rostros temibles, se trataba de Mors y su manada de asesinos, bromeaban conmigo en si matarme para acabar con mi sufrimiento o no, él sólo estaba en silencio mirándome pedir auxilio en mi desesperación-continuaba relatando con sentimiento, reviviendo cada emoción de aquellos días oscuros.

Dieron una pausa. Athan y Eros estaban impresionados con la historia, mientras que John, con los ojos aguados aún, seguía fumando de sus cigarros. Al rato, John invitó a Eros y Athan a que siguiesen escuchando de su pasado, a lo que ellos asentaron y prosiguieron a escuchar.

-Y bien, así comencé en ese clan de asesinos y ladrones, era el más joven, Mors me acogió como un discípulo, un hijo destinado a heredar sus redes malignas y su visión por el mundo. Poco a poco, fui aprendiendo su arte de matar y manipular, aprendí muchas maneras de torturas, entre otras cosas de las que no me siento orgulloso. Logré posicionarme alto en la jerarquía. Era respetado. Mors no hacía ningún movimiento sin consultarme. Hasta que hace unos 6 años, decidí retirarme. Conversé arduamente con él un día. Fue después de cumplir con una misión de asesinato al líder de otro grupo delictivo, un competidor, como se les decía en el seno del grupo. No soporté ya cargar con tantas muertes y cargar con tantos recuerdos y escenas de sangre y desespero, escenas que me recordaban a lo que yo viví con mis padres, escenas que me tatuaban más la impotencia sobre lo que hubiese podido hacer si me hubiese propuesto. Se lo dije, que no quería continuar, no le di mis razones verdaderas, sólo que me quería retirar, pero que descuidara, que yo guardaría la experiencia que viví con aquel grupo para mí, que no contaría nada... Una promesa que acabo de romper-terminó de decir con una sonrisa irónica-Él trató de convencerme contándome sus expectativas sobre mí y cuáles eran sus planes conmigo. Que heredase el grupo y continuase con su legado, con el pensar de él sobre la justicia del mundo. Que continuase con la justicia impía, sin misericordia sobre los enemigos, sin ninguna clase de piedad. Llegamos al final, al acuerdo que les comenté anoche. A vivir con mis metas personales, en mi retiro, pero cerca de sus territorios, en aquella cabaña, de pescador y guía, de vez en cuando. Que ellos supiesen siempre de mí, pero sin saber de sus actividades, algo justo, pues

ya no pertenecería a ellos. Y así termina mi historia. En resumen soy un Muneris que vivió entre pobreza, riqueza y la maldición del sicariato mismo, y el que terminó siendo un pescador y un guía de estos bosques.

-Quién hubiese sabido que eres Muneris-se decía a sí mismo Athan.

-¿Qué esperas encontrar a futuro?-preguntó Eros en otro arranque de curiosidad.

-Espero hallar mi verdadera misión en este plano y reivindicarme con mis padres, mi familia, limpiar mi expediente de mi vida conmigo mismo, no sé si comprendas, hijo-respondió entre sus fumadas de cigarro.

-Parece que ya están despertando los demás, deberíamos continuar nuestro camino-dijo Athan.

Y ya con las verdades dichas, continuaron su rumbo por el bosque, mientras les seguía la pareja encomendada por Mors.

-¿Y siempre han trabajado así?-le preguntó Athan a John acercándose a él.

-¿A qué te refieres?

-A si siempre sacrifican a los más débiles.

-Es una especie de tradición. Hay otras maneras menos crueles, pero esta es la preferida por Mors, para quedarse con los que tienen el don de matar, según él, deshacerse de los débiles, sin que deban huir o salirse del grupo y relaten los secretos de Ex Mortis. Normalmente se le conocía a Ex Mortis por ser dos grupos. El grupo fantasma, el bulto, que eran los débiles, eran muchos. Y el grupo real, los verdaderos asesinos desalmados, a los cuales yo pertenecía, éramos pocos, muy pocos. No éramos más de 7 u 8. Cuando dejé el grupo habían matado a uno e iban a resolver el desastre con venganza. Éramos la cabecilla, los que dirigíamos al resto, mediante las órdenes de Mors Mare. Recuerdo que después de mí estaba Hans, quien debería ser hoy en día su

mano derecha. Un personaje mucho más frío que Mors, según recuerdo. Había maldad pura en sus ojos.

-Ya veo-dijo Athan.

-Espero lleguemos con bien a Pileus, pues seguramente nos están siguiendo y no creo que sean del bulto, nos deben seguir personajes pesados, pues yo ando con ustedes. Así que hay que estar atentos, Athan, no dudes en disparar a matar, porque no son tontos ni débiles, si tienes la oportunidad mata, ya que ellos, si no entras en los planes, te matarán al instante, no lo olvides-agregó John.

Mientras continuaban avanzando, empezaron a conversar ya de temas más suaves. John le preguntaba a Lucas cómo se sentía y había risas de vez en cuando. Olivia y su madre desconocían el pasado familiar de John, pues la familia era muy extensa, y pareciese que John no deseaba contarles para evitar cualquier tipo de problemas, era una especie de decisión donde John buscara estar solo de por vida, cargando con sus culpas, sus pecados.

En el segundo descanso, Eros y Athan, confiando ya en John, decidieron dormir un poco, por recomendación del mismo John que les sugirió dormir cuando pudiesen, pues es elemental tener energías ante un probable encuentro con Ex Mortis en el camino. A lo que John decidió intimar un poco más con Lucas, quien se veía algo mejor.

-Parece que te has acostumbrado a vivir con esa bala dentro de ti-dijo bromeando John.

-Ya somos inseparables realmente. Le he tomado cariño-agregó con sarcasmo Lucas.

-Aprovechando a Olivia fue con su madre a tomar algunos frutos, me gustaría saber cuáles son tus verdaderos sentimientos-comentó atrevidamente John.

-¿Cuáles verdaderos sentimientos?

-Pues sobre Olivia Muneris.

-¿Sentimientos por ella dices?-seguía preguntando haciéndose el tonto.

-No des muchas vueltas, que me doy cuenta. Eso le da más peso a que yo piense que realmente te gusta ella, ¿o no es verdad?

-No sé de qué hablas. Sólo somos buenos amigos. Una amistad que se formó en este mismo viaje.

-Por el tartamudeo tuyo, veo que la lengua duda como tú, así que no me mientas, sé que te gusta. Si no quieres hablar de ello, no hay problema, respetaré tu decisión.

-Bien, bien. Tú sabes ganarte los argumentos, amigo. Sí, me gusta. No es algo que le quiero decir realmente, porque no es el momento, y porque separaremos nuestros caminos después de estar en Pileus. Sería una pérdida de tiempo.

-No te desprecies tanto, Lucas. No sabes qué trae el futuro, si no intentas, no lo sabrás, ¿entiendes de lo que hablo?

-Sí, sí lo entiendo, pero no es fácil, John.

-No te diré qué hacer ni cómo hacerlo. Ya que no sabemos cuándo vengan, te lo diré rápido: sólo escucha a tu corazón, así harás lo correcto. ¿Lo has entendido?-sentenció él.

-¿Escuchar a mi corazón?

-Así es. Haz lo que sea correcto. Y si lo haces, lo harás por defecto en el momento correcto, pues aprendí que cuando se trata de hacer lo correcto, todo momento para hacerlo es correcto, a pesar de cualquier obstáculo. Tenlo en cuenta-agregó.

-Cuando hablas así brindas mucha confianza, ¿te lo han dicho alguna vez?-dijo contento Lucas.

-Nunca me lo han dicho. Me alegra saberlo de tu parte, Lucas.

Cambiaron el tema y siguieron hablando sobre el pasado de Lucas, su familia, un poco del pasado de John, el cual él no profundizó como lo hizo con Eros y Athan. Sólo comentó su etapa de vendedor de periódicos y pulidor de zapatos, con más suavidad, sin añadir los días de hambre y frío extremo. Sea por evitar contar todo nuevamente y así abrir más las viejas heridas, o sea por la intimidad misma, John evitó los detalles con Lucas.

Llegó Olivia contenta con algunos frutos del bosque, junto a su madre. Siguieron conversando amablemente, en donde Lucas estaba algo sonrojado, John le miraba de reojo a veces y se sonreía viendo la escena cómica. Se levantó Eros y Athan y así como se levantaron, así tomaron sus posesiones y tomaron seriedad del asunto y retomaron el rumbo. Se empezó a avistar la torre más alta de Pileus, un campanario antiquísimo, el cual empezó a sonar anunciando el atardecer.

-¡Ya estamos llegando! ¡Ya estamos llegando!-anunciaba con alegría Olivia, entre abrazos con su madre y Lucas, el cual se fascinaba con cada abrazo de ella.

-Debes calmarte, Olivia, queda camino aún, poco, pero aún queda. Celebraremos cuando pisemos la ciudad y estemos seguros-dijo John mientras empezaba a mirar a su alrededor con la mirada fría.

-¿Qué ocurre, John?-preguntó Athan.

Eros, al igual que John, empezó a mirar a su alrededor, con la seriedad impregnada en su rostro.

-¿Sienten algo?-preguntó Lucas.

-¿Qué les ocurre?-preguntó Agatha, nerviosa.

-No se muevan-ordenó John-No lo oyen, ¿verdad?

-¿Qué es lo que debemos oír?-preguntó Olivia.

-No. No lo oyen. El sonido de las ramas de los pinos, moviéndose violentamente.

-¿Debemos correr?-preguntó Eros.

-No. No se muevan. Sabía que esto pasaría, pero no pensé que sería tan cerca de la ciudad.

-¡Por favor! ¡Se claro!-le gritó Athan.

-Nos han emboscado-dijo sin más John, tocándose las ropas, buscando sus armas.

Y así como lo anunció y terminó sus palabras, así se oyó el sonido de las ramas rompiéndose alrededor de ellos, oyendo todos lo que decía John, ratificando su verdad. Todo mientras se

escuchaba la risa de sus perseguidores, que salían de entre los árboles.

-Sí que eres un personaje, viejo John. Al final, violaste las reglas de Mors. No creo que te vuelva a dirigir la palabra después de que se entere-decía mientras aplaudía, uno de los dos maleantes.

-Nos llevaste muy lejos de la entrada principal de la ciudad. Por lo menos, hubieses tenido la decencia de entregarnos las víctimas en el punto de siempre-dijo el otro.

-¿¡Nos traicionaste!?-preguntó confundido y lleno de rabia Lucas, mientras Olivia estaba en su silencio, asombrada, y su madre llena de miedo, así como Athan con su arma en mano, y Eros sin hacer nada, esperando lo peor.

-No. No nos traicionó-dijo Athan.

-¿Cómo que no?-refutó Lucas.

-Ya él nos contó que esto pasaría, en el mediodía. Que era inevitable que nos siguieran, y así fue. No duden de John-exigió Athan, callando la rabia de Lucas.

-Entonces, ¿qué harás? ¿Nos los vas a entregar por las buenas o por las malas?-señalaron los dos maleantes.

-Esa no es una opción, Luke, Dimitri-les respondió John.

-Mejor no intentes sacar el arma, que por mucha experiencia que tengas, sabes que no es opción desde esa distancia tan larga-dijo Dimitri, el más serio de los dos.

-¡Vamos a terminar con esto de una vez!-dijo eufórico Luke, el más violento, sacando su arma.

Ante esta situación, Athan recordó lo que le comentó John acerca de este tipo de circunstancias, e inmediatamente, disparó con su revólver hacia Luke. John hizo señas para correr a todas las direcciones. Todos tomaron caminos distintos y se escondieron en el bosque, mientras Luke disparaba lleno de rabia.

-¡Juguemos a las escondidas! ¡Si les atrapo, les mato!-gritó al aire Luke, mientras Dimitri lo miraba fríamente.

Dimitri le dio un golpe en el hombro, advirtiéndole que debía calmarse



-No te pases. Recuerda seguir el plan. Atrapemos a la mujer y a la anciana con vida, a los hombres también. Si forcejean mucho, hay que herirlos para inmovilizarlos, podemos matar a John, ya que no forma parte de los planes. Además, violó las reglas, si pasaba esto, Mors dio permiso de matarle-dijo Dimitri.

Los dos se separaron de igual forma siguiendo sus tácticas, mientras que los demás no sabían qué ocurriría. Comenzó la segunda guerra entre ambos bandos en las cercanías de la meta que tanto han añorado, en Pileus. Lo que sí era seguro es que el bosque sería testigo de otro baño de sangre...

## Parte VII: *“Mártires del Destino”*

Dimitri era más cauteloso que Luke, sabía que John, a pesar de ser más viejo ahora y tener años sin operar en Ex Mortis, era un hombre distinto a los demás, que llegó, bajo su propio mérito, a ser mano derecha de Mors Mare, algo debía conservar de sus años como asesino. Por otro lado, Luke era más volátil, y se dejaba llevar por el momento. Llegó lejos por su creativa mente asesina que daba miles de ideas de torturas para las víctimas de Mors. Dimitri buscaba por el lado derecho del camino, a donde corrieron Olivia, Agatha y John. Luke, por su parte, buscaba del lado izquierdo, a donde habían huido Eros y Athan, llevando a Lucas. Sólo se escuchaban los sadismos de Luke en el bosque, intentando provocar o atemorizar. Eros se alejó de Athan y Lucas, y quedó solo, como en el encuentro anterior, pero esta vez sabía que era distinto, pues se enfrentaba a alguien que era un asesino experto, por lo que tampoco se alejó demasiado de Athan y Lucas. John estaba oculto, en la copa de un pino, esperando a que Dimitri se asomase para asestarle un cuchillo en la cabeza. Olivia y su madre, aún corrían por el bosque. No había señales de la localización de Dimitri, sólo se escuchaban los gritos de Luke.

Athan estaba algo nervioso y Lucas sólo estaba atento a todo lo que pudiese ocurrir en el transcurso de la situación.

-Debes calmarte-le dijo Lucas a Athan en voz baja.

-Esto es diferente a lo que ocurrió aquella noche, Lucas...-le contestó.

-Lo sé. Si nos ve, es muy probable que nos aseste un disparo certero, pero también tenemos probabilidad de herirlo.

-Hay que tener paciencia. Esperemos a ver qué hace.

De repente, Luke se calmó de la nada y bajó su arma, su comportamiento alocado cambió a uno más sereno y observador.

-¿Qué está haciendo?-se preguntó a sí mismo Athan.

-¡Ya sé en dónde están! ¡Les recomiendo que salgan de sus escondites! ¡Acabo de seguir sus pisadas! ¡De nada sirve esconderse!

-¿Será verdad lo que dice?-preguntó Athan.

-Pero no hemos dejado huellas seguidas-respondió Lucas.

-Es la última advertencia. Den gracias que Mors les quiere con vida, pues ya les hubiese disparado a matar sin que siquiera se diesen cuenta. Salgan ya-dijo con más calma.

John escuchó el primer anuncio de advertencia de parte de Luke, y no sentía a Dimitri. Se encontraba en la duda si bajar y alejarse de Olivia y Agatha para ayudar a los demás, o quedarse y esperar a Dimitri. Sabía que por lo menos si atrapaban a las mujeres, Dimitri no se iría sin el resto. Bajo esta premisa, John bajó del pino y se escabulló hasta el otro lado.

-Parece que no quieren obedecer. Bien, ya cumplí con avisar, es hora de mostrarles con quién se meten ustedes-dijo Luke.

Luke alzó su arma nuevamente y disparó a la pierna descubierta de Athan, quien cayó inmediatamente ante el asombro de Lucas y Eros.

-Va uno...-susurró para sí Luke.

Eros se asomó y vio a Luke apuntando a donde él estaba. Eros volvió a esconder su cuerpo detrás del pino nuevamente, Luke ejecutó un disparo solamente el cual rozó el pino, para después correr hacia Eros.

-¡Ten cuidado, Eros! ¡Va por ti!-le gritó Lucas, mientras ayudaba a Athan.

Luke se giró y disparó varias veces a donde estaba Athan y Lucas, otro disparo le penetró la otra pierna a Athan, uno le dio al pino y el otro le dio en la pelvis a Lucas, el cual cayó sobre Athan.

-Con eso bastará-dijo Luke.

Eros salió del pino, envuelto en rabia, apuntando hacia Luke con la pistola temblorosa, por los mismos nervios que chocaban

con la ira de él. Luke hizo un gesto de gusto ante la situación y se detuvo.

-¿Qué planeas hacer? ¿Dispararme?-le preguntó en tono burlón Luke a Eros-¡Adelante! ¡Dispara si puedes hacerlo! ¡Soy todo tuyo!-le gritó entre carcajadas.

John saltó de entre los pinos detrás de Luke, y lo tomó por el cuello, por atrás, apuntándolo con el revólver que llevaba consigo.

-Deberías soltarlo, John-dijo Dimitri, quien salía también de entre los pino, quien llevaba consigo a Olivia, llorando, con sangre en el borde de sus labios, y a Agatha, desmayada, cargada por encima de su hombro. Se dio el lujo de poner a Agatha en el suelo, y tomar a Olivia, bajo la misma posición en la que tenía Eros a Luke.

-No creo que sea conveniente, Dimitri. Sabes que no lo haré. Se les fue la situación de las manos-contestó con rabia.

-Creo que no estás viendo con claridad. Tengo a la mujer conmigo y a la anciana inconsciente. Tus amigos están lastimados, quizás mueran para la noche, quizás no. Tú tienes a Luke en tus manos, da igual si muere o no; yo puedo cumplir la misión por mí mismo, y lo sabes.

-¿Entonces por qué debo soltarlo si él no es importante para tu misión?-preguntó John.

-La cortesía. Es mi regalo para él; otra oportunidad para madurar, en la que si no lo hace, morirá. Así de simple-contestó Dimitri.

-¡Maldito seas!-le gritó Luke a Dimitri-¡Deja de jugar y mátalos ahora!-agregó.

-Cálmate. Tu vida está en mis manos, deberías ser un poco más amable, ¿no lo crees así, Luke? Los verdaderos asesinos estamos hablando, así que cállate.

John, en medio de la conversación egocéntrica de Luke y Dimitri, miró a su alrededor, a Athan sufriendo del dolor agónico producto de aquellos balazos hacia sus piernas. Lucas, inconsciente, sobre Athan. Olivia llorando, impotente, lastimada en su rostro, Agatha, quien conversaba en el camino sobre la vida con él, ahora estaba en el suelo. Sin mirar a nada más, volvió su mirada hacia Dimitri, y, sin avisar ni titubear, le disparó en la cabeza a Luke, e inmediatamente le disparó en la pierna derecha a Dimitri, cayendo así al suelo y dejando libre a Olivia, quien corrió hacia su madre con miedo y desespero, para revisar si estaba ella bien. Dimitri cayó soltando su arma, desde el suelo intentó alcanzarla para defenderse, dejando notar esto ante John, quien respondió disparándole a su mano.

Entre gritos de dolor e impotencia, Dimitri estaba fuera de combate, y Luke yacía muerto con la mirada perdida hacia las nubes. Luego de esto, John fue hacia donde estaba Olivia para atender a Agatha. Le mojó el rostro con un poco de agua que traía consigo, a lo que Agatha empezó a reaccionar poco a poco, dándole alivio a su hija. John fue corriendo inmediatamente hacia Athan y Lucas, quienes tenían las peores heridas. Eros le acompañó, le rompió los pantalones a Athan, para revisarle las piernas y lavar sus heridas, para posteriormente vendarlas con ropa limpia. Por parte de Lucas, hicieron lo mismo. La bala llegó hasta la pelvis, desde su costado izquierdo.

-¡Adelántate con Lucas, Eros!-le gritó John-¡Pileus está muy cerca!-agregó.

-¿¡Qué pasará con Athan!?-preguntó con nerviosismo.

-Yo me encargo Vete ya con Lucas-sentenció John.

Sin preguntar más, Eros cargó a Lucas y siguió hasta Pileus. Sin mirar hacia atrás, avanzó cuan más rápido pudo, casi sin parar. Lucas estaba consciente, no habló en el camino, se guardó todo para sí mismo. Mientras tanto, John terminó de atender las heridas a Athan.

-¿Puedes aguantar?-le preguntó.

-No te preocupes. Puedo aguantar lo que falta de camino, apretaste bien las heridas, creo que dará tiempo a llegar a algún hospital-respondió Athan.

-Bien. Olivia, ven rápido. Necesito que te encargues de avanzar con tu madre. Alcanza rápido a Eros. Necesito que vayan juntos y atiendas cualquier petición que Eros te haga para ayudar a Lucas, por favor-ordenó John.

Olivia asentó con un sí y se fue con Agatha, quien estaba bien y podía caminar por su cuenta. Al ver que ya Olivia iba más lejos junto a Agatha, John levantó poco a poco a Athan y le llevó en sus espaldas, todo delante de la vista desahuciada de Dimitri, quien perdía sangre por montón.

-No esperas que terminase todo así, ¿verdad?-le dijo John a Dimitri.

-¿Me vas a dejar así sin más?-preguntó Dimitri con las pocas energías que tenía.

-Será tu castigo por participar en esto, por perjudicar a estas buenas personas y alargar su angustia-contestó.

-Ya veo... Parece que siempre serás el asesino desalmado que siempre fuiste.

-A veces es necesario serlo, para acabar con personas como ustedes. Luke tuvo la oportunidad de irse sin siquiera esperarlo, pero a ti te toca la peor parte por dirigirlo y por todo lo demás que has hecho desde que entraste a Ex Mortis.

-¿Y a ti qué te tocará?

-Me tocará un castigo peor que el tuyo-le dijo alejándose con Athan en sus espaldas-Me tocará vivir sufriendo con el recuerdo de mis pecados...-se susurró a sí mismo dejando moribundo a Dimitri al lado del cadáver de su compañero.

El grupo se juntó nuevamente, con la angustia de tener la muerte respirándole en la nuca a Lucas y a Athan. Ya estaban llegando a Pileus por sus entradas laterales. Era ya de noche y se

avistaban las luces de las casas y edificios que estructuraban la urbe. Al entrar a la ciudad, las personas transeúntes miraban impresionados al grupo cargado de heridos y cansancio. John preguntaba a gritos por un hospital cercano, a lo que las personas atendieron señalándole el camino hacia el hospital, sin ofrecerse para ayudarles por más.

Por fin habían llegado, Athan ya había manchado de rojo vivo en su totalidad los ropajes blancos que servían de torniquete para sus heridas. Con urgencia fueron atendidos inmediatamente, cumpliendo así John con algo que siempre deseó en su interior: ser parte de una buena acción; sin la impotencia de mirar sin poder hacer nada.

Se sentaron en la añeja sala de espera, haciendo un suspiro de alivio por evitar a Mors y compañía y por lograr llegar a tiempo para lograr internar a Athan y a Lucas. Un doctor se les ofreció para atender los moretones y pequeñas heridas que ya traían todos desde el viaje, a lo que todos, menos Eros y John, dijeron que sí. Y en el silencio de la sala, ellos dos cerraron sus ojos para perderse ambos en sus sueños hasta el otro día...

## Parte VIII: *“La Última Sonrisa de Eros Solus”*

-¡Eros! ¡Eros!-gritaba Violette, su madre, llena de alegría-  
¡Despierta, hijo!-insistía ella.

-¿Madre? ¿Qué ocurre?-se preguntaba entre dormido el pequeño Eros.

-¿Ya lo olvidaste? ¡Vamos a comer al bosque!-le respondió llena de euforia.

-¿Al bosque? ¿Por qué al bosque?

-Vaya que eres un muchacho despistado, Eros. Planeamos esto durante semanas. Estabas entusiasmado todo este tiempo, pues ayer llegó tu padre de su viaje en Coryza, así que saldremos a celebrar que llegó con bien-le explicó entre abrazos su madre.

-¿Y en dónde está él?-preguntó Eros en su gran confusión.

-Está en la cocina, terminando de preparar todo para partir. Vete a vestir y aséate, por favor-le dijo dándole un beso en su frente.

-¡Madre! Basta, sabes que me molestan los besos al despertar-decía quejicamente el muchacho.

-¿Pero qué puedo hacer yo si tanto te amo, hijo?-le dijo con una sonrisa ella.

Eros le contestó con una sonrisa sincera, derrotado ante el amor de madre, pero feliz por tenerlo siempre presente. Se levantó y se fue al baño a asearse para luego alistarse para la salida con sus padres. Se miraba al espejo extrañado, pero acostumbrado. No sabía qué pasaba, pero dejó de pensar en ello para disfrutar el compartir con sus padres.

Ya listo, el pequeño Eros fue a la cocina y saludó a su padre, Nicolae.

-¡Bienvenido, padre!-dijo con alegría para irle a abrazar con fuerza.



-¡Qué energías, hijo! Me alegra verte-respondió él retribuyéndole sus abrazos con otros más de mucho más fuerza.

-No le abrases tan fuerte, Nicolae, lo vas a asfixiar-decía la preocupada Violette.

-No te preocupes, querida, yo siempre mido mi fuerza ante este campeón-le respondió alborotando los cabellos de Eros, quien se reía de tal gracia.

Eros ayudaba con una cesta pequeña, su madre llevaba el mantel para cubrir el suelo y Nicolae se encargó de llevar la cesta más grande llena de comida. Iban conversando, sobretodo Nicolae, quien relataba lo que había hecho en Coryza durante sus 2 semanas de viaje por trabajo. Llegaron hasta una parte más llana, dentro del bosque que colaba entre las ramas de sus pinos, los rayos del sol. Llegaron a su punto de preferencia, el de siempre, cuando desean salir y disfrutar en familia. Pasaron la mañana y parte del día en aquel lugar. Comiendo, riendo, compartiendo. La pareja se daba afecto, así como también hablaban con su hijo y jugaban con él. Nicolae a las escondidas, Violette jugaba con él mediante dibujos, uno de los juegos preferidos del pequeño Eros.

-¿Quién quiere quedarse a ver las estrellas?-preguntó Nicolae, mirando a Violette, como si le pidiese el permiso con la mirada, a lo cual ella sonrió, permitiendo el deseo de su marido.

-¡Yo quiero quedarme!-respondió con la felicidad impregnada en su mirada Eros.

-Parece que esa respuesta vale por los 3-dijo Nicolae.

Decidieron quedarse un rato más, hasta la noche, no muy tarde, para contemplar las estrellas y crear una tradición llena de júbilo entre ellos como familia, para mostrarle a Eros que, a pesar que existan días llenos de oscuridad y tristeza, siempre existe un mañana prometedor que refresca el alma con sus bondades y las sonrisas que se dibujan gracias a la paz después de la tormenta.

-¿Qué te gustaría ser más grande, hijo?-preguntaba tendido en el suelo Nicolae.

-Quiero ser como tú, padre-respondió el pequeño, acostado en la misma posición que su padre.

-Me alegra saber eso-dijo-Pero sería aburrido si te copias todo de mí, ¿no opinas lo mismo, Eros?

-¿A qué te refieres, padre?

-A que lo bonito de vivir es descubrir lo que te gustaría hacer por el camino que te gustaría ir-le contestó tocándole la nariz-La vida sería aburrida si todos hacen exactamente igual lo que todos han hecho, no tendría sentido-añadió.

-Está bien, padre, seguiré mi camino.

-Otra cosa más-advirtió sentándose-Debes tener paciencia, hijo, mucha, porque la vida tiene sus momentos, así que te falta mucho para saber qué quieres ser. No lo olvides-le señaló.

-¡Muy bien, padre!-le respondió con energía.

-¡Así me gusta!

Poco después, se marcharon de regreso a casa. Iba tomando la mano de su madre, junto a las cestas vacías que llevaba su papá. Llegaron a la morada, Eros se duchó y se puso sus pijamas, mientras su madre hacía la cena y su padre leía en la sala. Cenaron juntos, como siempre solían hacer. Violette regañaba a Eros por comer con la boca abierta, y por tener los codos sobre la mesa, mientras Nicolae se reía, contribuyendo con la gracia, de las ocurrencias de su hijo. Al terminar la rutina, Eros fue a acostarse a dormir en su habitación, pidiéndole las buenas noches a sus padres y la lectura de un cuento. Luego de satisfacer sus peticiones de niño, Violette se disponía a irse a la cama, a lo que Eros le atajó con una duda que tenía. Ella, pacientemente, se volvió hacia la cama de su pequeño y se sentó.

-¿De qué se trata, hijo?

-¿Tú creas que sea bueno más grande?

-¿Por qué preguntas eso, Eros? Por supuesto que lo serás-le respondía acariciándole la cabeza a Eros-Eres un buen niño que será un gran caballero más adelante.

-Es que siento que voy a herir a mucha gente. No sé por qué, madre.

-No pienses en eso. Son pensamientos vagos que a veces visitan nuestra cabeza para confundirnos.

-¿Pensamientos vagos?

-Así es. Pensamientos que pocas veces nos visitan en nuestra vida, pero que se quedan en nuestra cabeza a ponernos a dudar sobre algo.

-Ya veo, madre.

-¿Y desde cuándo piensas en eso?

-Desde que me desperté hoy, madre, y me vi al espejo después de cepillarme los dientes.

-No te preocupes, hijo. Confía en lo que te estoy diciendo: eres un gran niño que hará grandes cosas por gente que hasta quizás ni conozcas en tu vida, pero que te tomarán afecto, pues eres un niño amoroso y eso es permanente-explicó Violette.

-Eres mi madre y por eso lo dices.

-No solamente porque sea tu madre, ¡que ya es una gran razón! Sino porque en tus ojos, hijo mío, hay mucha luz y esperanza-le dijo dándole un beso en su frente, como acostumbraba hacer ella.

Eros no preguntó más confiado en las palabras de su madre.

-Te amo, madre-dijo Eros ya acobijado entre las sábanas.

-Y yo también hijo, y siempre te amaré-dijo con una sonrisa para cerrar la puerta de la habitación de Eros.

Eros estaba feliz por tener los padres que tenía. Un padre atento a su pequeño, así como su madre, y que siempre se amarían sin importar qué. Fue quedándose dormido, recordando a su madre despertándole todos los días con sus abrazos. A su padre compartiendo con él con juegos entre padre e hijo y con los sabios consejos paternos, así como también aquellos momentos

donde su madre se preocupaba por el futuro de Eros y le enseñaba cosas del hogar, entre risas por los errores del pequeño al repetir lo que hacía su madre. Sobre todo los momentos en los que salían juntos a comer al bosque y se divertían.

Y ahí él lo veía. Eros durmiéndose en su cama confortable miraba en los suspiros de sueño, a él tomando la mano de su madre y de su padre, caminando juntos por siempre, como una familia. Se quedó dormido, y un susurro, o eso él creía, le despertó, y ahí él estaba, sentado en la sala de emergencia, con el ruido de la gente atendiendo las urgencias de la noche, con la angustia de las horas, con la realidad golpeando con la verdad y con lágrimas en sus ojos...

## Parte IX: *“La Confesión de Lucas”*

Eros se terminó de secar las lágrimas, e inmediatamente Olivia se dirigió hasta él.

-¿Qué ocurre, Olivia?

-Nos llama el doctor. Nos quiere reunidos para darnos una información-dijo con preocupación.

A lo que Eros respondió levantándose inmediatamente y corriendo hasta donde estaban los demás.

-¿Qué ha pasado?-preguntó exaltado.

-Veo que están ya todos-dijo el doctor fuera del quirófano ante la presencia de Agatha y John.

-¿Qué sucedió con ellos?-preguntó Olivia.

-Les tengo buenas noticias; ellos estarán bien, pero por el momento se encuentran en estado delicado, sobre todo el joven con las heridas en la pelvis y su hombro, la herida del hombro estuvo mucho tiempo abierta y está infectada, así que estaremos atentos a su evolución en el transcurso de la noche. El otro joven estará mejor pronto. Ambos deben quedarse, al menos, 1 semana acá para revisar su evolución en las heridas-comentó el doctor.

-¿Significa que estarán bien?-preguntó aún la consternada Olivia.

-Sí, señorita, ellos ya han salido de lo peor-respondió el doctor.

Después de recibir las noticias, el grupo estuvo ya en un ambiente de tranquilidad total y alegría. Debían atender las preguntas del origen de las heridas al doctor, por lo que John le relató lo sucedido desde entonces. El doctor quedó sorprendido y decidió llamar a las autoridades correspondientes, pero John le detuvo pidiéndole, en son de súplica, que eso pudiere traerles problemas a ellos después, pues les persiguen un grupo de asesinos que pueden evadir las situaciones legales con facilidad.

El doctor, evaluó mejor la situación y vio la mirada preocupada y sincera de John, por lo que dejó el teléfono y les hizo caso con respecto a Ex Mortis.

El doctor también ayudó a ubicarles unas habitaciones dentro del mismo hospital, pues desde hace meses no reciben grandes cantidades de pacientes, y en vista de que no tenían a donde ir, decidió buscarles asilo dentro del mismo hospital para estar atentos a la evolución médica de Lucas y Athan. Pasaron la noche en el lugar, luego de terminar de ser atendidos por sus heridas a todos.

Al siguiente día, habían trasladado a Athan a una habitación, pues ya se encontraba fuera de peligro, y se encontraba descansado, por otro lado, Lucas aún estaba delicado y no salía del cuarto en donde le retenían. Programaron una transfusión de sangre, pues tuvo una hemorragia interna; la situación dio un giro inesperado que ni el doctor esperaba que ocurriese, de estar estable y delicado, Lucas pasó a estar en la duda de su futuro. No querían decirle nada a Athan, para evitar complicaciones con él también.

-¿Cómo está él, doctor?-empezaba la tanda de preguntas del día Olivia.

-Sigue igual. Desde el suceso de la madrugada, seguimos atentos a él, pero realmente se encuentra bastante mal por la hemorragia-respondió.

-No podemos hacer nada más, sino esperar-comentó John notando las ansias e impotencia de Olivia, mientras Agatha oraba en silencio y Eros se encontraba afuera del hospital, escapando del ambiente de tensión.

-¿Cómo le informaremos a su familiares?-preguntó Olivia en su crisis.

-¿En dónde viven ellos?-preguntó John, pensando en soluciones.

-Ellos viven lejos de aquí, antes de los bosques que llevaban al glaciar, en una especie de complejo de casas dentro de la niebla.

-Ya veo. Nos será imposible notificar nada; no podemos volver, tampoco hay medios para enviar a alguien hasta allá-dijo él.

-¿Entonces pase lo que pase con Lucas ellos no sabrán?-refutó Olivia la negativa de John.

-¿Tienes algún plan para comunicarte con ellos?

-No...-respondió ella impotente.

-Debes tener paciencia y esperanza, Olivia. Ya veremos cuáles son nuestras opciones con esa situación luego-dijo John para calmar a Olivia.

Al pasar un rato, Eros entró nuevamente al hospital, Agatha terminó sus rezos y se reunió con los demás.

-Estás muy tenso, muchacho-le dijo Agatha a Eros.

-No es para menos-contestó.

-Ya todo queda en otras manos-agregó ella.

-Será lo que deba ser-dijo Eros llevándose las manos a la cara en señal de agotamiento y miedo por lo que pudiese ocurrir.

Cayó la noche, podían visitar a Athan una hora. Se reunieron todos, alegres por verle mejor, pero a la vez temerosos de que pregunte por la otra cara de la moneda, por Lucas y que deban mentirle a Athan sin saber qué pasaría con él. Conversaron un rato, evadiendo el tema de Lucas, Athan notó esto, pero se lo guardó, Eros le miró a los ojos y supo de la actitud de Athan, por lo que decidió quedarse un rato más con Athan para relatarle la situación.

Al irse todos, John se quedó en la puerta mirando a Eros.

-¿Te quedarás un rato más?-preguntó.

-Sí, conversaré un rato con Athan.

John cerró la puerta luego, sospechando de la actitud de Eros, pero lo dejó pasar.

-Han pasado muchas cosas, ¿eh?-dijo Athan para romper el silencio.

-Muchas cosas es muy poco, Athan-contestó Eros en el mismo tono.

-Me extraña que te quedes un tiempo más. ¿Hay algo especial que desees decirme que no puedan oír los demás?-dijo insinuante Athan.

-Me has descubierto, amigo. Lo hago así, porque sé que de esta manera será más fácil para ti-dijo.

-¿De qué se trata?-preguntó Athan intrigante.

-Se trata de Lucas...-respondió Eros.

-Ya veo. Entonces es verdad-interrumpió Athan-¿Está muy mal, Eros?

-No sabemos qué pueda ocurrir. Puede pasar algo en cualquier momento, según explicó el doctor, pero están atentos a su comportamiento.

-¿Cuánto tiempo tengo de recuperación?

-Máximo, dos semanas.

-Quiero que me lleven a Lucas tan pronto sea posible...-exigió Athan.

-No depende de ti, Athan, depende de tu salud.

-Entiendo-dijo decepcionado.

-De todas maneras, veré qué puedo hacer mañana con el doctor. Yo te avisaré.

-Muchas gracias, Eros.

-No hay de qué, Athan, estamos para ayudarnos el uno al otro, sin importar la adversidad. Creo que ya es hora de irme, no es bueno que me vean fuera de la hora de visita. Hasta mañana-dijo Eros.

-Hasta mañana, Eros.



Athan no durmió bien esa noche, pensando en lo que pudiese pasarle a Lucas y todo lo que acarrearía en su familia. Pasaron los días entre la incertidumbre, pero Lucas seguía igual, con ciertas mejoras, pero ninguna significativa para aliviar la preocupación de los demás.

Pasó el tiempo, y en unos días ya Athan estaba mejor, por lo que lo darían de alta al día siguiente. En ese tiempo, el hospital, por medio de las autoridades, que buscaron la manera para traer a un familiar de Lucas, lo cual hicieron y trajeron consigo a Clark, quien temía lo peor. Lucas se encontraba inestable, pero ya consciente, por lo que, temiendo que no siguiese con vida en unas horas, permitieron que todos hablasen con él, por turnos. Agatha fue primero y conversó con él y oró con él, buscando que las fuerzas divinas sonriesen a favor de la salud de Lucas. Luego fue John, quien se sensibilizó más y le dio un abrazo, sin decir mucho. Olivia estaba abrazada con Athan, no quería entrar, pues temía que fuera una despedida, más allá de una visita. Athan le insistía, pues era importante que todos participasen para animar a Lucas.

Eros, por otro lado, estaba consolando a Clark.

-Iré primero, hasta que Olivia y el señor Clark estén listos-dijo Eros.

-¿Cómo estás, amigo?-preguntó a Lucas, el cual estaba pálido y débil, con tristeza en sus ojos.

-No muy bien, Eros-dijo.

-Ten algo de esperanza, podrás superar esto. Además, a tu padre le han traído para verte.

-Ambos sabemos que es probable que muera, Eros, no me mientas así, no te mientas así... ¿Mi padre vino? Lamento que tenga que verme en estas condiciones.

Eros se silenció y Lucas prosiguió.

-Hay algo que me gustaría hacer...

-¿De qué se trata?

-Quiero hablar con Olivia.

-¿Olivia? No está muy bien, Lucas, no quiere entrar. Tiene mucho miedo de perderte-advirtió Eros.

-Por favor, tráela con Athan si deseas, debo hablar con ella-dijo él insistente.

-Haré lo que pueda-contestó Eros.

Eros salió del cuarto y anunció que Lucas deseaba hablar con Olivia. Ella, se volvió hacia Eros algo extrañada e impresionada.

-Hay que hacerlo, Olivia. Debes hablar con él ahora que más nos ha de necesitar-le dijo Athan.

-No puedo... No puedo ahora-respondió.

-Deja que primero vaya el señor Clark, después iré yo, prométeme que después de mí irás tú, Olivia.

-Lo haré-dijo Olivia después de unos segundos de silencio, tomando fuerzas para enfrentar la situación.

Pasó Clark y abrazó a su hijo.

-Perdón, padre-dijo Lucas.

-No debes pedirme perdón por nada, Lucas. Llevaste en alto el apellido de nuestra familia en este viaje y cuando enfrentaste los obstáculos que se presentaron-dijo con lágrimas en sus ojos su padre.

-No llores, padre. Pase lo que pase, sabes que te amo a ti y a mi madre; no quiero que estén tristes-dijo Lucas viendo a Clark llorando-Prométeme que seguirán adelante si algo me ocurre, padre. Promételo, por favor-continuó Lucas en un tono algo desesperado.

-Te lo prometo, hijo-dijo Clark, tomando la mano de su hijo.

Continuaron conversando padre e hijo por bastante tiempo, mientras Athan observaba a Olivia, quien se había calmado un poco más. Cuando menos lo esperaron, salió Clark de la habitación e invitó a Athan a pasar.

Ya en la habitación, Athan saludó a Lucas y se sentó a su lado.

-Tienes un buen semblante, me alegro mucho, Athan-comentó Lucas.

-Tuve suerte, amigo, tuve mucha suerte. Espero te recuperes tan pronto como yo lo hice.

-Eso esperamos todos-dijo de manera escéptica Lucas.

-¿A qué viene ese tono, Lucas?

-Cada vez me siento más débil, Athan, no siento mejoría alguna. Siento que será inevitable mi muerte...

-No digas eso, por favor.

-Por eso quiero hablar con Olivia.

-Tienes mucho interés por hablar con ella, ¿qué ocurre?

-Algo que ha estado retumbado en mi mente desde que conversé con John, antes de que nos encontrásemos con esos dos de Ex Mortis.

-¿Qué quieres decirle?

-No es algo que quiera decirle, Athan, no puedo dejarle esa carga emocional a ella.

-¿Acaso la amas? ¿Es eso?

-Sí, estoy enamorado de ella-dijo firmemente.

-Creo que debes decir tus sentimientos como corresponden, amigo.

-No se lo diré. Si muero, ¿qué hará ella con todo lo que dije?

-¿Quieres que haga algo al respecto?

-Ya lo has hecho, amigo, eras el único al que podía decirle esto...

-¿No hay nada más que pueda hacer por ti?

-Una cosa más... Cuida de Olivia, por favor.

-¿Cómo que la cuida? ¿Ya te estás entregando tan fácilmente a la muerte?-refutaba Athan rabioso.

-Si sintieras lo que he de sentir yo en esta cama, tú también lo estarías, Athan. Es por eso que te confiero a Olivia y su futuro. No la conocí como quería, pero ya será en otra oportunidad divina. Además, yo sé que tú también sientes cosas por ella, no lo niegues, te conozco bien.

-No digas esas tonterías, Lucas.

-Vamos, es obvio, Athan, te has guardado eso sabiendo de mi interés, esto no es nada nuevo para ti. En este viaje pasaron muchas cosas, y Olivia fue una de ellas.

-No puedo hacer tal cosa, amigo...-decía quebrándose Athan.

-Sí puedes, te pido hacer lo que yo nunca podré, se trata de tomar riendas sobre tus sentimientos y amar libremente, cosa que no podré hacer yo.

-Es que me estás diciendo todo esto tan rápido, Lucas, no es algo que pueda asumir así.

-Lo sé, por eso seré paciente, así el tiempo no me dé, seré paciente, pero sé que harás lo correcto, Athan, es por eso que eres distinto a los demás Lucerna.

-Eso espero, amigo.

-Gracias por todo, Athan-dijo Lucas con una sonrisa.

Athan salió de la habitación y le hizo señas a Olivia para que entrase, esta tomó fuerzas y lo hizo, al entrar ella, Lucas se sonrojó un poco.

-Hola, Olivia-dijo en un tono tímido.

-¿Cómo se siente, joven Lucas?

-Por favor, deja la cordialidad, ya tenemos confianza para llamarnos por nuestros nombres sin ninguna clase de modismos.

-Está bien-dijo ella sonriente.

-Ha sido un viaje lleno de emociones, pero realmente me ha encantado conocerte a ti, a tu madre y a los demás. No todo salió como queríamos, pero a veces es así la vida.

-Lo único que deseo es que te mejores-dijo ella.

-Es difícil, pero ojalá sea posible. Yo sólo deseo una cosa de ti, Olivia.

-¿Qué quiere que haga por usted?

-Quiero que seas feliz y dejes tus miedos, sin importar qué.

Olivia quedó extrañada con esta petición de Lucas.

-No preguntes por qué, sólo cumple con lo que estoy diciendo, por favor.

-Está bien, Lucas.

-No basta con eso, promételo-insistía Lucas.

-Lo prometo.

-Eso está mucho mejor-dijo él bajando su cabeza hasta la almohada, sintiéndose más aliviado consigo mismo.

Cayó la noche y todos se reunieron para orar por Lucas, en una de las habitaciones que prestó el hospital. La luz había fallado en esa parte del hospital, por lo que utilizaron velas para tal ritual. Todos decidieron unirse, menos Athan, quien atravesó por cierta desesperación al sentir malestar dentro de sí, no un malestar físico, sino espiritual, emocional... Se fue a la habitación donde estaba Lucas.

-¿Qué haces aquí?-preguntó Lucas en un tono mucho más débil que la última vez.

-No lo sé, siento que debo estar contigo. Fue como hace años, cuando te hallé guindado del risco, pero siento que esta vez no podré salvarte...

-Por eso somos humanos, ¿no? Pero también logramos hacer cosas buenas, como las que has hecho tú. Lo importante es estar dispuesto siempre, como lo estás en este momento.

Athan empezó a llorar y se arrodilló ante la cama de Lucas, bajo la luz de la luna llena que se asomaba de entre las nubes negras.

-No llores, amigo-dijo Lucas, con algunas lágrimas en sus ojos-No llores, porque me contagias de tu tristeza, ¿no te das cuenta de ello?

-¿Cómo no llorar, Lucas? Has sido de los pocos buenos amigos que he tenido, a pesar de la distancia y el tiempo, hemos vivido grandes cosas juntos.

-Lo sé, y es precisamente por eso que nos volveremos a ver-contestó Lucas, tomando los puños de Athan con sus manos débiles y pálidas.

-Cuidaré bien de Olivia, no sé cómo, pero lo haré.

-Eso lo sé. La cuidarás a ella y velarás por la justicia, como si los dos estuviéremos juntos por la eternidad.

-Los demás están afuera, orando por ti en medio de la oscuridad.

-Me he despedido de todos, lo hice bien con Olivia y eso me tiene en paz-dijo con sus ojos cerrados Lucas, con su cara iluminada por la luna llena.

-¿Lucas? ¿Qué ocurre? ¿¡Lucas!?-preguntaba Athan viendo cómo se desvanecía su amigo.

-Es hora de irme ya, Athan. Fue un placer haber servido a esta gran causa... Confío en ti y en tu promesa. Nos veremos en otra vida, cuando debas rescatarme de otro risco-dijo sonriente Lucas, para luego dejar caer sus manos sobre las sábanas que le cubrían.

Athan se postró sobre él, llorando como jamás él había llorado. Lucas había muerto. En la otra habitación, en medio de la intensa oración, las velas se apagaron de la nada, colmándolos a todos de oscuridad. John abrió sus ojos, se había dado cuenta que una fuerza extraña se había manifestado; la oración terminó inmediatamente y se dirigieron rápidamente a la habitación de Lucas. Lo que hallaron fue a Lucas, como si estuviere durmiendo en el sueño más profundo, con el rostro plácido y tranquilo, y a Athan llorando, tomándole de sus manos. Por la escena se dieron cuenta de lo que ocurrió. Olivia salió corriendo buscando los doctores, Agatha corrió hacia Athan para levantarlo y revisar a Lucas, John fue tras Olivia, Clark se llevó las manos a la cabeza y se desmoronó hacia el suelo, en llanto, Eros estaba paralizado, recordando el viaje con Lucas, y a la vez, recordando su infancia con sus padres vivos; recordando su sueño.

Llegó el día siguiente, ya había terminado los trámites Clark para llevarse a su hijo a Coryza y enterrarlo allá junto a los familiares caídos en la época de la persecución de los Muneris. Todos estaban tristes y fríos, aún non asimilaban la situación. Ya en la

tarde, Clark se había marchado con las autoridades correspondientes de Pileus hacia Coryza, mientras que los demás decidieron continuar con lo planeado; encontrarse Athan con su padre para dejar a salvo a Olivia con su madre de las manos de su hermano y Rudd Donceur, de allí todo quedaría en manos de su padre, pero Athan pensaba en cambiar la situación, por la promesa hecha a Lucas, quiso quedarse en Pileus. Pero no quería hacer esto sin conversar antes con Eros de las opciones que tenían a disposición.

Al recoger todo, salieron del hospital e iban en camino a la casa del padre de Athan en la ciudad. Mientras que Mors Mare y su mano derecha estaban dentro de la ciudad, al tanto de la situación.

-Irán a la casa Lucerna en esta ciudad, eso es seguro. Fue lo que nos dijo Bernard-dijo Hans.

-Pues hay que ir en este momento, no perdamos el tiempo. Han causado muchos problemas y es hora de terminar con todo esto. Me da asco tener que meter mis manos en esto, pero hay que hacerlo, en vista de que John está involucrado...-comentó Mors.

-Tomemos los caballos-dijo Hans.

Así partieron ellos, hacia la misma casa a donde iba Athan con los demás. Otra masacre podría ser consumada, otra víctima podría ser cobrada. Esta era la maldición del linaje de Athan y los Lucerna, la maldición que atacó a la vida de los demás.

## Parte X: *“El Beso de la Venganza”*

Concentrados en el camino, iban Eros, Athan y John escoltando a Olivia y a Agatha, hasta la casa Lucerna de Pileus. Desde el hospital estaban a unos 10 minutos de recorrido. Llegaron a la casa, Athan se identificó con los trabajadores en la casa y accedió junto a los demás. Su padre se encontraba en otro lado de la ciudad, pero volvería para el mediodía, mientras tanto, Athan aprovechó que Olivia dormía y que Agatha estaba en la sala junto a John para conversar con Eros. Fueron hasta la terraza en el segundo piso para conversar en privado.

-Hay que organizarnos con lo que viene de ahora en adelante, Eros-anunció él.

-¿Qué tienes en mente?

-El plan al principio era dejar en una especie de situación de asilo a Olivia y a doña Agatha con mi padre en esta casa, para contactar a los demás integrantes de la familia Muneris, todo bajo perfil, y así lograr un acuerdo en donde o ellas se van junto al resto de su familia o se quedan aquí el tiempo que sea necesario, pero creo que hay que cambiar un poco los planes. Creo que lo ideal es conversar con mi padre y enviar directamente en un carruaje a Olivia y a su madre junto con el resto de su familia, pues sabiendo que Bernard, un Lucerna, es quien está detrás de ella, correría peligro estando en la boca del lobo.

-No suena muy conveniente eso tampoco, pues Bernard se enteraría y comenzaría una segunda persecución en masa de toda la familia-dijo Eros.

-Es lo que nos queda, pues ahí entro yo. No retornaría contigo a Aurora, me quedaría aquí organizando todo para llevar a Olivia segura hasta sus familiares-argumentó Athan.

-¿Estás seguro que podrás tú solo con todo esto?

-Lo estoy. Puedes quedarte un tiempo e irte luego a atender tus asuntos en el pueblo.



-Me parece. ¿Y planeas volver a Aurora luego?

-Lo haré alguna vez, es mi hogar después de todo.

-Confío en que todo te irá bien, Athan. Es mejor que parta a partir de mañana temprano. ¿Desde aquí a Aurora cuánto tiempo hay de viaje?

-A caballo te será de par de días, pues Pileus queda más cerca de Aurora que de Coryza. Puedes tomar uno de los caballos del establo, cuando llegues a Aurora lo dejas en nuestra casa.

Y así ellos se organizaron, Eros partiría al día siguiente a Aurora, mientras que Athan organizaba el viaje de reencuentro de Olivia, Agatha con el resto de los Muneris. Ya era mediodía y el padre de Athan había arribado a la casa. Se reunió con Athan en una habitación y se dispusieron a conversar para crear un plan de ayuda a los Muneris.

-Sabes que esto será difícil manejarlo teniendo a un Donceur tras ellas, ¿no?-dijo su padre.

-No sólo él, también Bernard está participando de esto. Hasta contrataron a un grupo de asesinos para hacerse con las Muneris. Esto escapa de la simple policía, pero debe haber algo con lo que podamos responder, padre.

-Sí lo hay, recuerda que cada ciudad tiene su propia legislación, Pileus comparte la misma legislación que otras ciudades del norte. Podremos responder legalmente aquí.

-¿Cuál sería el castigo?-preguntó Athan.

-De a 30 a 40 años en prisión. Se catalogaría en extorsión este tipo de crimen-explicó su padre.

-¿Y cómo les atrapamos?

-Ya ese asunto es complejo, hijo. Pero tenemos a favor el fallecimiento del hijo de Clark, más la extorsión en sí misma sobre las Muneris. La Ley de Pileus es muy fuerte y con buenas pruebas podremos hacer justicia sin necesidad de más sangre.

-¿Y qué haremos con Bernard?

-Él se alejó hace mucho de nosotros...-dijo en un tono triste y decepcionado-Lamentándolo mucho él fue envenenado por los ideales del resto de los Lucerna. Creció con una semilla mala que ya tiene sus frutos y no podrá ser erradicado-continuó diciendo.

-¿Entonces pagará con la misma moneda?

-Irá a la cárcel también, con todo el dolor de mi alma, pero debe pagar por el daño que ha causado-contestó.

-Siendo así la situación, pues es cuestión de hacer las cosas formalmente. Aún no podemos enviar a Olivia y a su madre con el resto de los Muneris, deben declarar primero-justificó Athan.

-Pero no deben quedarse aquí, pues esta propiedad es alcanzable por Bernard y puede causar un alboroto que podemos evitar si las enviamos a otro lugar.

-¿A dónde las podemos enviar para que estén protegidas?

-A un hotel. Yo me encargaré de ello. Tú encárgate de explicarles la situación y lo que haremos a ella.

Al terminar la conversación, el padre de Athan empezó a hacer llamadas en su despacho, mientras que Athan se dirigió hacia la habitación donde dormía Olivia para despertarle y así confirmarle lo que pasaría próximamente. Ya reunidos todos en la sala de la casona, Athan se dispuso a anunciar los planes a seguir.

-El plan es el siguiente: Vamos a movernos por las vías legales de Pileus para juzgar a mi hermano y a Rudd Donceur. Es probable que todo salga bien pues tenemos a favor la persecución a la familia Muneris, y los registros médicos sobre la muerte de Lucas, con esto podremos acabar con esta tormenta que nos persigue.

-¿Y qué será de Ex Mortis?-preguntó Eros.

-Debemos esperar su reaparición.

-Cuando aparezcan nuevamente, será muy tarde-anunció John.

-Estaremos resguardados por la seguridad de la casa.

-No será problema para ellos. No son cualquier grupo, Athan, me sorprende que después de vivir todo lo que vivimos y que

haya muerto un compañero, no te hayas dado cuenta aún. ¿Acaso la Ley de la ciudad se ha movilizadado con respecto a Lucas?

-Eso depende de nosotros, John.

-Con una Ley que funcione de esa manera, estamos perdidos, Athan.

-¿Qué recomiendas tú entonces?-preguntó Athan en un tono desafiante.

-Propongo ubicar al resto de la familia Muneris que está en exilio y llevarnos a Olivia y a Agatha. Ex Mortis nos perseguirá y deberemos responder. Y con respecto a tu hermano y su amigo, pueden hacer lo que quieran con ellos.

-Creo que la opción que propone Athan es la más indicada. En medio de la polémica, Ex Mortis no podrá atacar como acostumbran-dijo Eros buscando alivianar el ambiente.

-Está bien, es como sea de su preferencia, mientras todo salga bien-dijo John.

-Llevaremos a Olivia y a doña Agatha a un hotel, bajo mi cuidado, mi padre está haciendo los contactos. Declararán en contra de Bernard y Rudd, y todo será resuelto.

-¿Seguro que todo eso funcionará?-preguntó Olivia.

-Lo es. Confía en mí-respondió Athan.

Había alguien escuchando la conversación. Uno de los trabajadores de la casa, el cual al terminar de escuchar detrás de la puerta lo que decía Athan, se dirigió sigilosamente hacia donde estaba el padre de él para confirmar que era cierto el contacto a los hoteles. Se asomó desde el borde de la puerta, escuchando la conversación. Ya el padre de Athan había confirmado un hotel para mañana, se trataba del hotel Pileus, el más caro de la ciudad y el más seguro. El mayordomo se volvió hacia sus aposentos, aprovechando que todos estaban concentrados en la situación de las Muneris.

-Ya tengo los datos...-dijo él.

-¿Estás confirmando ya el siguiente paso?-preguntó Bernard.

-Sí. Mañana por la mañana se llevarán a las Muneris al hotel Pileus. Planean ejecutar una demanda contra usted y el señor Rudd.

-¿Entonces se trataba de eso? Bien hecho, Rolph, lo has hecho bien.

-Siempre a su orden, señor Bernard-respondió el mayordomo.

Tras colgar, Bernard se dirigió a Rudd.

-Las llevarán al hotel Pileus mañana temprano, debemos evitar que eso suceda-dijo él.

-Contactemos a Mors. Debemos intervenir en la casa Lucerna antes que eso ocurra, sea a por las buenas o por las malas-sugirió Rudd mientras se servía un vaso con whisky.

-Le llamaré-dijo Bernard.

Buscó el teléfono de nuevo y contactó con Mors, mientras este se encontraba en las cercanías de la casa de los Lucerna.

-Sé en dónde están ellos-dijo directamente Mors.

-¿Ya olvidaste los buenos modales?-preguntó Bernard.

-¿Qué desea usted?

-Tengo información útil para ti.

-Interesante... ¿De qué se trata, Bernard?

-Mañana por la mañana llevarán a las Muneris al hotel Pileus, si eso ocurre, lo perderemos todo. Debemos secuestrarlas antes, en la madrugada preferiblemente.

-Me complica las cosas, Bernard. ¿Por lo menos tiene idea de cómo entrar sin ser detectados?

-Es fácil. Duerme a los guardias de la parte trasera de la casa, o bien puedes esperar al cambio de turno para esperar a la noche entre los jardines. Para entrar a la casa deberás entrar desde el sótano, ya desde adentro es cuestión de movilizarse entre las habitaciones vacías y revisar cuál es la de las Muneris. ¿Entendido?-explicó Bernard, mientras Rudd miraba desde la ventana de la lúgubre cabaña en la cima de una colina aledaña a Pileus, cuyo edificio más alto se apreciaba con facilidad, se trataba del mismo hotel Pileus.

-Deberás sacarlas sin mucho alboroto, o mejor dicho, sin ninguna clase de ruido. No mates a nadie a menos que sea un caso extremista y necesario, de resto deja vivo a mi hermano y a sus compañeros, son simple basura. Traerás a las mujeres hasta esta cabaña donde nos reunimos la primera vez. Tráelas vendadas, así será difícil rastrearnos luego. Cuando todo esto se dé satisfactoriamente, te entregaré la otra mitad de tu preciado oro...

-Entendido. ¿Sabe? Me encanta cuando los negocios son así de esta manera, tan claros y tan exactos, sin ninguna clase de niebla entre las dos partes-dijo agasajado Mors.

-Un hombre de negocios, siempre busca lo mejor para ambas partes-dijo sonriente Bernard.

-Hans, cambio de planes, debemos esperar en la parte de atrás de la casa. Te contaré los detalles luego-dijo Mors a su mano derecha al trancar el teléfono.

Cayó el atardecer y Mors junto a Hans, armados hasta los dientes, esperaron entre los arbustos de un terreno abandonado ubicado cerca de la parte trasera de la casa de los Lucerna. Todo estaba listo para proceder con los planes con las Muneris, así que debían dormir temprano. Pidieron asistencia a John para hacer declaraciones contra Ex Mortis, por lo que se quedó también, Eros partiría temprano a Aurora; esos eran los planes a seguir.

-Ya es hora-anunció Mors-movilicémonos-agregó.

Era el cambio de guardia, saltaron el muro y se escondieron entre los jardines. Los guardias de la noche estaban en su sitio, Hans miraba a todos lados desde las sombras buscando por alguna puerta o ventana.

-Iremos al sótano. Sígueme-dijo cortante Mors sin esperar a nada.

Abrieron la ventana con cautela y se escabulleron en las penumbras del sótano.

-Debemos esperar un rato más por ahora. Hasta que todos duerman. ¿Entendido?

-Entendido. Repasemos mientras tanto lo siguiente-dijo Hans.

-¿Qué deseas repasar?

-¿Cómo escaparemos con la carga de esas mujeres sobre nosotros? ¿Hay alguna vía de escape?

-El mayordomo de Bernard nos ayudará con ello. Él escuchará la señal a eso de las 3 am. y nos llevará a la cochera para llevarnos en un auto.

-Siendo de esa manera, es cuestión de tiempo...

Cayó el silencio de la noche en su momento más oscuro, sin siquiera la luna presente, como si su visita anterior hubiese sido un espejismo de temporada. Sólo las estrellas estaban presentes sobre el firmamento de Pileus. Mors y Hans, sigilosamente, irrumpieron a los adentros de la casona. Mors hizo un ruido con sus labios, similar al ruido que hace un grillo, a los minutos de este sonido, desde la planta alta, hizo señas el mayordomo, que luego bajó y anunció que iría a la cochera a preparar el auto donde partirían con las víctimas. El mayordomo se fue y Mors procedió, junto a Hans, a revisar las habitaciones de la planta alta. Ubicaron la de Eros, la de Athan, y luego la de las Muneris. Mors tomó la oreja de Agatha y la apretó con sutileza para evitar que despertase de su sueño. Mors la cargó e hizo señas para que Hans hiciere lo mismo con Olivia, pero no contaron con que Olivia pudiese estar entre dormida, Olivia escuchó cómo entraron en la habitación, y al momento en que Hans le tocó la oreja, ella abrió los ojos y comenzó a gritar. Mors hizo señas a Hans para correr y dejarla a ella, y así fue. Bajaron rápidamente las escaleras, mientras Olivia pedía auxilio. Se dirigieron a la cochera y el auto partió a máxima velocidad. Todas las luces de la casa fueron encendidas.

-¿¡Qué ha pasado!?-preguntó sorprendido Athan.

-¡Se han llevado a mi madre! ¡Se la han llevado!-gritaba Olivia.

-¿¡Cómo ha sido posible!? ¡Llamen a la policía! ¡Rápido!-ordenó Athan al personal de la casa.

-Fue Mors-dijo John-Debemos ir a por ellos-agregó.

-¿Qué ha ocurrido?-preguntó Eros preocupado.

-Han secuestrado a Agatha y estuvieron a punto de secuestrar a Olivia, sino hubiese gritado, hubiese ocurrido una tragedia mayor-explicó Athan.

-Yo saldré. No podré esperar a que la policía haga algo conociendo cómo opera Ex Mortis.

Por otro lado, Mors y Hans se detuvieron en un callejón de la ciudad para planear el secuestro inmediato de Olivia.

-No podemos irnos con una sola, debemos capturar a la otra primero-dijo Hans.

-La única manera es a la fuerza, además, nos han tomado la pista, en cualquier momento nos interceptarán-comentó Mors.

-Vayamos a la fuerza, es lo que queda. Antes que se acumule la búsqueda de la policía; es nuestra única opción y lo sabes.

-Hagámoslo rápido.

Se volvieron hacia la casona con Agatha en brazos de Mors, como rehén. Llegaron a las cercanías de la casa, estaba la policía en sus carruajes y el personal de la casa afuera de ella, mientras que Eros y el resto permanecía adentro por seguridad. Mors salió del auto con Agatha consigo y un revólver.

-¡Aquí la tienen!-gritó él, a lo que todos voltearon y contemplaron-¡Traigan a la otra mujer y nadie saldrá herido!-amenazó.

-¿¡Estás loco!? ¿¡Te presentas así sin más!?-le gritó un policía a lo que Hans respondió disparándole en el pecho, cayendo muerto de forma inmediata.

-Eso es lo que ocurre cuando no cumplen las exigencias que se les impone. ¡Esto no es un juego! Si ella no sale en este momento, otro morirá-dijo Mors con la mirada llena de odio.

Al ver que nadie hacía nada, Hans y Mors se miraron y luego empezaron a disparar a todos los presentes, cayendo todos muertos y causando alboroto en las calles, ante la mirada de Athan desde una de las ventanas de la segunda planta.

-Hay que dispararles-dijo John.

-¡Esto está fuera de control, John!-le dijo Athan de manera descontrolada.

-¡Si no lo haces tú, lo haré yo!-dijo John tomándole de los puños de su camisa.

John tomó sus armas y bajó directamente y salió para encontrarse con Mors y Hans.

-¡Mira quién acaba de salir!-gritaba gustoso Mors-¡Esta no podía ser una noche mejor!-agregó.

-¿Te atreves a dar la cara de esa manera después de traicionarnos?-le preguntó Hans con arma en mano.

-¿Se atreven ustedes a mostrarse así y matar a todas estas personas? ¿No les bastó con dominar y extorsionar a todos los que atravesaron el glaciar por pura necesidad?

-¡Silencio!-le gritó Mors-Como te darás cuenta, soy un ser bastante misericordioso con todos los que son de mi confianza, y tú lo fuiste, John. Deja el arma, trae a Olivia, y todo terminará.

-Eso no pasará, Mors.

-Bueno... Lo quise hacer por las buenas, pero creo que debo matarte. Prometiste mucho, pero te dejaste pudrir por la rutina humana-dijo Mors apuntando su arma para disparar a John, a lo que este reaccionó y se lanzó a la entrada de la casa.

-Me entregaré-dijo Olivia.

-No puedes hacerlo-le dijo Eros.

-¡Es mi madre la que corre peligro! ¡Si me entrego se acabará esto!-exclamó ella.

-Mucha gente ha muerto ya, Olivia, no te puedes entregar. Debe existir alguna solución-le respondió Eros buscando apasiguarla.



John se encontraba oculto en los jardines frontales de la casa, Hans se movilizó para confrontarse con él, mientras que Mors decidió marcharse con Agatha, pues las demás fuerzas policíacas se empezaron a dirigir hasta el lugar. Quedaba Hans cazando a John en las afueras de la casa, sabiendo que su derrota era inminente apenas arribasen las demás patrullas. Las calles estaban abandonadas, sólo el miedo las llenaba. John salió desde los arbustos del jardín y cayó encima de Hans; empezaron a forcejear, hasta que Hans se liberó. Este sacó su revólver, pero John le piso la mano con fuerza, destrozándole los huesos de su mano izquierda. John tomó el revólver y, sin pensarlo demasiado, disparó a quema ropa, terminando fácilmente con la mano derecha de Mors, quedando solamente él. John corrió a la casa y pidió ayuda para perseguir a Mors y rescatar a Agatha, a lo que Athan aceptó, al igual que Eros, le pidieron a Olivia quedarse en la casa resguardada por la policía.

Tomaron un auto y siguieron los rastros de Mors.

-Quizás se vaya a encontrar con mi hermano-comentó Athan, quien iba sentado al lado de John, el que tomó el volante.

-Debemos ser precavidos; no sabemos si hay más personas esperando junto con Bernard-opinó Eros.

-Eros tiene razón. Quién hubiere pensado que volvería a esto, a matar-dijo John concentrado en el camino.

Mors llegó a la casa del encuentro estipulado por Bernard, en las afueras de la ciudad.

-¿En dónde está la hija?-preguntó Bernard, ante la mirada disconforme de Rudd.

-Nos acorralaron antes de salir. Fue una suerte salir con la anciana en brazos-se excusó Mors sin titubear.

-Acordamos que traerías a ambas, no a una. No me importa lo que haya sucedido allá; para eso ustedes son asesinos, mercenarios, lo que deseen llamarse ustedes que sean-decía Bernard, mientras Mors, en silencio, apretaba sus dientes por los

insultos que él hacía a su organización-No puedo creer que se hayan dejado derrotar por una seguridad tan básica. ¿Y qué estás esperando? ¡Ve por la otra mujer!-le terminó exigiendo a gritos a Mors.

-Aclarando las cosas: No soy sirviente suyo. Nadie me dice qué hacer ni cómo hacerlo. No le mato en este instante, por el compromiso del dinero, el negocio... Así que debes respetarme a mí y a mi grupo-dijo Mors, con su revólver apuntando a la cara de Bernard.

-No puedes exigir respeto de esa manera-dijo Bernard en tono burlón.

Mors no toleró más y disparó rozándole la mejilla hacia la pared que tenía Bernard a sus espaldas, este cayó al suelo sorprendido tomándose de la mejilla, la cual empezó a derramar su sangre.

-Exijo como me plazca, espero se acostumbren a eso. Y a penas terminemos con esto, quiero que no vuelvan a contactarme, que no me busquen nuevamente, o ustedes se convertirán en mis víctimas... El dinero no podrá salvarles, se los voy advirtiendodijo de salida Mors, ante Rudd el cual estaba callado, atendiendo la herida de Bernard.

Mors se topó con la llegada de John, Athan y Eros, a lo que respondió con disparos.

-¡Agáchense! ¡Yo me enfrentaré a Mors! ¡Ustedes encárguense de rescatar a Agatha!-les gritaba John.

-¡Debemos salir por atrás, Athan!-le dijo Eros tomándole por la camisa.

Bernard se dio cuenta que estaban al descubierto, por lo que hizo señas a Rudd de huir del lugar por los bosques que estaban cercanos a la cabaña. Tomaron a Agatha consigo y salieron.

-Vamos a la casa desde las rocas que están a la izquierda, Eros-le dijo Athan señalándole un cúmulo de rocas grandes al borde de un pequeño risco. Eros accedió y se escabulleron entre las rocas, mientras Mors intercambiaba disparos con John. Entraron a la casa y vieron que no había nadie y todo hecho un desorden, sólo

vieron otra puerta, una trasera, que conducía a la colina nuevamente, pero con una ruta hacia los bosques, la cual decidieron seguir. Mientras tanto, Mors luchaba con John, ambos se habían quedado sin balas.

-¿Por qué decidiste involucrarte en esto, John? ¿¡Por qué!?-le gritaba Mors.

-Era hora de hacer unos cambios en mi vida y ayudar a los demás, así tuviere que romper con las reglas-respondió él.

-Ya sabes lo que ocurre cuando me traicionan. Tú lo has visto muchas veces, John, y ahora debes sufrir la misma condena.

-Deberás luchar para que eso suceda.

John sacó una daga de su chaqueta y Mors sacó una cuchilla de uno de los tantos bolsillos de sus ropas. Empezaron a estudiarse fríamente, sin quitarse la mirada uno del otro. Se abalanzó John sobre Mors y este le esquivó, intentó asestarle un golpe mortífero y certero sobre su espalda, pero John logró esquivarle. Era una lucha estratégica de vaivenes de golpes y cortadas. Ninguno podía con el otro, era una lucha balanceada que dependía de un fallo garrafal para que cualquiera pudiese ganar.

-No peleas nada mal, John. No has perdido la práctica.

-Me gustaría decir lo mismo de Hans-contestó John.

-¿Acabaste con él tan rápido?-preguntó Mors sorprendido.

-Su punto fuerte siempre era la distancia, se confió mucho y entró a la casa, era cuestión de tiempo-respondió John.

Por otro lado, Eros y Athan se internaron en los bosques tras la pista de Rudd y Bernard. No tardaron mucho para hallarles no muy lejos.

-Debemos tener cuidado, no sabemos si poseen armas-dijo Athan advirtiéndole a Eros.

-Pero no podemos perder su rastro. No sabemos si tienen un vehículo cerca de estos bosques.

-Apresuremos el paso entonces.

Lograron alcanzar a Bernard y Rudd, los cuales estaban yendo vía uno de los ríos que están cercanos a la ciudad, en este caso el río más ancho y largo de la región, donde les aguardaba un pequeño bote.

-¡Deténganse!-gritó Athan, haciendo que Bernard girase su mirada hacia él.

-¡Ustedes! ¡Rudd aborda con la anciana!-exclamó Bernard.

-¡No irán a ningún lado!-respondió Athan disparando hacia el bote, creando agujeros haciendo que el bote mismo se empezare a inundar.

Agatha empezó a gritar llena de pavor, pues estaba vendada y no sabía qué clase de infortunio la envolvía.

-¿¡Qué ocurre!? ¿¡Qué está ocurriendo!?-preguntaba a gritos Agatha en su desesperación, cuya única respuesta fue Rudd golpeándola para que se callase dentro del estrés que él atravesaba.

-¿Van a rescatar?-preguntó Bernard.

-Eso y pagarán ustedes por ser los creadores de toda la masacre que nos arrastró a esto-contestó su hermano.

Bernard se silenció y Athan continuó hablando mientras Eros y él se acercaban lentamente hacia la orilla del río.

-¿Por qué hacen esto? ¿Cuál es la razón por la que ustedes persiguen a las Muneris? ¿¡Qué tanto puede valer un tesoro!?-preguntaba iracundo Athan ante el silencio de Bernard y Rudd-¿No les basta el dinero y el poder que les han concedido ambas familias? ¿Por qué llegar tan lejos? ¡Contéstame!

-Nunca lo vas a entender, hermano-fríamente respondió Bernard.

Athan no se contuvo y corrió hacia Bernard, Rudd intentó sacar su arma, mientras retenía a Agatha, pero Eros se lo impidió apuntándole con su pistola, la cual no tenía balas. Athan tomó a Bernard por los puños de su camisa.

-¿Eso es lo que responderás? ¿Sabes cuántos han muerto de ambos bandos, cuántos inocentes han muerto por tu capricho?

-Se trata de que yo alcance la cúspide, Athan. Ir más allá de esta fachada de hijo de personajes ricos, un crío de cuna de oro. Ese tesoro es mi boleto para ello. Para salir de este capullo que siempre me ha tenido asfixiado... Es por ello que siempre te odié, Athan; siempre fuiste débil, conformista. Eres una vergüenza para nosotros los Lucerna. Eres lo más despreciable que existe... Siempre fuiste más querido por nuestro padre. Siempre atento a tus simplicidades. Siempre soñé con vengarme, con poner a todos de rodillas a adorarme...-le decía en voz baja, casi en susurros, Bernard a Athan ante la mirada asqueada de este, Athan no aguantó más y respondió con un golpe en el rostro de Bernard.

-¿Quieres esto? ¿Quieres pelear conmigo?-dijo Bernard tomándose de su mejilla herida-Esperé por esto desde hace mucho, hermano. ¡Esperé este día para poder vengarme de ti con mis propias manos!-continuó diciendo con euforia.

-¡No tienes perdón! ¡Ni tú ni Rudd!-dijo Athan.

Los hermanos Lucerna empezaron a combatir una riña que se oscureció más desde la infancia hasta aquel instante. Una riña que sembró la política materialista de una de las grandes familias del país. Rudd empujó a Agatha al suelo, y se dirigió hacia Eros, quien no tenía balas, y Rudd se dio cuenta de esto al ver que no accionó su arma. Estaban todos peleando a mano limpia. Athan lanzó su arma al suelo dejándose llevar por la ira del momento. Era una lucha dantesca, pues Bernard golpeaba constantemente las heridas en las piernas de Athan, este respondía con golpes al pecho y al rostro.

John estaba maltrecho al igual que Mors, el cual, debido a su edad, no aguantó por mucho tiempo el ritmo de la pelea, yacía en el suelo, herido, pero aún más herido estaba John quien fue apuñalado por el hombro y su brazo derecho. No quiso seguir con la ética de un buen luchador, así que fue a por su daga y se la lanzó a Mors, quien no podía moverse por los moretones, este

sólo alcanzó a sonreír, derrotado, pero seguro que John no llegaría muy lejos con aquellas heridas. El filo de la daga le alcanzó la cabeza, causando su muerte inmediata. John no tuvo tiempo de asimilar esto, y bañado en sudor y sangre se encaminó a los bosques para encontrarse con la pelea que tenían Eros y Athan.

Eros pudo colocar las cosas a su favor, debido a que Rudd no era un buen peleador, más si un buen tirador, por lo que, en vista de que sabía que Eros le tenía dominado con su fuerza, Rudd sacó su arma, John vio esto y tomó el revólver de Athan en el barro. Rudd se volvió hacia donde estaba John, quien estaba débil. Intentó dispararle, pero era tarde, John vació el cartucho en su humanidad. Cayó al suelo, y empezó a gritar de dolor, de miedo. John no soportó y cayó de igual manera sobre el barro frío. Athan no perdonó y golpeó con todas sus fuerzas a Bernard, causándole que perdiera la consciencia. Eros fue por Agatha y la liberó. John estaba tendido en el suelo, Eros y Athan intentaron ayudarlo, pero pidió que le dejaran allí, mirando el cielo.

-No vale la pena que hagan algo por mí. Ya esto acabado-dijo él.

Eros y Athan sabían que era tarde, sus heridas eran graves y estaban lejos de la ciudad para salvarle, pues con todo el movimiento que hizo John al llegar al río, perdió mucha sangre en el camino. Se empezaron a oír los ecos de los gritos de los policías que llegaron al lugar.

-Es hora de rendir cuentas por mi pasado, pero... pude salvar el poco presente que tuve... Fui feliz al lado de ustedes, me sentí útil para una buena causa. Me quedaré con esas acciones, lo demás será borrado en la eternidad...-dijo con sus últimas palabras. Las ramas de los pinos empezaron a resonar así como las aguas del río a causa del viento repentino que sopló para llevarse el último recuerdo de John, el pescador.

## Parte XI: *"Retorno al Inicio"*

Pasaron varios días desde el suceso. Desde que la policía se manifestó en aquel río ante los cadáveres de John y Rudd Donceur, lo cual desató la polémica y destapó la olla que tanto se contuvo por muchos años. Bernard Lucerna fue a prisión, los Donceur tuvieron que alejarse de la polémica, pero hubo varios implicados junto a Rudd que están siendo condenados. Fue el funeral de John en Pileus, cuya consecuencia fue la caza furtiva de los pocos integrantes de Ex Mortis que aún rondaban en la oscuridad. Todo se supo y la familia Muneris pudo salir a la luz nuevamente y levantarse. Era temprano por la mañana, Eros partiría a Aurora mientras que Athan decidió irse con Olivia y Agatha a Pietas, una ciudad lejana de Pileus, al norte, en donde se encontraban diversos familiares de ellas que esperaban para reunirse y levantarse juntos como familia. Athan las acompañaría para cumplir su promesa con Lucas. Estaban allí, a las afueras de Pileus, en el camino que llevaría a Eros a casa.

-Espero cuides bien de mi caballo-dijo Athan.

-No te preocupes, cuidaré bien de él. Tú cuida bien de Olivia y su madre. Debes hacer lo que debes hacer-le respondió Eros.

-Soy consciente de ello, no te preocupes. Además, ya estoy mejor de mis piernas, estoy pleno.

-¿Nos volveremos a ver?-preguntó Eros.

-Tranquilo, eso es algo seguro-contestó Athan contento.

-Eso espero, porque no sabré qué hacer con este caballo luego.

-Considéralo un regalo de mi parte, por ayudarme en este gran problema y por tantas discusiones que hemos tenido en este largo viaje.

-No esperaba eso de ti, realmente te lo agradezco, Athan.

-Es lo bueno de las sorpresas, ¿no? Además necesitarás más que las piernas para transitar a futuro. Cada vez que uses el caballo, guárdalo en mi casa, nadie te dirá nada.

-Estupendo. Creo que es hora de partir.

-¿No olvidas algo, Eros?

-¿A qué te refieres?

-A la razón por la cual viajamos tan lejos, aquellos sacos de alimentos que llevarías a casa.

-Yo perdí esos sacos entre tanta tribulación. No te preocupes por ello, Athan.

-Tranquilo, Eros, antes de llegar a la casa de Ciel, pasa por la mía, hay otro regalo allí que te espera.

-¿Has comprado todos los alimentos nuevamente?

-Me gusta devolver los favores completos, ¿qué puedo hacer al respecto?-dijo Athan bromeando.

-Muchas gracias por todo, Athan, espero que nos reencontremos prontamente.

-Yo esperaré a lo mismo. Volveré a Aurora en un tiempo, espero sigas allí.

-¿Qué harás al llegar a Pietas?

-Me volveré intermediario entre la Ley y la familia Muneris, hay cosas que están faltas de información y tardará un poco en cerrar el juicio en este caso tan polémico, así que me encargaré de ello.

Empezó a sonar la campana de la ciudad, y Olivia y Agatha esperaban por Athan en un auto que los llevaría a Pietas.

-Bien, Eros, espero llegues con bien. Saluda a Ciel y a don Livor de mi parte.

-Así lo haré, Athan. Igualmente, espero lleguen bien a Pietas. Que tengan buen viaje-dijo Eros con un abrazo a Athan.

Eros tomó el caballo y partió hacia Aurora en un viaje de 2 días, mirando hacia atrás cómo se alejaba el auto que llevaba a Olivia, Agatha y a Athan hacia un nuevo destino con un mejor brillo para todos. Mientras que Ciel esperaba en la librería desde hacía mucho, cada día, esperando a que Eros llegase de la nada y terminase su preocupación, cada vez que esto ocurría, Livor le brindaba la calma que necesitaba. Ya todo había terminado y



Eros Solus había crecido como persona. La soledad no podía estar más lejos ahora. La tranquilidad no podía colmar más el alma de aquel carpintero que no hacía tanto vivía en soledad con la discordia de su pasado y la frialdad que lo hacía invisible a la gente. Las cosas cambian y el corazón de Eros se acercaba más al de aquel niño juguetón que solía ser antes. Y allí iba Eros, llevándose más que un caballo o un premio, se llevaba una sonrisa de verdad, un regalo que no muchos pueden otorgar en la etapa más fría de la vida.

## Parte XII: *“La Poesía de Aurora”*

Eros viajó sin parar. Sólo se detenía para dormir y para que descansase el caballo. Era de madrugada, el alba se empezaba a asomar entre las montañas templadas. Se avistaba el humo de las humildes casas de Aurora y su panorámico paisaje. Eros había llegado a casa. Todo estaba intacto, como si no hubiere avanzado el tiempo en el pueblo. Las tiendas trabajaban como de costumbre, la gente caminaba de un lado a otro en tranquilidad, preocupados por sus cosas.

Todo el mundo miraba a aquel joven a caballo, con cicatrices de aquella historia en la cual no muchos sabrán que él estuvo envuelto. Saludó a viejas personas del pueblo y se dirigió a la casa de Athan, se bajó del caballo y tocó la puerta. Le atendió la mucama y él entró.

-El señor Athan le dejó esto, dice que es un regalo-comentó la señora mientras le enseñaba a Eros los sacos de alimentos por los que tanto viajó, y un dinero que estaba en un sobre para ayudar a Eros con respecto a la familia Ancora. Eros sólo se sonrió, pensando para sí cuan buen amigo y detallista es Athan.

-Muchas gracias, señora-dijo él amablemente.

Salió de la casa y suspiró profundamente. Ató el caballo a un postal de manera en la parte trasera de la casa de Athan y tomó los sacos con fuerza y se encaminó hacia la casa de los Ancora. Llegó a la casa, agotado, pero entusiasmado a la vez. Tocó la puerta y al rato salió Livor Ancora, sorprendido.

-¡Eros! ¡Has regresado!-dijo con fuerza tras varios segundos de silencio.

-Lamento la demora-contestó Eros con bastante alegría.

Livor le abrazó con fuerza y le dio unas cuantas palmadas a sus hombros.

-¿En dónde se encuentra Ciel?-preguntó Eros.

-Está atendiendo la librería. Vendrá más tarde. ¿Se te ofrece algo de tomar? ¿Alguna bebida caliente?

-No, gracias, don Livor, estoy exhausto. Fue un viaje bastante agotador y lleno de dificultades-relató Eros.

-¿Y qué traes en esos sacos? Déjame ayudarte con ellos.

-Son el pago a su confianza por dejarme quedarme aquí con ustedes. Fue el motivo por el cual viajé, ¿lo recuerda?

-¡Ah! Ya veo. Realmente te esforzaste mucho, muchacho. Ir tan lejos por algo material, debiste volver si te costó tanto.

-Soy un hombre muy cumplido, don Livor. No podía volver sin eso en mis manos.

-Muy bien. Esto lo aprovecharemos todos, incluyéndote, que te quede claro, muchacho. Lo importante ahora es que has llegado y que debes descansar.

-No me gustaría recibir a Ciel dormido.

-No te preocupes por eso, Eros, ella volverá más tarde. Ve a ducharte y a descansar. Te tenemos una sorpresa, pero debes ir a asearte primero-insistía Livor llevando a Eros al baño y cerrándole la puerta. Eros, sin tener la oportunidad de preguntar de qué se trataba, obedeció y se duchó para dormirse en el baño mismo por el cansancio acumulado.

Más tarde Eros despertó, no durmió mucho. Se levantó y salió a la sala, en donde estaba Livor tomando café.

-Te tardaste mucho, muchacho, ¿qué ocurrió?-preguntó Livor.

-Me quedé dormido en el baño después de ducharme-respondió Eros mientras se rascaba la cabeza.

-Eso de dormir donde sea pronto quedará en el pasado-dijo un sonriente Livor-Bien, es hora de mostrarte lo que hicimos para ti-dijo Livor levantándose del sofá para conducir a Eros hacia el patio trasero, en el que tanto trabajó Eros hace meses. Al salir, lo que Eros se encontró fue una pequeña cabaña, una habitación para él.

-Trabajé en esto durante el tiempo en el que estuviste viajando. Espero te guste-dijo orgulloso Livor.

Eros entró y se topó con una cama cálida, una pequeña mesa de noche y una ventana en el techo y en la pared.

-No sabría qué decirle, don Livor. Estoy impresionado-dijo Eros mientras observaba todo con detalle sin poder creerlo aún.

-Esto es un mensaje de que eres parte de la familia, Eros. Has cambiado mucho, para bien, ya no eras aquel muchacho tímido y frío que solías ser. ¿Te das cuenta de lo que hace el afecto?

Eros no dijo nada, simplemente abrazó a Livor, donde, justo en aquel instante, Ciel llegó a la casa, traía unas cosas de la librería, las cuales cayeron al suelo. Ciel quedó petrificada y Eros de igual manera. Livor se dio cuenta que ella había llegado y se sonrió, soltó a Eros.

-Ya ha regresado, hija-dijo él.

-¡Eros!-exclamó ella con lágrimas en sus ojos. Corrió hacia él llena de algarabía para tumbarle al césped con un abrazo. Él estaba sonrojado y apenado, mientras ella le regañaba por haberse ido más del tiempo previsto.

Cayó la noche y Eros empezó a relatar el largo viaje de principio a fin. Contó cuando le robaron sus cosas camino a Coryza y cómo logró recuperar todo. Cuando peleó innumerables veces con Athan y cómo aquel viaje les hizo crecer y madurar. Hubo risas y también tristeza en las palabras de Eros, Ciel lo notaba muy bien. Desde la antigua disputa contra la familia Muneris y la persecución a por su patrimonio escondido en alguna vieja casa de ellos o quién sabe donde según las diferentes historias que el viento se ha llevado consigo. Eros también relató, con su mirada fija hacia la mesa vieja de la sala, como si mirase la película de lo que vivió, las consecuencias de conocer tal historia sobre esa familia. El cómo Athan y él conocieron a Olivia, quien estaba retenida mientras Rudd Donceur y Bernard Lucerna juntaban datos de ella y su familia para crear una redada y conseguir la ubicación del famoso patrimonio. Eros no olvidó la parte en la que huyeron con Olivia, a sabiendas de lo que esto traería.

Aquellas noches largas llenas de miedo y silencio. Aquellos días con la malicia sobre cualquier persona que rondase cerca, porque no sabían si era algún maleante o caza recompensas. Eros habló sobre Lucas Casus. Aquel compañero que les ayudó a cruzar el glaciar, escondite del grupo de mercenarios y caza recompensas Ex Mortis, quienes le persiguieron desde que irrumpieron en su guarida. Eros hizo una pausa, pidió algo de agua, estaba un poco perturbado, pues no era para menos, debido a la cadena de tragedias.

Ciel le tomó de la mano, la tomó con fuerza. Eros le miró claramente triste...

-Mejor no cuentes toda la historia. Mejor es aún que cambiemos el tema, muchas cosas buenas han pasado por acá, ¿no es verdad, padre?-dijo Ciel, Livor asentó con la cabeza entendiendo el mensaje de su hija. Entonces, Ciel se dispuso a contar las ocurrencias de su padre al construir el pequeño cuarto para Eros, el cómo ella llenó un cuaderno pequeño de líneas contando los días de su llegada. Anécdotas sobre clientes necios o despistados. Eros se animó un poco y suspiró de alivio, pues se dio cuenta que ya estaba en casa y que estaba con la gente que más le valoró después de sus padres.

Al día siguiente, Ciel invitó a salir a Eros, a caminar, a recorrer el pueblo y sus alrededores para conversar y tener más intimidad. Se dispusieron a comer el desayuno primero. Ciel tenía una clase de tos nerviosa eventual, ya desde hace un tiempo bajo la rutina de aquella tos.

-¿Qué es esa tos, Ciel?-preguntó curioso Eros.

-Creo que es un resfriado que no ha querido perder sus esperanzas-respondió ella en aires de humor.

-La he llevado al doctor del pueblo, dice que es probable que sea algo que esté comiendo. Hay que hacer un testeo general para ver qué clase de alimento le causa esta molesta tos-comentó Livor mientras tomaba café.

-¿Y qué necesita para hacer tales pruebas?-preguntó Eros a Livor.

-Estoy reuniendo el dinero para llevar a Ciel a Montem, la ciudad que está en la península, hacia el sur.

-¿Y qué hay allá?-preguntó Ciel.

-Es una ciudad que está muy cerca, a unas 2 horas de acá. Es la ciudad más al sur de esta región. No se destaca por riquezas ni nada por el estilo, pero hay buenos servicios, como el servicio médico. Los pueblos aledaños que no logran solucionar sus problemas con los recursos locales, se dirigen a Montem-explicó Livor.

Eros inmediatamente se acordó del dinero que le dio Athan mediante su mucama.

-Yo tengo algo que pudiere ayudar-dijo Eros.

-No digas más, muchacho, has hecho mucho por nosotros, deja que por una vez yo haga el papel de padre aquí-contestó Livor dándole una palmada en su espalda.

-Tranquilo, Eros, todo estará bien. No es tan grave-agregó Ciel, sabiendo que Eros era un hombre entregado y colaborador; muy sacrificado, y ella buscaba que por una vez el dejase de servir a los demás y se dedicase a él mismo.

-Es hora de salir-anunció ella, levantándose de la mesa-Vamos, Eros-dijo prácticamente obligando a Eros a levantarse y a acompañarla, sin más que hacer, Eros obedeció.

Ciel le tomó por el brazo con sus manos blanquecinas y delicadas. Ella estaba vestida como una doncella entre las capas de la nieve que reflejaba entre sus gotas suaves el brillar del sol. Eros la apreciaba en una especie de trance, una cámara lenta mental que detallaba la belleza de su amada. Miraba en la eternidad de su pasión la sonrisa pura de ella. El baile de sus risos dorados al compás del caminar que ellos daban. Extrañaba su voz, sus quejas, su alegría, su tristeza, extrañaba todo de ella y se dio cuenta cuánta falta le hizo estar con Ciel. Le apretó fuerte su

brazo en sintonía con el suyo. Extrañaba la delicadeza de la mujer representada en los ojos perlados y cerúleos de Ciel. La mujer más bella era ella y ella permanecería en esa posición para Eros. Todo comenzó cuando era pequeño y quedó a cargo de Livor Ancora, y le presentó a su pequeña hija, con aquel peinado con flores que tenía y su bondadosa sonrisa inocente y pura. Todo empezó con juegos, conversaciones de niños y afecto. Eros dependía de Ciel siempre. No salía si ella no salía con él. Años eso se convirtió en más que cariño, fue enamoramiento novato por parte de un adolescente que descubrió sus dotes de carpintero y que se mudó a las afueras de Aurora para dedicarse a ello, conservando las cicatrices de la pérdida de sus padres, cuya cura era la visita continua de Ciel, a veces con su padre, a veces sin él, hacia la añeja cabaña situada en medio de la nada donde Eros dormía, comía y vivía. La mayor alegría era verla a ella desde la lejanía o escuchar su voz ante la puerta, anunciando su llegada. Eros fue creciendo como persona ante la sociedad gracias al empeño de Livor y el amor de Ciel hacia él. Luego los años sembraron más intimidad entre ambos. A pesar de la distancia y que Eros se tornó irremediablemente, para entonces, más cerrado en los confines de su celda de manera. Lo único que permanecía como un fuego voraz era el sentimiento hacia Ciel. La llave para desatar tal verdad fue aquel viaje. Aquel crecimiento; un golpe de cruda realidad y madurez para un Eros tímido y cobarde ante los crueles besos burlones de la vida. Ya no era enamoramiento ni tampoco dudas de si era correcto aquel sentimiento que cruzaba las profundidades de su ser o si no lo era, se trataba ya de amor hacia una persona que le acompañó desde los primeros pasos de su vida. Que le acompañó en los momentos agónicos y los más felices de su vida. Todo esto pasaba en la mente de Eros mientras caminaba tomando el brazo de Ciel, quien hablaba sobre todo lo que ha ocurrido en la calle principal del pueblo.

Ciel le hablaba sobre algunas ventiscas que azotaron el pueblo y lo dejaron cubierto de nieve. Sobre el congelamiento del lago sobre el pie de la montaña cercana al pueblo, aquel a donde fueron hace tiempo y vieron a Athan. Ciel le insinuó a Eros ir a patinar alguna vez a aquel lago, por la noche, aprovechando la temporada helada en el pueblo.

Fueron hasta la tienda de comestibles del pueblo. Se sentaron a conversar de las cosas buenas de la infancia juntos.

-¿Recuerdas cuando subiste a aquel pino en el bosque y no podías bajar?-preguntó Ciel a Eros entre las risas que inundaron el ambiente.

-Lo recuerdo bien. También recuerdo que tuvo que venir tu padre a motivarme el lanzarme hacia sus brazos. Sólo se podía escuchar tu risa maléfica-dijo Eros mientras le ponía su dedo índice en la nariz a Ciel mientras ella repetía la risa de aquel día.

-Fueron buenos tiempos aquellos- dijo ella.

-Aún lo son-dijo sonriente Eros, tomando la mano de Ciel, a lo que esta se sonrojó y cambió el tema.

Más tardes ellos se fueron hacia el campo de flores, las cuales estaban congeladas, hacia las afueras de Aurora, por el camino hacia donde estaba la cabaña de Eros.

-¿Qué es esto?-preguntó él.

-Es un campo de rosas-contestó ella tomando una rosa para respirar su perfume.

-¿Hace cuánto que esto estaba aquí?

-Muchas cosas han sucedido desde que te fuiste, Eros-dijo ella sonriente.

-Ya veo. Son hermosas.

-¿Te gustaría caminar entre ellas?-propuso Ciel, emocionada.

-Con gusto-respondió él.

-Las rosas me recuerdan a lo bondadosa que puede llegar a ser la naturaleza. ¿Te imaginas un mundo sin rosas? ¿Sin la belleza que mantiene con esperanzas a este mundo?-contaba ella mientras



acariciaba las rosas del campo-Para mí las rosas representan el amor con el que debemos vivir en este mundo. Una rosa puede hacer la diferencia entre la tristeza y la alegría, pero sus espinas a veces nos hieren... Creo que es porque a veces desconfían en nosotros, como suele pasar entre las personas, ¿no lo crees así?-agregó ella, mientras Eros estaba callado, recordando las malas horas de aquel viaje, las cuales encajaban con lo que decía nostálgicamente Ciel-Lo importante al final es que las heridas sana y las rosas al fin y al cabo siempre se dejan tocar, porque necesitan el roce, el afecto, como cualquier persona que vive y respira en este mundo.

-Son bellas palabras las tuyas, Ciel-dijo Eros.

-Gracias, Eros, es que las rosas me encantan, y así veo yo al mundo, con esperanza y alegría.

-Es algo que me has contagiado con el pasar de los años, y me alegra que así sea.

Ciel se sonrió y continuaron caminando por el campo, hasta llegar a la ruta que Eros tomó aquella vez para volver a Aurora.

-Por acá queda mi vieja cabaña-dijo Eros.

-¿Quieres ir a verla?-preguntó Ciel, tomando la mano de Eros.

-No. Hay cosas que hay que dejar en el pasado. Mi presente está ahora el tomar tu mano en este momento.

-Nunca pensé que dirías algo así-dijo gustosa Ciel.

-Hay cosas que cambian para bien-respondió él.

-¿No extrañas hacer tu papel de carpintero?

-No mucho. Pero si es necesario, puedo desempeñarlo en cualquier momento. Empezando por tu habitación, que bastante desastrosa que está-dijo Eros bromeando.

-¿¡Revisaste mi habitación!?-preguntó apenada y consternada.

-Fue un simple vistazo cuando volví ayer, pensé que estabas en tu habitación.

-¡Qué pena! ¡No vuelvas a hacer eso, Eros!-exclamó ella con el rostro sonrojado.

-No volverá a pasar, tranquila-dijo entre risas.

Era ya de noche y estaban aún afuera, ya en el pueblo, ellos dos. Decidieron ir a aquel lago, aprovechando el festival de luces que el cielo regaló esa nocturna, bajo el manto verdoso de la aurora boreal que surcaba el cielo pecoso de estrellas. Llegaron al lago y Ciel empezó a deslizarse sobre el lago congelado, Eros estaba temeroso de que se rompiese el hielo, pero se dio cuenta que estaba sólido, lo suficiente como para posarse y caminar sobre él.

Ciel le hacía señas a Eros para que se le uniese, y él, con una sonrisa dibujada en su rostro, fue deslizándose hasta ella.

Entre tontas caídas y risas, bailes y simulaciones de patinaje profesional, estaban ellos dos disfrutando del otro. Se veían a las caras, felices, bajo las luces de la aurora boreal. Al terminar de patinar, se sentaron a las orillas nevadas del lago.

-Soy tan feliz, Eros-dijo ella mirando al cielo-Hacía mucho que no la pasaba tan bien. Te extrañé mucho-agregó.

-Opino lo mismo. Contaba las horas para volver a casa, y para estar contigo. Realmente me hacía falta escuchar tu risa, tu voz-dijo él.

-¿Qué sientes en este momento, Eros?

-Felicidad. Y mi corazón latiendo a mucha velocidad, siempre ocurre cuando estoy a tu lado.

Ciel se sonrojó y, mirando aún al cielo, quizás por pena de ver a Eros a los ojos o por el hipnotizante brillar del firmamento, ella empezó a sincerarse.

-Eros, nunca pensé en decir esto, pero creo que te amo-dijo sin ataduras. Eros se quedó sorprendido por aquel comentario tan repentino.

-¿Qué has dicho?-preguntó él.

-No lo volveré a repetir...

-Me hace muy feliz haber oído eso de tu parte, Ciel. Pensé que yo sería el primero en decirlo. Estaba reuniendo el valor para hacerlo, pero, como siempre, te me adelantas en todo.

-¿Qué quieres decir con eso, Eros?

-Que también te amo. No lo creo, es así. Te amo-dijo él.

Luego de esto el silencio se hizo presente, no un silencio incómodo y perturbador, sino un silencio cálido, el preludio a algo mejor que iba a suceder en cualquier segundo. Fue allí, en aquel momento, aquella noche, donde Ciel y Eros se dieron su primer beso, bajo la luz más bella que el cielo podría haber regalado, como anunciando al mundo que el amor había vencido y estaba presente.

-Desde la primera vez que te vi, supe que serías la mujer a la cual yo amaría. Temí varias veces el confesarte esto. Duda entre guardarlo o decirlo-dijo Eros.

-Yo atravesé por lo mismo. Pero estoy feliz que esto haya ocurrido. Ya no hay nada que temer, Eros, ahora podremos estar juntos.

Allí yacían ellos en las orillas del lago, quedándose un tiempo más para amarse bajo las estrellas. Para impregnar sus mentes y corazones de aquel mágico momento. Para tener qué soñar esa noche.

### Parte XIII: *“La Vieja Cabaña”*

Pasaron varios meses desde el regreso de Eros. Vivía plenamente en la casa de los Ancora. Se mantuvo trabajando con Ciel en la librería de su padre, mientras este se dedicó a estar en la casa, ya que Livor se encontraba indispuesto durante algunos días. Todo estaba tranquilo y sin gran novedad. Ciel y Eros salían mucho, y aprovecharon de comprar las medicinas para Livor, tuvieron que gastar lo que él ahorró para hacerle los testeos a Ciel sobre su tos. Eros sugirió, como era costumbre de su parte, usar parte del dinero que él tiene, pero Ciel se negó, salvaguardando el orgullo de su padre.

-¿Cómo te sientes, padre?-preguntó Ciel, ya en casa y terminada la jornada en la librería.

-Mejor, hija, mejor. Aquellas medicinas hacen su efecto. Lo que me preocupa es que ahora debemos empezar desde cero para poder ir a Montem.

-No te preocupes por ello, padre, me siento bien. Podré soportar esta tos hasta entonces.

Eros sólo miraba, algo obstinado, pues fácilmente todo se solucionaría usando el dinero que le entregó en aquel sobre la mucama de Athan meses atrás.

Esa misma noche, Eros se quedó pensando en aquella cabaña vieja, donde vivía y donde trabajaba. Recordó el sueño que tuvo en el hospital, horas antes de la muerte de Lucas, y un golpe de tristeza se sumergió en el interior de Eros; se acordó de objetos valiosos que dejó en aquella cabaña, y que, en su momento más débil, no recordó. Decidió romper lo que le dijo a Ciel en aquel paseo. Eso de que no volvería a los confines de su vieja cabaña, pero, la necesidad de retomar lo que era suyo; aquellos recuerdos valiosos de su infancia, de sus padres, pudo más que sus palabras.

Decidió alistarse para ir, en soledad, a su cabaña, recordar y tomar lo que era suyo, para eso despertó más temprano de lo usual. Se aseó y vistió con ropas gruesas por el frío que azotaba al pueblo y sus alrededores. Salió y había ventisca. Nadie estaba en las calles, sólo él, como aquellos días cubiertos de soledad. Eros sabía bien el camino de vuelta a la cabaña. No miraba a ningún lado, ni a la derecha ni a la izquierda, tampoco hacia el suelo. Solamente sus ojos estaban desnudos ante el frío, el resto de su cuerpo estaba abrazado a la bufanda y suéteres que llevaba encima.

Se escuchaba al viento vociferar con violencia; se avecinaba una tormenta de nieve desde las lejanías del horizonte. Ya Eros había dejado atrás al pueblo, las colinas, la vegetación. Estaba en medio de la nada con rumbo hacia su cabaña. Llegó al lugar y se encontró con la cabaña llena de moho y con la madera rota por el frío, abrió la puerta con su llave oxidada y se encontró con la nieve asomándose alrededor. La cama estaba podrida ya por el agua de la nieve al igual que todo lo demás. Revisó en las gavetas de la mesa y halló viejas cartas de su padre a su madre, ya con las hojas amarillas por el arrasarse del tiempo, a su vez, también halló viejas fotografías de él pequeño al lado de sus padres. Tomó todo ello y se dispuso a partir de regreso a Aurora... Sólo una vez él volteó y fue para mirar en detalle aquella cabaña, desmoronándose sobre sí misma con el pasar del tiempo, al mismo paso en que se desmoronaba el Eros frío.

Eros apresuró el paso debido al acercamiento de la tormenta de nieve que venía con fuerza sobre la tundra desolada. Faltaba poco para llegar al pueblo y el viento se hizo presente con mayor fuerza, empujando a Eros al suelo. Sostenía las cartas y fotos con fuerza. Logró levantarse y continuó manteniendo el paso hasta llegar de regreso a la casa.

Una vez en su habitación, se acostó a mirar con detalle las cartas. Relataban la ansiedad que sentía su padre por regresar

junto a su familia. Cuánto les extrañaba a su madre y a él. Romanticismo con su madre e inocencia con él. Miró todas las fotos de él junto a sus padres, y se quedó pensando profundamente sobre el futuro que sus padres querían para él y lo buen hombre que ellos dijeron que él sería a futuro.

Eros decidió abrir la ventana, dejando pasar los ventarrones en manifiesto, y sacó sus manos junto con las cartas de su padre, las rompió y dejó que el viento se llevara los pedazos. Hizo lo mismo con la mayoría de las fotografías, quedándose sólo con la foto mejor conservada, en la cual estaban ellos 3, sonrientes demostrando la felicidad que tanto les llenó.

Al deshacerse de la mayoría de las fotos y todas las cartas, Eros cerró la ventana y se volvió a acostar en la cama, tomando la foto contra su pecho, con sus ojos cerrados. Como si se tratase de la curación total de aquel Eros quebrantado por los malos momentos, o si aceptase definitivamente que las cosas sólo podían mejor si él se lo proponía. Eros dio un paso más en su crecimiento; abandonó el apego hacia las viejas heridas y a revivir el mismo tormento en su mente. Todo lo malo que tanto se guardó, salía de su ser, a través de las lágrimas que esa mañana derramó, para luego sonreír al final, quedando vacío de tristezas. Y en ese mismo instante, la tormenta se calmó y el viento iracundo se desvaneció junto a las nubes grises, dando paso a la luz del nuevo mañana.

## Parte XIV: “*Reunión*”

Era un día como cualquier otro, había llegado la primavera en el pueblo de Aurora. Athan le había escrito varias cartas a Eros y viceversa, Athan le escribió a Eros que volvería a Aurora un tiempo, que vendería la casa del pueblo, debido a que decidió quedarse en Pietas junto a Olivia, con la que había creado una relación íntima, una relación amorosa. Eros le comentó esto a Ciel y ella estaba alegre por ello, por lo que decidió hacer algunas compras para elaborar una cena de bienvenida a Athan.

Ciel pasó todo el día y gran parte de la tarde preparando todo junto a Eros, Livor no estaría en la casa esa noche, pues estaría haciendo entregas de libros a las librerías de los pueblos aledaños a Aurora. Cayó la noche y Athan estaba próximo al pueblo, en un carruaje bastante elegante junto a Olivia Muneris. Eros y Ciel esperaban afuera, sentados y tomados de las manos.

-Creo que allá vienen-dijo Eros al ver al carruaje llegar por la calle principal del pueblo.

-Es difícil saberlo, muchos carruajes pasan por aquí-dijo sarcásticamente Ciel en respuesta a Eros.

-No te comportes así cuando estemos comiendo.

-Es sólo una pequeña broma-dijo ella riendo.

El carruaje se detuvo en la entrada de la casa de Athan y se bajó él y Olivia. Athan los vio y corrió a saludarles de la mano de Olivia.

-¡Hace cuánto que no les veo!-dijo entusiasmado Athan entre abrazos con Eros y Ciel.

-Han pasado muchos meses ya, casi un año-dijo Eros-¿Cómo estás, Olivia? Te ves muy diferente, parece que estás en donde correspondes y con quien corresponde-agregó.

-Estoy muy bien, Eros. Me da gusto verte-contestó ella.

-Parece extraño no escucharte decirme joven Eros. Es algo que nunca esperaba que dejaras de hacer-dijo Eros bromeando.

-Algunas cosas cambia-dijo ella sonriendo, pero luego miró a Ciel-¿No me presentarás a tu pareja?-continuó ella dándole espacio a Ciel, estando ella sonrojada.

-Lo siento, tienes razón. Ella es Ciel Ancora. Ciel, ella es Olivia Muneris, la señorita de la que te hablé aquella vez, a la cual ayudamos en aquel viaje.

-Es un placer-dijo Ciel.

-El placer es mío-atendió Olivia, alegre.

Todos entraron a la casa de los Ancora para darle lugar a la cena. Hubo infinidad de conversaciones hasta la madrugada. Ya Olivia tenía sueño, y Ciel estaba agotada, en vista de esto, Athan ofreció a Olivia irse a dormir en su casa, que ya él más tarde iría después seguir conversando con Eros. Eros hizo lo mismo con Ciel, ambas no tuvieron ninguna clase de problema con ello, por lo que fueron a descansar.

Eros y Athan se sentaron en uno de los bancos en la calle central y se dispusieron a conversar sobre ellos.

-Y cuéntame, ¿qué pasó al final en el caso de la familia Muneris?-preguntó Eros con un vaso lleno licor en sus manos debido a que el frío empezó a hacerse presente.

-Todo resultó espléndido. La familia está comenzando de nuevo. El gobierno les otorgó el poder sobre un hotel el cual abandonaron en aquella represalia del pasado y que invadieron los Donceur en esa época y están empezando con ello. Por ahora viven juntos la mayoría en una serie de casas que ellos elaboraron en la antigüedad, y planeo vender mi casa para ir a vivir con Olivia allá en esas casas.

-¿Ya ganaste la confianza de los Muneris?

-Me tienen mucha estima después de todo lo que sucedió en Pileus y en el viaje. Además, mi padre ya cerró todos los negocios de este pueblo, por lo que le delegó su cargo a don Livor.

-¿Cómo puede ser si él viajó a entregar libros desde esta mañana?-preguntó sorprendido Eros.



-Mi padre fue a encontrarse con él en uno de los pueblos. Ya él se le ha insinuado al respecto del cargo al padre de Ciel. A él y a ella les vendría bien ese puesto, debido a que ganarían lo suficiente para vivir cómodos y sin presiones financieras.

-Me alegra. Ojalá él acepte, ya que es muy orgulloso con sus costumbres... bueno ya le conoces-dijo Eros mientras tomaba un sorbo de aquel licor.

-Por cierto, me alegra que se haya dado tu relación con Ciel. Definitivamente son el uno para el otro-dijo Athan cambiando el tema de la conversación.

-Muchas gracias, Athan, la verdad es que fue algo mágico. ¿Y cómo ocurrió esto que ha pasado con Olivia?

-Pues ella me dejó encantado desde a primera vez que la vimos en Coryza. Más la promesa que le hice a Lucas, todo fue dándose naturalmente. Le confesé lo que sentía semanas después de llegar a Pietas y ella se quedó muda y fue algo bastante gracioso. Me evitaba durante días hasta que ella cedió y admitió lo que sentía.

-Ya veo. Todo está donde debe estar, por lo que vemos.

-Así es. Las cosas suceden por alguna razón y aquí están las razones. Aunque a veces pienso si era justo esto.

-¿A qué te refieres?-preguntó Eros extrañado con las palabras de Athan.

-Hablo de que Lucas gustaba también de Olivia, nunca le dijo nada acerca de lo que sentía por ella, sólo me lo dijo a mí en su lecho de muerte y ahí me hizo prometerle que la cuidaría; él se dio cuenta que ella me gustaba también, así que, de alguna manera, él se sentía bien por ello.

-Él tuvo razón, Athan. Debes dejar ir esos pensamientos. Tú eres feliz con ella, y lo más importante, ella es feliz contigo. Es lo que realmente importa. Lucas está en un mejor lugar contemplando los frutos de sus palabras-comentó Eros dándole consuelo a Athan.

-Muchas gracias, Eros, extrañaba estas conversaciones contigo.

-Lo mismo digo-dijo Eros terminando de beber el licor-Creo que es hora de dormir, ya se ha hecho bastante tarde y el frío ya está aumentando en el pueblo.

-Muy bien. Hasta mañana, Eros, que tengas buenas noches.

-Igualmente, Athan. Cuídate.

Al regresar a la casa, Eros se asomó con la puerta entre abierta a la habitación de Ciel, y se dio cuenta que esta exhalaba mucho por su boca. Él se preocupó y entró a la habitación para ver cómo estaba Ciel.

-¿Qué sucede?-preguntó él.

-Me siento terrible. Me cuesta respirar-respondió Ciel, roja por la fiebre que tenía.

-¿En dónde están los medicamentos?

-En la cocina...-contestó ella sin fuerzas.

Eros se apuró hacia la cocina y buscó en las laceras, consiguió algunas y le preguntó a Ciel cuál era la indicada para su situación.

-Es la caja roja.

-Toma, iré por agua.

Ciel tomó de las pastillas y se sintió un poco mejor al rato, Eros se quedó un poco más en su habitación hasta que ella se quedase dormida, pero él se quedó pensando en la situación, debido a la tos que siempre tuvo Ciel y ha mantenido, y que ella tuviere ataques de tos después de un rato con la fiebre. Se dio cuenta que debía atender aquel flaqueo de Ciel, antes de que empeorase la situación.

## Parte XV: *“Contra el Tiempo y Contra el Destino”*

Eros Salió del cuarto de Ciel a tomar un poco de té y se quedó dormido en la sala, no pasó mucho tiempo para que comenzasen las quejas de Ciel en su cama. Eros despertó y fue a la habitación de ella nuevamente para ver qué ocurría y vio a Ciel nuevamente tosiendo con mucha fuerza, hasta que tosió un poco de sangre que manchó sus cobijas. Sin ideas y muy preocupado, él salió en medio de la madrugada a la casa del doctor del pueblo para que fuese a ver a Ciel y solucionase de alguna manera los problemas.

Llamaba con fuerza a la puerta del doctor, hasta que esté despertó aturdido.

-¿Qué ocurre, Eros?-preguntaba el doctor con la voz aún entre dormida.

-¡Es Ciel! ¡Está muy mal!-contestó preocupado.

Se dirigieron nuevamente a la casa de los Ancora y el doctor observó la situación.

-Ha pasado mucho tiempo así, pero no hay medicina local que pueda con esta clase de enfermedad, ni yo mismo sé qué tiene esta joven. Eros, creo que es mejor partir de emergencia hacia Montem en la ambulancia del pueblo.

-Haré lo que sea necesario hacer, pero hay que hacerlo rápido.

-Iré por la ambulancia. Prepara a Ciel para montarla. ¿En dónde está su padre?

-No está en el pueblo por cuestiones de trabajo-justificó Eros mientras cargaba a Ciel para vestirla contra el frío.

-Entonces serás quien esté a su lado. Ya regreso-dijo el doctor corriendo hacia la salida.

Eros vistió a Ciel y la cargó hacia afuera, el doctor llegó con la ambulancia y entre los dos la metieron en la cabina trasera, Eros avisó al doctor que esperase mientras dejaba a cargo a un amigo de la casa y que avisase a Livor cuando volviese al pueblo. Eros se

dirigió a la casa de Athan y tocó a la puerta, hasta que este salió confundido al ver a Eros tan agitado.

-¿Qué ocurre, Eros? ¿Qué ha pasado que llamas así a la puerta?

-Ciel tosió sangre y está muy enferma. Necesito que avises a Livor cuando regrese por la mañana que llevé junto al doctor a Ciel hacia Montem. ¡Te lo encargo, por favor!-respondió Eros rápidamente para volverse corriendo hacia la ambulancia ante las exclamaciones preocupadas de Athan, que observaba cómo se iba Eros sin oír a nadie ni ver a nadie.

Eros se montó en la ambulancia y arrancaron hacia Montem.

-¿Cómo te sientes?-pregunto Eros acariciando el cabello de Ciel.

-Muy mal. ¿A dónde vamos?-dijo desorientada por la fiebre que se hizo presente nuevamente.

-Vamos hacia Montem para que te sanen. No hay medicina en Aurora que pueda combatir tu enfermedad, pero allá en la ciudad es probable que esté, así que descansa-respondió consolando a Ciel.

Avanzaban a través del sur, entre las nevadas apaciguadas de la nocturna, llegaron hasta la península, a la ciudad de Montem y rápidamente llegaron al hospital. No dio tiempo de explicar nada por parte de Eros, ya que la asistencia médica actuó con velocidad, sólo el doctor se quedó con Eros a las afueras del área de emergencias.

-Hicimos lo que pudimos, esperemos esté bien. Ya está en las mejores manos posibles-comentó el doctor, exhausto por el viaje estresante que emprendió.

Ciel quedó en cuidados especiales dentro del hospital aquella noche, Eros se quedó con ella y el doctor partió de vuelta a Aurora a notificarle a Athan lo ocurrido.

Livor volvió al pueblo al otro día y al llegar a casa se extrañó de que Eros ni tampoco Ciel estuvieren en casa. Se dio cuenta que había gente en casa de los Lucerna y fue a preguntar si habían visto a ellos dos.

-Athan, qué sorpresa verte después de hace mucho.

-Me alegra verlo, don Livor, le tengo malas noticias-anunció él preocupado.

-¿Qué ocurre? ¿Tiene que ver con que mi hija y Eros no estén en casa?

-Sí. Por la madrugada su hija estuvo mal de salud y tosió sangre, Eros hizo lo que pudo y la llevaron de emergencia a Montem, me encargó que le dijese de esto apenas le viere.

-¿¡Cómo ha sido eso posible!?-repetía Livor.

-¡Cálmese! Iremos en este momento para allá. Venga con nosotros-le dijo Athan mientras le sostenía de los hombros.

Se montaron en el carruaje Livor y él, Olivia se preparó para ir también con ellos.

-Vaya lo más rápido que pueda, chofer, es una emergencia-dijo Athan.

-Haré todo lo posible, señor-contestó él.

Iban a toda la velocidad posible, todos iban en silencio pensando en cómo estaría Ciel de salud, sobretudo Livor, quien se sentía culpable por dejar a Ciel e irse de negocios fuera del pueblo. Athan y Olivia pensaban en cuán saludable y alegre estaba Ciel la noche en que se reunieron todos para relajarse y conversar en aquella cena.

En el hospital, Eros se encontraba junto a Ciel, en una habitación. Los doctores quedaron perplejos pues no saben la causa de su sufrimiento, por lo que decidieron contactar doctores de Pileus que asistiesen en el caso de Ciel, siendo uno de los más raros que se han presentado en el hospital de Montem. Eros tenía miedo y sólo podía sostener la mano de ella, mientras dormía por consecuencia de los fármacos suministrados. Eros pensaba en todos los buenos momentos que vivieron y temía que la vida se los arrebatase como lo hizo con sus padres. Sólo susurraba ante el silencio de la habitación que todo estaría bien, que ella sanaría y volverían a casa a ser felices nuevamente.

El carruaje de Athan llegó a Montem y se dirigieron al hospital, al llegar, preguntaron en dónde se encontraba Ciel con desespero. Eros escuchaba los gritos de Livor acercarse, y reaccionó dentro de su trance. Salió de la habitación y Livor lo encontró de frente, ante esto Livor sólo pudo reaccionar con lágrimas de preocupación y miedo. Eros le abrazó y le dijo que todo saldría bien, que tuviere un poco de fe. Athan y Olivia se quedaron mirando, tristes, debido a la situación tan difícil que se presentaba. Brindaron su apoyo a Eros en todo lo que pudiese ser necesario en algún momento.

El doctor se hizo presente y notificó que pronto vendrían doctores de Pileus para ayudar en el caso de Ciel, que esperaban que todo saliera bien. Lo único que pudieron hacer fue esperar. Athan, Olivia y Eros se sentaron afuera, mientras Livor estaba en la habitación, cuidando a Ciel, quien todavía dormía.

-Ya verás que todo saldrá bien, Eros, ten más calma-dijo Athan dándole una palmada en su hombro.

-Eso espero. Ella es una mujer fuerte. Esto es consecuencia de aquella tos que tanto tiempo tuvo. Espero estos doctores que vienen sepan manejar la situación-contestó Eros con la mente turbia.

-Mejor vayamos a comer algo, quizás eso te calme un poco, Eros-sugirió Olivia quien le veía las manos temblorosas a Eros.

-No, gracias. No tengo hambre. Si desean, vayan ustedes, yo me quedaré aquí por si el doctor necesita alguna información.

-Muy bien. Volveremos pronto. No te muevas de aquí. Si algo pasa, o necesitas algo, por favor, dímelo-dijo Athan mostrando apoyo incondicional a Eros.

El doctor que atendía a Ciel llamó a Eros y a Livor para entrevistarles y sacarles información sobre las actitudes y comportamientos de Ciel a lo largo del tiempo.

-Ella siempre se levantaba temprano, hacía los oficios del hogar y se iba a ayudar a su padre en la librería del pueblo. Era una rutina bastante sólida y siempre la cumplía. La tos permaneció

desde hace algunos meses atrás, luego de un resfriado que tuvo-dijo Eros.

-El muchacho está en lo correcto. Después del resfriado su comportamiento era enérgico, pero continuaba con su tos. Es similar a lo que ocurrió con su madre-agregó Livor.

-¿Su madre?-preguntó el doctor con curiosidad-¿Qué le ocurrió a ella?

-Ella falleció tras una intensa enfermedad. Nunca se supo cuál era, el doctor sólo llegó a corroborar que era una enfermedad genética-explicó Livor.

-No quiero alarmarles, pero, por lo que están diciendo, hay probabilidad que Ciel padezca de la misma enfermedad que sufrió su esposa, señor Livor, pero les doy la esperanza de que la medicina ha crecido desde hace años y quizás podamos lidiar con esta enfermedad.

-¿Qué seguridad tiene de ello?-preguntó Eros a la defensiva.

-La suficiente para decirles lo que les acabo de decir. Tenemos los fármacos suficientes para mantener a Ciel estable y consciente, sin que la enfermedad sobrepase el límite al que ha llegado. Podemos manejar su fiebre, cosa que es importante, todo mientras llegan los doctores en 2 días. Deben tener paciencia. Ciel está controlada en este hospital, nada malo ocurrirá-dijo el doctor confiado.

-Usted es el doctor. Confiamos en lo que nos está diciendo-respondió Livor, más calmado.

-Muchas gracias por su confianza. Los doctores partieron hacia acá desde temprano, así que aspiramos lleguen hasta, quizás, mañana por la noche o en la madrugada.

Al caer la noche, Ciel aún dormía, el doctor explicó que era normal ya que así se mantendría más estable haciendo que durmiese por prolongadas horas durante el primer día. Eros se quedó en el hospital junto a Livor. Livor dormía en la habitación, en una silla, y Eros afuera, en los bancos del pasillo. Athan y

Olivia, luego de un tiempo después de la entrevista a Eros y Athan, al conocer la situación y que los doctores iban en camino, decidieron irse a un hotel cercano.

La noche era de aquellas largas y pensativas, como las noches del largo viaje hacia Pileus. Se dormía poco y se pensaba mucho en las probabilidades, más que todo, de las cosas malas que pudieren ocurrir; eso atravesaba por aquel momento, de nuevo, pero esta vez era distinto, ya no se trataba de un viaje, de una persecución, se trataba de la vida de su amada, y que pudiese sucumbir ante la maldición de lo inexplicable, ante los caprichos del destino, algo que escapaba de sus manos. El tiempo y lo divino eran cosa fuera de la órbita de su existencia. Ningún arma serviría para matar al tiempo o al mal futuro y salvar a Ciel, sólo quedaba esperar y que la sanación de ella estuviere escrita entre los pergaminos del futuro...



## Parte XVI: “*Tragedia*”

Eros se levantó del banco por el ruido del pasar de las personas en el pasillo, se rascó la cabeza y fue directo a la habitación para revisar a Ciel. Livor estaba aún dormido en la silla, pero Ciel había despertado y llamó entre susurros a Eros.

-¿Cómo te sientes?-preguntó él.

-Un poco mejor. ¿Hace cuánto que estuve dormida?

-Desde la madrugada de ayer.

-Fue mucho tiempo del que cualquiera necesitaría dormir-dijo ella quejándose.

-Fue por tu bien. Me alegra que hayas despertado.

-¿Qué dijeron los doctores?

-Pues que tu caso es complicado, por lo que vienen en camino algunos doctores de la ciudad de Pileus para colaborar, más estás controlada, por lo que todo saldrá bien-dijo Eros buscando aliviar las emociones negativas de Ciel.

-Me alegra saber. Pero me preocupas-dijo ella.

-¿Por qué te preocupas por mí? Yo estoy bien-ratificó Eros, tomándole de la mano a Ciel.

-Porque has estado guardándote tantas cosas...

-¿A qué te refieres?

-A que tienes cosas que contar, que quieres contarlas, pero temes revivir malos sentimientos. Nunca me contaste las cosas malas que ocurrieron en ese viaje, Eros.

-Yo te conté que había muerto Lucas, el amigo de Athan y un compañero que se nos quiso unir para ayudarnos.

-Me contaste lo más superficial, Eros, nunca me contaste de lo que sentiste.

-Sentí mucho dolor e impotencia, Ciel, como nunca antes. Más que todo creo que fue, en parte, por la muerte de mis padres. Fue como revivir ese mismo momento... Una cadena. Gente bondadosa que sólo quería ayudar terminando lastimada o

asesinada, sus familiares llorándolos hasta el día de sus muertes, es algo injusto que no logro superar...

-Entiendo lo que sientes, mi amado Eros, entiendo muy bien lo que me quieres decir, pero debes comprender una sola cosa, debes dejar ir esos sentimientos, tú no eres el que debe cargar con el dolor de los demás, tú eres un gran hombre, siempre lo has sido, y debes encargarte de lo que te corresponde, nada más.

Eros estaba en silencio, con la mirada hacia abajo.

-A veces, hace falta algo de dolor para entender las grandezas de la felicidad. ¿Te imaginas que todo fuera perfecto? ¿Qué sentido tendría la vida? ¿Qué valor le podemos estimar a las cosas buenas?

-¿Qué quieres decir con ello?-preguntó Eros.

-Que sin el dolor, no existiría la luz al final del túnel, pero el sufrimiento es algo opcional, es lo que quiero decir-dijo ella sonriente.

Eros había comprendido el mensaje y le besó las manos a Ciel. En aquel instante, el doctor tocó a la puerta y llamó a Eros, este salió extrañado al pasillo para hablar con el doctor.

-Algo grave pasó-dijo el doctor.

-¿Qué ha ocurrido?-preguntó Eros cerrando la puerta de la habitación.

-Los doctores que venían en camino, se han accidentado y no tienen cómo llegar.

-¿En qué parte se han accidentado?

-Cerca de Aurora, a unas 3 horas.

-Iré a por ellos-dijo Eros buscando su suéter.

-¿Cómo harás eso?-preguntó el doctor.

-Iré a caballo. ¿Cuántos doctores hay allá?

-Vienen 4. Es mejor que te quedes, nosotros nos encargaremos de ello.

-No se preocupe, doctor, yo iré a por ellos, resultará más rápido. El tiempo apremia. Por los caballos no debe preocuparse, tengo

la ayuda suficiente-dijo Eros yéndose dejando al doctor con la palabra en su boca.

Eros se dirigió hacia el hotel y buscó a Athan, le explicó la situación presente y este accedió a ir a Aurora a buscar el caballo que le dio a Eros para hallar a los doctores en el camino.

-¿Adónde te dijo el doctor que se encontraban ellos?-preguntó Athan.

-A unas 3 horas entre Pileus y Aurora. Debemos apurarnos. Ya estamos cerca de Aurora.

-Aprovecharé de dejar el carruaje suelto para ir en el caballo e ir a más velocidad-comentó Athan.

-Me parece bien, como los viejos tiempos-dijo Eros.

Habían llegado a Aurora, y rápidamente Eros soltó a su caballo y le montó, mientras Athan guardó el carruaje para montar a caballo libremente; partieron hacia el camino que conducía a Pileus.

-Es temprano aún, seguramente están a orillas del camino esperando por algún auxilio de parte del hospital-dijo Athan.

-Yo hice que cancelasen eso, ya que tú y yo vamos en camino, es más rápido, debido a que es más complicado que se pongan de acuerdo para rescatar a estos doctores.

Llegaron al lugar, hallaron a los 4 doctores y les avisaron sobre el rescate y que estaban allí para llevarlos a Montem. Los doctores, estaban consternados, ya que en el accidente los medicamentos se habían roto.

-¿Y qué haremos ahora!-preguntó con rabia Athan.

-Cálmate, debe haber una solución-dijo Eros tratando de suavizar la situación-¿Hay alguna manera de conseguir las medicinas?-preguntó.

-En el pueblo de Libatis hay cabañas que nos proveen de las plantas con las que hacemos los medicamentos, y en el pueblo

próximo a ese, en Litus, está una cabaña que es la que elabora un medicamento fuerte que terminamos de probar para problemas de la respiración. Debemos ir a esos dos lugares-explicó uno de los doctores.

-¿A cuánto tiempo estamos de ambos pueblos?-preguntó Eros.

-Estamos a unos 20 minutos de Libatis, y una hora desde Libatis a Litus.

-Bien, andando, debemos aprovechar el mayor tiempo posible. La mujer que amo está enferma de gravedad y necesita de su ayuda-dijo Eros.

-Será difícil llevarlos a todos-dijo Athan.

-¿Los caballos aguantarán?-preguntó Eros.

-Sí, pero deberemos buscar el carruaje nuevamente.

-Llévate a 2 de los doctores, yo me llevaré a los que conocen de los medicamentos para llevarlos. Espérame en Aurora, en tu casa, para partir juntos. Llama al hotel y comunícate con Olivia, dile que tardaremos-dijo Eros.

Sin más nada que decir, ambos separaron sus caminos, Eros se dirigía a Libatis junto a los doctores que elaboraban los medicamentos. Eros iba lo más rápido que podía, exigiendo demasiado a su caballo. Llegaron a Libatis con rapidez.

-Ya llegamos, ¿en dónde están las cabañas?-preguntó Eros.

-En la parte oeste del pueblo, unas 2 cuadras.

Llegaron a las cabañas y los doctores fueron a por las plantas medicinales, mientras Eros esperaba en la calle. No habían tardado mucho, cuando ya tenían varias plantas consigo, muy pequeñas, pero que pudieren dar el brillo de vida que necesitaba Ciel con urgencia.

-Falta una, ¿no es así?-preguntó Eros.

-Sí, es una planta muy rara que sólo se consigue en Litus. Esperemos que la fortuna nos sonría-respondió uno de los doctores.

Eros partió hacia Litus, un pueblo que rasgaba entre las profundidades de las montañas, reconocido por tener mucha vegetación, a pesar del clima frío característico del país. Llegaron al pueblo, y el caballo de Eros no tenía más fuerzas para continuar. Eros lo ató a un pino y continuaron caminando hasta las calles del pueblo.

-La cabaña queda subiendo una de las montañas-dijo el doctor señalando a la montaña más baja.

Fueron y llegaron a la cabaña, la cual estaba ubicada al borde de uno de los riscos de la montaña, entre la neblina y el frío. Llamaron a la puerta y les atendió el asistente del dueño de la cabaña.

-¿Quiénes son?-preguntó sin abrir la puerta.

-Somos doctores del hospital de Pileus, clientes de Jacques. Necesitamos hablar con él, es urgente-dijo uno de los doctores.

-Él no se encuentra en este momento, está en el pueblo.

-¿En qué parte? Es una emergencia, necesitamos su ayuda-dijo al borde de los ruegos el doctor.

-Lo lamento, no puedo dar esa información.

-¿Y cuándo volverá?-preguntó el otro doctor.

-Tampoco puedo decirlo-contestó groseramente el asistente con la puerta entre abierta, cerrándola y yéndose.

-¿¡Acaso no entiendes que esto es una emergencial? ¡No venimos a secuestrar a un simple recolector de plantas! ¡La mujer que amo está muriendo y necesito esa planta!-gritó Eros en la puerta, golpeándola una y otra vez, hasta que el asistente regresó.

-¡Deje de golpear a la puerta! Él volverá en unos minutos. ¡Cálmese!-dijo obstinado el asistente.

Eros y los doctores se quedaron esperando fuera de la cabaña a la llegada del dueño. Eros se quedó mirando el paisaje, viendo cómo se escurría el sol entre las capas de neblina densa y siniestra, y cómo la luz a veces se mostraba tímida entre las nubes. Los doctores conversaban mientras todo esto sucedía. Por otro lado,

Athan iba camino a Aurora, le faltaba un poco menos de una hora para llegar, iba pensando en el tiempo y en si alcanzaría para lograr sanar sin problemas a Ciel. Había llegado el dueño de la cabaña y todo parecía ser más prometedor.

-Buenas tardes-dijeron los doctores.

-¿Quiénes son ustedes?-preguntó Jacques.

-Somos doctores del hospital de Pileus. Le solicitamos un favor de extrema urgencia-respondió uno de los doctores.

-Díganme qué es.

-Necesitamos una de sus plantas para una paciente. En el viaje a la ciudad de Montem, nos accidentamos y perdimos todos nuestros medicamentos.

-Veamos qué podemos hacer, acompañenme-dijo él.

Ya en la cabaña, se dirigieron al jardín que había en la parte trasera, conjunta con la montaña misma.

-Acá tengo las plantas, pero necesito dinero a cambio-dijo Jacques.

-No traemos dinero, Jacques, pero el hospital responderá por el gasto, como siempre ocurre, así que no te preocupes-dijo el doctor.

-Eso será un problema, doctor. Necesito el dinero para mis emergencias, así como tienen su emergencia, yo tengo la mía-dijo en un gesto cínico.

Mientras tanto, el asistente se encontraba tratando de reparar algunos muebles en los cuales ponían el polvo que hacían con las plantas. Eros miraba de reojo al asistente quebrándose su mente buscando solucionar los desperfectos de la madera de tales muebles.

-¿¡Acaso usted va a colocar por encima algo tan material como lo es el dinero por encima de la vida de una persona!? ¿¡Se ha vuelto loco!?-gritaba histérico uno de los doctores, mientras el otro se llevaba las manos a la cabeza.

-El dinero lo necesito para continuar produciendo el polvo de las plantas que tanto necesitan. Estos artilugios de manera están

ya rotos y desgastados, necesito dinero para pagar a un carpintero-dijo molesto Jacques.

-Tengo la solución que tanto necesita-dijo Eros-Yo soy carpintero, puedo reparar aquellos maderos en donde trabaja, pero a cambio me debe dar el polvo medicinal-continuó.

-¿Con que carpintero? ¿Eres bueno? No me gusta perder el tiempo.

-Soy el mejor que hay en el pueblo de Aurora-dijo Eros.

-Eso lo vamos a ver. Si los muebles quedan bien, te pagaré con el polvo que tanto necesitan ustedes, sino no les daré nada, ¿entendido?

-Es un trato-dijo Eros, confiado.

Eros se llevó uno por uno cada uno de los muebles y artefactos de Jacques al despacho de la cabaña para trabajar en ellos.

-¿Cuánto tiempo le llevará?-preguntó Jacques a Eros.

-Un par de horas, no más de 2-contestó él-Necesito todas las herramientas que tenga.

Jacques le envió todo lo que poseía. Serruchos, martillos, clavos, destornilladores, entre otros objetos. Eros empezó a trabajar, mientras Athan había llegado a Aurora, pero desconocía de la situación que se presentó en Litus. El tiempo avanzaba y Eros hacía su máximo esfuerzo para conseguir la medicina esencial para Ciel. Su mente estaba llena de los recuerdos junto a Ciel, y su corazón vasto del amor que él sentía por ella. Por lo que estaba concentrado en su trabajo. El destino quería jugar rudo con las necesidades de unos simples mortales, pero el amor era más fuerte que cualquier jugarreta de la vida...

## Parte XVII: *"Lágrimas por un Milagro"*

Los doctores se encontraban impacientes junto a Athan. Se preguntaban el por qué tardaban tanto Eros y los otros doctores, la mente les otorgaba la negatividad de pensar que algo ocurrió o que algún obstáculo les frenó el paso.

-Han tardado mucho-comentó uno de los doctores mirando a su reloj de mano.

-No podemos hacer nada-agregó el otro doctor.

-Ellos volverán, tengan paciencia-dijo Athan.

-Pero debemos ir a Montem. El hospital nos necesita a ambos-insistía el doctor con sus palabras.

-Siendo así, váyanse ustedes. Le diré a otro de los choferes que los lleven al hospital.

-¿Y usted qué hará?-preguntó uno de los doctores.

-Yo me quedaré esperando por mi compañero y los demás doctores.

Athan localizó al chofer y otro carruaje, le dijo al chofer que no se detuviere que era un traslado de emergencia hacia el hospital de Montem. El chofer accedió y se llevó a máxima velocidad en aquel carruaje a ambos doctores.

Eros seguía en aquella cabaña en las alturas de las montañas de Litus, trabajaba arduamente para cumplir con el trato que él mismo trazó. Jacques se encontraba regando las plantas medicinales, mientras los doctores conversaban sobre las posibles causas de la enfermedad de Ciel. Se escuchaba con fuerza el martilleo, el ruido del serrucho y las quejas de Eros cuando una tabla de madera no encajaba con otra. Jacques veía esto y se impresionó del ímpetu que llevaba internamente Eros, quien trabajaba sin parar con el deseo quemándose en su interior.

-En verdad quieres salvar a esa persona-dijo Jacques, con un vaso lleno de agua para Eros.



-Harías lo mismo por la persona que más amas en el mundo-dijo Eros, concentrado en su trabajo.

-No te sabría responder a eso, pues no he vivido relaciones afectuosas, no muchas que digamos-dijo Jacques-¿Cuánto te falta?-preguntó.

-En una hora terminaré todo-Puedes ir llevándote lo que está terminado para trabajar en la planta-contestó Eros.

-Me parece bien. Iré por mi ayudante.

Jacques y su asistente empezaron a vaciar el despacho de los muebles reparados y los artefactos hechos en madera que él utilizaba para crear el polvo medicinal producto de la planta exótica que crecía en Litus. Eros continuaba trabajando sin parar, al punto de sudar un poco entre el frío de la montaña. Athan le esperaba sereno, confiado que él volvería, pues le conocía bien; Eros siempre ha sido un hombre cumplido con sus compromisos, y ahora más puesto que está la salud de Ciel de por medio.

Ya había pasado la hora prometida, consumida por el reloj de la cabaña. Eros estaba terminando los detalles finales para entregar el último mueble.

-Está listo-salió Eros diciendo limpiándose las manos con un pañuelo que encontró.

-Excelente. Traigamos el mueble-dijo Jacques entusiasmado por el trabajo de Eros-Debo decir que eres un gran carpintero, estoy complacido por tu trabajo, y soy un hombre de palabra, así que te pagaré como es debido-dijo Jacques mandando a buscar una de las plantas del cultivo para elaborar el polvo medicinal.

Jacques buscó su mortero y de más artefactos, tomó sus lentes y una pequeña lámpara y empezó a trabajar. Eros se secaba el sudor y se limpió como pudo. Se le veía más tranquilo ahora que ya el polvo estaba asegurado.

No tardó mucho aquel hombre. Ya el polvo estaba listo; lo colocó dentro de un pequeño frasco y lo metió en un saco pequeño de cuero, en donde los doctores metieron los demás

medicamentos para evitar un accidente similar al que les colocó en tal apuro. Ya se estaban yendo de la cabaña, y el sol aún estaba iluminando en majestuosidad entre las montañas de Litus.

-Muchas gracias, Eros, tu trabajo es excelente, quizás vaya a Aurora a que me repares más cosas a futuro. Valdrá la pena el viaje seguramente-dijo satisfecho Jacques.

-Gracias a usted por darme la medicina. Espero nos volvamos a ver alguna vez-respondió Eros con sus gestos educados.

-Así será. Que les vaya bien en su viaje, amigos, y que se mejore tu mujer amada.

Eros partió de vuelta a Aurora junto a los doctores, quienes sostenían con cuidado y, a la vez, con fuerza el pequeño saco de medicamentos. La tarde empezó a darle antesala a la noche, cuando menos lo esperaron, ya estaban cerca de Aurora. Athan seguía allí, paciente, esperando por Eros. El ocaso se empezó a dibujar en su color carmesí y de orquídea entre las nubes puras que transitaban sobre la región. Ya habían llegado a Aurora.

-¿Qué ocurrió? ¿Por qué tardaron tanto?-preguntó Athan.

-Tuve que pagar a uno de los cultivadores de las plantas con mi trabajo de carpintero; no teníamos dinero-explicó Eros.

-El joven se esforzó mucho por esa medicina. Debemos irnos ya-apuraba el doctor con sus palabras.

-Deja ese caballo aquí. Ya se ha esforzado mucho por hoy. Vayamos en los demás. Acá tengo el carruaje que dejé. Eros, adelántate tú en solitario con el último de mis caballos. Yo iré con los doctores en el carruaje. Lleva tú las medicinas-ordenó Athan.

-Así será-accedió.

Eros se montó en aquel caballo y fue rumbo a Montem a toda velocidad. Se amarró aquel saco a su cintura para manejar con ambas manos. Empezó a caer la noche, la luna se asomaba en el firmamento, iluminando las aguas que bordeaban la península de Montem. Eros iba rogando al mismo cielo que todo saliere bien, que Ciel se recuperase y volviesen a aquel lago en donde se

besaron por primera vez, para volver a vivir sus vidas normales y tranquilas ellos dos, juntos.

Por otro lado, Athan iba más atrás con los doctores, conversaba con ellos sobre las posibilidades de éxito de sanación en Ciel.

-¿Podrá recuperarse?-preguntó Athan, buscando sinceridad en las respuestas de los doctores.

-Hay posibilidades. Todo depende de estos medicamentos, los más fuertes que hay para problemas respiratorios; evaluaremos mezclas de fármacos si es necesario-explicó el doctor.

-¿Y si no funciona ninguna medicina?

-Entonces todo quedará en manos de Dios-contestó crudamente el otro doctor.

Athan se silenció, quizá satisfecho o por la respuesta de los doctores que le infringieron mayor miedo ante la situación de muerte de Ciel.

Ya habían llegado al hospital, Eros dejó el caballo y entró apurado a las instalaciones. Le esperaba Olivia, preocupada.

-¡Eros! Qué bueno que has llegado. Los doctores te necesitan.

Eros corrió hacia la habitación de Ciel, donde Livor andaba cabizbajo, llorando por su hija, y allí estaban los doctores, llevándose a Ciel a los quirófanos.

-¡Has llegado! ¿¡En dónde están las medicinas!?-le exigió el doctor entre el ambiente de tensión e incertidumbre.

Eros, sin decir nada, entregó el saco.

-Muy bien, vamos. Que alguien le explique al muchacho qué ha ocurrido, nosotros no tenemos tiempo-dijo el mismo doctor, el cual estaba con los otros dos doctores que transportaba Athan. Se fueron todos los doctores al quirófano, con Ciel adormecida.

-¡Don Livor! ¿¡Qué ha ocurrido!-le pedía Eros, muy preocupado.

-Está muy grave, Eros, está muy mal...-dijo llorando aquel viejo.

-¿Pero qué tiene!?-exigía más respuestas Eros, entrando en la desesperación.

-¡Le falló la respiración, la van a intubar!-contestó histérico Livor.

Eros soltó a Livor y se llevó las manos a la cabeza y se arrodilló, rogando una y otra vez con las mismas palabras, al borde de la crisis...

-Por favor, no te la lleves. Por favor, no te la lleves. Por favor, no te la lleves...

Repetía constantemente, mientras Olivia abrazaba a Eros, tratando de darle apoyo y calmarlo en una situación en la que era necesaria la calma y la solidez espiritual. Livor, por su parte, lloraba en silencio. En aquel momento, llegó Athan, exaltado.

-¿Qué pasó?-preguntó.

-Ciel está en quirófano, la están intubando-contestó Olivia, mientras sostenía al desfallecido Eros.

-¡No puede ser! He llegado con los otros 2 doctores. ¡Deben tener una solución!-dijo Athan.

Los doctores corrían a la sala de emergencias para colaborar en el caso de Ciel. Eros caminaba de un lado a otro, colmado de ansiedad. Mientras Athan y Olivia estaban en el pasillo, ansiosos de igual manera, esperando alguna respuesta. Livor seguía en su silla, orando por el bien de su hija.

La noche se tornó más oscura de lo acostumbrado. La luna se ocultó entre las sombras. No había estrellas asomadas como aquella noche de romanticismo en Aurora. El silencio se hizo presente. Los doctores se desvelarían buscando salvar al ángel de rizos dorados que venía a colmar al mundo con sus pensamientos puritanos y preciosos en sonrisas y afecto. Nadie dormiría. Nadie se iría. Era un solo lanzamiento de una moneda; era la cara del destino o el sello de un milagro. Eros comenzó a llorar, en silencio, donde sólo él se escucharía lamentarse y a culparse sin lógica alguna. Comenzó su lucha interna nuevamente, donde el

Eros frío y que asesinó a sus sentimientos empezaba a susurrarle al oído, mientras que el Eros que siempre ha sido, luchaba por mantener la cabeza firme. Fue al baño, a lidiar mejor con su situación, para no volver a salir...

## Parte XVIII: “*In Memoriam*”

Maldito el tiempo que se escurre ante el mirar de los mortales, que, con sus segundos de pasión, se lleva el presente de todos y lo petrifica en pasado. Maldita la injusticia de la vida que juega con la voluntad y las decisiones de los débiles. Era una película ante sus ojos. Era el desenfreno del sufrimiento. Era la pesadilla más temible. Era la risa del infortunio. Por más que hubiere querido, las cartas están echadas. Por más que hubiere luchado, la sentencia estaba dictada.

La belleza del amor despide su fragancia entre nosotros. La naturaleza de un beso, opaca las lágrimas secas de nuestro interior. Mientras más hermoso es un abrazo, más duro es desprenderse. Mientras más triste es el transcurrir del tiempo, más es el sonido de la voz de la esperanza. Es la maldición del hombre que desconoce lo divino. Es la maldición de aquel que batalla una guerra sin sentido. Es el tormento de cualquier hombre que sueña con un final tranquilo. Es el tormento de Eros Solus que se dormía en el silencio de su mente.

Estaba ella, preciosa y blanca como las nubes de los cielos. Una niña, una muñeca de marfil que dibujaba de alegría las calles de su pueblo. El orgullo de su padre, la devoción de su madre. Era un ángel que descendió a calmar el llanto de los pecadores. Conoció a su contra parte, a su mitad andante que, en su inocencia, vagaba entre los cambios de la vida y la muerte. La vida lo escogió a él de experimento. El destino lo concibió para dragar en sus sentimientos.

Las memorias circulaban en eternidad por la cabeza de aquel hombre. Los recuerdos... La belleza de un ayer, el tormento de un hoy. Él era lo que era por las bases sembradas en el amor de su mujer...

Recordó cuándo cruzaron sus vidas por primera vez, cuando llegó muy joven, sin consciencia de lo que ocurría, la vio a ella,

confundida, pero que sabía que estaba tocado del corazón. No se dijeron nada, sólo un abrazo se dio... Nació el lazo por el cual un hombre y una mujer deben haber nacido en esta tierra; dos niños amándose entre juegos y verdad. La noche transcurría sin ninguna serenidad, seguía él ahí aferrándose a lo bueno que ha pasado, evitando lo malo por suceder.

Eran más grandes desde la última vez. El pueblo se congeló ante el capricho del tiempo, pero ellos crecían y expandían sus horizontes. Hablaban de cuentos de amor, de futuros llenos de pasión, de una vida de la mano del otro, y el otro sosteniendo los problemas de su amante. ¡Qué injusticia más grande! ¡Qué injusticia probar el amor de un hombre ante las tragedias de Edén!

Qué dantesco es hacer sufrir a una persona que daría el regalo de la vida por la felicidad de su amado ángel. Una persona que sufría por los golpes de la soledad y que la sonrisa de ella era la única cura. No importaba si la muerte le tumbaba, su sola presencia le levantaba. Era su ángel, su mujer amada.

Él viajó por ella. Vivió tormentos y llovizna de sangre por la felicidad de ella. Todo chocaba violentamente en su cabeza, pobre hombre que no podía sino esperar los milagros de la centena. Encerrado en aquel baño, lloraba en desconsuelo, ante los mundos desconcertados de su amigo, su amada y el hombre que le ayudó a crecer. No creía en nada de este cuento. No quería creer que su vida estaba en juego...

¿Eran las voces de los guardianes lo que se escuchaba a través de las puertas?

¿Era el veredicto final lo que se asomaba en vísperas de una noche eterna?

Salió el hombre desconsolado y se topó ante el asombro de Athan Lucerna y la caída sobre sus rodillas. Vio, en cámara lenta,

cómo se levantó Livor Ancora para correr hacia el pasillo... ¿Era una verdad agonizante esta?

Todos le miraron, entre el asombro del dictamen de la vida. Eros salió e hizo la pregunta maldita. El doctor le tomó con sus guantes llenos de sangre por sus hombros. Miró con la mente sorda a aquel hombre que derramaba lágrimas de impotencia...

“Ella falleció a las 11:11 de esta noche, lo lamento, buen hombre... Ella falleció luchando por encontrarse contigo en este pasillo. Sus últimas palabras fueron que vivieses con intensidad. Que vivieres mirando a los cielos, que la estrella más brillante entre las auroras, sería ella contemplando a su hombre, a su amor eterno...”

Eros no lo creía ante el tormento ya acumulado. Sólo se escuchó el grito desgarrador, que penetraba las paredes más gruesas. El grito del hombre maldito por la sentencia del destino. El hombre que amaba a su ángel más que a su vida, y que la vida misma se la llevó a los confines de los cielos. Recordó su última conversación aquel día. Recordó que seguía sonriendo. Eros corrió y se perdió en la oscuridad. Trataron de detenerle, pero la ira pudo más... Se golpeaba con las paredes. Se mordía los labios. Lágrimas de rabia dejaba a sus pasos. Escuchaba la historia podrida de su futuro, no quería vivirla. Corrió y corrió hasta las orillas de la península, bajo la única luz presente, ante la luna que era la única acompañante en su travesía por la vida, ante las malas noticias que escuchaba.

Estaba allí, en el risco de su perdición. Contando los segundos para unirse a los cielos. Eros no soportaba más las tragedias que les asignaban por contrato. ¿El cuento terminaría? ¿La vida de aquel carpintero se acabaría? La noche sería testigo de la decisión más grande de un hombre que concilió promesas con sus ángeles guardianes. El purgatorio no lo aceptaría. Allí estaba Eros Solus, cegado por los deseos infernales de cobardía... En memoria de de sus recuerdos.



## Parte XIX: “*Ángelus*”

Un golpe le tumbó al borde de su muerte. Los gritos de auxilio se derramaban a lo largo de la costa... El paraíso no llegaba aún para Eros Solus, pues el paraíso era ahora y por siempre, porque tenía aún gente que le amaba y tenía el cuidado de sus padres y de su mujer amada. Era Athan quien le había tumbado, y le retumbaba los tímpanos a gritos consumidos por las lágrimas.

-¿¡Qué estás haciendo!? ¿¡No entiendes que Ciel no quiere que termines de esta manera!? ¡Respeta su muerte! ¡Respeta tu vida! ¡Ella oró mucho antes de su muerte! ¡Oraba porque siguieras viviendo como si ella estuviere con vida! ¡Oraba porque fueres feliz junto a nosotros quienes te amamos! ¡Comprende, Eros, comprende mis palabras!-le gritaba su amigo fiel ante la sordera del dolor. El sufrimiento era opcional le dijo ella a él.

-¡Ella era todo lo que yo tenía! ¡Yo luché desde que la conocí por su felicidad! ¡He fallado! ¡He fallado, Athan! ¡Hice lo que pude por ella, pero no bastó! ¿¡Por qué!?-respondió Eros en su agonía.

Athan no soportó las palabras mediocres del que era el hombre sereno y luchador que él conoció. No dijo nada, no tenía nada más que decir, sólo lo golpeó una vez en su cara para hacer que Eros reaccionara de su pena.

-¡Ella dio más por ti! ¡Da todo de ti por ella! ¡Dale la paz que ella merece! ¡Vive, Eros, vive!

Allí Eros retornó a sus páginas mentales y recordó la frase de Ciel cuando aún estaba en vida, que el sufrimiento era opcional en medio del dolor y que mejores cosas llegarían, eran las palabras que profetizaba, su manera de vivir entre la muchedumbre esclava de los problemas. Eros se silenció y volvió a llorar. Llorar por el final de su lazo físico.

Athan abrazó a Eros a orillas del risco de la muerte y las aguas turbias sedientas de dolor. Olivia les contempló entre su dolor y pena, se acercó con Livor y se abrazaron todos juntos ante la luz de la luna llena...

Llegaron los días más grises para Livor, Eros, Athan y Olivia. Fueron largos periodos de dolor. Fue el funeral de Ciel no hace mucho, estaba su ataúd bañado entre las rosas más hermosas del campo que tanto recorrió y que fue con Eros a gritar al mundo su amor. Recordaron a su madre, la mujer de Livor Ancora, Violette. Fue bañada en rosas como su hija, pues ahora estaban juntas a la espera de sus seres amados en la llamada eternidad. Livor se había lanzado al ataúd, en el desespero de un padre que se quedó sin nada, todos trataban de tomarle y calmarle, hasta que desistió y cayó en su trance de dolor. El tiempo fue llevándose el polvo del sufrimiento, pero aún quedaba la gran ausencia del ángel de sus vidas. Eros se quedó viviendo con Livor y constantemente conversaban para desahogar la abundante tristeza que les ahogaba el alma.

Livor veía el cuarto vacío de su hija, se parecía al escenario de la muerte de su mujer, con la cama desarreglada y los fantasmas de los gritos y las preocupaciones que se llevó la misma muerte. Eros no salía de su habitación apenas entraba, era su escape de la realidad que volvería a ver a la mañana siguiente. Constantemente Athan y Olivia le acompañaron, al punto de derrumbar sus planes de regresar a Pietas con la familia Muneris; decidieron hacer su vida en el pueblo de Aurora, acompañando al desdichado Eros. Hablaban con él de paz y calma, de una luz al final del túnel infinito en el que estaba sumergido. Era un contraste rose entre las memorias de Ciel y el compartir que él tuvo con ella, junto al recuerdo oscuro de su muerte, donde no alcanzó a despedirse...

¡Pobre tormento de los hombres buenos! Tener que dejar ir a la persona que les complementa en carne y alma. Mucho más sin el

adiós que firma la esperanza de un reencuentro. Pobre de Eros que yacía en la mugre de su tragedia. Que dormía con el dolor aferrado a su corazón... Era la rutina de sus noches. Era el veneno de su vida de ahora en más, pero llegó aquella noche, una noche impregnada con el olor a rosas, rosas rojas vivas, con el color que brillaba sobre la luz misma y sobre la nieve. Un olor que fulminó la pugna que tenía consigo mismo. Pudo dormir en paz por primera vez en varios meses.

¿Qué era este perfume tan especial? ¿Qué era este brillar que brindaba calidez y paz? Eran las preguntas que su mente lanzaba al aire en la profundidad de sus sueños.

-Aquí estoy, Eros-dijo una voz tierna y angelical.

-¿Quién eres?-preguntó Eros.

-Soy yo...-contestó sin detalles.

-¿Qué haces aquí? ¿Te quedarás conmigo?-preguntó Eros, desolado.

-Siempre he estado contigo. Siempre lo estuve... Siempre lo estaré.

-Te extraño mucho...

-No extrañes a alguien que siempre te acompaña. Aunque no me veas ni me sientas, estaré a tu lado.

-Pero, no es lo mismo, mi amada, no lo es...

-No tiene por qué ser igual, Eros, simplemente debe ser siempre y cuando el amor trascienda de lo físico, a lo espiritual, a lo universal.

-¿Qué haré con todo este dolor?

-Distribúyelo entre quienes te aman. Es un peso compartido que desaparecerá. Yo estaré con ustedes siempre, porque es el regalo que me fue otorgado...

-Te amo mucho-dijo Eros, llorando.

-No llores, mi amado. Yo siempre te amaré entre las capas de nuestra eternidad. Entre lo que etéreo y lo físico. ¿Si nuestro amor sigue viviendo, por qué has de sufrir, Eros?

-¿Cuándo sabré que estás a mi lado?

-Cuando mires las rosas inundando con su fragancia el olor de la agonía y el sufrimiento. Cuando, sin ninguna razón sonrías a la vida... Cuando del cielo nazcan las estrellas vestidas con la aurora, y que dentro de ellas, esté la más brillante reluciendo entre las demás. Ésa seré yo. Tu estrella, que vigila por tu paz y por tu armonía, esperando a que nos volvamos a ver cuando el destino lo decida.

-Esperaré a ello-dijo Eros.

-No esperes, vive, el tiempo apremiará siempre y tienes mucho para vivir. Tienes a Athan un amigo que vale más que cualquiera, y a mi padre que depende de tu apoyo para que le transmitas lo que aquí te digo.

-Lo haré...-dijo él.

-Yo te acompañaré día y noche, nunca estarás solo.

-Cada noche miraré a las estrellas esperando tu visita. Cada día estaré atento a cualquier rosa que vea en el camino. Cada día pediré a los cielos por la paz en nuestro lazo eterno, porque, mi amada, mi dolor será parte del pasado y te prometo sonreír de nuevo-dijo Eros.

-Me alegra saber eso, mi amado. Es hora de decir hasta luego. Nunca será un adiós-dijo la voz manifestándose en la figura de Ciel, una mujer hermosa vestida de blanco entre las nebulosas de aquel plano-Despédete de mí como es debido, mi amado Eros.

-Este es nuestro hasta luego. Nos volveremos a ver, mi ángel-dijo Eros, y un beso se manifestó distorsionando aquel plano blanco y vacío, volviéndose aquel lago, todo se transfiguró... Se transformó en aquella noche de patinaje y diversión.

Estaban ellos dos, como aquella bella noche bañada de estrellas escarlatas. Dándose un profundo beso bajo las luces. Ambos lloraban, pero de felicidad. Un fuerte abrazo se hizo presente en el ritual del amor. Luego se soltaron, se miraron al rostro ellos dos, Ciel manifestó su bella sonrisa por última vez, sellando la

reunión divina. Eros también lo hizo de igual manera y una despedida cerró este sueño.

Eros despertó con lágrimas en sus ojos, pero esta vez había calma en su corazón y tranquilidad en su alma, se secó las lágrimas y un susurro con su voz quebranta hizo...

-Nos veremos pronto, mi amada Ciel. Nos volveremos a ver, mientras cumplo con las promesas que te hice. Siempre te amaré- culminó cerrando sus ojos nuevamente, lleno de paz...

## Parte XX: *“Réquiem”*

Los años pasaron. Muchas cosas sucedieron en el pequeño pueblo de Aurora. Athan Lucerna y Olivia Muneris se casaron entre la alegría que sentenciaba el final de una disputa centenaria que mantuvo al par de familias heridas y peleadas. Vivían felices en aquella casa donde Athan terminó su infancia y pasó de ser un niño malcriado a ser un hombre derecho. La mayoría de los fines de semana Athan y Eros se juntaban para pescar y conversar, Olivia ayudaba a Livor con su famosa librería que se había expandido a toda la región gracias a la ayuda de Olivia. Livor terminó rechazando el cargo de administrador del pueblo, el cual terminó asumiendo Athan. Eros ya era bastante mayor, con su barba canosa y sus ropas ya desgastadas, las mismas que usó cuando salió con Ciel aquella noche. Este mismo ropaje lo usaba cada viernes, hasta la noche, donde iba solo hasta aquel lago para encontrarse consigo mismo y con la esencia de Ciel.

-Tengo grandes noticias-anunció Athan irrumpiendo en la casa de Livor.

-¿Por qué entras así a mi casa? Más vale que sea una gran noticia para que hayas entrado de esa manera.

-Tendré hijos-dijo Athan sin más.

-¿Qué tendrás hijos?-preguntó Eros asombrado.

-Olivia me lo dijo llorando de felicidad. Tendremos gemelos.

-¡Seré tío!-dijo bromeando y lleno de algarabía Eros, quien fue a abrazar al que se convirtió en su mejor amigo.

-¡Serás un gran tío!-dijo Athan.

-Más vale que yo sea el abuelo de esos niños-dijo refunfuñando Livor.

-Lo serás. Mientras más familiares buenos tengan ellos, mejores personas serán-dijo Athan.

Celebraron a lo grande en ese día de júbilo. Livor estaba bastante viejo, pero aún conservaba sus energías que lo caracterizaron siempre. Hicieron una gran fiesta, con bailes, comida, todo en honor a los futuros padres, los primeros en concebir a dos pequeños que serían parte de la nueva familia Lucerna-Muneris. Athan y Olivia bailaban. Livor festejaba a lo grande dejando atrás su edad. Todos estaban felices en aquella noche de primavera.

Eros se dirigió a Athan para decirle que se iría temprano, que tenía algo importante que hacer. Miraba constantemente a su reloj y Athan se dio cuenta que era viernes.

-Te puedes ir sin problemas, pero me debes un asado-dijo bromeando Athan.

-Ya me conoces. Sabes que lo haré-dijo Eros sonriendo.

Partió Eros en medio de la soledad de la calle principal del pueblo de Aurora. Iba sereno y tranquilo, confiado de ver la estrella brillantina manifestarse en los cielos. Subió hasta aquel lago, con mayor dificultad, pues no tenía las mismas condiciones que antes. Al llegar vio el festival de estrellas, como nunca antes la hubiere visto. Como si bailasen entre los mantos de la inmensa aurora que se paseaba entre las montañas, como si fuere la falda de una princesa. Se sentó Eros a orillas de aquel lago. Contemplaba con una sonrisa enorme aquel firmamento precioso en joyas celestiales, y allí estaba aquella estrella prometida que nunca se manifestó desde aquel sueño que tuvo con Ciel. Era la primera vez que la veía, y con ella había un fresco aroma a rosas, como aquel campo que había muerto por la época más fría de la región; era como si fuese un gigantesco jardín de rosas. Se veía titilar aquella estrella y Eros lo sabía. Lo sabía bien... Ciel estaba con él por siempre y para siempre.

-Al final de todo, tenías razón, mi amada. Cumpliste con lo prometido, al igual que yo lo estoy haciendo. El sufrimiento siempre fue opcional y ya no hay dolor ni pena en mi corazón.

Por más frío que emane esta tundra en mi vida, siempre estará el calor del amor irradiando esperanza a mí y a este pueblo bendito por tu presencia-comentó Eros al cielo.

Por más frío que exista en la tundra de nuestras vidas, siempre estará el calor de la pasión y del amor. Un calor que nos mantiene con vida. Un calor que nos colma de energías para continuar viviendo en medio del templar de los problemas. El tiempo se quema sin esperar a ninguno, es por ello que debemos aprovecharlo para hacer lo que debemos hacer, amar a los que debemos amar, hacer el bien sin reconocer los rostros de los que nos rodean. Ni la soledad misma puede contra el calor de nuestros corazones, el clamor de nuestra alma. Era la esperanza que siempre mantuvo vivo a Eros Solus, que, sin sus padres ni su amada en la tierra en la cual vivía, pudo sobrevivir a las ventiscas gélidas de la derrota. El sufrimiento es opcional, al igual que padecer del frío voraz...

Y allí estaba el viejo Eros Solus, al lado de su eterna y amada Ciel Ancora, su ángel de la guarda.



*Tundra*

## *De la Tundra Vengo y a la Tundra Voy*

Desperté en el frío y el frío me cegó.  
Era invisible al hombre y de mi existencia sólo yo sabía.  
Los años se congelaban ante mis ojos...  
No dormía, sólo yo en el frío sufría.

La soledad envenenaba mis palabras;  
Me seducía y me cortejaba con promesas y engaños.  
Me tomaba de la mano por muchos años,  
Sólo hasta que ella apareció y rompió el maltrato.

Ella era el sol en la mañana y una estrella en la noche.  
Me encadenó a ser hombre y sentir como un humano.  
Sus sonrisas alimentaban mis ánimos junto a la brisa.  
Y fuerza me daba tomar sus cálidas manos.

Ella era todo y todo era ella, ni el frío más gélido me sometía.  
Sólo hasta ese día donde la noche se la llevó.  
Sólo hasta que volví del viaje que ni debí tomar...  
Ella yacía ahí, fría y sin el rostro que yo conocía.

Me morí cuando ella murió.  
Lo que nació en mí se marchitó con el viento.  
La tundra me creó y moriré en ella.  
Soy la soledad misma que mata viejas promesas.

El sol ya no existe ante mis ojos,  
Ya sólo quedan las sombras de los árboles muertos.  
La luna es el espejo de aquel viejo rostro...  
Pero aquí espero bajo ella a que me lleve de este invierno.